criminología

Demonios populares y pánicos morales

Stanley Cohen

Cada época tiene su propio pánico moral. Fue el análisis clásico de Stanley Cohen, publicado por primera vez a principios de la década de 1960 y revisado periódicamente; que introdujo el término «pánico moral» al debate público. Se trata de una investigación excepcional del modo en que los medios y, a menudo, quienes ocupan cargos de poder político definen una condición, o grupo, como una amenaza a los valores y los intereses de la sociedad. Impulsado por los titulares sensacionalistas de los medios, Cohen demuestra de manera brillante cómo esto lleva a que esos grupos sean marginalizados y denigrados en el imaginario popular, lo cual inhibe el debate racional sobre las posibles soluciones a los problemas sociales que estos grupos representan. Los pánicos morales tienen un amplio impacto pues muestran las grietas del poder en la sociedad.

Demonios populares y pánicos morales constituye una lectura obligatoria para todo aquel que desee comprender este fenómeno poderoso y perdurable.

«Una obra ampliamente documentada y con una convincente presentación».
NEW SOCIETY

ISBN 978-84-9784-888-6
9 788497 848886
307008

gedisa editorial

Demonios populares y pánicos morales

Stanley Cohen

99

criminología

Demonios populares y pánicos morales

Desviación y reacción entre medios, política e instituciones

Stanley Cohen

gedisa editorial

Colección de Criminología

Comprende libros críticos, dentro del campo de las ciencias sociales, sobre el problema y el control del delito. Estos libros combinan agudas reflexiones teóricas con el análisis de procesos empíricos específicos, lo que los convierte en textos de referencia en la materia para profesionales y para operadores de políticas públicas. Pese al interés creciente, este campo del saber aún se encuentra en Latinoamérica en sus inicios. Esta colección pretende ser una contribución a su desarrollo y fortalecimiento.

La cultura del control
Crimen y orden social en la sociedad contemporánea
David Garland

Castigo y civilización
Una lectura crítica sobre las prisiones y los regímenes carcelarios
John Pratt

Subalternos, derechos y justicia penal
Ensayos de historia social y cultural argentina 1829-1940
Ricardo D. Salvatore

Pensar la seguridad
Clifford Shearing y Jennifer Wood

Diccionario de criminología
Eugene McLaughlin y John Muncie (comps.)

Sociología de la desviación
David Downes y Paul Rock

Gobernar a través del delito
Jonathan Simon

Demonios populares y pánicos morales
Desviación y reacción entre medios, política e instituciones
Stanley Cohen

DEMONIOS POPULARES Y PÁNICOS MORALES

Desviación y reacción entre medios, política e instituciones

Stanley Cohen

Traducción de Victoria de los Ángeles Boschiroli

gedisa
editorial

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Demonios populares y pánicos morales fue publicado en inglés por primera vez en 1972. Estaba basado en mi tesis de doctorado, escrita entre 1967 y 1969, y el término «pánico moral» es un reflejo muy claro de la voz de los últimos años de la década de 1960.[1] La obra tiene un tono en el que resuenan temas de interés común a la nueva sociología de la desviación y al incipiente campo de los estudios culturales: la delincuencia juvenil, las culturas, las subculturas y los estilos juveniles, el vandalismo, las drogas y la violencia en el fútbol.

Cuando apareció la segunda edición inglesa en 1980, escribí un prólogo («Símbolos de problemas») dedicado casi en su totalidad a los «demonios populares» de los que da cuenta la primera parte del título (los Mods y los Rockers), sobre todo a partir del desarrollo de la teorías subculturales de la delincuencia juvenil vinculados con el Birmingham Centre for Contemporary Cultural Studies. En este Prólogo a la actual tercera edición, me ocuparé de la segunda parte del título, el «pánico moral», esto es, a reseñar cómo se ha utilizado el concepto y las críticas que ha recibido en los últimos treinta años. En el «Listado de lecturas sugeridas», al final del libro, se puede consultar una selección de lecturas sobre la cuestión.

La reseña se basa en tres fuentes que se superponen:

En primer lugar, la cuestión en sí, treinta años de pánico moral. Independientemente de que la categoría se haya aplicado u objetado en ese entonces o con posterioridad, hay focos de reacciones que se parecen mucho a los pánicos morales «clásicos».

[1] El primero en emplear el término "pánico moral" fue Jock Young, en "The role of the police as amplifiers of deviancy, negotiators of reality and translators of fantasy", en S. Cohen (comp.) (1971), *Images of Deviance*, Harmondsworth, Penguin, pág. 37. Es probable que ambos lo hayamos tomado de *Understanding Media*, de Marshall McLuhan, publicado en 1964.

© gedisa

Título del original inglés:
Folk Devils and Moral Panics. The Creation of the Mods and Rockers
Third edition published 2002 by Routledge

All Rights Reserved / Todos los derechos reservados
Authorised traslation from the English language edition published by Routledge, a member of the Taylor & Francis Group.
Traducción autorizada de la edición inglesa publicada por Routledge, miembro de Taylor & Francis Group.

© 1972, 1980, 1987, 2002 Stanley Cohen

Traducción: Victoria de los Ángeles Boschiroli

Diseño de cubierta: Silvia Ojeda

Primera edición: septiembre de 2015, Buenos Aires

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S.A.
Avenida del Tibidabo, 12 (3°)
08022 Barcelona, España
Tel. (+34) 93 253 09 04
Fax (+34) 93 253 09 05
gedisa@gedisa.com
www.gedisa.com

ISBN: 978-84-9784-888-6

IBIC: LAR

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

© gedisa

ÍNDICE

Prólogo a la tercera edición 9

1. Desviación y pánicos morales 51

2. El inventario 73

3. La reacción: temas recurrentes en las opiniones y actitudes 99

4. La reacción: las fases de rescate y remedio 133

5. En las playas: el alerta y el impacto 213

6. Contextos y circunstancias: los jóvenes en la década de 1960 251

Anexo. Fuentes de información 285

Listado de lecturas sugeridas 291

Índice de autores 299

En segundo lugar, el mismo discurso público y mediático de donde provienen los datos en crudo del pánico moral utiliza el concepto como descripción de primer orden, comentario reflexivo o crítica.[2] Se trata de reacciones a corto plazo a las reflexiones generales inmediatas («el actual pánico moral sobre los pedófilos») o de largo alcance sobre la «situación de nuestra época».

En tercer lugar, se encuentra la metavisión desde las disciplinas académicas, en especial los estudios de medios y culturales, el análisis del discurso y la sociología de la desviación, el delito y el control. En estos ámbitos el concepto ha sido adaptado y adoptado, ampliado y criticado, e incorporado como «idea clave» de la sociología, y como entrada en manuales y diccionarios.[3]

La calificación de un fenómeno como «pánico moral» no implica que ese fenómeno no exista o que no haya ocurrido, y que la reacción sea producto de la histeria, fantasías, ilusiones o delirios, o de engaños por parte de quienes detentan el poder. Sin embargo, es necesario detenerse en dos supuestos relacionados: que la atribución de la etiqueta de pánico moral significa que se ha exagerado la dimensión e importancia de lo así designado (a) en sí mismo (comparado con otras fuentes más confiables, válidas u objetivas) y (b) comparado con otros problemas de mayor gravedad. Tal categorización proviene de un rechazo deliberado por parte de los sectores más progresistas, radicales o de izquierda a tomar en serio los temores de la ciudadanía. En su lugar, llevan adelante una agenda políticamente correcta: restar importancia a los valores tradicionales y las inquietudes morales.

Sigamos presos del pánico

Los objetos de los pánicos morales normales son bastante predecibles, como también lo son las fórmulas discursivas que se emplean

[2] Entre 1984 y 1991 (inclusive) se registraron unas 8 citas de «pánico moral» en periódicos británicos; luego 25 en 1992, y después se produce un salto inédito en 1993, con 145 menciones. Entre 1994 y 2001, la media fue de 109 citas por año.

[3] La obra *Moral Panics*, de Kenneth Thompson (Londres, Routledge, 1998), apareció en la serie «Key Ideas» de la editorial. Para definiciones, véanse Allan G. Johnoson (2000), *Blackwell Dictionary of Sociology* Oxford, Blackwell y Karim Murji, «Moral panic» en *Dictionary of Criminology*, Londres, Sage, 2001 [Hay traducción en castellano: *Diccionario de criminología*, Barcelona, Gedisa, 2011].

© gedisa

para representarlos. Por ejemplo: Son *nuevos* (tal vez en estado latente, pero difíciles de reconocer; en apariencia comunes y rutinarios, aunque se van despertando de manera imperceptible en el horizonte moral), pero también *antiguos* (versiones camufladas de males tradicionales y conocidos). Provocan daños *en sí*, pero también actúan como meras *señales de advertencia* de un trastorno real, mucho más profundo y más generalizado. Son *transparentes* (cualquiera puede ver lo que está sucediendo), pero también *opacos*: hay que recurrir a expertos acreditados que expliquen los peligros ocultos debajo de una superficie inocua (decodificar la letra de una canción de *rock* para entender cómo llevó a una masacre en una escuela).

Los objetos de pánico moral pertenecen a siete conocidos núcleos de identidad social:

1. Jóvenes violentos de clases populares

Los jóvenes marginales de clases populares son los enemigos más perdurables y convenientes. Pero los papeles que fueron desempeñando en estas décadas (vándalos en el fútbol u otros ámbitos, vagabundos, ladrones de coches y de teléfonos móviles) no estaban representados por estilos subculturales definidos. La fragmentación es tan grande que no se pueden identificar subculturas dominantes. Las lealtades (ya sea a una moda, a un estilo musical o al fútbol) son difusas y no suelen coincidir. Bajo los regímenes de exclusión instalados en la era Thatcher y adaptados por el nuevo laborismo en Gran Bretaña, quienes fracasan abandonan el barco en silencio, tanto que no caben exhibiciones públicas como las de los Mods y los Rockers. Cada uno de los episodios de disturbios que estallaron en 1992 en los barrios municipales de los suburbios de Bristol, Salford y Burnley fue breve y aislado. Lo único que se reforzó fueron las identidades y barreras raciales. Con la excepción permanente de los hechos de violencia en el fútbol, la mayoría de los incidentes masivos de esos años (saqueos, disturbios, desórdenes callejeros) tuvieron un trasfondo étnico (Brixton, Leicester y Bradford).

En el plano individual, se destacan dos casos de muy distinta índole, conocidos por el nombre de las víctimas. Uno, la historia de Jamie Bulger, fue absolutamente excepcional, pese a lo cual desencadenó un pánico moral inmediato y feroz; el otro, el caso Stephen

© gedisa

Lawrence, aunque anticipó episodios posteriores, se desarrolló de manera tardía y lenta, y produjo una reacción ambigua que nunca alcanzó el nivel de pánico moral pleno.

El 12 de febrero de 1993, dos niños de 10 años, Robert Thompson y Jon Venables, se llevaron a James Bulger, de dos años, de un centro comercial en Bootle (Liverpool). Caminaron con él por alrededor de dos millas y media hasta llegar a unas vías de ferrocarril donde lo golpearon hasta producirle la muerte. La cantidad de «niños que matan a niños» es ínfima y no está en aumento. Fue justamente lo extraño del hecho y su contexto lo que lo volvió tan horrendo. Mucho antes del comienzo del juicio en noviembre, el caso Bulger se había convertido en un poderoso símbolo de todo lo que había salido mal en Gran Bretaña: una «generación» de niños violentos, salvajes o inmorales; ausencia de figuras paternas, madres desaprensivas y familias marginales disfuncionales; la explotación de los niños por parte de la violencia televisiva y las películas de distribución restringida por su contenido violento; transeúntes anómicos (en las imágenes borrosas de las filmaciones de videocámaras puede observarse cómo miran sin actuar mientras el pequeño camina entre los dos niños, tomado de la mano de uno que va a su lado mientras el otro va un poco más adelante y se aleja hacia su muerte).

El periódico *The Sun* convocó de inmediato a «una cruzada para rescatar a una sociedad enferma». Pocos días después, el Secretario del Interior en las sombras, Tony Blair, se refirió a las noticias de la semana como «mazazos contra la conciencia dormida de la nación, que nos instan a despertarnos y mirar de frente lo que haya para ver». El periódico *The Independent* (21 de febrero de 1993) usó la frase de Blair para titular el artículo central, «El mazazo a nuestra conciencia». «Gran Bretaña es un país preocupado», afirmaba, «y tiene bastante de qué preocuparse». Al cierre de la semana, Gran Bretaña estaba «examinando los rincones oscuros de su alma» (*The Economist*, 27 de febrero de 1993). El único ejemplo de reflexividad modernista tardía provino de alguien que se gana la vida moralizando: el arzobispo George Carey advirtió sobre los peligros de «caer en un pánico moral».

Uno de los peligros es el de ser susceptible de aceptar explicaciones simples. Un comentario casual de uno de los miembros del tribunal de enjuiciamiento («Sospecho que la exposición a videofilms violentos puede ser en parte la explicación») se transformó con velocidad

© gedisa

en un factoide: que el último video alquilado por el padre de uno de los niños había sido *Chucky 3* (una película por cierto violenta, en la que un niño «mata» a un muñeco maniático). La película tenía «paralelos espeluznantes» con el asesinato de Jamie Bulger; los niños «podrían» haberla visto (*Daily Mail,* 26 de noviembre de 1993). El pánico se focalizó en la violencia mediática. El periódico *The Sun* organizó una quema pública de videos de terror; las crónicas periodísticas consignaban que *Chucky* había sido retirada de los videoclubs; la principal cadena de videoclubes de Escocia destruyó sus copias. Cuatro meses después, un inspector de policía de alto rango de Merseyside reveló que la investigación de los hogares familiares y de los registros de alquileres de video mostraba que los niños no habían visto ni *Chucky* ni nada que se le pareciera.

La búsqueda de sentido y de causas no es siempre, desde luego, espuria, simplista o mítica. La opinión pública, las teorías de las ciencias sociales y la imaginación poética[4] tuvieron que esforzarse para entender un hecho de semejantes características. Pero cuando se produce un pánico moral o un escándalo mediático, se comprime el caso atípico para adaptarlo a las categorías del control del delito (tales como «violencia juvenil»). La cantidad de casos en los que se basa la teoría explicativa es insuficiente; el resultado de apuntar contra demasiados casos es la injusticia.

Stephen Lawrence era un joven negro de 18 años del sur de Londres. La noche del 22 de abril de 1993, mientras esperaba el autobús junto con un amigo, fue víctima de insultos raciales por parte de un grupo de cinco o seis jóvenes blancos. Luego lo apuñalaron en el pecho y murió unas horas más tarde.

Con el tiempo, el hecho se convirtió en otro caso bisagra. No era tan insólito como la historia de Bulger, pero sí igual de rico, y recibió una exposición pública y mediática intensa durante mucho más tiempo. La manifiesta incapacidad de llevar a juicio al grupo de sospechosos, pese a que se conocía su identidad, reveló una y otra vez la incompetencia y el racismo de la policía. Tras seis años de insistentes campañas y denuncias (impulsadas por diversas organizaciones de libertades civiles, agrupaciones contra el racismo y los padres de Stephen Lawrence acompañados por el resto de la comunidad negra local), una pesquisa judicial, una persecución privada fallida, una

[4] Blake Morrison (1997), *As If,* Cambridge, Granta.

© gedisa

investigación policial interna plagada de defectos y una investigación de la Police Complaints Authority [Servicio de denuncias contra la Policía], finalmente se inició una investigación judicial que costó tres millones de libras (a cargo del juez retirado sir William Macpherson). La comisión publicó un informe de 335 páginas en 1999.[5] El informe generó una enorme atención pública, y una icónica agenda de políticas todavía se refiere a la actividad policial «después de Macpherson» o «después del Informe Stephen Lawrence».[6]

A primera vista, no faltaba ninguno de los ingredientes para un pánico moral. El propio informe adoptaba una posición moral contra el persistente racismo que había identificado. Por ejemplo: «El homicidio de Stephen Lawrence estuvo motivado de manera exclusiva e inequívoca por el racismo. Fue una tragedia irreparable para su familia. Constituye una afrenta a la sociedad y, en especial, para la comunidad negra de Greenwich» (1.11); «No se ha condenado a nadie por este horrible crimen. Es otra afrenta más tanto a la familia Lawrence como a la sociedad en general» (1.12). La incompetencia profesional y la falta de liderazgo fueron componentes importantes del fracaso de la policía, pero el principal problema fue «el pernicioso y persistente racismo institucional», la incapacidad de la policía para responder a las inquietudes de las minorías raciales y la «discriminación a través del prejuicio, la ignorancia, la indiferencia y los estereotipos raciales involuntarios» (6.34).

¿Por qué no llegó a producirse un pánico moral pese a que estaban dadas todas las condiciones para ello? A pesar del uso insistente del nombre de Stephen, la atención pública se fue alejando de la víctima y desplazando hacia la Policía. Con el rápido alejamiento de la escena de los supuestos autores del delito (y el consiguiente olvido de la cultura de violencia y racismo que ostentaban), la Policía pasó a ser el *único* objeto de atención. El Informe Macpherson se encontró con una organización dividida que emitía mensajes contradictorios y confusos, marcada por una «alarmante incapacidad para ver cómo y

[5] Sir William Macpherson (1999), *The Stephen Lawrence Inquiry*, Londres, HMSO.

[6] Dos ejemplos útiles: Eugene McLaughlin y Karim Murji (1999), «After the Stephen Lawrence Report», *Critical Social Policy, 19* (agosto), págs. 371-385; Alan Marlow y Barry Loveday (comps.) (2000), *After Macpherson: Policing After the Stephen Lawrence Inquiry*, Lyme Regis, Russell House Publishing.

© gedisa

por qué el componente racial era un factor de importancia».[7] Por esa misma «incapacidad» no se podía esperar que la Policía cargara con todo el peso del fracaso en el caso, y todavía menos, con la acusación perjudicial de «racismo institucional». No había nadie más a quien culpar; pero la policía resultaba tan poco adecuada como los demonios sociales. Además, tenían el poder de negar, minimizar o ignorar cualquier denuncia incómoda sobre su culpabilidad.[8]

La prensa de derecha, sobre todo el *Daily Mail* y el *Daily Telegraph*, autoproclamados voceros de toda la sociedad británica, salieron a ayudar a la Policía sin rodeos. Ambos periódicos aplicaron, con asombrosa precisión, métodos que podrían figurar en un manual sobre «cómo prevenir pánicos morales». Se tildó de insignificante, exagerada y demasiado general la noción de «racismo institucional»; el término puede agitar resentimientos entre la gente común (teoría de la amplificación de los estigmas y la desviación); ensucia a la totalidad de la fuerza policial por unos pocos individuos culpables; los británicos son un pueblo tolerante que ha marginalizado a la extrema derecha y ha permitido que las minorías raciales se integren y sean aceptadas. El Informe, proclamaba el *Telegraph*, podía haber salido de un «municipio de izquierda fanatizado». Algunas de sus conclusiones «rayaban en la locura». Macpherson (un cazador de brujas que buscaba delitos de opinión) era un idiota útil engañado por el «*lobby* de las relaciones raciales» (*Sunday Telegraph*, 21 y 28 de febrero de 1999 y *Daily Telegraph*, 26 de febrero de 1999).

Al final, el caso Lawrence carecía de tres de los elementos necesarios para la construcción de un pánico moral exitoso. En primer lugar, un *enemigo adecuado*: un objetivo fácil, sencillo de denunciar, con poco poder y de preferencia sin acceso a los campos de batalla de la política cultural; la Policía británica, desde luego, no cumple con esta condición. En segundo lugar, una *víctima adecuada*: alguien con quien resulte fácil identificarse, alguien que podría haber sido y podría ser cualquiera de nosotros; los jóvenes negros de barrios marginales, desde luego, no cumplen con esta condición. En tercer lugar, un consenso respecto de las creencias y acciones que se denuncian como entidades que no son aisladas («no es sólo esto») sino partes

[7] McLaughlin y Murji, *op.cit.*, pág. 372.

[8] Como proclamaba la portada de *The Sun*: «Gran Bretaña apoya a sus policías: Encuesta de *The Sun* apoya a agentes criticados» (1° de marzo de 1999).

© gedisa

integrales de la sociedad o que podrían serlo a menos que «se haga algo». Está claro que si no hubiera racismo institucionalizado en la policía, no podría haberlo en la sociedad en general.

2. La violencia escolar: *bullying* y tiroteos

La imagen de una «jungla de pizarra» (en alusión al título en inglés de la película *Blackboard Jungle,* de 1956 [conocida en castellano como *Semilllas de maldad*], se viene usando desde hace mucho tiempo, en Gran Bretaña y Estados Unidos, para ilustrar de manera vívida la amenaza de violencia en las escuelas de barrios marginales. Se ve la violencia como una presencia cotidiana y permanente de la vida escolar: alumnos enfrentados entre sí (*bullying*, juegos peligrosos entre muchachos para demostrar su virilidad, exhibición de armas); docentes enfrentados con los alumnos (ya sea castigos físicos formales o episodios espontáneos de furia y autodefensa).

Ha habido protestas esporádicas sobre la violencia escolar y otros problemas vinculados con ella, como el ausentismo, la exclusión social a gran escala en las clases o unidades especiales y, en épocas más recientes, el proveedor local de drogas que vende en la puerta de las escuelas. Los pánicos morales plenos necesitan un caso extremo o de particular dramatismo para desencadenarse. Los tradicionales rituales del *bullying* en el aula y en el patio (donde las niñas, por una vez, reciben una dosis más alta de atención), por lo general, suelen normalizarse hasta que se produce una herida grave o el suicidio de una víctima.

Un ejemplo cercano es la sucesión de masacres y ataques con armas en escuelas. Las primeras imágenes (provenientes de EE.UU., a mediados de la década de 1990) resultaban del todo desconocidas: predios escolares rodeados por cintas policiales; paramédicos que corrían cargando cuerpos adolescentes; padres transidos de dolor ante el horror del espectáculo; jóvenes abrazados; luego las flores y los mensajes depositados en el ingreso en la escuela. A fines de la década de 1990, cuando estos acontecimientos todavía parecían raros, cada nuevo caso ya se describía como «una historia conocida». La adopción de la retórica del pánico moral depende menos del volumen real de casos que de un desplazamiento cognitivo de la pregunta «¿cómo pude suceder algo así en un lugar como éste?» a la afirmación «podría pasar en cualquier parte». En EE.UU., por lo menos, la masacre de Columbine marcó un punto de inflexión.

© gedisa

El 20 de abril de 1999, dos estudiantes vestidos de negro (uno de 17 años, el otro de 18) ingresaron en la Escuela Secundaria Columbine, de 1.800 alumnos, en la tranquila comunidad de Littleton, Colorado. Iban armados con escopetas, una pistola y un rifle. Comenzaron por disparar contra los atletas más conocidos, pero luego terminaron por matar a un profesor y a doce compañeros, tras lo cual se suicidaron. ¿Cómo es que pudo suceder algo así? Como se preguntó la revista *Time,* del 3 de mayo de 1999: «Los monstruos de al lado: ¿qué los movió a hacerlo?». Los titulares de los periódicos británicos (vehículos arquetípicos de pánicos morales) ya habían arriesgado diversas explicaciones. El día después del hecho (22 de abril), el *Daily Mail* optó por la motivación ideológica: «Discípulos de Hitler». *The Independent* prefirió la psicopatología: «Los inadaptados que mataron en busca de placer», lo mismo que el *Sunday Times* (25 de abril): «Revancha homicida de inadaptados de impermeable». El *Guardian* eludió la cuestión de la motivación y se inclinó por el enfoque de la vía intermedia progresista: «La masacre que desafía la historia de amor entre los Estados Unidos y las armas» (22 de abril).

Esta forma de hurgar aquí y allá en busca de una teoría causal (o, por lo menos, de un lenguaje para entender) se encuentra en todos los textos de pánico moral. Si, en efecto, como dijo el presidente Clinton, Columbine había «atravesado el alma de los Estados Unidos», debemos averiguar por qué ocurrió *este* hecho y cómo se puede evitar que suceda *en otras partes*. Más aún, si esto ocurrió en un lugar como Columbine (y la mayoría de las masacres escolares ocurren en lugares igualmente comunes), bien podría ocurrir en otras partes.

Conforme se van conociendo los detalles de estas historias, se convoca a expertos como sociólogos, psicólogos y criminólogos para opinar, reaccionar y ofrecer un relato causal. Su movimiento de apertura ritual («visto en perspectiva») no suele ser de mucha ayuda: «Las escuelas siguen siendo el lugar más seguro para los niños; son muchos más los que mueren en su casa que en el aula».

© gedisa

3. Drogas incorrectas, consumidas por las personas incorrectas en lugares incorrectos

Los pánicos morales sobre las drogas psicoactivas vienen manteniendo un notable nivel de coherencia desde hace algo más de un siglo: el proveedor malvado y el consumidor vulnerable; la inevitable caída desde las drogas «blandas» hacia las «duras»; la transición de lo seguro a lo peligroso; la lógica de la prohibición. Cuando aparece una nueva sustancia, se la agrega a la lista: heroína, cocaína, marihuana y luego las drogas características de la década de 1960, las anfetaminas (droga de preferencia de los Mods) y el LSD. Luego, otra serie de sustancias: drogas de diseño, PCP (polvo de ángel), drogas sintéticas, éxtasis, solventes, crack y nuevas asociaciones: el *acid house*, las fiestas *rave*, la cultura de las discotecas, las supermodelos *heroin chic*.

En Gran Bretaña, Leah Betts se sumó a James Bulger como ejemplo melodramático de un pánico moral generado por la muerte trágica de una persona. El 13 de noviembre de 1995, Leah, de 18 años, colapsó poco tiempo después de consumir una pastilla de éxtasis en una discoteca de Londres, fue llevada al hospital y entró en coma. Al día siguiente, la historia (por motivos no del todo claros) apareció en los periódicos con titulares de pánico: la angustia de los padres de Leah; los perversos vendedores de veneno; el insistente mensaje «podría tratarse de su hijo». Leah murió a los dos días. Sus padres comenzaron a aparecer con regularidad en los medios para advertir sobre los peligros del éxtasis. Se convirtieron al instante en expertos y guardianes morales: disentir con ellos habría sido insensible hacia su dolor. La advertencia adquiría una fuerza simbólica adicional por el origen social respetable de Leah: padre ex oficial de policía, madre que había trabajado como terapeuta en el campo de las drogas. El hecho mostraba, según explicaba el *Daily Mail*, que las drogas eran «el núcleo podrido del corazón de la Inglaterra media». Leah era la chica de al lado.

El episodio ha sido objeto de numerosos análisis: la historia misma, la reacción de los medios, la reacción contraria de la izquierda progresista (que atacó el pánico generado por los medios) e incluso la reacción progresista de izquierda contra la reacción contraria por ser apenas un reflejo en espejo que no hacía más que invertir un mensaje simple y convertirlo en otro de igual simplicidad.[9] En vez de una cultura popular juvenil monolítica que promueve el uso de drogas y normaliza otras acciones y actitudes antisociales, tenemos una cobertura de pánico por parte de medios monolíticos que promueven un falso consenso, alienan a los consumidores ocasionales de drogas y los marginan aún más.

© gedisa

La historia habría de tener un largo recorrido. Casi seis meses después, se seguían creando nuevas preocupaciones: «Incluso los mejores padres, que crían los hijos más sensatos, temen que este fin de semana uno de ellos pueda llegar a ser la próxima Leah Betts, quien murió por tomar éxtasis» (*Daily Telegraph*, 12 de abril de 1996). Catorce meses después de la muerte de Leah, la estrella pop Noel Gallagher tuvo que pedir disculpas a sus padres por decir que el uso de éxtasis era algo común e inocuo entre algunos jóvenes. En marzo de 2000, unos cinco años después del hecho, numerosos medios reprodujeron declaraciones de la madre de Leah, quien «atacó» una investigación de la Federación Policial que sugería relajar algunas leyes en materia de drogas. El padre de Leah seguía siendo una autoridad reconocida: «Padre de víctima del éxtasis en alerta por peligro de drogas» (*Birmingham Evening Mail,* 12 de octubre de 2000); «Muerte por drogas de Leah, padre no está aquí para dar sermones» (*Bolton UK Newsquest Regional Press*, 18 de mayo de 2001).

4. Abuso infantil, rituales satánicos y registros de pedófilos

El término «abuso infantil» se refiere a muchas formas diferentes de crueldad contra los niños (negligencia, violencia física, abuso sexual), ya sea en manos de sus propios padres, de personal de instituciones residenciales, de «curas pedófilos» o de personas desconocidas. En la última década, la percepción pública del problema se ha ido concentrando cada vez más en el abuso sexual y en casos atípicos y sensacionales fuera del ámbito familiar.

Los principios morales sobre los que se basan las reacciones al abuso sexual de niños no son estables: la imagen del victimario cambia;

[9] Karim Murji (1998), «The agony and the ecstasy: Drugs, media and morality», en Ross Coomber (comp.), *The Control of Drugs and Drug Users: Reason or Reaction?*, Londres, Harwood Publishers.

© gedisa

Hay una forma de violencia sexualizada contra niños que no ha sido negada ni ha generado disensos morales: el secuestro y asesinato sexual de niños y, sobre todo, de niñas. Es un fenómeno que nos produce un profundo horror a todos. Hay una sensación de vulnerabilidad aterrorizante, tanto en lo que se refiere al riesgo en términos estadísticos (son hechos que parecen ocurrir cada vez con mayor frecuencia) y de empatía emocional (¿cómo nos sentiríamos si la víctima fuera nuestro hijo o nuestra hija?). El guión nos resulta cada vez más familiar: un niño o una niña desaparece mientras está volviendo de la escuela; la Policía pone a trabajar un equipo de investigación; se entrevista a compañeros del colegio, vecinos, profesores; los padres, desesperados y angustiados, apelan a los captores en televisión; los ciudadanos colaboran con la Policía en la búsqueda en descampados o cerca de los ríos...

Los autores de tales hechos son candidatos perfectos para ser catalogados como monstruos. El secuestro y posterior asesinato de Sarah Payne, de 8 años, en julio de 2000 fue el punto de partida para que el periódico *News of the World* iniciara una (en palabras del periódico) «cruzada», una serie de textos clásicos que ilustran cómo se fabrica un monstruo. En la portada del 23 de julio se lee: «SEÑALADOS Y REPUDIADOS. Hay 110.000 abusadores sexuales de niños en Gran Bretaña... uno por milla cuadrada. El crimen de Sarah Payne es una prueba de que no alcanza con la vigilancia policial para controlar a estos pervertidos. Por eso a partir de hoy les revelaremos QUIÉNES son y DÓNDE están». Las listas de nombres y filas de fotos reflejan lo que el periódico supone y construye como una ansiedad pública primordial: «¿HAY ALGÚN MONSTRUO CERCA DE SU CASA?» Mire la lista y luego continúe leyendo: «QUÉ HACER SI EN LA CASA DE AL LADO VIVE UN PERVERTIDO». El periódico llamó a que se hiciera pública la información sobre delincuentes sexuales con condena y publicó durante dos semanas seguidas fotos, nombres y domicilios de 79 abusadores sexuales condenados.

El hecho generó numerosos cuestionamientos obvios y preocupantes: cómo se elaboró la lista (en parte, con los registros de la Scout Association, como explicó el periódico); por qué la descarga de pornografía infantil o la seducción de un estudiante de 14 años por parte de su profesora de más de 30 caen bajo la misma categoría que el asesinato sexual de un niño; el efecto contraproducente de tener que otorgar identidades secretas a abusadores que ya se encuentran bajo vigilancia; la propia libertad de los medios para publicar información. Pronto surgieron los peligros concretos de la búsqueda de justicia por mano propia y los linchamientos, con protestas de muchedumbres que pedían que los abusadores descubiertos por la prensa abandonaran los barrios o urbanizaciones donde vivían. El foco de atención fue el complejo urbano de Palsgrove, cerca de Portsmouth, donde todas las noches, durante una semana, se congregaron grupos de hasta 300 personas para marchar hacia las viviendas de supuestos pedófilos.

Las personalidades públicas tuvieron que expresar su solidaridad con los padres y compartir el rechazo moral del público, pero también distanciarse de la violencia de las multitudes. No resultó difícil hacerlo, con el argumento reiterado de las connotaciones inherentemente negativas de los linchamientos y las reglas de los ataques en grupo, las fuerzas primitivas y atávicas azuzadas por el *News of the World*.[13] Se muestra el contraste entre la comunidad racional y las muchedumbres: volátil, incontrolable y a punto de estallar.

5. Sexo, violencia y la culpabilización de los medios

Hay una larga tradición de pánicos morales sobre los supuestos efectos nocivos de la exposición a los medios y formas culturales de carácter popular, como las historietas y dibujos animados, el teatro popular, el cine, el rock, los *video nasties,** los juegos de computadora o la pornografía en Internet.[14] Para los conservadores, los medios exaltan el delito, trivializan las inquietudes de la ciudadanía y socavan la autoridad moral; para los progresistas, los medios exageran el

[13] Para un análisis de la cobertura de los periódicos de la serie de «acciones antipedófilas de las multitudes» en Gran Bretaña durante el verano de 2000, véase John Drury, «"When the mobs are looking for witches to burn, nobody's safe" talking about the reactionary crowd», *Discourse and Society, 13* (1), págs. 41-73.

* Los *video nasties* son un conjunto de películas que fueron prohibidas para su distribución en video por los organismos de censura británicos en la década de 1980. [T.]

[14] Para la historia de los pánicos mediáticos sobre la aparición de nuevas formas de medios, véanse Kristen Dortner (1992), «Modernity and media panics», en M. Skovmand y K.C. Shroder (comps.), *Media Cultures: Reappraising Traditional Media,* Londres, Routledge y (1999), «Dangerous media? Panic discourses and dilemmas of modernity», *Pedagogica Historica, 35* (3), págs. 593-619.

© gedisa © gedisa

peligro del delito y fomentan los pánicos morales a fin de reivindicar una política de control del delito injusta y autoritaria. En estos «pánicos mediáticos», los espirales de reacción a cualquier nuevo medio son absolutamente reiterativos y predecibles. Con incorporación histórica: «cuando surge una intensa preocupación por la última moda mediática, los medios más antiguos quedan de inmediato relegados a las sombras de la aceptación».[15]

El rudimentario modelo de los «efectos mediáticos» no ha sufrido muchos cambios: la exposición a la violencia en tal o cual medio provoca, estimula o desencadena comportamientos violentos.[16] La persistente falta de pruebas contundentes que confirmen tales vínculos se sobrecompensa mediante apelaciones al sentido común y la intuición. Cuando los que apelan son voces con autoridad (como los jueces) o autorizadas (expertos, profesionales, investigaciones oficiales), resulta más fácil afirmar la existencia de un pánico moral, al menos por la mera repetición. El modelo prohibicionista de la «pendiente resbaladiza» es común: si se autorizan los «videos de terror», ¿por qué no los *video nasties*? El próximo paso será la pornografía infantil, y luego las películas *snuff*.* Es muy probable que las cruzadas en favor de la censura sean impulsadas por grupos organizados con agendas preexistentes.

En algunos casos de pánicos morales recientes se observa una actitud autorreflexiva, mediante la cual se anticipa la posibilidad de tener que defenderse contra la acusación de estar contribuyendo a la difusión de un pánico moral. Los medios actúan de forma insincera. Saben que el público está expuesto a múltiples sentidos y responde de distinta manera ante el «mismo» mensaje. Se valen de este conocimiento para justificar su indignación ante la acusación de que podrían tener un efecto pernicioso; y lo olvidan cuando inician una nueva ronda de culpabilización simplista de otros. Los poderosos medios informativos, cada vez más homogeneizados y corporatizados, culpan a *otros* tipos de medios. Pero el efecto que ellos mismos

[15] Drotner, *op. cit.*, pág. 52.

[16] Para una visión reciente (concentrada en crímenes violentos con un alto grado de difusión), véase Martin Barker y Julian Petley (comps.) (2001), *Ill Effects: The Media-Violence Debate*, Londres, Routledge.

* Las películas *snuff* son supuestas filmaciones de asesinatos, violaciones y torturas reales, realizadas con fines comerciales y con el único objeto de ser filmadas, cuya existencia, en realidad, está en discusión. [T.]

© gedisa

producen es el más tangible y poderoso, pues moldean el discurso populista y la conformación de la agenda política. Esto es lo que evidentemente sucedió en los dos ejemplos que siguen: las personas que cometen fraude contra los servicios de seguridad social y las que solicitan asilo político.

6. Personas que cometen fraude contra los servicios de seguridad social y madres solteras

Los recortes presupuestarios a los servicios de asistencia social durante el gobierno de Thatcher estuvieron acompañados por la construcción deliberada de una atmósfera de desconfianza. La creencia popular y generalizada de que una cantidad de pedidos de asistencia social eran falsos o fraudulentos, realizados por personas que se estaban aprovechando del estado de bienestar («robándole»), contaba con el apoyo oficial. Los Gobiernos confirmaron la necesidad de instrumentar prácticas institucionales (leyes, procedimientos administrativos) que permitieran distinguir con firmeza y confiabilidad las necesidades reales de las simuladas. Los cambios en las normas parten del supuesto, en consonancia con la opinión pública, «no sólo de que cada solicitante es un estafador *potencial*, sino que es probable que lo sea».[17]

Quienes cometen fraude contra los servicios de seguridad social en Gran Bretaña (conocidos como *«welfare cheats»* o estafadores del estado de bienestar, *«social security frauds»* o estafadores a la seguridad y *«dole scroungers»* o parásitos del seguro de desempleo) son demonios populares tradicionales. También lo son las madres solteras. Sin embargo, en la década de 1980 reinaba una «especie de pánico moral contenido» de que las jóvenes desempleadas quedaran embarazadas, no se casaran y fueran excluidas del mercado laboral al optar por ser madres de tiempo completo y de ese modo pasaran a depender de las asignaciones sociales, en vez de depender de un hombre que funcionara como proveedor.[18] La campaña alcanzó su mayor

[17] Grainne McKeever (1999), «Detecting, prosecuting and punishing benefit fraud: The Social Security Administration (Fraud) Act 1997», *Modern Law Review*, 62 (marzo), pág. 269.

[18] Angela McRobbie (1989), «Motherhood: A teenage job», *Guardian*, 5 de septiembre.

© gedisa

difusión entre 1991 y 1993. Los políticos conservadores establecían vínculos explícitos entre el objetivo de reducir los gastos de gobierno y la exhortación moral a los ciudadanos para que se hicieran cargo de sus propias vidas. Se argumentaba con el ejemplo de «muchachas» que quedaban embarazadas con el objeto de obtener beneficios sociales, incluso «asignaciones adicionales», o de conseguir ventajas a la hora de acceder a viviendas otorgadas por el Estado. La campaña Back to Basics [Regreso a las Bases] lanzada en 1993 en Gran Bretaña construyó con cinismo la imagen de la madre soltera como potente amenaza moral.[19] A raíz de las agresiones hacia las madres solteras en un editorial del periódico *Independent,* del 11 de octubre de 1993, se advirtió que «los políticos conservadores están cometiendo actos de denigración que serían ilegales si estuvieran dirigidos a miembros de minorías raciales».

La imagen de las madres solteras como personas adultas irresponsables y madres ineficaces contribuye a legitimar y consolidar la reducción de los dispositivos de asistencia pública.[20] Hay otros saltos causales: las «madres irresponsables» se quedan embarazadas para obtener beneficios del Estado; crían hijos que en el futuro serán delincuentes; los padres ausentes están presentes en algún lugar, desempleados y mantenidos por el Estado. Todo esto apunta a una misma cultura marginal que fue la que dio origen al problema inicial. Pero el verdadero problema no es otro que el futuro de la familia nuclear.

7. Refugiados y personas que solicitan asilo político: los que invaden nuestro país y sobrecargan nuestros servicios sociales

En Gran Bretaña, en el discurso político, ciudadano y de los medios, las distinciones entre inmigrantes, refugiados y personas que solicitan asilo político se han vuelto irreparablemente difusas. La cuestión de los pedidos de refugio y asilo queda subsumida en el debate sobre la inmigración que, a su vez, se enmarca en las categorías generales de la raza, las relaciones raciales y la etnicidad. Dicho marco no tiene en sí implicancias de racismo. Hay ámbitos de la sociedad británica donde el racismo está contenido o es resistido. Es posible que los conservadores coqueteen con la idea de que la «corrección política» es un pánico moral de la izquierda, pero su instinto político les sugiere que les conviene condenar a los miembros del partido que cuentan chistes racistas.

No se observa el mismo tipo de sensibilidad en lo que respecta a refugiados y personas que solicitan asilo. Durante la década de 1990, apareció una «nueva agenda hostil» en toda Europa.[21] En cierto nivel, se encuentra la distinción ritual y reiterada entre refugiados auténticos (que todavía tienen derecho a recibir compasión) y los falsos aspirantes a recibir asilo político (sin derechos, por lo tanto, indignos de nuestra compasión). Pero tal distinción oculta el sentido más profundo en el que la «categoría del refugiado político», que en el pasado quedaba fuera de cualquier «objeción moral»,[22] ha quedado deconstruida.

Los Gobiernos y los medios empiezan por plantear un amplio consenso público por el cual *primero*, debemos evitar en la medida de lo posible que entren extranjeros del tipo de los refugiados; *en segundo lugar*, estas personas siempre mienten para que se los acepte; *en tercer lugar*, se deben aplicar criterios de admisión estrictos y, por ende, hay que establecer pruebas de credibilidad. Durante dos décadas, los medios y las elites políticas de todos los partidos han centrado la atención en la noción de «autenticidad». La *cultura del descreimiento* atraviesa la totalidad del sistema. Entonces los «falsos» refugiados y personas que solicitan asilo no fueron, en realidad, expulsados de sus países como consecuencia de ser perseguidos, sino porque son meros emigrantes «económicos» que se sienten atraídos por una Gran Bretaña que funciona como «tarro de miel» y se caracteriza por su «excesiva generosidad».

En la retórica de los diarios sensacionalistas, sobre todo el *Daily Mail* (cuya campaña denigratoria es tan deliberada y desagradable que no puede ser considerada un simple pánico moral), los pocos matices que podía haber en los supuestos anteriores se desvanecen:

[19] A. Ward (1996), *Talking Dirty: Moral Panic and Political Rhetoric,* Londres, Institute for Public Policy Research.

[20] P. M. Evans y K.J.Swift (2000), «Single mothers and the press: Rising tides, moral panic and restructuring discourses», en S. M. Neysmith (comp.), *Restructuring Caring Labour: Discourse, State Practice and Everyday Life,* Oxford, OUP.

[21] J. Doly y otros (1997), *Refugees in Europe: The Hostile New Agenda,* Londres, Minorities Rights Group.

[22] Robin Cohen (1994), *Frontiers of Identity: The British and the Others*, Londres, Longman.

© gedisa
© gedisa

lo atípico se vuelve típico; las categorizaciones insultantes se aplican a todo el mundo. (La dicotomía falso/auténtico también aparecía en un 58% de todos los artículos pertinentes en el período 1990-1995 en *The Guardian, The Independent* y *The Times*; un tercio de las referencias en el *Guardian* y en el *Independent* criticaban la idea o citaban a otros.)[23]

Se trata de un área donde se observan diferencias cruciales con los seis ejemplos anteriores. En primer lugar, aunque ha habido pánicos intermitentes sobre algunos episodios particulares de relevancia periodística, en general el relato es un único mensaje casi ininterrumpido de hostilidad y rechazo. Hay una escenografía invariable, en la que se intercalan pequeñas escenas de mayor vividez: tamiles en un aeropuerto que se desnudan en señal de protesta; kurdos aferrados a la parte inferior de vagones de los trenes Eurostar; chinos que mueren asfixiados en un camión que transporta contenedores. En segundo lugar, este tipo de reacciones se caracterizan, más que cualquier otra, por ser abiertamente políticas, no sólo porque el origen del problema se encuentra en cambios políticos globales, sino porque son reacciones con una larga historia en la cultura política británica. En ese sentido, los sucesivos Gobiernos británicos no sólo son responsables de la hostilidad pública y la legitiman, sino que además el modo en que se refieren al tema no se distingue del de la prensa sensacionalista.

El léxico de agresión verbal empleado por los medios viene manteniendo un nivel de fanatismo constante. Un análisis reciente demuestra que los periódicos escoceses destacan los mismos estereotipos raciales y palabras negativas, presentan como hechos los mitos sobre el asilo, se muestran abiertamente hostiles hacia la presencia de personas que solicitan asilo en Gran Bretaña y proponen sin rodeos que regresen a su país de origen.[24] (Obsérvese que sólo se consideró como totalmente negativas un 44% de las referencias, mientras que un 21% resultaron equilibradas y un 35% positivas.)

[23] Ron Kaye (1998), «Redefining the refugee: The UK media portrayal of asylum seekers», en Khalid Koser y Helma Lutz (comps.), *The New Migration in Europe: Social Constructions and Social Realities*, Londres, Macmillan Press, págs. 163-182.

[24] Véase el informe del programa del Reino Unido para la pobreza en Escocia, publicado por Oxfam en febrero de 2001, *Asylum: the Truth Behind the Headlines*. El proyecto monitoreó seis periódicos escoceses durante un periodo de dos meses (marzo-abril de 2000): un total de 263 artículos sobre temas vinculados con asilos y refugiados.

© gedisa

Un estudio sociolingüístico llevado a cabo en un contexto cultural bastante diferente (crónicas sobre personas que solicitaban asilo político en Italia en 1998 publicadas en periódicos austriacos) identifica con claridad las «metáforas de la discriminación cotidiana».[25] Hay tres metáforas dominantes que representan a las personas que solicitan asilo como *agua* («oleadas»), como *delincuentes* o como un *ejército invasor*. La repetición de estos temas en formas léxicas y sintácticas de un grado de fijación relativamente alto los muestra como la manera «natural» de describir la situación. La «naturalización» de ciertas metáforas puede borrar las fronteras entre lo literal y lo no literal.

En los periódicos británicos aparecen metáforas similares, además de algunas otras:

- El agua se representa como *inundación, ola, diluvio, influjo, inundar, marea, desborde* como en el titular: «La marea humana que el laborismo dejaría entrar» (*The Sun* , 4 de abril de 1992).
- Los refugiados son más delincuentes y más violentos: «Miles de ellos ya han [ingresado en Gran Bretaña] sembrando terror y violencia en las calles de numerosas ciudades inglesas» (*Sunday People*, 4 de marzo de 2001); «Un choque con los que buscan asilo es una bomba de tiempo... que podría estallar cualquier día con una horrorosa violencia pública» (*Scottish Daily Mail*, 13 de abril de 2000). Su deshonestidad inherente es que son *estafadores, falsos, simuladores* y *mentirosos*. «Furia por 20.000 falsos asilados políticos que ingresan a Gran Bretaña burlando el sistema: fuera de aquí» (*Daily Express*, 30 de julio de 2001).
- Los refugiados son *parásitos* y *pordioseros*, que siempre esperan recibir *dádivas* e intentan *exprimir* el sistema.
- Lo anterior resulta fácil porque Gran Bretaña es un *paraíso* con normas generosas (*leche y miel*) y actúa con *excesiva generosidad*: «No dejemos que Gran Bretaña actúe con excesiva generosidad» (*Sunday Mirror*, 4 de agosto de 2001); «El la-

[25] E. El Refaie (2001), «Metaphors we discriminate by: Naturalized themes in Austrian newspaper articles about asylum seekers», *Journal of Sociolinguistics*, 5 (3) (agosto), págs. 352-371.

© gedisa

borismo transformó al Reino Unido en un paraíso para refugiados» (*Daily Mail*, 7 de agosto de 1999); Gran Bretaña es «el principal destino para personas que solicitan asilo político» (*Daily Telegraph*, 19 de febrero de 2001); «La Costa del Dole* de los falsos refugiados» (*Scottish Sun*, 11 de abril de 2000).

- Tales metáforas e imágenes suelen combinarse en el discurso: «Generosidad excesiva que permite el ingreso de refugiados estafadores» (*Press Association*, 4 de noviembre de 1999); «Falsos solicitantes de asilo que siguen inundando Gran Bretaña: Gran Bretaña es excesivamente generosa con los asilos» (*Daily Express*, 26 de abril de 2001); «No podemos admitir a los estafadores, mendigos y sinvergüenzas que están dispuestos a cruzar toda Europa para acceder a nuestro generoso sistema de beneficios sociales» (*The Sun*, 7 de marzo de 2001).
- Los titulares de la columna «Straight Talking», publicada por David Mellor en *People*, componen un collage con estos temas: «Por qué debemos revertir la marea de falsos eurorrefugiados» (29 de agosto de 1999); «Manden a los pedigüeños de vuelta a sus casas antes de que nos desborden» (13 de febrero de 2000); «Saquen de aquí a esta basura» (5 de marzo de 2000). Luego, después de todo lo anterior: «Cuando decir verdad equivale a racismo» (16 de abril de 2000).

Los efectos inmediatos de una malevolencia tan persistente son fáciles de imaginar, pero no tan fáciles de probar. Hubo tres días en agosto de 2001 en que un kurdo que solicitaba asilo fue asesinado a puñaladas en una urbanización de Glasgow, y otros dos kurdos sufrieron ataques. La ACNUR emitió un comunicado en el que declaraba que se trataba de hechos predecibles dado «el clima de denigración de las personas que solicitan asilo político que se percibe en el Reino Unido desde hace unos años». El etiquetamiento es tan exitoso que las expresiones «persona que solicita asilo» y «refugiado» se convirtieron en insultos en los patios de las escuelas.

Como se trata de un ámbito eminentemente político, se ha generado una fuerte oposición. Muchas ONG (dedicadas a la defensa de los derechos humanos y las libertades civiles, o contrarias al racismo) brindan una atención explícita a la lucha contra los efectos nocivos del discurso del pánico. Cada vez más grupos especializados como Press Trust y Refugees, Asylum-seekers and the Mass Media [Refugiados, solicitantes de asilo político y medios de comuniación] o RAM [por sus siglas en inglés] sólo se ocupan de derribar las imágenes y los mitos difundidos por los medios.

* *Dole:* Expresión con la que coloquialmente se refiere al dinero, recibido en calidad de compensación por desempleo, o dinero, ropa, comida entregados por caridad. [T.]

© gedisa

En mayo de 2002, el Gobierno laborista anunció un nuevo paquete de planes bajo la consigna de «aceptación cero»: cierre del campamento para refugiados Sangatte en el lado francés del eurotúnel; intercepción de barcas con inmigrantes ilegales; aceleración de los procesos de deportación. Con el titular «Asilo: 9 de cada 10 son estafadores», el *Daily Star* (22 de mayo de 2002) lanzó un típico pánico parcial contra los «agentes de inmigración renegados». Los agentes de inmigración, formados a expensas de los contribuyentes, están abandonando sus puestos y empleando sus conocimientos y experiencia para abrir consultoras lucrativas que brindan asesoramiento sobre cómo burlar el sistema a las oleadas de falsos candidatos a asilo político.

Extensiones

El concepto de pánico moral despierta un cierto malestar, sobre todo en lo referido a su propia moral. ¿Por qué se rechaza o minimiza el fenómeno *A* describiéndolo como «otro pánico moral», mientras el fenómeno *B*, en apariencia más importante, es ignorado y ni siquiera se lo presenta como candidato a la relevancia moral?

Se trata de preguntas que no son sólo legítimas: son *las* preguntas. Como sucede con las objeciones populares al etiquetamiento, el construccionismo social o la teoría del discurso en general tienen el efecto de reforzar la propia posición que intentan atacar. Son preguntas que sólo se pueden formular si la falta de congruencia entre la *acción* (evento, condición, comportamiento) y la *reacción* se interpreta correctamente como normal y obvia. Señalar las complejidades de la relación entre los objetos sociales y su interpretación no es una «crítica», sino el objetivo principal del estudio de la desviación y el control social. Algunas formas triviales e inocuas de infringir la ley pueden, en efecto, «exagerarse fuera de toda proporción». Y sí, algunos eventos muy graves, trascendentes y horribles (incluso genocidios, masacres políticas, atrocidades y sufrimientos en masa) pueden

© gedisa

ser negados, ignorados o minimizados.[26] La mayoría de los problemas putativos se encuentran entre esos dos extremos; su lugar exacto y sus causas deben ser objeto de una sociología del pánico moral que realice comparaciones dentro de una sociedad y entre distintas sociedades. ¿Por qué, entonces, es que el tipo X de la condición Y genera un pánico moral en un país, pero no en otro con la misma condición?

Todo esto exige, por cierto, una definición más clara del concepto. Los estudiosos del tema han distinguido los elementos que componen las definición original:[27] a) *preocupación* (más que temor) sobre la amenaza potencial o imaginada; b) *hostilidad* : indignación moral hacia los actores (demonios populares) que encarnan el problema y las agencias (trabajadores sociales ingenuos, políticos manejados por sus asesores de prensa) que son los responsables «en última instancia» (y pueden llegar a transformarse, a su vez, en demonios populares); c) *consenso:* un acuerdo generalizado (no siempre total) de que la amenaza existe, es grave y que «hay que hacer algo». La mayoría en la elite y los grupos de influencia, sobre todo los medios de comunicación masiva, deberían compartir tales sentimientos; d) *desproporcionalidad:* una exageración del número y la fuerza de los casos, en términos de daños provocados, ofensa moral, riesgo potencial si se lo ignora. La preocupación entre los ciudadanos no guarda proporción directa con el daño objetivo, y e) *volatilidad:* el pánico se desencadena y disipa de manera repentina y sin previo aviso.

Volveré sobre estos elementos, en especial, los dos últimos. Antes, una lista de teorías más sofisticadas que hace treinta años no estaban en circulación.

1. Construccionismo social

Los fundamentos de *Demonios populares y pánicos morales* residen en la fusión de la teoría del etiquetamiento, la política cultural y la sociología crítica de la década de 1960. En la actualidad, los estudiosos de los pánicos morales no necesitan atravesar esta mezcla de teorías.

[26] Stanley Cohen (2001). *States of Denial: Knowing About Atrocities and Suffering*, Cambridge, Polity.

[27] Por ejemplo, Erich Goode y Nachman Ben-Yehuda (1994), *Moral Panics: The Social Construction of Deviance*, Oxford, Blackwell.

© gedisa

Pueden recurrir directamente a la bibliografía sobre el construccionismo social y la construcción de reclamos.[28] Se trata de un modelo bien desarrollado para estudiar los reclamos contradictorios de víctimas, grupos de interés, movimientos sociales, profesionales y políticos en la construcción de nuevas categorías de problemas sociales.

Entre los casos típicos pueden mencionarse los de los conductores ebrios, los delitos motivados por el odio, el acoso, los problemas ambientales, las categoría psiquiátricas como el trastorno por estrés postraumático y similares, los trastornos de la alimentación y del aprendizaje. Las iniciativas morales tienen diversos orígenes: fuerzas tradicionales «sin interés personal» (como las profesiones relacionadas con la asistencia), grupos de interés (como las empresas farmacéuticas) o la coalición arco iris de grupos identitarios y multiculturales, cada uno de los cuales reclama sus propios derechos y necesidades. La retórica de la víctima y la victimización es el hilo común en estas nuevas formas de reclamos: las víctimas secundarias, como la asociación Mothers Against Drunk Driving [Madres contra conductores ebrios] piden penas más duras; los activistas por los derechos de los animales buscan la criminalización de la crueldad hacia víctimas que no pueden hablar; las víctimas putativas, como los veteranos enfermos de la guerra del Golfo, quieren obtener un reconocimiento oficial del síndrome que sufren y ser indemnizados por ello.

La construcción de problemas sociales requiere siempre alguna forma de iniciativa. Pero no requiere un pánico moral. Cuando se produce esta forma bastante especial de reacción, puede reforzar (y luego ser absorbido por) el proceso de construcción. O nunca llega a ese punto y no pasa de ser un grito de indignación que no lleva a ninguna parte.

«¿Pero hay algo de verdad en ello?» Los construccionistas tienen una variedad de respuestas muy ensayadas para esa pregunta. En la versión «fuerte» o «estricta», lo único que hay son constructos y nada más que constructos; el sociólogo no es más que otros enunciados de denuncias o reclamos. En el construccionismo «débil» o «contextual», el sociólogo puede (y debe) verificar la realidad (para detectar exageraciones) y, al mismo tiempo, mostrar el modo en que los problemas están construidos socialmente. Una distinción que agregaría es entre

[28] Véanse las referencias sobre el construccionismo en el «Listado de lecturas sugeridas».

© gedisa

construcciones *ruidosas,* donde aparecen los pánicos morales (por lo general, en una etapa inicial), que pueden asociarse con un único caso sensacional, y construcciones *silenciosas*, donde los que elaboran las denuncias son profesionales, expertos o burócratas que se desempeñan en organizaciones y que carecen de exposición pública o mediática.

2. Estudios culturales y de los medios

En el momento en que fueron gestados en la década de 1960, conceptos como «pánico moral» y «amplificación de la desviación» mantenían una relación simbiótica con ciertos supuestos sobre los medios de comunicación masiva. Se daba por sentado la existencia de ciertos vínculos causales fundamentales, en especial, que los medios de comunicación son la principal fuente de conocimiento sobre la desviación y los problemas sociales para la ciudadanía. Los medios cumplen uno o más papeles en los dramas del pánico social: a) *Establecimiento de la agenda:* selección de aquellos acontecimientos desviados o problemáticos en el plano social que se consideran dignos de ser informados en las noticias, para luego aplicar filtros más finos en la selección de aquellos que son candidatos a un pánico moral; b) *Transmisión de imágenes:* transmitir lo que denuncian quienes denuncian, ya sea mediante la exaltación o la minimización de la retórica de los pánicos morales, o c) *Romper el silencio, realizar la denuncia.* Con más frecuencia que hace tres décadas, son los propios medios de comunicación los que denuncian. Las exposiciones en los medios (ya sea una nota en el *Guardian* sobre la corrupción en el Gobierno o el titular «¿Le gustaría tener a un pedófilo de vecino?» en el *Sun*) apuntan a una misma conclusión moral: «Nosotros exponemos a los culpables.»

En estos años se han realizado numerosos trabajos al respecto en el campo de la teoría y el análisis del discurso. En la actualidad se esperaría de mí que *interrogara* los discursos de los magistrados de Brighton o los editoriales del *Hasting Observer* como textos o *relatos* a fin de *problematizar* sus *representaciones mediadas* de la posición del *otro distante* hacia una *supuesta realidad externa*. Todo esto está muy alejado de lo que hoy veo como el punto más débil del libro: la relación entre los pánicos morales y los demonios populares. Las muy fundadas críticas de los modelos simples de «estímulo / respuesta» y «efectos» no han tocado casi a otra idea algo débil, la de la amplificación de la

© gedisa
© gedisa

desviación inducida por los medios. No se trata de causalidad en el sentido construccionista (los pánicos morales «causan» los demonios morales mediante el etiquetamiento de más acciones y personas), sino causalidad en el sentido positivista y sin comillas. Tal psicología sigue usando conceptos como los de desencadenamiento, contagio y sugestión. Los modelos cognitivos posteriores resultan mucho más plausibles. Para quienes definen y quienes son definidos, la sensibilización se convierte en una cuestión de marcos cognitivos y límites morales. En vez de plantear un estímulo (mensaje de los medios) y una respuesta (comportamiento del público), buscamos aquellos puntos en que se eleva la conciencia moral («definición de la desviación hacia arriba») o se la rebaja («definición de la desviación hacia abajo»).

En estos años también se produjeron cambios sustanciales en el tratamiento que los medios dan al delito, la desviación y los problemas sociales. Un estudio sobre la información policial en Gran Bretaña en las últimas cinco décadas concluye que el delito se representa cada vez más como una amenaza omnipresente no sólo para las víctimas vulnerables, sino también para la gente común en su vida cotidiana.[29] El foco se desplaza del delito, sus autores y el proceso judicial hacia una cosmología centrada en la víctima. Si se resta relevancia a los orígenes, la motivación y el contexto de los delincuentes, entonces resulta más fácil demonizarlos. El contraste entre predadores peligrosos e inocentes vulnerables permite que los medios construyan lo que Reiner denomina un «vigilantismo virtual». Se lo puede observar en las nuevas realidades de la «justicia de los tabloides»[30] y en la cultura de la víctima fomentada por programas televisivos como el de Jerry Springer.*

Estas ceremonias de establecimiento de límites de corte durkheimiano continúan se siguen celebrando en los medios. Pero se han convertido en acontecimientos desesperados, incoherentes y autorreferenciales. Esto se debe a que chocan contra los cambios en la

[29] Robert Reiner (2001), «The rise of virtual vigilantism: Crime reporting since World War II», *Criminal Justice Matters, 43* (primavera).

[30] Richard L. Fox y Robert Van Sichel (2001), *Tabloid Justice: Criminal Justice in an Age of Media Frenzy*, Boulder, L. Rienner Publishers.

* El «Jerry Springer Show» es un *talk show* estadounidense que muestra historias de personas reales que se caracterizan por ser grotescas o absurdas y provocar discusiones acaloradas entre los panelistas. [T.]

representación del delito y la justicia en los medios desde fines de la década de 1960: la integridad moral de la Policía y otras autoridades se encuentra cuestionada; la criminalidad es menos un ataque a los valores sagrados y consensuados que una cuestión pragmática de daños sufridos por víctimas individuales. Por sobre todo, se puede presentar el delito como parte de un discurso más amplio, el del riesgo. En consecuencia, los relatos de pánicos morales se ven obligados a defender un orden social «más complejo y frágil», una cultura menos deferente.

3. Riesgo

Parte del espacio social que en el pasado estaba reservado a los pánicos morales hoy ha sido ocupado por ansiedades, inseguridades y miedos sociales menos articulados. Son el producto de riesgos específicos: el crecimiento de nuevas «tecnoansiedades» (riesgos nucleares, químicos, biológicos, tóxicos y ecológicos), amenazas de enfermedades, pánicos alimentarios, temores sobre la seguridad de los trenes y aviones, y el miedo al terrorismo internacional. La «sociedad del riesgo», según la conocida formulación de Beck, combina la generación de riesgos con niveles desarrollados de gestión de riesgos sumados a disputas sobre cómo se gestiona dicha gestión. La construcción del riesgo se refiere no sólo a la información pura sobre hechos peligrosos o desagradables, sino también a la forma en que se los evalúa y clasifica o se reacciona ante ellos. Los métodos de predicción de riesgo, como las tablas actuariales, los perfiles psicológicos o las evaluaciones de seguridad, que en épocas recientes han ganado en precisión, se convierten a su vez en objetos de análisis cultural. Si tales métodos llegan a conclusiones diferentes (el Prozac es un fármaco seguro; el Prozac es un fármaco peligroso), el discurso se desplaza hacia los criterios de evaluación o la autoridad, la confiabilidad o la precisión de quien saca las conclusiones. Alejándose aún más de la cuestión original, el desplazamiento adquiere un giro moral, un examen de la personalidad y la integridad moral de los enunciadores: ¿qué derecho tienen a decir lo que dicen? ¿su experticia es apenas otra forma de iniciativa moral?

En la actualidad las reflexiones sobre el riesgo son absorbidas por una cultura más amplia de la inseguridad, la victimización y el miedo. Tanto la cuestión técnica del análisis del riesgo como la cultura más amplia del discurso sobre el riesgo han ejercido influencias sobre el campo de la desviación, el delito y el control social. El fenómeno es evidente en políticas de control del delito, como la *Situational Crime Prevention [Prevención del delito situacional]*, que se basan en el modelo del riesgo y la racionalidad. La ideología contemporánea del control del delito no está del todo dominada por la «nueva penología», que se basa en la prevención, la elección racional, la oportunidad, los modelos actuariales, etc. Para algunos, los nuevos métodos de gobierno y gestión todavía son «interrumpidos» por espasmos episódicos de la antigua moral. Para otros, los teóricos y gestores del sistema de la justicia penal emplean la retórica del riesgo, mientras que la ciudadanía y los medios de comunicación masiva continúan con sus relatos morales tradicionales.[31] Ninguna de estas dos visiones hacen justicia a los hoy estilizados (al borde de la autoparodia) gritos de los pánicos de tabloide, como tampoco a la auténtica indignación, rencor o ira de la multitud que golpea el camión de seguridad fuera del tribunal donde se juzga a un abusador sexual.

El alcance global de la sociedad del riesgo, su cualidad autorreflexiva y su dominio en la actualidad crean un nuevo escenario para los pánicos morales estándar. Las percepciones de un mayor riesgo evocan imágenes de pánico. Y en la retórica populista y electoral sobre cuestiones tales como el miedo al delito, la inseguridad urbana y la victimización, los conceptos de riesgo y pánico se conectan de forma natural. No obstante, el ámbito de la moral política tiene un grado de especificidad tal que impide que pánicos como los de la encefalopatía espongiforme subaguda («mal de la vaca loca») o de la aftosa sean pánicos *morales*. Esta distinción sólo se disolverá si se alcanza a percibir que el análisis del riesgo es *principalmente* moral y no técnico (la irresponsabilidad moral de asumir ese riesgo). Algunos sostienen que lo anterior ya es un hecho. La historia del VIH-SIDA muestra cómo la naturaleza claramente orgánica de la enfermedad puede ser construida en términos morales y llevar a cambios en las posiciones y valores en torno a la sexualidad, el género y el control social. La demografía del riesgo se basó desde un

[31] David Garland (2001), *The Culture of Control*, Oxford, Oxford University Press. [Hay traducción al castellano: *La cultura del control*, Barcelona, Gedisa, 2005.]

© gedisa
© gedisa

principio en la asignación de defectos morales a los homosexuales y otros grupos.

Lo anterior no equivale a afirmar que el lenguaje de la sociedad del riesgo se ha apoderado y debe apoderarse del marco moral.[32] El discurso público sobre el maltrato infantil, los abusos sexuales o el delito callejero predatorio se resiste al lenguaje de las probabilidades. Las estadísticas precisas sobre los bajos niveles de riesgo de convertirse en víctima no brindan más consuelo que un mensaje del servicio de epidemiología médica que consigna que uno se encuentra en una categoría minoritaria de riesgo de sufrir una enfermedad que ya se está padeciendo.

Más interesante que «aplicar» la teoría del riesgo al estudio de los pánicos morales es tener presente que la mayoría de las denuncias de riesgo, seguridad o peligro relativo dependen de la moral política. Como señaló Douglas, los disensos sustanciales sobre «qué cosas representan un riesgo, qué nivel de riesgo representan y qué hacer al respecto» son irreconciliables en términos puramente objetivos. Además, la percepción y aceptación del riesgo guarda una estrecha relación con la cuestión de a quién se percibe como responsable de causar el peligro o daño y a quién se percibe que se lo causa.[33] Esta asignación de culpas es inherente a los pánicos morales.

Críticas

Armados o no con las nuevas extensiones teóricas, podemos responder a algunas críticas recurrentes a la teoría de los pánicos morales.

1. ¿Por qué «pánicos»?

En los debates sobre la definición, el término «pánico» ha provocado problemas innecesarios. Creo que todavía es válido como metáfora extendida y que, además, existen, en efecto, semejanzas entre la *mayoría* de los pánicos morales y *algunos* de los otros pánicos.

[32] Sheldon Unger, «Moral panic versus the risk society: Implications of the changing sites of social anxiety», *British Journal of Sociology, 52*, págs. 271-792.

[33] Las principales publicaciones sobre el tema de Mary Douglas (*Risk and Culture* y *Risk and Blame*) se presentan en Richard Farndon (1999), *Mary Douglas: An Intellectual Biography*, Londres, Routledge, págs. 144-167.

Sin embargo, el término resulta desafortunado por las connotaciones de irracionalidad y descontrol que encierra. Evoca también la imagen de una multitud o turba enloquecida, esto es, atávica, que actúa por contagio y delirio, susceptible de control demagógico y, a su vez, que controla a otros mediante el «gobierno de la muchedumbre». Las crónicas en periódicos de la última década incluyen las siguientes referencias: «dominado por un pánico moral... clima de pánico moral... presionar el botón del pánico moral... ha estallado (o se ha desatado) un pánico moral... mercaderes (o sembradores) del pánico moral... atrapados por un pánico moral». Yo mismo di lugar a nuevas críticas al usar dos ejemplos bastante particulares de pánicos masivos: por un lado, los engaños colectivos y mitos urbanos, lo cual implicaba que tales percepciones y creencias se basaba en alucinaciones, realidades del todo imaginarias; y por el otro, los desastres naturales, que evocan imágenes de muchedumbres histéricas, totalmente fuera de control, que huyen de un peligro inminente en un sálvese quien pueda.

Si bien en un primer momento me disculpé y acepté que se redujera la idea del «pánico» a una mera metáfora, mantengo mi convicción de que la analogía funciona. En la bibliografía reciente sobre los desastres y los problemas ambientales se ha ampliado la definición de lo social. Se trata de una desnaturalización de la naturaleza. Las contingencias de la vida social cotidiana (las divisiones de poder, clase y género) influyen en los riesgos y las consecuencias de la exposición a tales hechos. Los modelos de la «justicia ambiental» muestran cómo peligros tales como la proximidad a desechos nucleares están determinados socialmente. Y así como Erikson se valió de las cazas de brujas y persecuciones religiosas del siglo XVII para comprender cómo la desviación y el control social ponen a prueba y refuerzan las fronteras morales (véase el Capítulo 1), con posterioridad demostró que las catástrofes pueden ser tratadas como hechos sociales.[34] Tales desastres «técnicos» constituyen «la nueva especie de problemas», en contraste con los desastres «naturales» tradicionales. Se han convertido en «accidentes normales», catástrofes que forman parte de la

[34] Kai T. Erikson (1976), *Everything in Its Path: Destruction of Community in the Buffalo Creek Flood*, Nueva York, Simon and Schuster.

© gedisa
© gedisa

normalidad: el derrumbe de una tribuna en un estadio de fútbol, un choque de trenes, la caída de un puente, el hundimiento de un transbordador, las deficiencias en un programa de detección de cáncer. Las consiguientes reacciones no son tan homogéneas, automáticas o simples como se supone cuando se las compara con las complejidades del discurso moral. De hecho, son reacciones similares a las del tan debatido terreno de todos los pánicos morales.[35]

Es necesario explicar con mayor detalle los criterios por los cuales ciertos relatos generados por los medios se reconocen con facilidad como pánicos morales: dramatismo, emergencia y crisis; exageración; valores apreciados que se ven amenazados; un objeto de preocupación, ansiedad y hostilidad; fuerzas o personas malvadas que deben ser identificadas y detenidas; la sensación final de lo episódico y transitorio; etc. Muchos de esos criterios no requieren explicación. Thompson, sin embargo, acierta al observar que dos de ellos resultan genuinamente problemáticos: el de *desproporcionalidad* y el de *volatilidad*.[36] Mientras que los conservadores objetan que los teóricos del pánico moral utilizan la desproporcionalidad de un modo muy selectivo que apenas oculta su agenda política de corte progresista de izquierda, la crítica a la volatilidad proviene de radicales para quienes el supuesto de volatilidad no es lo bastante sólido o político.

2. Desproporcionalidad

El mismo uso del término pánico moral, según este argumento, implica que la reacción de la sociedad es desproporcionada respecto de la verdadera gravedad (riesgo, daño, amenaza) del hecho. La reacción es siempre *más* fuerte (por lo tanto, exagerada, irracional, injustificada) que la que justifica la condición (hecho, amenaza, comportamiento, riesgo). ¿Por qué se presupone lo anterior? ¿Y sobre qué bases se sostiene que la visión del sociólogo es siempre correcta, racional y justificada?

Incluso en términos tan limitados, la presunción de desproporcionalidad es problemática. ¿Cómo se puede evaluar y comparar entre sí el grado de gravedad de la reacción y el de la condición? ¿Se refiere

[35] Véase Phil Scraton (2001), *Hillsborough: The Truth*, Edimburgo, Mainstream.
[36] Thompson, *op. cit.*, págs. 8-11.

© gedisa

a la intensidad, la duración, la extensividad? Por otra parte, según este argumento, no tenemos ni criterios cuantitativos objetivos para afirmar que R (la reacción) es «desproporcionada» respecto de A (la acción) ni criterios morales universales para juzgar que R es una respuesta «inadecuada» dada la gravedad moral de A.

Tal objeción es válida si no hay nada más que un compendio de juicios morales individuales. La única posibilidad de evaluar un pánico moral o juzgarlo como más o menos engañoso que otro es a partir de un compromiso previo con objetivos «externos» como la justicia social, los derechos humanos o la igualdad. Sin embargo, desde un punto de vista empírico, es indudable que hay muchos pánicos donde se puede y debe emitir un juicio de proporcionalidad, aun cuando el objeto de evaluación sea sólo el vocabulario y el estilo retórico. Supongamos que sabemos que, en los tres últimos años, a) X% de las personas que solicitaron asilo político realizaron declaraciones falsas sobre el riesgo de persecución que corrían; b) sólo se reconocieron como verdaderos los testimonios de una proporción menor (digamos un 20%) de este subgrupo, y c) el total de falsos solicitantes de asilo político es de alrededor de 200 por año. Está claro que la denuncia de que «los falsos solicitantes de asilo político inundan el país» no guarda proporción con la realidad.

Desde luego, es evidente que la cuestión no termina aquí: es posible que la contradenuncia sólo lleve a una nueva ronda de denuncias cruzadas. Pero lo anterior no resta importancia, relevancia o actualidad a las cuestiones de la proporción, la congruencia y la adecuación (porque lo único que hay, después de todo, es representaciones). Por lo general, se puede llegar a las principales conclusiones empíricas dentro de cada relato por medio de los métodos más elementales de las ciencias sociales. No sería lógico rechazar tales conclusiones con el argumento de que se trata de meras «pretensiones de verdad» sin «estatus privilegiado». También pueden ser objeto de críticas las afirmaciones basadas en tendencias estadísticas del pasado, cálculos actuales y extrapolaciones hacia el futuro.

El problema es que la naturaleza de la condición («lo que de verdad ocurrió») no tiene que ver con cuántos Mods destruyeron cuántas hamacas de playa a qué precio, ni cuántas jóvenes de catorce años se enfermaron después de consumir qué cantidad de comprimidos de éxtasis en qué discoteca. Las cuestiones relativas al simbolismo, la emoción y la representación no se pueden traducir a conjuntos de

© gedisa

estadísticas comparables. Términos cualitativos como «adecuación» expresan los matices del juicio moral con mayor precisión que la medición cuantitativa (implícita) de los «desproporcionado», pero cuanto más lo hacen, más obvio resulta que se trata de construcciones sociales.

Los críticos tienen razón cuando señalan la existencia de una tensión entre, por un lado, la insistencia en un instrumento de medición universal para determinar la brecha entre la acción y la reacción, y por el otro, la admisión de que la medición es una construcción social y la presentación como apolítica de la decisión de qué pánicos se deben «exponer».

3. Volatilidad

Todas las críticas de «izquierda» comienzan citando *Policing the Crisis*, el estudio realizado en 1978 por Stuart Hall y sus colegas sobre los medios y las reacciones políticas a la violencia callejera, sobre todo los asaltos, por parte de jóvenes negros. Tales críticas contrastan los pánicos morales de la teoría del etiquetamiento, que se caracterizan por ser supuestamente aislados, estar desvinculados de otros factores y depender de los caprichos de la iniciativa moral (una semana son los cultos satánicos; la siguiente, las madres solteras), con una teoría de la ideología del Estado, la ideología política y los intereses de elite, que actúan de manera conjunta para asegurarse el control hegemónico de la agenda informativa. Lejos de ser hechos independientes, esporádicos o repentinos, se trata de movimientos predecibles desde un «lugar» de tensión a otro; todo movimiento se encuentra controlado por intereses idénticos e integrados.

En algunas teorías, no se trata de un contraste, sino de una secuencia. Es muy probable que en algún momento se hayan producido pánicos morales discretos y volátiles, pero en la actualidad han sido reemplazados por una actitud moralista generalizada, un pánico moral permanente fundado en una red de ansiedades sociales sin fisuras. La crisis política del Estado ha quedado desplazada por objetivos menos duros, lo cual genera un clima de hostilidad hacia grupos marginales y hacia la desviación cultural. Hasta el pánico moral más pasajero refleja los intereses de las elites políticas y mediáticas: la legitimación y reivindicación de patrones persistentes de políticas de seguridad, de racismo y de medidas tales el encarcelamiento masivo.[37] La importancia de los medios no reside en el papel que les cabe como difusores de pánicos morales o como impulsores de campañas, sino en el modo en que reproducen y mantienen la ideología dominante.

Un relato secuencial de tales características (de discreto a generalizado, de volátil a permanente) resulta atractivo. Pero, ¿cuándo se produjo? ¿Y cuál fue la naturaleza exacta del desplazamiento? El planteo de Thompson, por ejemplo, según el cual los pánicos morales se suceden cada vez más rápido, no niega su volatilidad. Sin embargo, su idea de que son cada vez más generalizados (los pánicos sobre el abuso infantil llegan a alcanzar a la propia existencia de la familia) no representa un desplazamiento porque la noción de generalización («no se trata sólo de esto») era un rasgo definitorio del concepto original.

La noción de «pánico moral permanente» no es tanto una exageración cuanto un oxímoron. Un pánico es, por definición, un episodio con principio y fin, temporal y espasmódico, un estallido de furia que se extingue por sí solo. De vez en cuando sucede que lo discursos, documentales de televisión, juicios, debates parlamentarios, titulares y editoriales coinciden en esa forma peculiar de manejo de la información y expresión de indignación que llamamos pánico moral. Es posible que todos ellos se originen en el mismo estrato de moral política y malestar cultural y que (de manera muy análoga a los microsistemas de poder de Foucault) tengan una lógica y un ritmo interno semejantes. El atractivo de los pánicos morales exitosos proviene de su capacidad de hacerse eco de ansiedades ya existentes. Pero cada mención es un acto de prestidigitación, una magia sin un mago. Apunta a continuidades: en el espacio (*este tipo de cosas... no es sólo esto*) hacia atrás en el tiempo (*parte de una tendencia... que se viene consolidando desde hace años*), un futuro común condicional (*un problema creciente... irá empeorando si no se hace nada*). Y para una sociedad autorreflexiva, un metamensaje esencial: *Esto no es sólo un pánico moral.*

Hay que estudiar la volatilidad de dos maneras. En primer lugar, ¿qué es lo que hace que los pánicos que han alcanzado su plenitud

[37] Véase William J. Chambliss, «Crime control and ethnic minorities: Legitimizing racial oppression by creating moral panics», en Darnell Hawkins (comp.) (1995), *Ethnicity, Race and Crime*, Albany, State University of New York Press.

© gedisa
© gedisa

se acaben? En mis respuestas originales me limité a especular: 1) una «historia natural» que llega a su fin agotada, aburrida, sin energía, desvaneciéndose; 2) la noción, algo más sofisticada, de los ciclos de las modas, como en la ropa o en el gusto musical; 3) el peligro putativo pierde fuerza, los medios o empresarios se han pasado de la raya con el alarmismo, la información que ofrecen deja de parecer veraz, y 4) se aceptó la información, pero se la reabsorbió con facilidad ya sea en la vida privada o en el ámbito público, y el resultado fue lo que los situacionistas describirían como *recuperación*. Una segunda pregunta se ocupa de los pánicos morales fallidos. ¿Por qué, pese a reunir varios ingredientes, nunca llegaron a conformarse: el peligro de los *alcopops* o *coolers,** los *hackers* informáticos, los cultos, los viajeros *new age*, madres lesbianas, madres de alquiler, robos de bebés, la clonación...

La cuestión de la volatilidad requiere ser orientada con cuidado. Si se domestica la idea de pánico bajo la poco expresiva rúbrica sociológica de «comportamiento colectivo», se pierde el perfil político del concepto. En dicha tradición, un pánico moral no hace más que reflejar temores e inquietudes que son «parte de la condición humana», o «el costado inconformista de la naturaleza humana» y «opera fuera de las estructuras estables y pautadas de la sociedad».[38] Lo opuesto es cierto: sin las «estructuras estables y pautadas» de la política, los medios, el control del delito, las profesiones y la religión organizada, no se podría generar o mantener ningún pánico moral.

McRobbie y Thornton tienen razón cuando sostienen que los medios actuales, más sofisticados, conscientes y fragmentados, han conseguido que la noción original del carácter espasmódico de los pánicos (el «de vez en cuando») pierda vigencia.[39] El «pánico» es más bien un modo de representación en el que se llama la atención de la ciudadanía sobre acontecimientos cotidianos:

> Son la respuesta estándar, una retórica conocida, a veces gastada e incluso ridícula, más que una intervención excepcional de emergencia. Usados por los políticos para orquestar el consenso, por las empresas para promover ventas [...] y por los medios para transformar hechos cotidianos y sociales en noticias, los pánicos morales se construyen a diario.[40]

* Bebidas alcohólicas combinadas con limonadas y cola, vinos frutados y otras bebidas alcohólicas endulzadas que se comercializan en botellas o latas individuales. [T.]

[38] Goode y Ben-Yehuda, *op. cit,* pág. 104.

[39] Angela McRobbie y Sarah L. Thornton (1995), «Rethinking "moral panic" for multi-mediated social worlds», *British Journal of Sociology, 46* (diciembre de 1995), págs. 559-574.

© gedisa

Pero en realidad, no tan «a diario». Es indudable que hace falta actualizar a teoría del pánico moral para adecuarla a las refracciones de los mundos sociales multimediados. Pero los hechos inesperados, extraños, anómalos siguen ocurriendo: el homicidio de James Bulger no es ni un acontecimiento cotidiano ni una historia habitual. El repertorio del discurso mediático y político debe elaborar convenciones especiales para traducir tales anomalías en ansiedades cotidianas a largo plazo. Pero deben mantener el formato de los transitorio y espasmódico, que constituye la esencia de la noticia.

Los fragmentado y lo integrado van de la mano: los pánicos morales tienen su propia trayectoria interna (una microfísica de la indignación) que, no obstante, es iniciada y sostenida por fuerzas sociales y políticas más amplias.

4. ¿Pánicos morales buenos y malos?

La crítica de que la idea de «pánico moral» es un concepto teñido de valores, un mero epíteto político, merece una atención más compleja que la que suele recibir. Es indudable que la utilización del concepto para exponer la desproporcionalidad y la exageración surgen desde un consenso de la izquierda progresista. Tal proyecto empírico se concentra en casos (y tal vez esté reservado sólo a ellos) donde la indignación moral parece estar impulsada por fuerzas conservadoras o reaccionarias. Para los liberales culturales (los «cosmopolitas» de la actualidad), fue una oportunidad para condenar a los defensores de la moral, para desdeñar su estrechez de miras, puritanismo o intolerancia; para quienes sostienen posturas políticas radicales, se trataba de blancos fáciles, el costado más blando de los intereses hegemónicos o de elite. En ambos casos, el objetivo era exponer la reacción social no sólo como una reacción excesiva en términos cuantitativos, sino en primer lugar, como *tendenciosa* (es decir, inclinada en una di-

[40] *Ibídem*, pág. 560.

rección dada) y, en segundo lugar, como *mal orientada* o *equivocada* (es decir, dirigida, en forma deliberada o por error, a un blanco que no constituía el «verdadero» problema).

A medida que el término mismo se fue difundiendo cada vez más en los medios, donde se lo empezó a usar de manera explícita, el origen progresista / contrario a las autoridades de su nacimiento pasó a ser objeto de un creciente debate. Una tendencia popular en el thatcherismo fue defender las mismas metapolíticas y teorías causales que alimentaban los pánicos morales y atacar el uso despectivo del concepto como síntoma de una «desconexión» de lo que piensa la gente y de los temores de la «gente común». Se trata de una retórica populista que los nuevos laboristas han conservado, con la atractiva vuelta de tuerca de que muchos periodistas surgidos del progresismo del *Guardian* (y que en el pasado habían usado el concepto), hoy atacan a la izquierda y su «jerga» por usar el término en forma selectiva.

En Gran Bretaña, el debate público se encuentra trabado en este nivel de polémica periodística. Una secuencia imaginaria:

- El periódico *The Sun* publica que una estudiante de catorce años en Oldham atacó a un profesor con unas tijeras tras recibir una reprimenda por usar vocabulario grosero. El docente debe ser atendido en el hospital. La joven es «de origen asiático»; el profesor es blanco. La Policía investiga el incidente; el miembro del parlamento local denuncia que los ataques violentos iniciados por muchachas se han duplicado en el último año. La historia, con detalles previsibles (el padre de la estudiante había obtenido asilo por razones políticas; los profesores de otras escuelas se resistían a hablar por miedo), aparece en los periódicos sensacionalistas en los dos días siguientes.
- En el cuarto día, el periódico *The Guardian* publica una nota editorial escrita por uno de sus columnistas de opinión. La periodista llama a la cautela antes de que estalle de pleno un pánico moral. La Policía, la escuela y las autoridades educativas niegan que haya un aumento de ese tipo de delitos; nadie sabe de dónde sacó la información el miembro del parlamento. La herida del profesor no era importante. Pese a la irresponsabilidad de los periodistas que difundieron la información errónea, la noticia es retomada por los partidos extremistas que presentan candidatos a las elecciones locales. Los *verdaderos* problemas en lugares como Oldham son el racismo institucionalizado en las escuelas y las particulares presiones que los padres inmigrantes ejercen sobres sus hijas mujeres.
- Al día siguiente, el editorial del *Daily Telegraph* denuncia el artículo del *Guardian* por intentar de forma deliberada evitar y distorsionar la cuestión en nombre de la corrección política. Una vez más, la etiqueta de «pánico moral» se usa para minimizar los temores e inquietudes de la gente común (docentes, alumnos, padres) que se ven obligados a vivir en un clima de violencia todos los días. Al parecer el sindicato de docentes local había advertido dos meses antes que la violencia escolar estaba llevando a que los docentes abandonaran la profesión.

La secuencia habilita a realizar lecturas algo diferentes de la relación entre pánicos morales e ideología política. 1) La versión más débil considera que el concepto es una herramienta analítica o descriptiva de carácter neutro, que no se distingue de otros términos del campo (como «campaña» u «opinión pública»). Sucede que es un término del que se han valido los progresistas de izquierda (y sus amiguitos sociólogos) para socavar las ideologías conservadoras y las inquietudes populares calificando a sus preocupaciones de irracionales. Pero el término es neutro y no sería difícil revertir su uso. 2) En una versión un poco más fuerte, la apropiación del término por parte de los progresistas ha llegado demasiado lejos y resulta irreversible. No es de esperar que se den casos de conservadores que buscan denunciar como «pánicos morales» las inquietudes progresistas o radicales. 3) Una tercera versión va más allá. La genealogía del término, su uso actual y su significado popular permiten una única lectura: además de estar «teñido de valores», el término pretende ser una herramienta crítica para exponer los intereses e ideologías dominantes. La secuencia de la violencia escolar expone apenas una ronda en la batalla entre representaciones culturales.

Las tres posiciones se asientan sobre un terreno poco firme. En algunos casos, la lógica del etiquetamiento de las reacciones sociales como pánico moral puede, en efecto, derivar en distintas formas de no intervención: ya sea porque las reacciones se basan en un error de percepción literal, o porque el problema no merece un grado de atención tan elevado. Los casos difíciles son los más interesantes: se

© gedisa © gedisa

reconoce la existencia de un problema, pero se niegan, evaden o disputan su interpretación cognitiva o implicancias morales.

Son esas interpretaciones las que conforman el discurso de la negación: *negación literal* (no pasó nada); *negación interpretativa* (algo pasó, pero no es lo que usted piensa); y *negación implicatoria* (lo que pasó no es tan malo y se lo puede justificar). En vez de exponer pánicos morales, mi propia política cultural implica, en un sentido, *alentar* algo similar a los pánicos morales sobre las atrocidades masivas y el sufrimiento político, y procurar exponer las estrategias de negación que se despliegan para evitar que se reconozcan tales realidades. Todos los trabajadores culturales (ocupados en construir problemas sociales, plantear hipótesis y establecer agendas públicas) pensamos que estamos generando pánicos morales «buenos». Tal vez podamos *recrear* ex profeso las condiciones que hicieron que el pánico de los Mods y los Rockers fuera tan exitoso (exageración, sensibilización, simbolización, predicción, etc.) y de ese modo superar las barreras de la negación, la pasividad y la indiferencia que impiden que se reconozcan plenamente la crueldad y el sufrimiento humanos.

La patética facilidad y la credulidad con las que los medios de comunicación caen en la trampa de los pánicos morales convencionales puede contrastarse con la profunda negación que se esconde detrás de su negativa a sostener un pánico moral sobre torturas, masacres políticas o sufrimientos sociales en lugares lejanos. Se ha llegado incluso a atribuir la indiferencia de la ciudadanía y de los medios a estados profundos como una «fatiga de compasión».[41] Moeller describe un estupor cognitivo y moral en el que los umbrales de atención han subido con tal rapidez que los medios intentan con más desesperación «ajustar» los criterios que se deben seguir al cubrir las noticias. En la jerarquía que establece qué acontecimientos y problemas se van a cubrir, la lesión de tobillo de un futbolista capta más atención mediática que una masacre política.

A veces (como muestra Moeller en su análisis de la cobertura de los conflictos en Bosnia y Ruanda), los medios procuran crear una preocupación moral, pero luchan contra una palpable negación del público. No se trata tanto de fatiga de compasión como de evitación de la compasión: «Al encontrarse ante imágenes de cadáveres

[41] Susan D. Moeller (1999), *Compassion Fatigue: How the Media Sell Disease, Famine, War and Death*, Nueva York, Routledge.

putrefactos o cuerpos hinchados que flotaban contra las orillas del río, miraban para otro lado, incluso cuando creían que la noticia era importante».[42] Los desplazamientos de umbrales de atención que describe la autora (la forma desconcertante en que los niveles de compasión suben y bajan, los límites difusos de lo que se acepta como normal) son idénticos a la volatilidad de los pánicos morales.

Mi libro concluía con una vaga predicción de que se iban a generar más demonios populares «sin nombre». Las causas de la delincuencia juvenil actual hoy son más claras: el clima de desconfianza y de individualismo darwiniano generado por el thatcherismo y mantenido por el nuevo laborismo; las economías de mercado poco reguladas; la privatización de los servicios públicos, los ajustes en la asistencia social; la desigualdad creciente y la exclusión social. Los jóvenes delincuentes carecen de nombre no en el sentido banal con el que lo usé entonces (no poder anticipar los nombres de lo estilos de subculturas que reemplazarían al Mod y al Rocker), sino porque siguen siendo anónimos en las escuelas, urbanizaciones o barrios suburbanos de los que provienen. Las imágenes pictóricas y verbales se aplican con menos problemas a la denominación de controles sociales: vigilancia del delito, prevención situacional del delito, circuitos de televisión cerrados, tolerancia cero, *three strikes and you're out,** órdenes contra comportamientos antisociales. Políticas sociales que en el pasado se consideraban anormales (el encarcelamiento de cientos de personas que solicitan asilo político en centros de detención, a cargo de empresas privadas con fines de lucro que las administran como campamentos punitivos de tránsito) hoy se ven como normales, racionales y convencionales.

La idea de que los problemas sociales son construcciones sociales no cuestiona su existencia ni desestima cuestiones como la causalidad, la prevención o el control. Focaliza la atención en un meta debate sobre qué tipo de reconocimiento recibe y merece el problema. Lo que está en cuestión es, de hecho, la *proporcionalidad*. No

[42] *Ibídem*, pág. 306.

* Expresión tomada del campo del béisbol cuyo significado es «tres golpes fallidos o *strikes* con el bate y quedas afuera», que se emplea para referirse a una norma del estado de California, EE.UU., para imputados reincidentes, según la cual quienes hayan cometido dos delitos graves y cometen un nuevo delito, cualquiera sea su gravedad, serán condenados a cadena perpetua, y no podrán solicitar la libertad condicional antes de 25 años. [T.]

es, en efecto, posible calcular con exactitud los costos humanos del delito, la desviación o las violaciones a los derechos humanos. En el sufrimiento, el daño, la crueldad, la pérdida y la inseguridad que se inflingen de manera deliberada hay matices muy complejos a los que no se puede colocar en un orden de gravedad exacto, racional o que cuente con aceptación universal. Pero algunas disparidades son tan burdas, algunos planteos tan exagerados, algunas agendas políticas tan tendenciosas, que sólo se las puede calificar de algo así como, en fin, «injusticia social».

No es que los sociólogos tengan un estatus privilegiado por señalar esta situación y proponer políticas para enmendarla. Pero aun si se relegara su papel al de meros comentaristas, les cabría no sólo exponer la *falta de reacción* (apatía, negación e indiferencia), sino también trazar las comparaciones que podrían exponer la *reacción desproporcionada* (exageración, histeria, prejuicio y pánico). Tales «reacciones» pueden compararse al campo de percepción del que se ocupa la sociología del riesgo: la evaluación no del riesgo en sí, ni la forma en que se lo administra, sino los modos en que se lo percibe. Aun cuando ni siquiera se plantea un peligro físico (muerte, provocación de dolor, pérdida financiera), el delineamiento y refuerzo de fronteras morales es tan semejante como la comparación entre la contaminación física y moral postulada por Mary Douglas. No es fácil modificar las percepciones que la gente tiene acerca de la gravedad relativa de tantos problemas sociales distintos ya que la propia cognición está socialmente controlada. Y las cogniciones que importan en este caso son las que transmiten los medios.

Es por ello que los pánicos morales son luchas políticas condensadas cuyo objetivo es controlar los medios de reproducción social. Su estudio es una tarea fácil y muy entretenida. Nos permite, además, identificar y conceptualizar las líneas de poder en cualquier sociedad, los modos en que se nos manipula para que nos tomemos algunas cosas demasiado en serio, y con menos seriedad que la necesaria otras.

© gedisa

© gedisa

1

DESVIACIÓN Y PÁNICOS MORALES

Al parecer, una vez cada tanto las sociedades se ven obligadas a atravesar periodos de pánico moral. Aparece una condición, un episodio, una persona o un grupo de personas y se lo define como una amenaza a los valores e intereses de la sociedad; en los medios de comunicación masiva se presenta su naturaleza de manera estilizada y estereotípica; editores, obispos, políticos y demás personas bienpensantes se encargan de erigir barricadas morales; se consulta a expertos reconocidos que emiten sus diagnósticos y soluciones; se elaboran o (con más frecuencia) se recurre a formas de encarar la situación; luego la condición inicial desaparece, se sumerge o deteriora y se vuelve más visible. A veces el objeto del pánico es bastante novedoso, y otras, existe desde hace tiempo, pero de repente aparece en el candelero. A veces el pánico pasa y cae en el olvido, salvo en la memoria popular y colectiva; otras, tiene repercusiones más graves y perdurables y puede llegar a producir cambios en las políticas legales y sociales o incluso en la forma en que la sociedad se concibe a sí misma.

Uno de los tipos de pánico moral más recurrentes en Gran Bretaña a partir de la segunda guerra mundial está vinculado con el surgimiento de diversas formas de cultura juvenil (originadas, en un principio, en la clase obrera, pero que en épocas más recientes tienen con más frecuencia un origen de clase media o estudiantil) caracterizadas por sus comportamientos desviados o delictivos. Tales culturas suelen asociarse, en mayor o menor medida, con la violencia. Los Teddy Boys, los Mods y los Rockers, los Hell Angels, los Skinheads y los Hippies son todos fenómenos de este tipo. El problema de la droga, la militancia estudiantil, las manifestaciones políticas, la violencia en el fútbol, las distintas formas de vandalismo y de delitos y violencia en general han producido reacciones análogas. Pero los Teddy Boys o

los Mods y los Rockers se destacan porque no se los identifica sólo en términos de acontecimientos particulares (como manifestaciones) o formas de comportamiento socialmente condenadas (como el consumo de drogas o la violencia), sino como grupos sociales reconocibles. En la galería de tipos sociales que la sociedad construye para mostrarles a sus miembros qué modelos deben evitarse y cuáles emular, se ha reservado para dichos grupos un lugar fijo como demonios populares: recordatorios visibles de lo que no debemos ser. Las identidades de esos tipos sociales son propiedad pública y en el caso de estos grupos de adolescentes en particular, se convierten en símbolos (por lo que fueron y por el modo en que se reaccionó ante ellos) de gran parte de los cambios sociales que se produjeron en Gran Bretaña en los últimos veinte años.

En este libro deseo presentar un estudio de caso detallado del fenómeno de los Mods y los Rockers (que abarcó gran parte de la década de 1960) para ilustrar algunos de los rasgos más característicos del surgimiento de esos episodios colectivos de desviación juvenil, así como de los pánicos morales que generan y sobre los que dependen para su crecimiento. Los Mods y los Rockers son uno de los muchos conjuntos de personajes mediante los cuales se recordará la década de 1960 en Gran Bretaña. Una década no es sólo un lapso de tiempo, sino un periodo que se mide por su asociación con ciertas modas, locuras, estilos o (de un modo menos efímero) un cierto espíritu o *kulturgeist*. Una expresión como «la década de 1920» basta para evocar las formas culturales del periodo, y aunque no ha pasado tanto tiempo desde la década de 1960 para que se haya alcanzado una comprensión cabal de la época, no es porque nuestros historiadores culturales instantáneos no lo hayan intentado. En los álbumes de fotografías culturales de la década en Gran Bretaña,[1] los Mods y los Rockers aparecen junto al caso Profumo, el Gran Robo al Tren, los Krays, los Richardson, los Beatles, los Rolling Stones, el obispo de Woolwich, la revista *Private Eye,* David Frost, Carnaby Street, los asesinatos de los páramos, el surgimiento

[1] Por ejemplo, Christopher Booker (1969), *The Neophiliacs: A Study of the Revolution of English Life in the Fifties and Sixties*, Londres, Collins; David Bailey y Francis Wyndham (1965), *A Box of Pin-Ups*, Londres, Weidenfeld y Nicholson; Bernard Levin (1970), *The Pendulum Years*, Londres, Jonathan Cape; y (de un modo distinto) Jeff Nuttal (1970), *Bomb Culture*, Londres, Paladin.

© gedisa

del «powellismo», el problema de Rodesia, como los tipos y escenas de la década de 1960.

En los primeros años de la década, el término «modernista» se refería únicamente a un estilo de vestimenta; el término «rocker» apenas se conocía fuera de los pequeños grupos que se identificaban a sí mismos como tales. Cinco años después, el editor de un periódico se referiría a los incidentes entre Mods y Rockers como hechos «sin precedentes en la historia inglesa» mientras circulaba el rumor de que se habían enviado tropas para sofocar posibles disturbios generalizados. Han pasado otros cinco años y hoy estos grupos ya casi desaparecieron de la conciencia pública, y permanecen en la memoria colectiva sólo como demonios populares del pasado con quienes se pueden comparar los horrores de la actualidad. En el ascenso y la caída de los Mods y los Rockers se encuentran todos los elementos a partir de los cuales se puede generalizar sobre los demonios populares y los pánicos morales. Y a diferencia de la década anterior, que sólo había producido a los Teddy Boys, estos años fueron testigos de una rápida sucesión de demonios populares: el Mod, el Rocker, el *greaser*, el militante estudiantil, el drogadicto, el vándalo, el gamberro, el Hippy, el Skinhead.

Ni los pánicos morales, ni los tipos sociales han recibido una atención demasiado sistemática en la sociología. En el caso de los pánicos morales, los dos marcos más relevantes provienen de la sociología jurídica y de los problemas sociales, y de la sociología del comportamiento colectivo. Sociólogos como Becker[2] y Gusfield[3] se han ocupado de los casos de la ley del impuesto sobre la marihuana y la legislación de la ley seca, respectivamente, para mostrar cómo se genera la inquietud pública sobre una condición particular y se monta una «cruzada simbólica» que, con publicidad mediática y las acciones de ciertos grupos de interés, culmina en lo que Becker denomina una *iniciativa moral*: «... la creación de un nuevo fragmento de la constitución moral de la sociedad».[4] En otros textos,[5] Becker aplica el

[2] Howard S. Becker (1963), *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, Free Press, capítulos 7 y 8.

[3] Joseph Gusfield (1963), *Symbolic Crusade: Status Politics and the American Temperance Movement,* Urbana, Universidad de Illinois.

[4] Becker, *op. cit.,* pág. 145.

[5] Howard S. Becker (comp.) (1966), *Social Problems: A Modern Approach*, Nueva York, John Wiley.

© gedisa

mismo análisis al estudio de la evolución de los problemas sociales en general. Otra orientación relevante para el estudio de los pánicos morales se encuentra en el campo del comportamiento colectivo. Existen estudios detallados de casos de histeria, fraudes y pánicos de carácter masivo, como también un cuerpo de estudios sobre qué hacen las sociedades cuando se encuentran ante una amenaza repentina o un trastorno provocado por catástrofes o desastres naturales.

El estudio de los tipos sociales puede ubicarse también en el campo del comportamiento colectivo, no tanto de formas «extremas», como los disturbios o las muchedumbres, sino más bien en la orientación general hacia este campo que se encuentra en interaccionistas simbólicos como Blumer y Turner.[6] En esta línea teórica, Klapp[7] ha prestado atención explícita a los tipos sociales, pero aunque el autor analiza el modo en que tipos sociales como el héroe, el villano y el loco sirven de modelos para una sociedad, su principal preocupación es la clasificación de los distintos subtipos dentro de cada una de esas categoría (por ejemplo, el renegado, el parásito, el corruptor, como tipos de villanos) y la enumeración de nombres de personas que los estadounidenses consideran ejemplos de cada uno. Klapp no investiga de dónde surge tal tipificación y se encarga de manifestar su aprobación de los procesos por los cuales se facilita el consenso social mediante la identificación con los tipos de héroes y el odio hacia los tipos de villanos.

El principal aporte al estudio del proceso de tipificación social en sí proviene del abordaje interaccionista o transaccional de la desviación. Tal enfoque se centra en cómo la sociedad etiqueta a quienes infringen las normas como integrantes de grupos desviados, y cómo una vez que la persona queda etiquetada de esa manera, sus actos son interpretados en términos del estatus que se le ha atribuido. Es a esta corriente teórica a la que debemos recurrir principalmente para orientarnos en nuestro estudio de los pánicos morales y de los tipos sociales.

[6] Véanse Herbert Blumer (1957), «Collective behaviour», en J. B. Glitter (comp.), *Review of Sociology*, Nueva York, Wiley; y Ralph Turner y Lewis M. Killian (1957), *Collective Behaviour*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall.

[7] Orrin E. Klapp (1962), *Heroes, Villains and Fools: The Changing American Character,* Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall.

© gedisa

El enfoque transaccional de la desviación

El estudio sociológico del delito, la delincuencia juvenil, el consumo de drogas, las enfermedades mentales y otras formas de comportamiento socialmente desviado o problemático ha sufrido, en la última década, una reorientación radical. Tal reorientación es parte de lo que se podría llamar una revolución *escéptica* en la criminología y en la sociología de la desviación.[8] La tradición anterior era *canónica* en el sentido de que consideraba que los conceptos con los que trabajaba eran autorizados, estándar, aceptados, dados e incuestionables. La nueva tradición es escéptica en el sentido de que cuando se encuentra con términos como «desviado», pregunta «¿desviado para quién?» o «¿desviado de qué?»; cuando algo se le presenta como un problema social, pregunta «¿problemático para quién?»; cuando ciertas condiciones o comportamientos se describen como disfuncionales, vergonzantes, amenazadores o peligrosos, pregunta «¿según quién?» y «¿por qué?». Dicho de otro modo, no supone que se deba considerar como dados a tales conceptos y descripciones.

La existencia empírica de formas de comportamiento etiquetadas como desviadas y el hecho de que las personas pueden decidir de manera conciente e intencional que son desviadas no tienen por qué hacernos suponer que la desviación es una propiedad inherente a un acto, ni que se trata de una cualidad atribuible a un actor. La formulación de Becker sobre la naturaleza transaccional de la desviación se cita con tanta frecuencia que prácticamente ha adquirido ella misma un carácter canónico:

> ... la desviación es creada por la sociedad. No me refiero a la forma en que esto se suele entender, que atribuye las causas de la desviación a la situación social del individuo desviado o a los «factores sociales» que impulsan sus acciones. Me refiero, más bien, a que *los grupos sociales*

[8] Sólo se puede entender la revolución escéptica como parte de una reacción más general en las ciencias sociales en su conjunto contra los modelos, imágenes y metodologías del positivismo dominante. Obviamente, el estudio de esta conexión queda fuera del alcance de este libro. Para una reseña sobre la forma peculiar que adoptó el positivismo en el estudio del delito y la desviación y las posibilidades de trascender sus paradojas, la obra de David Matza resulta insoslayable: *Delinquency and Drift,* Nueva York, Wiley, 1964 y *Becoming Deviant*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1969.

© gedisa

> *crean la desviación cuando elaboran normas cuya infracción constituye la desviación* y aplican tales normas a personas particulares a las que etiquetan como marginales. Desde esta perspectiva, la desviación *no* es una cualidad del acto que la persona comete, sino una consecuencia de la aplicación al «infractor» de normas y sanciones por parte de terceros. Es desviado aquel a quien se ha aplicado con éxito dicha etiqueta; el comportamiento desviado es aquel que la gente etiqueta como tal.[9]

Lo anterior significa que quien estudia la desviación debe cuestionar, y no aceptar como dado, el etiquetamiento de desviados o problemáticos que reciben ciertos comportamientos por parte de la sociedad o de ciertos grupos de poder. La importancia de los transaccionalistas radica no sólo en que reformularon el truismo sociológico según el cual el juicio de desviación es en última instancia relativo a un grupo en particular, sino en que procuraron entender las implicancias que ello tiene para la investigación y la teoría. Lo que plantean es que aparte de las preguntas típicas sobre la desviación que la gente suele hacer y que el investigador se esfuerza por contestar (¿por qué lo hacen?, ¿qué clase de personas son?, ¿cómo podemos evitar que lo vuelvan a hacer?), hay al menos tres preguntas *definitorias* adicionales: ¿por qué existe la norma cuya infracción constituye un acto de desviación? ¿Cuáles son los procesos y procedimientos involucrados en la identificación de una persona como desviada y en la aplicación de la norma a esa persona? ¿Cuáles son los efectos y consecuencias de su aplicación, tanto para la sociedad como para el individuo?

Se ha interpretado erróneamente que los teóricos escépticos no van más allá del planteo de estas preguntas definitorias y que, además, consideran que las preguntas sobre el comportamiento carecen de relevancia. Si bien es cierto que han advertido sobre los callejones sin salida a los que pueden conducir las preguntas sobre el comportamiento (¿sabemos realmente qué distingue a un individuo desviado de otro que no lo es?), lo que postulan también tiene implicancias positivas para tales preguntas. Consideran que la desviación es un proceso de conversión (movimientos de duda, compromiso, desvío, culpa) antes que el resultado de la posesión de un conjunto de rasgos y características de carácter fijo. Esto es así incluso en las formas de desviación que suelen pensarse como intrínsecas de una persona: «Nadie», apunta Laing, «tiene esquizofrenia como se tiene un resfrío».[10] El sentido y la interpretación que la persona desviada da a sus propios actos resultan cruciales para la teoría, como lo es el hecho de que estas acciones suelen parecerse a otras formas de comportamiento que gozan de aprobación social.[11]

[9] Becker, *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, *op. cit.*, pág. 9.

La perspectiva transaccional no implica que se seleccione de manera arbitraria a personas inocentes para hacerles cumplir el papel de desviadas, o que se exageren condiciones inocuas para presentarlas como problemas sociales. Tampoco implica que una persona a la que se etiqueta como desviada tenga que aceptar dicha identidad: el hecho de ser atrapado y etiquetado en público es apenas una contingencia crucial que *puede* estabilizar una carrera de desviación y mantenerla en el tiempo. Gran parte de la obra de estos autores se ocupa de la naturaleza problemática de las reacciones de la sociedad ante la desviación y el modo en que esas reacciones impactan en el comportamiento. Se lo puede estudiar a escala individual (por ejemplo, ¿qué efecto tiene en un alumno que su profesor le diga que es un «gamberro que nunca debería haber estado en una escuela como ésta»?) o, a escala mayor, en el ámbito de la sociedad (por ejemplo, ¿cómo crean y dan forma al «problema de la droga» determinadas medidas sociales y jurídicas?).

El intento más claro de comprender la naturaleza y el efecto de la reacción de la sociedad ante la desviación se encuentra en los escritos de Lemert.[12] Una de sus propuestas, por ejemplo, es la importante distinción entre desviación primaria y secundaria. La desviación primaria, que puede ser el resultado de diversos factores, se refiere al comportamiento que, aunque pueda traer problemas al individuo, no provoca una reorganización simbólica en el nivel del modo en que el sujeto se concibe a sí mismo. La desviación secundaria se produce

[10] R. D. Laing (1965), *The Divided Self*, Harmondsworth, Penguin, pág. 34.

[11] Para una reseña más completa de estas y otras implicancias de la posición escéptica, véase mi prólogo y epílogo a Stanley Cohen (comp.) (1971), *Images of Deviance*, Harmondsworth, Penguin. En ese volumen se pueden encontrar algunos ejemplos de trabajos influidos por esta tradición, pero de manera más directa sobre todo en la excelente colección de escritos interaccionistas: Earl Rubington y Martin S. Weinberg (comps.) (1968), *Deviance: The Interactionist Perspective*, Nueva York, Collier-Macmillan.

[12] Edwin M. Lemert (1951), *Social Pathology: A Systematic Approach to the Study of Sociopathic Behaviour*, Nueva York, McGraw Hill, y (1967) *Human Deviance, Social Problems and Social Control*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall.

© gedisa
© gedisa

cuando el individuo emplea su desviación, o un papel que se base en ella, como medio de defensa, ataque o ajuste a los problemas creados por la reacción de la sociedad ante dicha desviación. Así, la reacción de la sociedad no se concibe como la causa «original» de la desviación, sino como su causa «efectiva»: la desviación se vuelve significativa cuando se convierte subjetivamente en un papel activo que se vuelve el fundamento de asignación de estatus social. La desviación primaria sólo afecta de manera marginal el estatus social y la concepción de sí en la medida en que no pasa de ser sintomática, situacional, racionalizada o «normalizada» de alguna manera como una variación aceptable y normal.

Lemert comprendía bien que la transición desde la desviación primaria a la secundaria era un proceso complicado. Por qué se produce la reacción de la sociedad y qué forma adopta dependen de factores tales como la magnitud y visibilidad de la desviación, mientras que el efecto de la reacción depende de numerosas contingencias y es en sí mismo apenas una contingencia en la evolución de una carrera de desviación. De este modo, la relación entre la reacción y cómo el individuo la incorpora a su propia identidad no es en modo alguno inevitable; dicho de otro modo, la etiqueta de desviado no siempre «se pega». Tal vez el individuo logre ignorar o racionalizar la etiqueta, o simular que la acepta. Este tipo de secuencia cara a cara, sin embargo, es sólo una parte de la cuestión: más importantes son las consecuencias simbólicas y no buscadas del control social en general. En cierto sentido, la desviación surge y se estabiliza como un artefacto de control social; debido a ello, Lemert puede afirmar que, «... antiguamente la sociología se apoyaba fuertemente en la idea de que la desviación llevaba al control social. He llegado a la conclusión de que la idea opuesta, es decir, que el control social es el que lleva a la desviación, es igualmente viable y constituye una premisa potencialmente más rica para estudiar la desviación en la sociedad moderna».[13]

Este libro está dirigido en parte a mostrar la viabilidad y riqueza de tal premisa. No obstante, el énfasis se desplaza aquí hacia la tarea lógicamente previa de analizar la naturaleza de un conjunto de reacciones, más que demostrar de manera conclusiva qué efectos podrían haber tenido. ¿Cómo se identificaba, etiquetaba y controlaba a los

[13] Lemert, *Social Pathology*, *op. cit.*

©gedisa

Mods y los Rockers? ¿Por qué etapas o procesos pasó esta reacción? ¿Por qué adoptó su forma particular la reacción? ¿Cuáles eran, dicho, una vez más, en términos de Lemert, las «mitologías, estigmas, estereotipos, patrones de explotación, adaptación, segregación y métodos de control (que) surgieron y se cristalizaron de la interacción entre sujetos desviados y el resto de la sociedad»?[14]

Hay numerosas estrategias (que no son incompatibles entre sí) para estudiar tales reacciones. Una de ellas podría ser tomar una muestra de la opinión pública e indagar sus actitudes hacia la forma de desviación en cuestión. Se podrían registrar las reacciones en contextos cara a cara, por ejemplo, cómo reaccionan las personas ante lo que ven como insinuaciones homosexuales.[15] Se podría estudiar las operaciones y creencias de determinadas agencias de control, como la Policía o los tribunales. O, a partir de todas estas fuentes, se podría construir una etnografía e historia de las reacciones ante una condición o forma particular de comportamiento. Tal estrategia sería muy adecuada para formas de desviación o problemas que se consideran nuevos o sensacionales o que por algún motivo se ven como una amenaza particular. Es así como se han estudiado fenómenos como las «olas de delito» en Massachussets en el siglo XVII,[16] el consumo de marihuana en EE.UU. en la década de 1930,[17] el fenómeno Teddy Boy en Gran Bretaña en la década de 1950[18] y el consumo de drogas en la zona de Notting Hill, en Londres, en la década de 1960.[19] Todas estas reacciones estaban asociadas con alguna forma de pánico moral y es por ello que el presente estudio de los Mods y los Rockers se inscribe en la tradición de tales trabajos. Sin embargo, antes de presentar este caso concreto, deseo justificar el marco focalizando en un portador y productor de pánicos morales de especial importancia: los medios de comunicación.

[14] *Ibídem*, pág. 55.

[15] Véase John I. Kitsuse (1962), «Societal reaction to deviant behaviour: Problems of theory and method», *Social Problems, 9* (invierno), págs. 247-256.

[16] Kai T. Erikson (1966), *Wayward Puritans: A Study in the Sociology of Deviance*, Nueva York, John Wiley.

[17] Becker, *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, *op. cit.*, capítulos 7 y 8.

[18] Paul Rock y Stanley Cohen (1970), «The Teddy Boy», en V. Bogdanor y R. Skidelsky (comps.), *The Age of Affluence: 1951-1964*, Londres, Macmillan.

[19] Jock Young, «The role of the Police as amplifiers of deviancy, negotiators of reality and translators of fantasy: Some aspects of our present system of drug control as seen in Notting Hill», en Cohen, *op.cit.*

©gedisa

La desviación y los medios de comunicación masiva

Una dimensión central para comprender la reacción a la desviación por parte tanto de la ciudadanía en su conjunto como de los agentes de control social es la naturaleza de la información que se recibe sobre el comportamiento en cuestión. Toda sociedad posee un conjunto de ideas sobre cuál es la causa de la desviación (¿se debe, digamos, a una enfermedad o es una perversión voluntaria?), y un conjunto de imágenes sobre quién es el típico individuo desviado (¿se trata de un joven inocente que es llevado por la mala senda o un matón psicopático?), y tales concepciones influyen sobre las acciones que se adoptan respecto de ese comportamiento. En las sociedades industriales, la información sobre cuya base se construyen dichas ideas se obtiene en todos los casos de de segunda mano. Es decir, es información que ya llega procesada por los medios de comunicación, lo cual significa que ha sido sometida a definiciones alternativas de lo que constituye una «noticia» y cómo se la debe recoger y presentar. Es información que, además, está estructurada por las diversas restricciones comerciales y políticas que operan sobre los periódicos, radios y canales de televisión.

El estudioso de la iniciativa moral no puede evitar prestar especial atención al papel que le caben a los medios en la definición y constitución de los problemas sociales. Hace ya tiempo que los medios operan a título propio como agentes de la indignación moral: aunque no estén embarcados de manera consciente en una cruzada o campaña de desprestigio, la manera en que informan ciertos «hechos» basta para generar preocupación, inquietud, indignación o pánico. La coincidencia de esos sentimientos con la percepción de que hay valores que necesitan ser protegidos produce las precondiciones para la creación de nuevas normas o para la definición de problemas sociales. Desde luego, es posible que el resultado no sea tan definitivo como la verdadera creación de nuevas normas o la más rígida aplicación de las ya vigentes. Lo que puede ocurrir es el tipo de proceso simbólico que Gusfield describe en su concepción del «paso moral»: un cambio en la designación pública de la desviación.[20] En el ejemplo de Gusfield, la persona que tiene problemas con la bebida pasa de ser «arrepentido» a ser «enemigo» y finalmente «enfermo». Lo que

[20] Joseph Gusfield (1967), «Moral passage: The symbolic process in public designations of deviance», *Social Problems, 15* (otoño), págs. 175-188.

© gedisa

parece estar sucediendo en la designación pública de los productores o consumidores de pornografía puede pensarse como lo opuesto del ejemplo anterior: han pasado de ser criaturas aisladas y patéticas (cuando no enfermas), ocultas bajo sus abrigos mugrientos, a ser considerados grupos de explotadores despiadados que buscan destruir la moral de la nación.

En términos menos concretos, los medios pueden dejar una sensación difusa de inquietud acerca de alguna situación: «se debería hacer algo al respecto», «¿dónde irá a parar?» o «este tipo de cosas no puede durar para siempre». Esas sensaciones imprecisas son fundamentales a la hora de preparar el terreno para iniciativas ulteriores: Young ha demostrado cómo, en el caso del consumo de drogas, los medios juegan con las preocupaciones normativas de la gente, y cómo, mediante la imposición de ciertas directivas morales en el universo del discurso, pueden crear problemas sociales de forma repentina y dramática.[21] Dicho potencial es explotado de manera consciente por quienes Becker denomina «emprendedores morales» como ayuda en su intento de conseguir apoyo público.

Los medios de comunicación, de hecho, dedican una gran cantidad de espacio a la desviación, los delitos sensacionales, los escándalos, los sucesos extraños e inusuales. Los enfrentamientos de mayor dramatismo entre la desviación y el control en persecuciones, juicios y castigos son objetos de atención recurrentes. Como observa Erikson, «una parte importante de lo que llamamos "noticias" está dedicada a notas sobre comportamientos desviados y sus consecuencias».[22] No se trata sólo de un intento de entretener o de satisfacer alguna necesidad psicológica ya sea de identificación o de castigo indirecto. Tales «noticias», como sostienen Erikson y otros, es la principal fuente de información sobre los lineamientos normativos de una sociedad. Nos informan qué se considera correcto e incorrecto, qué fronteras no se deberían cruzar y cuáles son las formas que puede adoptar el diablo. La galería de demonios populares (héroes y santos, además de tontos, villanos y diablos) se da a conocer, así, no sólo mediante la tradición oral y en el contacto cara a cara, sino a un público mucho más amplio y mediante recursos dramáticos muy superiores.

[21] Young, *op. cit.* y *The Drug Takers: The Social Meaning of Drug-Taking*, Londres, Paladin, 1971.

[22] Erikson, *op. cit.*, pág. 12.

© gedisa

Gran parte del presente estudio estará dedicado a analizar el papel que les cabe a los medios de comunicación en la creación de pánicos morales y demonios populares. Un vínculo potencialmente útil entre ambas nociones (y uno que pone un particular acento en los medios) es el proceso de ampliación de la desviación descrito por Wilkins.[23] La variable clave en este intento de explicar cómo la reacción social puede, en realidad, *aumentar* en vez de reducir o mantener bajo control el nivel de desviación, es la naturaleza de la información acerca de la desviación. Como señalé más arriba, se trata de información que por lo general no se recibe de primera mano, sino que tiende a ser procesada de manera tal que la acción o los actores involucrados quedan representados de forma muy estereotipada. Reaccionamos ante un episodio de, por ejemplo, desviación sexual, consumo de drogas o violencia en términos de la información con la que contamos acerca de ese tipo de fenómenos (en qué medida es típico), nuestro nivel de tolerancia hacia este tipo de comportamientos, y nuestra experiencia directa, que en una sociedad urbana segregada suele ser nula. Wilkins describe (en un lenguaje de neto corte mecanicista tomado de la teoría cibernética) una típica secuencia de reacciones que podría producirse en este punto, que tiene un efecto de espiral o de bola de nieve.

Un acto inicial de desviación o de diversidad normativa (por ejemplo, en la vestimenta) se define como digno de atención, tras lo cual se produce una reacción punitiva. El sujeto desviado o el grupo de sujetos desviados es segregado o aislado de modo tal de alienarlo de la sociedad convencional. Los individuos segregados se perciben a sí mismos como más desviados, se agrupan con otros que se encuentran en una situación similar y de ese modo se produce una mayor desviación. La situación, a su vez, expone al grupo a mayores sanciones punitivas y otras acciones coercitivas por parte de los conformistas; de ese modo, el sistema vuelve a empezar. En este modelo no se presupone que la amplificación *deba* producirse: de la misma manera, no hay una transición automática de la desviación primaria

[23] Leslie T. Wilkins (1964), *Social Deviance: Social Policy, Action and Research*, Londres, Tavistock, cap. 4. Para un intento preliminar de aplicación del modelo a los Mods y Rockers, véase mi «Mods, Rockers and the rest: Community reaction to juvenile delinquency», *Howard Jorunal of Penology and Crime Prevention, XII* (1967), págs. 121-130.

a la secundaria ni a la incorporación de etiquetas desviadas, como apunté más arriba. El sistema o el actor pueden reaccionar, y lo hacen, en direcciones del todo opuestas. Lo que se quiere destacar es un conjunto de tipificaciones de carácter secuencial: en condiciones x, a A le seguirán A1, A2, etc. Todos estos vínculos deben ser explicados (cosa que Wilkins no hace) en términos de otras generalizaciones. Por ejemplo, es más probable que si el grupo desviado es vulnerable y sus acciones son muy visibles, se vea obligado a adoptar identidades de los grupos más poderosos en términos estructurales e ideológicos. Tales generalizaciones y un intento de especificar diversas formas especializadas de amplificación o alternativas al proceso están explicadas en Young[24] para el caso del consumo de drogas. Mi intención aquí es emplear este modelo simplemente como una manera viable de conceptualizar la cadena de «control social que lleva a la desviación», y además, por el énfasis particular que pone en la variable de la «información sobre la desviación» y su dependencia de los medios de comunicación masiva.

El caso de los Mods y los Rockers

Ya he indicado las principales características del marco general que considero conveniente para el estudio de los pánicos morales y los demonios populares. Hay otras perspectivas que parecen adecuadas dadas las características especiales del fenómeno de los Mods y los Rockers comparado con, por ejemplo, el surgimiento de la militancia estudiantil o la aparición de editores de periódicos clandestinos acusados de obscenidad. La primera y más obvia deriva de la bibliografía sobre la delincuencia juvenil subcultural. Tal perspectiva ofrecería el marco estructural para explicar el fenómeno de los Mods y los Rockers como una forma de desviación adolescente entre los jóvenes de clase obrera en Gran Bretaña. La variante de la teoría subcultural postulada por Downes resulta de particular relevancia y en lo personal, coincidiría con la mayoría de las observaciones que realiza en el prólogo de su libro sobre los sucesos entre Mods y Rockers que se produjeron en el lapso transcurrido entre la redacción del libro y su publicación: «Estos acontecimientos no se mencionan

[24] Young (1971), *The Drug Takers, op. cit.*

© gedisa
© gedisa

en las páginas a continuación, sobre todo porque (a falta de pruebas de lo contrario) considero que lejos de negar el principal argumento sociológico del libro, lo corroboran.».[25] En diferentes puntos en estos capítulos, se hará referencia a la pertinencia de la teoría subcultural, aunque mi interés por las preguntas definitorias, más que por las de comportamiento, descarta un análisis profundo en ese sentido.

Otra orientación menos obvia deriva del campo del comportamiento colectivo. Antes señalé que se puede ver los tipos sociales como productos de los mismos procesos que intervienen en la creación de estilos simbólicos colectivos en la moda, la vestimenta y las identidades públicas. Sin embargo, los Mods y Rockers quedaron registrados en la conciencia pública no sólo como la aparición de nuevos tipos sociales, sino como actores en un episodio particular de comportamiento colectivo. El fenómeno adoptó su forma subsiguiente a ciertos episodios particulares: una serie de disturbios que se produjeron de manera regular en balnearios de la costa de Inglaterra entre 1964 y 1966. La imagen pública de esos demonios populares quedó invariablemente asociada con diversos escenarios de alto impacto visual: jóvenes persiguiéndose por la playa, amenazándose con hamacas de playa, corriendo por las aceras, montados en sus motonetas y motocicletas por las calles o dormidos en la playa.

Cada uno de estos episodios (como describiré más adelante) contenían todos los elementos de la clásica situación de multitud que desde hace tiempo constituye el prototipo para el estudio del comportamiento colectivo. Las multitudes, las turbas, las hordas y los disturbios en ocasiones tan variadas como recitales de música pop o manifestaciones políticas han sido estudiadas de manera similar a como lo hizo Le Bon en 1896 en su obra *La Psychologie des Foules [Psicología de las multitudes]*. Formulaciones posteriores como las de Tarde, Freud, McDougall y F. H. Allport no realizaron un aporte significativo y a menudo se limitaban a desarrollar la hipótesis del contagio de Le Bon. En épocas más recientes, una teoría que resulta de mayor utilidad (pese a sus deficiencias desde un punto de vista sociológico) es la «teoría del valor añadido», de Smelser.[26] En

[25] David H. Downes (1966) *The Delinquent Solution: A Study in Subcultural Theory*, Londres, Routledge & Kegan Paul, pág. ix.

[26] Neil J. Smelser (1962), *Theory of Collective Behaviour*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

© gedisa

la secuencia que propone, debe aparecer cada uno de los siguientes determinantes del comportamiento colectivo: a) conductividad estructural; b) tensión estructural; c) crecimiento y expansión de una creencia generalizada; d) factores precipitantes; e) movilización de los participantes para la acción, y f) operación del control social.

La conductividad estructural crea condiciones de permisividad bajo las cuales se considera legítimo el comportamiento colectivo. Junto con la tensión estructural (por ejemplo, las privaciones económicas o la invasión poblacional), es un factor que deja abierta la posibilidad de que se produzcan disturbios raciales y pánicos, surjan sectas y otras formas de comportamiento colectivo. En el caso de los Mods y los Rockers, la conductividad y la tensión corresponden a las fuentes estructurales de tensión postuladas por la teoría subcultural: la anomia, la frustración de estatus, el bloqueo de las oportunidades de entretenimiento, entre otras. El crecimiento y la difusión de una creencia generalizada son importantes porque la situación de tensión debe resultar significativa para los participantes potenciales. La mayor parte de las creencias generalizadas se difunden a través de los medios de comunicación masiva. Ya señalé la importancia de las imágenes reproducidas por los medios para estudiar la desviación en general; al focalizarse en el comportamiento de las multitudes, dicha importancia aumenta en virtud de los modos en que tales fenómenos se desarrollan y se expanden. Como se demostrará, los trabajos de la sociología y la psicología social sobre la histeria y los engaños colectivos o los rumores tienen una pertinencia directa.

Los factores precipitantes son acontecimientos específicos que pueden confirmar una creencia generalizada, desencadenar una tensión o redefinir la conductividad. Como los otros factores del sistema de Smelser, no constituyen, por sí solos, un determinante de nada; por ejemplo, una pelea no inicia un disturbio racial, a menos que se produzca en el marco de una «situación explosiva», o sea, interpretada como tal. Si bien exploraré en detalle los factores precipitantes de los acontecimientos entre Mods y Rockers, mostraré el papel que tuvieron las reacciones sociales en la definición y creación de dichos factores. La movilización de los participantes para la acción refiere, también, a secuencias presentes en los acontecimientos estudiados que serán tratados solamente en términos de los otros determinantes.

El sexto determinante de Smelser (la operación del control social) es, junto con el factor de las creencias generalizadas, el que más nos interesa-

© gedisa

rá para nuestro estudio. Dicho factor, «que en ciertos aspectos... engloba todos los demás»[27] se refiere a las fuerzas con las que la sociedad contrarresta, previene e inhibe el resto de los determinantes: «Cuando aparece un episodio de comportamiento colectivo, su duración y gravedad están determinados por la respuesta de las agencias de control social».[28] Es así que desde una perspectiva teórica levemente distinta (el funcionalismo parsoniano), Smelser atribuye el mismo grado de importancia a los factores de control social destacados en el modelo transaccional.

Un área de comportamiento colectivo especial (y que, a primera vista, resulta algo esotérico) que es de particular relevancia es el campo conocido como «investigación de los desastres».[29] Consiste en un conjunto de estudios sobre el impacto sociológico de las catástrofes, sobre todo los desastres como los huracanes, los tornados y las inundaciones, pero también otras de origen humano como los atentados con bombas. Se han producido modelos teóricos al respecto, y Merton sostiene que el estudio de los desastres permite a la teoría sociológica expandirse más allá de las fronteras del tema inmediato. Las situaciones de catástrofe pueden analizarse como espacios de investigación estratégica para la elaboración de teorías: «Las condiciones de tensión colectiva ponen de relieve aspectos de los sistemas sociales que no son tan visibles en las condiciones estresantes de la vida cotidiana».[30] El valor de los estudios sobre desastres reside en que al comprimir los procesos sociales en un lapso breve, la catástrofe vuelve públicas e inmediatas conductas que suelen ser privadas, y de ese modo, su estudio resulta más factible.[31]

[27] *Ibídem,* pág. 17.

[28] *Ibídem,* pág. 284.

[29] Las antiguas crónicas periodísticas sobre desastres naturales han sido desplazadas por métodos más sofisticados de recolección de datos y teorización. En EE.UU., la organización más importante en este sentido el Disaster Research Group de la National Academy of Science, National Research Council. Los dos estudios más completos sobre el tema son G. W. Baker y D.W. Chapman (1962), *Man and Society in Disaster,* Nueva York, Basic Books y A. H. Barton (1963), *Social Organisation Under Stress: A Sociological Review of Disaster Studies*, Washington, D.C., National Academy of Sciences. Véase también A. H. Barton (1970), *Communities in Disaster*, Londres, Ward Lock.

[30] Robert K. Merton, Prólogo a Barton, *Social Organisation Under Stress*, *op. cit.,* págs. xix-xx.

[31] C. F. Fritz (1963), «Disaster» en R. K. Merton y R. A. Nisbet (comps.), *Contemporary Social Problems*, Londres, Rupert Hart-Davis, pág. 654.

Me encontré con los estudios en este campo hacia el final de mis investigaciones sobre Mods y Rockers, y me impresionó el paralelismo entre lo que estaba empezando a pensar como «pánicos morales» y las reacciones ante un desastre natural. Los investigadores de los desastres han construido uno de los pocos modelos de la sociología que analizan la reacción del sistema social ante un hecho inquietante, perturbador o amenazante. Es evidente que los sucesos de Brighton, Clacton o Margate no constituyen catástrofes de la misma categoría que un terremoto o una inundación; las diferencias son tan obvias que no hace falta explicarlas. No obstante, hubo semejanzas, y las definiciones de «desastre» son tan inconsistentes y amplias que los acontecimientos de los Mods y los Rockers casi podrían ajustarse a ellas. En esas definiciones se incluyen elementos como: la totalidad o parte de una comunidad debe enfrentarse a un peligro real o potencial, debe producirse una pérdida de valores u objetos materiales queridos, con la consecuencia de muertes o heridos o destrucción de propiedades.

Además, muchos de los que trabajan en el campo afirman que la investigación no debe limitarse a las catástrofes reales: un desastre potencial puede tener un impacto tan fuerte como el hecho real. En estudios sobre las reacciones ante engaños o falsas alarmas se observan comportamientos de catástrofe en ausencia de un peligro objetivo. Es importante destacar, como se demostrará en detalle, que un amplio segmento de la comunidad reaccionó ante los acontecimientos de los Mods y los Rockers como si se hubiera producido un desastre: «Lo que importa es la percepción de la amenaza, no su existencia real».[32]

El trabajo de investigación sobre desastres que más me pareció más útil cuando llegué a la etapa de escritura de mi propio material sobre los Mods y los Rockers fue el modelo secuencial desarrollado para describir las fases de una catástrofe típica. Lo que sigue es el tipo de secuencia que se ha distinguido:[33]

[32] I. H. Cissin y W. B. Clark, «The methodological challenge of disaster research», en Baker y Chapman, *op.cit.,* pág. 30.

[33] De: Barton, *Social Organization Under Stress, op.cit.*, págs. 7-22; J. G. Miller, «A theoretical review of individual and group psychological reaction to stress», en G. H. Grosser y otros (comps.) (1964), *The Threat of Impending Disaste: Contributions to the Psychology of Stress*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press, págs. 24-32.

© gedisa
© gedisa

1. *Aviso*: durante el cual surgen, de manera errónea o no, aprensiones fundadas en las condiciones a partir de las cuales puede surgir el peligro. El aviso debe estar codificado para resultar comprensible, y tener una contundencia tal que logre alterar la tranquilidad de la población.

2. *Amenaza*: durante la cual la gente recibe información de otras personas, o señales del desastre en ciernes que indiquen un peligro inminente concreto. Esta fase se inicia con la percepción de algún cambio, pero como sucede con la primera fase, puede estar ausente o quedar truncada en el caso de una catástrofe repentina.

3. *Impacto*: durante el cual se produce el desastre y a continuación, la reacción inmediata y desorganizada ante las muertes, los heridos o la destrucción.

4. *Inventario:* durante el cual todos los que estuvieron expuestos a la catástrofe empiezan a formarse una imagen preliminar de lo que ocurrió y de la situación en la que se encuentran.

5. *Rescate*: durante el cual las actividades se concentran en brindar ayuda inmediata a los supervivientes. Los pobladores de la zona se ayudan entre sí y el suprasistema comienza a enviar asistencia.

6. *Remedio*: durante el cual se emprenden actividades más deliberadas y formales con el objeto de brindar alivio a los afectados. El suprasistema se hace cargo de las funciones que el sistema de emergencia no puede llevar a cabo.

7. *Recuperación*: durante la cual, por un periodo prolongado, la comunidad o bien recupera su antiguo equilibrio, o bien consigue un nivel estable de adaptación a los cambios que se hayan producido como consecuencia del desastre.

Algunas de estas etapas no tienen un paralelo exacto en el caso de los Mods y los Rockers, pero una versión condensada de la secuencia (*Aviso* cubre las fases 1 y 2; luego, *Impacto* e *Inventario*; y *Reacción* engloba las tres fases restantes) constituye un análogo de utilidad. Si se compara este modelo a modelos de la desviación como la amplificación, se observan diferencias obvias y cruciales. En el caso de los desastres, la secuencia se basa en la evidencia empírica; en los diversos intentos de conceptualizar las reacciones a la desviación, en cambio, esto nunca sucede. Además, se supone que las transiciones dentro del modelo de la amplificación o entre la desviación primaria y la secundaria son de carácter causal, no sólo secuencial. Por otra parte, en el

estudio de los desastres, se ha demostrado cómo la forma que adopta cada fase se ve afectada por las características de la fase anterior: de esta manera, la escala de la operación de remedio se ve afectada por el grado de identificación con la víctima. Este tipo de uniformidad no ha quedado demostrada en relación con la desviación.

La naturaleza de la reacción al hecho es importante en diferentes sentidos. En el caso de la catástrofe, el sistema social responde con el objeto de ayudar a las víctimas y elaborar estrategias para mitigar los efectos de posibles desastres futuros (por ejemplo, sistemas de alerta temprana). El desastre en sí se produce independientemente de la reacción. Cuando se produce un hecho de desviación, en cambio, la reacción se considera en parte causativa. La reacción inmediata a un acto determina si se lo clasifica o no como desviado, y el modo en que se informa y se etiqueta ese acto también determina la forma que tendrá de la desviación subsiguiente; esto no sucede con las catástrofes. Dicho de otro modo, mientras que en el caso de las catástrofes, la secuencia es linear y constante (cada vez que se produce un desastre, al aviso le sigue el impacto, y luego la reacción), los modelos de la desviación son circulares y amplificadores: al impacto (la desviación) le sigue una reacción que tiene el efecto de aumentar el aviso y el impacto subsiguientes, y de esa manera, se establece un sistema de retroalimentación. Puesto que el fenómeno de los Mods y los Rockers fue, en efecto, un tipo de desviación generalizada que se manifestó como una serie de sucesos discretos, ambos modelos resultan relevantes. Si bien es posible describir de manera significativa un hecho aislado recurriendo a la analogía del desastre (aviso – impacto – reacción), se puede analizar cada hecho como generador de una reacción potencial que, entre otras consecuencias, podría provocar otros actos de desviación.

Volvamos ahora sobre los objetivos originales del estudio para concluir este capítulo introductorio con un plan del libro. El tema en el que me centro es la génesis y el desarrollo del pánico moral y la tipificación social asociados con el fenómeno de los Mods y los Rockers. En terminología transaccional: ¿qué naturaleza tuvo y cuál fue el efecto de la reacción de la sociedad ante esta forma particular de desviación? Esto implica estudiar los modos en que se percibieron y conceptualizaron las conductas, si había un conjunto de imágenes unitario o divergente, los modos mediante los cuales se transmitieron las imágenes y las formas en que reaccionaron los agentes del con-

© gedisa

trol social. Se analizarán preguntas sobre comportamientos (¿cómo surgieron los estilos Mod y Rocker? ¿Por qué se comportaron de la manera en que lo hicieron algunos jóvenes que en mayor o menor grado se identificaban con estos grupos?), pero se trata de preguntas secundarias. El foco de atención estará puesto en la variable de la reacción de la sociedad.

Hay muy pocos estudios donde se adopte esta perspectiva, y el término «reacción» se ha reificado para cubrir una amplia variedad de interpretaciones. ¿Significa qué se *hace* con la desviación en cuestión, o sólo que se *piensa* sobre ella? ¿Y cómo se hace para estudiar un fenómeno tan nebuloso, cuando la «cosa» contra la que se reacciona abarca hechos de delincuencia juvenil, una manifestación de la cultura juvenil, un tipo social y una serie de hechos concretos? Al adoptar criterios en función de mis intereses teóricos, antes que en función del mejor modo de «operacionalizar» tales conceptos, decidí estudiar la reacción en tres niveles, usando en cada caso una serie de posibles fuentes. La primera fue la reacción inmediata inicial, que estudié principalmente mediante la observación, la observación participante y entrevistas informales del tipo que se emplea en los estudios comunitarios. La segunda fue la reacción organizada del sistema de control social, información que obtuve a partir de observaciones, entrevistas y el análisis de materiales publicados. El tercer nivel fue la transmisión y difusión de la reacción en los medios. Puede encontrarse una descripción detallada de los métodos de investigación y las fuentes de materiales en el Apéndice.

Para mantenerme fiel a la orientación teórica del estudio, presentaré mi argumentación en términos de una secuencia típica de reacciones. En otras palabras, en vez de describir la desviación en detalle y luego analizar la reacción, empezaré con una breve descripción de la desviación, luego me ocuparé de la reacción y por último, volveré a analizar la relación entre la desviación y la reacción. En términos de la analogía con las catástrofes, esto equivale a empezar con el inventario, pasar a las otras fases de la reacción y luego volver a las etapas de aviso e impacto. El libro se divide en tres partes: la primera (y más importante) sigue la evolución y las repercusiones de la reacción de la sociedad, sobre todo como se vio reflejada en los medios y en las acciones del sistema organizado del control social. Esta parte abarca tres capítulos: «El inventario»; «La reacción: Temas recurrentes en las opiniones y actitudes», y «La reacción: Las fases de rescate y remedio». La segunda parte del libro estudia los efectos de la reacción, y la tercera ubica en términos históricos y estructurales el crecimiento de los demonios populares y el pánico moral.

Dada la organización del libro, en la primera parte los Mods y los Rockers apenas aparecen como personas «vivas y reales». Se los verá a través de los ojos de la reacción de la sociedad, y en esta reacción suelen aparecer como objetos despersonalizados, manchas de Rorshach sobre las cuales se proyectan reacciones. Al recurrir a este tipo de presentación mi intención no es sugerir que, aunque en ellas haya elementos de fantasía y percepciones erróneas selectivas, tales reacciones sean irracionales, ni que los Mods y los Rockers no eran personas reales, con orígenes, valores, objetivos e intereses estructurales particulares. Tampoco eran criaturas tironeadas por la fuerzas de la reacción de la sociedad sin posibilidad de defenderse. Presento mi argumentación de esta manera para lograr un cierto efecto, de manera tal que los Mods y Rockers adquieren vida cuando sus supuestas identidades han sido presentadas para el consumo público.

© gedisa
© gedisa

2

EL INVENTARIO

Ya he señalado que prestaré menos atención a los actores que al público. Ahora (antes de analizar las primeras etapas de la reacción) quisiera detenerme sobre el escenario y el decorado característico que sirvieron de marco a las obras dramáticas protagonizadas por los Mods y los Rockers. Las distinciones entre «público», «actor» y «escenario», claro está, son en parte artificiales, porque la analogía dramática en la que se basan no deja de ser una analogía. Conforme se iba desenvolviendo el drama de los Mods y los Rockers, el guión fue cambiando y la reacción de cada nuevo público alteró la naturaleza del escenario. Sin embargo, algunos elementos se mantuvieron, y vale la pena destacar algunas de las características más prominentes del ambiente en el que se desenvolvieron los hechos en la medida en que afectaron las acciones que se llevaron a cabo.

Este tipo de descripción del contexto es poco frecuente entre los sociólogos. Se suelen concentrar en categorías globales como las del delito o la delincuencia juvenil, y analizan tales fenómenos en forma nomotética en un intento por extraer leyes y relaciones generales. Se han dejado las descripciones ideográficas de sucesos o lugares en manos de periodistas o historiadores y si se recurre a ellas, es sólo con fines ilustrativos. Tal vez se la pueda considerar una práctica sociológica legítima en términos de los cánones de la disciplina, pero debido a ello hay información sobre manifestaciones peculiares de esas categorías globales que no ha sido recogida en modos significativos desde un punto de vista teórico. Es así como, en relación con los delitos llevados a cabo por pandillas juveniles, o la violencia juvenil colectiva, existen un cantidad de teorías de un nivel bastante elevado junto con descripciones complejas de los procesos interpersonales que se producen dentro de esos grupos. Pero no son muchas las descripciones naturalistas: de cómo es crecer en un gueto o en una urba-

© gedisa

nización municipal, de la experiencia de estar en un recital de música al aire libre o de participar en un disturbio en un recital de *rock* en la década de 1950.[1] Gran cantidad de la teorización en campos como los de la actividad de bandas delictivas de jóvenes o los disturbios raciales se basa en fuentes muy sesgadas o de segunda mano.

El contexto en el que se produjo el caso de los Mods y los Rockers era un día festivo de verano junto al mar, con todo lo que se asocia con el ritual de tales días. Un periodista que escribió que, «... tal vez no es demasiado arriesgado buscar una explicación [de los disturbios] en las características de un típico fin de semana inglés en la playa»,[2] no exageraba tanto al destacar la importancia de tales elementos situacionales. El escenario ha cambiado poco desde ese día de Pentecostés descrito hace treinta años por Graham Greene en su novela *Brighton Rock*.[3] Hale había llegado a Brighton tres horas antes:

> Se apoyó sobre la baranda cerca del Muelle Palacio y con el rostro vuelto hacia a la multitud de personas que pasaban interminablemente junto a él, como un pedazo de alambre retorcido, de dos en dos, todas ellas con un aire de alegría sobria y decidida. Habían llegado desde la estación Victoria viajando de pie en vagones atestados, tendrían que hacer fila para comer, a medianoche, medio dormidos, volverían bamboleándose en trenes que saldrían con una hora de retraso y luego caminarían cansadas hasta sus casas... Con un esfuerzo inmenso y con inmensa paciencia, conseguían obtener una pizca de placer de ese largo día: este sol, esta música, el traqueteo de los coches en miniatura, los trenes fantasma que corrían entre esqueletos sonrientes debajo del paseo del Acuario, las barras de caramelo Brighton Rock, los gorros de marinero de papel.

En ese mismo paseo del Acuario, entrevisté, en el día de Pentecostés de 1965, a dos jubilados del sur de Londres que habían ido de paseo a Brighton en esa misma fecha casi todos los años desde 1935. Hablaron de cambios que resultaban visibles para cualquiera: se notaba que la gente estaba mejor económicamente, había menos

[1] Para un desarrollo más extenso de este punto, véase mi «Directions for research on adolescent violence and vandalism», *British Journal of Criminology*, *11* (octubre de 1971).

[2] Peter Laurie (1965), *The Teenage Revolution*, Londres, Anthony Blond, pág. 131.

[3] Graham Greene (1965), *Brighton Rock*, Harmondsworth, Penguin, pág. 6.

© gedisa

visitantes por el día y menos autobuses, había menos matrimonios jóvenes («se van todos a la Costa Brava»), las cosas estaban más caras y (por supuesto) se veían muchos más jóvenes. Los jóvenes eran muy visibles: en motonetas, en motocicletas, llenando los trenes, haciendo dedo por las carreteras desde Londres, tumbados en la playa, acampando en los acantilados. Pero aparte de eso, para estos ancianos, las cosas no habían cambiado mucho. No mencionaron, por ejemplo, que había habido un cambio «para mejor» comparado con el Brighton que describe Greene: ya no reinaba el clima de amenaza que rodeaba a los pandilleros con navajas y las batallas en el hipódromo de las décadas de 1920 y 1930.

El escenario del primer suceso de los Mods y los Rockers, el que habría de establecer el patrón de todos los que le siguieron y que le dio al fenómeno su sello distintivo, no fue Brighton, sino Clacton, un pequeño balneario de veraneo en la costa este de Inglaterra. Nunca gozó de la prosperidad y popularidad de Brighton y es el clásico lugar de encuentro de los adolescentes más pesados de la zona Este y de los suburbios del noreste de Londres. Como sucede en Great Yarmouth, el barrio donde más adelante se produjeron nuevos incidentes entre Mods y Rockers, hay un número muy limitado de lugares y entretenimientos para jóvenes.

Las pascuas de 1964 fueron peores que lo habitual. Llovía y hacía frío, y de hecho, ese domingo de Pascua fue el más frío de los últimos ochenta años. Los dueños de tiendas y de puestos callejeros estaban irritados por las pocas ventas; a los jóvenes también les pesaba el aburrimiento y el mal humor, avivado por rumores de que algunos dueños de cafés y bares se habían negado a atender a unos jóvenes. Algunos grupos comenzaron a pelearse y arrojarse piedras por las aceras de la ciudad. Las facciones de los Mods y los Rockers empezaron a separarse, una división que al principio se basaba en la ropa y el estilo de vida y que luego se volvió más rígida, pero que en ese momento todavía no estaba del todo establecida. Los que estaban en motonetas y bicicletas iban y venían por las calles, se rompieron ventanas, se destrozaron algunas cabinas de playa y un joven disparó al aire una pistola de largada. Las calles repletas de gente, el ruido, el fastidio generalizados y las acciones de una policía escasa y sin preparación hicieron que esos dos días resultaran desagradables, opresivos y por momentos atemorizantes. En términos del modelo, esta fue la desviación inicial o el impacto.

© gedisa

Inmediatamente después de un desastre natural, hay un periodo de reacción en el que reina una desorganización relativa, seguido de la fase de inventario, durante la cual quienes estuvieron expuestos a la catástrofe hacen una evaluación de lo sucedido y del estado en que se encuentran. En esta etapa, la base de interpretación de la situación son los rumores y las percepciones ambiguas. Inmediatamente después del colapso de la mina de carbón en Aberfan, por ejemplo, empezaron a circular rumores según los cuales la noche anterior se había visto que la escombrera se movía y había habido otras advertencias a las que no se había prestado atención. Estas informaciones constituirían el principal fundamento de las acusaciones de negligencia contra la National Coal Board; el tema de la negligencia luego se asimiló a actitudes más arraigadas, por ejemplo, la indiferencia por parte del Gobierno central en relación con los intereses de Gales. Examinaré ese tipo de opiniones, actitudes e intereses a largo plazo en el próximo capítulo.

Me ocuparé aquí del modo en que la situación fue interpretada y presentada inicialmente en los medios de comunicación, porque es esta la forma en que la mayoría de las personas reciben imágenes tanto de la desviación como de las catástrofes. Las reacciones se producen sobre la base de esas imágenes procesadas o codificadas: la gente se indigna o enoja, formula teorías y planes, pronuncia discursos, escribe cartas a los periódicos. La presentación de los medios o inventario de los sucesos de los Mods y los Rockers es fundamental pues determina las sucesivas etapas de la reacción.

El lunes a la mañana posterior a los primeros incidentes en Clacton, todos los periódicos nacionales, a excepción de *The Times* (quinto titular menor en la página de las noticias principales), informaron sobre los acontecimientos en nota central. Los titulares hablan por sí mismos: «Día de terror provocado por grupos en motonetas» (*Daily Telegraph*), «Jóvenes toman ciudad por asalto: 97 chicos con chaqueta de cuero detenidos» (*Daily Express*), «Salvajes invaden balneario – 97 detenciones». El martes la cobertura fue similary empezaron a aparecer editoriales, así como la noticia de que se había instado al Ministro del Interior (por lo general no se especificaba *quién* instaba) a iniciar una investigación o actuar con firmeza. Luego se publicaron artículos de fondo con entrevistas a Mods y Rockers. Las crónicas de los hechos fueron reemplazadas por teorías, sobre todo en relación con la motivación de los jóvenes: se los describía como «excitados», «fascinados por la mala fama que tenían», «empeñados en causar destrucción», etc. Tras el relato de los incidentes se brindaban las versiones de los policías y se informaba sobre la intervención judicial y la reacción local. En la cobertura de prensa de cada serie de incidentes se siguió una secuencia similar.

En el exterior, hubo una amplia cobertura en todas partes; sobre todo en EE.UU., Canadá, Australia, Sudáfrica y el resto de Europa. Después de Pentecostés, El *New York Times* y el *Herald Tribune* publicaron fotos de gran tamaño de dos muchachas peleándose. En los periódicos belgas, el epígrafe de las fotos rezaba «*West Side Story* en la costa inglesa».

Es difícil evaluar de manera concluyente el grado de precisión de la información en estas primeras crónicas. Incluso si se hubiera podido observar en directo cada uno de los hechos ocurridos, lo cual resulta imposible desde el punto de vista material, no hay manera de verificar, por ejemplo, si las entrevistas son reales. En muchos casos, uno «sabe» que la entrevista probablemente sea un invento del periodista, al menos en parte, porque es demasiado estereotipada para ser cierta; pero tales conjeturas distan de ser una prueba objetiva. No obstante, sobre la base de los incidentes que a los que efectivamente se asistió, de entrevistas con personas que estuvieron presentes en otros (periodistas locales, fotógrafos, personal en el muelle, entre otros) y de un cuidadoso análisis de las crónicas destinado a identificar zonas de congruencia, se puede trazar un panorama general de las principales distorsiones. En particular, resulta revelador el cotejamiento de las crónicas locales. Además de brindar más detalles y ser más específicas, las crónicas evitan afirmaciones tales como «todos los salones de baile frente a la costa quedaron destrozados» pues no hay habitante de la localidad que no sepa que hay sólo un salón de baile sobre la costa.

Se analizará el inventario mediático de cada uno de los incidentes iniciales bajo tres rubros: 1) Exageración y distorsión; 2) predicción, y 3) simbolización.

Exageración y distorsión

Un periodista (que escribe cuando ya había pasado el momento más álgido del fenómeno de los Mods y los Rockers) recuerda que

© podisa © gedisa

pocos días después de los hechos de Clacton, el subdirector del *Daily Mirror* reconoció en una conversación que «se había exagerado un poco la forma en que se había informado»[4] sobre la cuestión. En esta sección me interesa detenerme en tal «exageración de la información».

El principal tipo de distorsión en el inventario radicó en la forma burda en que se exageró la gravedad de los acontecimientos en aspectos tales como la cantidad de personas que participaron, la cantidad de personas involucradas en hechos violentos, la gravedad de los daños o del nivel de violencia y sus efectos. La distorsión se produce principalmente en el modo y el estilo de presentación que caracteriza a la mayoría de las crónicas policiales: los titulares sensacionalistas, el vocabulario melodramático y el énfasis deliberado en aquellos elementos de la historia que se consideran noticia. El uso reiterado de expresiones como «disturbios», «orgía de destrucción», «batalla», «ataque», «sitio», «tomar por asalto la ciudad» y «hordas estridentes» dejaron la imagen de una ciudad sitiada de la que los turistas inocentes huían para escapar de una horda saqueadora.

Durante el fin de semana largo de Pentecostés de 1964, los periódicos locales de Brighton informaban sobre las «playas desiertas» y los «turistas ancianos» que intentaban huir de los «adolescentes ruidosos». Habría sido necesario buscar en el resto del periódico o estar presente en el lugar de los hechos para saber que en el día en cuestión (lunes, 18 de mayo) las playas estaban desiertas por el mal tiempo. Los «turistas» presentes estaban allí para ver lo que pasaba entre los Mods y los Rockers. Aunque en otros episodios hubo intimidaciones (por ejemplo, en Hastings en agosto de 1964), prácticamente no se registraron en los incidentes de Brighton de ese año. En 1965 y 1966, hubo todavía menos hechos intimidatorios, pese a lo cual se cumplió con el ritual de informar sobre los incidentes con los mismos titulares, el mismo vocabulario y las mismas metáforas que en ocasiones anteriores.

En las siguientes líneas de un artículo del 19 de mayo de 1966 publicado en el *Daily Express* se puede apreciar con claridad el tono de las crónicas: «Papá dormía en una hamaca de playa y mamá hacía castillos de arena con los niños cuando los jóvenes de 1964 invadieron ayer las playas de Margate y Brighton y mancharon la tradicional postal con sangre y violencia».

[4] Laurie, *op. cit.*, pág. 130.

Este tipo de «exageración de la información» no es, claro está, privativo de las crónicas sobre los Mods y los Rockers. Resulta característico no sólo de las crónicas policiales en general, sino también de los diversos inventarios que realizan los medios de comunicación masiva de sucesos tales como protestas políticas, disturbios raciales y hechos similares. Lo que Knopf[5] llama «*shotgun approach*» o estrategia de multiplicar la información por diversos medios simultáneos (la publicación reiterada en primera página, las imágenes impactantes, los recuadros con las últimas novedades de los disturbios) se ha convertido en una práctica aceptada en el periodismo. Tan aceptada que, en realidad, los medios y el público que los sigue han perdido la noción del significado real de las palabras que utilizan. ¿Cómo se «toma por asalto» o «deja sitiada» a una ciudad? ¿Cuántas vidrieras deben romperse para que haya una «orgía de destrucción»? ¿Cuándo se puede hablar de una escena (incluso en forma metafórica) como «manchada con sangre y violencia»? En un comentario sobre el modo en que la voz «disturbio» se emplea para referirse *tanto* a un incidente con un saldo de 43 muertes, 7.000 arrestos y 45 millones de dólares en pérdidas *como* a un episodio en el que tres personas destrozaron la vidriera de una tienda, Knopf señala: «El uso reiterado del término en los medios contribuye a crear un clima de gran sensibilidad en el que la gente tiende a pensar cualquier suceso como un "incidente", cualquier incidente como un "disturbio" y cualquier disturbio como un "motín"».[6]

La exageración en la información no se limitó a los abusos de índole lingüística. También se recurrió a la utilización frecuente de titulares engañosos, sobre todo titulares que no coincidían con lo que se informaba en el cuerpo del artículo: un titular con la palabra «violencia» podía encabezar una crónica donde, en realidad, no se narraba *ningún* hecho violento. Otras prácticas periodísticas que se adoptaron eran más sutiles y a menudo, inconscientes: el uso de un plural genérico (si alguien daba vuelta un bote, se informaba «dieron vuelta botes»), y la técnica, muy difundida entre los corresponsales de guerra, de mencionar dos veces el mismo incidente de modo tal que parezcan dos incidentes distintos.

[5] Terry Ann Knopf (1970), «Media myths on violence», *Columbia Journalism Review* (primavera), págs. 17-18.

[6] *Ibídem*, pág. 20.

© godisa © godisa

Otra fuente de distorsión fue la publicación, por lo general de buena fe, de crónicas que con posterioridad recibían una perspectiva muy diferente ante la aparición de información más fehaciente. La repetición de noticias que son claramente falsas, a pesar de que su falsedad está confirmada, es una práctica que se verifica una y otra vez en los estudios sobre la función que cumple la prensa en la difusión de histerias colectivas.[7] Un ejemplo importante en el inventario sobre los Mods y los Rockers es una historia que fue muy usada, la del «cheque por 75 libras». Muchos medios informaron que un muchacho había declarado ante un tribunal en Margate que pagaría con un cheque las 75 libras que se le habían impuesto en calidad de multa. La historia era verdadera; lo que algunos periódicos no se molestaron por publicar es que la oferta del muchacho no era otra cosa que una bravuconada patética. Tres días después reconoció que no sólo no tenía 75 libras, sino que ni siquiera tenía una cuenta en el banco y que jamás en su vida había firmado un cheque. Sin embargo, cuatro años después del hecho se seguía repitiendo el relato e incluso me lo citaron en una conferencia de jueces en 1968 para ilustrar la imagen de los Mods y Rockers como hordas de jóvenes de buen pasar económico a quienes «no los afectaban las multas».

Pese a que se la vació de su verdadero significado, la historia tenía una base real. En otras ocasiones, se difundieron historias sobre la organización de los jóvenes y quiénes los lideraban o sobre ciertos incidentes de violencia y destrucción particulares cuyo único fundamento eran rumores no confirmados. Tales historias fueron importantes porque (como demostraré en detalle) ingresan a la conciencia de la sociedad y modelan su reacción en etapas posteriores. Vale la pena reproducir el siguiente fragmento, un ejemplo de particular vividez extraído de la cobertura mediática de un incidente en EE.UU.:

> En York, P.A., a mediados de julio en 1968 [...] se informó sobre unos incidentes durante los cuales se arrojaron piedras y botellas. Cuando los hechos de desorden llegaban a su fin, la UPI le encargó a un corresponsal en Harrisburg que buscara información sobre la situación. Un fotógrafo tomó una imagen de un motociclista que llevaba una cartuchera con balas en la cintura y un rifle que le colgaba por la espalda. Tenía un objeto de tamaño pequeño colgando del rifle. El 18 de julio, la foto llegó a la prensa nacional. El *Washington Post* tituló: «MOTOCICLISTA ARMADO – Un motociclista no identificado atraviesa el corazón del distrito negro de York, P.A., donde vuelve a reinar la calma por primera vez desde que los disturbios esporádicos comenzaron hace seis días». El *Baltimore Sun* utilizó la misma foto con un epígrafe similar: «TRANQUILO PERO... Un motociclista no identificado armado con un rifle y con una cartuchera con balas fue uno de los presentes en el corazón del distrito negro de York, P.A. Por primera vez en seis días reinó la calma en la zona».
>
> Lo que la foto sugería era claro: el «motociclista armado» era un francotirador. ¿Pero desde cuándo los francotiradores andan por la calle completamente armados y a plena luz del día? Además, ¿no hay algo incongruente en la decisión de fotografiar a un francotirador, que presumiblemente iba «camino a su trabajo», cuando, según el epígrafe, la ciudad estaba en «calma»? Lo cierto es que el «motociclista armado» era un joven de 16 años a quien le gustaba cazar marmotas, práctica a la que lo había iniciado el padre cuando era pequeño. El 16 de julio, como era habitual en él, el muchacho se había puesto la cartuchera en la cintura y se había colgado el rifle en la espalda, con su licencia de cazador colgando para que todos supieran que iba a cazar animales, no personas. Así salió sobre su moto hacia el bosque y los campos, en busca de marmotas – y del lugar que le esperaba en la prensa nacional.[8]

Ya no en el plano de la forma, sino en el del contenido del inventario, un análisis detallado revela que en gran medida la imagen de la desviación presentada fue, en términos de Lemert, putativa: «... esa porción de la definición que la sociedad hace de lo desviado y que no se basa en el comportamiento objetivo».[9] El siguiente texto está compuesto a partir de fragmentos tomados del inventario formulado por los medios de comunicación:

> Bandas de Mods y Rockers de los suburbios de Londres invadieron, en motonetas y motocicletas, distintas ciudades de la costa. Se trata de jóvenes acomodados, de todas las clases sociales. Viajaron de manera deliberada para provocar problemas con su comportamiento agresivo hacia los visitantes, los residentes locales y la Policía. Se dedicaron a atacar a turistas inocentes y a destruir gran cantidad de bienes públicos. Esto representa una erogación de altas sumas de dinero para reparar

[7] Véase, por ejemplo, Norman Jacobs (1965), «The phantom slasher of Taipei: Mass hysteria in a non-western society», *Social Problems, 12,* (invierno), pág. 322.

[8] Knopf, *op. cit.*, pág. 18.

[9] Edwin M. Lemert (1951), *Social Pathology*, Nueva York, McGraw Hill, pág. 55.

© gedisa

los daños que se suma a las pérdidas adicionales debidas a un posible descenso de la actividad turística resultado del temor de que los hechos se repitan en el futuro.

Los elementos del inventario incluidos en este relato inventado se resumen a continuación:

1. *Bandas*: No hubo prueba alguna de que hayan participado bandas organizadas. Los grupos estaban formados por personas sueltas que en algunos casos formaban agrupaciones más estructuradas sobre la base de lealtades territoriales, como por ejemplo, los *«Walthamstow Boys»*.

2. *Mods y Rockers*. Al menos al principio, los grupos no estaban polarizados en Mods y Rockers. En Clacton, por ejemplo, fue mucho más importante la rivalidad (que ya existía desde hacía años) entre, por un lado, jóvenes de Londres, y por el otro, jóvenes del lugar y de los condados vecinos. La polarización entre Mods y Rockers fue institucionalizada tiempo después y, en parte, como consecuencia de la publicidad mediática inicial. Además, mientras duró el fenómeno, muchos de los jóvenes que acudían a los balnearios no se identificaban con ninguno de los dos grupos.

3. *Invasión desde Londres*: Si bien es cierto que la mayoría de los turistas, jóvenes y mayores, venían de Londres, se trataba, en realidad, lo que sucedía habitualmente en un día festivo. No todos los que cometieron infracciones eran de Londres; muchos eran o bien residentes del lugar o bien de ciudades o pueblos vecinos. Esto fue así sobre todo entre los Rockers en Clacton y Great Yarmouth, que venían en su mayoría de pueblos de la zona de East Anglia. El origen de cincuenta y cuatro jóvenes de los cuales hay información fehaciente, de los sesenta y cuatro procesados en Hastings en agosto de 1964, es el siguiente: Londres o suburbios de Middlexex, veinte; Welwyn Garden City, cuatro; poblados de Kent, nueve; Sussex, siete; Essex, cuatro; y Surrey, diez.

4. *Motocicletas y motonetas*: En cada uno de los hechos la mayoría de los jóvenes presentes llegaron a los lugares en tren o en autobús o a dedo. Los dueños de motocicletas o motonetas fueron siempre una minoría, aunque se trató de una minoría ruidosa que, es cierto, podía dar la impresión de ser ubicua.

5. *Bienestar económico*: No hay información clara como la que se podría obtener a partir de una muestra de los participantes. De las investigaciones realizadas en la organización Brighton Archway Ventures y de la información de todas las demás fuentes surge que los jóvenes no eran particularmente acomodados. Y si nos limitamos a los que fueron procesados por la justicia, no hay fundamento alguno para afirmar que tenían un Bienestar. El ingreso medio semanal de la muestra de Baker y Little's Margate[10] era de 11 libras por semana.[11] Quienes fueron detenidos en el primer episodio en Clacton llevaban en promedio 15 chelines para todo el fin de semana largo. El que más dinero tenía era un limpiador de ventanas que ganaba 15 libras por semana, pero más representativos eran un feriante con un ingreso de 7 libras con 10 chelines, y un oficinista de 17 años ganaba 5 libras con 14 chelines.

6. *Ausencia de diferencias de clase*: Indicios tales como el acento y el lugar de residencia, relevados a partir de documentos judiciales y de la observación, sugieren que tanto las multitudes como los infractores eran en su mayoría de clase trabajadora. En la muestra Baker-Little, el Rocker típico era un trabajador manual no calificado, el Mod típico un trabajador manual semicalificado. Todos, salvo dos, habían terminado la escuela a los 15 años. En Clacton, de los veinticuatro procesados, veintidós habían asistido a escuelas secundarias modernas.* Ninguno tenía oficio ni estudiaba para tenerlo, ni tampoco había entre ellos ningún aprendiz.

7. *Intención deliberada*: La gran mayoría de los jóvenes presentes en las ciudades costeras acudieron allí no con la intención de causar desmanes, sino más bien de ver cómo otros los provocaban. Su sola presencia, su disposición a involucrarse en una situación de desorden y la suma de incidentes relativamente triviales resultaron incómodos y ofensivos; pero si de verdad hubiera habido un gran número de personas con la intención deliberada de provocar problemas, entonces habría habido mucho más desorden. Este punto quedará más claro cuando analice la fase del impacto. La proporción de aquellos que la Policía catalogaría de «alborotadores» fue siempre pequeña. Este núcleo duro fue más evidente en Clacton que en cualquiera de los

[10] De aquí en adelante, la «muestra Barker-Little».

[11] Paul Baker y Alan Little (1964). «The Margate offenders: A survey», *New Society*, 30 de julio. Véase el Apéndice.

* Las escuelas secundarias modernas, o *secondary modern schools,* son un tipo de centro educativo que imparte una educación con más énfasis en los contenidos prácticos o técnicos que en los académicos. [T.]

© gedisa
© gedisa

episodios subsiguientes: veintitrés de los veinticuatro procesados (los detenidos habían sido noventa y siete) tenían antecedentes penales.

8. *Violencia y destrucción*: Los actos de violencia y destrucción son las manifestaciones más tangibles de lo que la prensa y la ciudadanía consideran vandalismo. Tales actos, entonces, fueron el foco de atención, al tiempo que los efectos menos melodrámaticos de los Mods y los Rockers (ser una molestia e incomodidad para muchos adultos) quedaron en un segundo plano. En rigor, si se toman los hechos en conjunto, no se produjeron una gran cantidad de actos de violencia y destrucción. En Margate, el día de Pentecostés de 1964, donde se supone que se produjo uno de los episodios más violentos (el que el *Daily Express* calificó de día de «sangre y violencia»), los únicos incidentes registrados fueron dos personas apuñaladas y un hombre arrojado a un cantero de flores. En Hastings, en agosto de 1964, hubo cuarenta y cuatro condenados, sólo tres de los cuales fueron por ataques a los policías. En Brighton, en Pascua de 1965, de las setenta detenciones sólo siete fueron por ataques. Aun si ampliáramos la definición de «violencia» para que abarcara la obstrucción y el empleo de conductas amenazantes, pocos de ellas tenían como blanco a «turistas inocentes», sino a miembros del grupo rival o, con más frecuencia, de la Policía. El número de casos registrados de daño intencional contra la propiedad también fue bajo (menos del 10% de los casos procesados por la Justicia). El delito más común en todos los casos fue la obstrucción de la labor policial o el empleo de conductas amenazantes. En Clacton, aunque casi ningún periódico hizo alusión a ello, las veinticuatro personas procesadas fueron acusadas de cometer actos «no vandálicos»: robar media pinta de gasolina, intentar robar refrescos de una máquina expendedora, y «obtener crédito por un monto de 7 peniques por medio de estafa y falsedad» (un helado).

9. *Costo de los daños*: Las montos por daños intencionales que se consignan en los tribunales subestiman la magnitud del vandalismo porque gran parte de este tipo de hechos no quedan registrados. No obstante, si se analizan las cifras referidas al costo de los daños se observa que no fueron tan excesivos como se informó. El Cuadro 1 muestra el costo de los daños en los primeros cuatro episodios.

Cuadro 1. Costos de los daños en cuatro ciudades costeras: Pascua y Pentecostés, 1964

Lugar	*Fecha*	*Nº de detenidos*	*Costo estimado de los daños*
Clacton	Pascua, 1964	97	£513
Bournemouth	Pentecostés, 1964	56	£100
Brighton	Pentecostés, 1964	76	£400
Margate	Pentecostés, 1964	64	£250

Fuentes: Cálculos de las autoridades locales citadas en la prensa local.

Hay que recordar también que todos los fines de semana largos se producen daños contra las propiedades de las autoridades locales. Según el subgerente de publicidad de Margate,[12] por ejemplo, el número de hamacas de playa rotas (cincuenta) no fue mucho mayor que las que se rompen durante cualquier fin de semana largo normal; además, el domingo de Pentecostés hubo muchas más hamacas de playa a disposición del público que en ocasiones anteriores.

10. *Pérdidas comerciales*: La prensa, en especial los periódicos locales, destacaron las pérdidas financieras que habían sufrido y habrían de sufrir las ciudades costeras por culpa de los Mods y Rockers, como resultado de cancelaciones de reservas, un descenso en el uso de las instalaciones turísticas, una reducción del comercio en las tiendas, los restaurantes y los hoteles. Las pruebas de que esas pérdidas hayan ocurrido son, como mucho, dudosas. Con el título «Esos salvajes tienen la culpa una vez más», el periódico *Evening Angus* de Brighton citaba cifras posteriores a los hechos de Pentecostés de 1964 para mostrar que, comparado con el del año anterior, había habido 8.000 menos alquileres de hamacas de playa y 1.500 personas menos habían utilizado la piscina. Pero tanto el número de usuarios del tren en miniatura como el del minigolf aumentó en 2.000. Tales cifras resultan lógicas si se tiene en cuenta que en el día en cuestión, la temperatura había bajado 14°F y que la noche anterior había llovido. Es la principal razón por la que el uso de hamacas de playa y de la piscina fue menor. En Hastings, en agosto de 1964, pese a los temores transmitidos por la prensa en los días previos, llegaron

[12] Entrevista (23 de noviembre de 1964).

© gedisa

6.000 turistas más en tren que el año anterior.[13] Los periódicos citaban a menudo los cálculos de «pérdidas comerciales» por parte de dueños de hoteles, comerciantes y funcionarios locales, pero en todos los casos, los montos totales por los daños resultaban menores a los cálculos iniciales. Sin embargo, las nuevas cifras llegaban demasiado tarde para tener impacto informativo.

Aunque hubo casos de personas que, debido a las noticias sobre los disturbios, decidieron evitar los lugares en cuestión, el efecto global fue el opuesto. Los departamentos de publicidad de Margate recibieron una carta de un agente de viajes de Irlanda que señalaba que los hechos habían «puesto a Margate en el mapa». Aparte de los propios jóvenes que se acercaron por la difusión en los medios (no se los podría definir como atractivos desde el punto de vista económico), muchos adultos también viajaron para ver el espectáculo. Mientras caminaba desde la estación de Brighton, más de una vez me preguntaron: «¿Dónde están hoy los Mods y los Rockers?»; ya cerca de las playas, vi a padres cargando a sus hijos sobre los hombros para que vieran mejor lo que sucedía. En una entrevista con un periodista durante la cual estuve presente, un hombre declaró: «Vinimos con mi esposa y mi hijo de 18 años para ver cómo se divierten el día de fiesta» (*Evening Argus*, 30 de mayo de 1964). Para 1965, los acontecimientos ya eran parte del paisaje: el muelle, las caracolas marinas, los Mods y los Rockers eran atractivos que se podían ver todos juntos en el mismo día.

Predicción

Hay otro elemento en el inventario que requiere un tratamiento aparte, pues adquiere una especial importancia en etapas posteriores. Me refiero al supuesto implícito, presente en casi todas las crónicas, de que era inevitable que lo que había sucedido volviera a suceder. Fueron pocos los que opinaron que los sucesos eran hechos pasajeros; lo único que se planteaba como interrogante era dónde volverían a la carga los Mods y los Rockers, y qué se podía hacer al respecto.

[13] Cálculos realizados por el jefe de estación de Hastings, citado en el *Hastings and St Leonards Observer* (8 de agosto de 1964).

© gedisa

Como veremos más adelante, tales predicciones funcionaron como las clásicas profecías autocumplidas. A diferencia de lo que sucede con las catástrofes naturales, donde la ausencia de pronósticos puede resultar desastrosa, en casos de problemas sociales como la desviación, es su presencia la que puede ser «desastrosa».

En el período de inventario, las predicciones se presentaron bajo la forma de discursos referidos pronunciados por personajes locales (comerciantes, concejales y voceros policiales) que explicaban qué era lo que había que hacer «la próxima vez» o qué precauciones habían adoptado para lo inmediato. Pero aún más importantes fueron las declaraciones de los propios jóvenes, a quienes se preguntaba en entrevistas televisivas acerca de sus planes para el siguiente fin de semana largo, y en las entrevistas publicadas, siempre había un Mod o un Rocker que amenazaba con vengarse «la próxima vez». Los siguientes son fragmentos de dos entrevistas de este tipo: «Hay lugares como Southend donde ya no nos dejan entrar. La cosa se va a poner difícil aquí así que el año que viene probablemente vayamos a Ramsgate o a Hastings» (*Daily Express*, 30 de marzo de 1964); «Podría haber salido mejor; el mal tiempo nos jugó un poco en contra. Ya van a ver el Pentecostés que viene. Ahí sí que nos vamos a divertir» (*Daily Mirror*, 31 de marzo de 1964).

Cuando los pronósticos no se cumplían, igual se publicaban notas donde se informaba sobre acontecimientos que no se habían producido. Así, por ejemplo, cuando la atención se desplazó hacia las ciudades costeras de East Anglia en 1966, el *East Anglian Daily Times* (30 de mayo de 1966) tituló una crónica sobre una obra de teatro entre cuyo público había un grupo de jóvenes de pelo largo: «Temor cuando un grupo de *Ton-ups** ingresan sin motivo». Solían circular datos falsos sobre eventos que nunca se materializaban, pese a lo cual los medios enviaban fotógrafos y periodistas al lugar donde se esperaba que ocurrieran. El día de Pentecostés de 1965, una nota del *Daily Mirror* desde Hastings, donde no pasó absolutamente nada, llevaba el titular «Hastings sin ellos». El fin de semana de Pentecostés de 1966 se publicó una crónica (*Daily Mirror*, 30 de mayo de 1966) sobre cómo los policías que realizaban un «patrullaje por los Mods y los Rockers» en Clacton sólo tuvieron que usar sus walkie-talkes

* Los *Ton-ups* eran un subgrupo de los Rockers. [T.]

© gedisa

para ayudar a dos niños perdidos. Una vez más, los titulares muchas veces dejaban la impresión de que algo había pasado: el *Evening Argus* (30 de mayo de 1966) usó el subtítulo «Violencia» para informar que «En Brighton no se produjeron hechos de violencia pese a las grandes cantidades de adolescentes reunidos en la playa».

Las notas sobre acontecimientos que no ocurrieron, así como otras distorsiones que derivan del tema de las predicciones, son parte de una tendencia más general que trataré más adelante: la de que las discrepancias entre las expectativas y la realidad se resuelven destacando aquellos elementos novedosos que confirman las expectativas, y minimizando los que las contradicen. Halloran y otros.[14] en un comentario sobre esta tendencia en la cobertura mediática de las manifestaciones contra la guerra de Vietnam de octubre de 1968, advierten sobre una técnica que se encuentra con frecuencia en el inventario sobre los Mods y los Rockers, «... una frase u oración que describe con un alto grado de emotividad ya sea la expectativa de que haya violencia o un incidente de violencia aislado, seguida de una oración que contradice por completo la anterior y que describe la situación real».

El efecto acumulativo de este tipo de notas es fijar predicciones cuya verdad queda garantizada por la forma en que se informó sobre el acontecimiento real, el acontecimiento que no se produjo o el seudoacontecimiento.

Simbolización

La comunicación y, en especial, la comunicación de estereotipos por parte de los medios de comunicación masiva, dependen del poder simbólico de las palabras y las imágenes. Palabras neutras como los nombres de lugares pueden transformarse en símbolos de ideas y emociones complejas; por ejemplo, Pearl Harbor, Hiroshima, Dallas y Aberfan. Un proceso similar es el que ocurrió en el inventario de los Mods y los Rockers: las propias palabras «Mod» y «Rocker», y otras como «Clacton», adquirieron poderes simbólicos. Es ese poder simbólico el que dota de sentido a frases como «no queremos que aquí haya otro Clacton» o «tiene pinta de Mod».

[14] James D. Halloran y otros (1970), *Demonstrations and Communications: A Case Study*, Hammondsworth, Penguin Books, pág. 112.

Hay tres procesos involucrados en tal simbolización: una palabra (Mod) se vuelve símbolo de una condición (delincuente juvenil o desviado); determinados objetos (peinado, indumentaria) se vuelven símbolos de esa palabra; los propios objetos se convierten a su vez en símbolos de la condición (y de las emociones que se asocian con ella). El efecto acumulativo que tuvo la aparición simultánea de los tres procesos en el inventario fue que los términos «Mod» y «Rocker» quedaron disociados de los contextos neutros en los que antes aparecían (por ejemplo, como denotación de distintos estilos de consumo), y adquirieron significados totalmente negativos. El mismo efecto se describe en Turner y Surace[15] en su estudio clásico los disturbios del traje *zoot*[16] y por Rock y Cohen al analizar la función del estilo de vestir eduardiano en el demonio popular del Teddy Boy.[17]

En su estudio de caso, Turner y Surace se refieren a este proceso como la creación de «símbolos inequívocamente desfavorables». Tras los primeros incidentes en Los Ángeles, los titulares de los periódicos y las comunicaciones interpersonales reflejaban la fobia y el odio hacia los jóvenes de origen mexicano Las referencias al grupo se hacían de manera tal sus símbolos clave (diferencias en la forma de vestir, el estilo de vida y las formas de recreación) quedaban despojados de toda connotación favorable o neutra, hasta que terminaron por evocar sentimientos inequívocamente desfavorables. El análisis de contenido realizado por Turner y Surace muestra que para referirse a los mexicanos se empezó a recurrir al tema *«zooter»,* que identificaba este tipo particular de indumentaria como «símbolo del delito juvenil», y asocia tales referencias con los ataques y orgías de los jóvenes vestidos con traje *zoot.* El *zooter* quedó identificado,

[15] Ralph H. Turner y Samuel J. Surace (1956), «Zoot suiters and Mexicans: Symbols in crowd behavious», *American Journal of Sociology, 62,* págs. 14-20.

[16] Se trata de unos disturbios que se produjeron en Los Ángeles en 1943. Un grupo de marineros realizó una serie de ataques contra mexicanos (conocidos como «pachucos») y el traje *zoot* (un saco largo y pantalones anchos de cintura estrecha, que era la moda entre los jóvenes de origen mexicano que llevaban pelo largo y engrasado) se convirtió en el símbolo del conflicto. En la década anterior a los disturbios, el tratamiento de los mexicanos en los medios de comunicación se había vuelto cada vez menos favorable y el concepto de «vestido con *zoot*» se había convertido en un símbolo negativo, asociado a todo tipo de delitos y conductas desviadas. Véase Turner y Surace.

[17] Paul Rock y Stanley Cohen (1970), «The Teddy Boy», en V. Bogdanor y R. Skidelsky (comps.), *The Age of Affluence: 1951-1964*, Londres, Macmillan.

© gedisa © gedisa

invariablemente, con la comunidad mexicana en general. De forma análoga, en etapas más avanzadas de la reacción, los rasgos distintivos de la condición de Mod o Rocker pasaron a ser símbolos de los adolescentes en general. El anorak con cuello de piel o la motoneta se convirtieron en «símbolos de la delincuencia juvenil», suficientes para estimular reacciones hostiles y punitivas.[18]

Los símbolos y las etiquetas terminan por tener un potencial descriptivo y explicativo propio. Es así que, por dar un ejemplo de un demonio popular más antiguo, la etiqueta «Teddy Boy» se transformó en un término insultante de uso general (por ejemplo, se llegó a calificar a John Osborne de «Teddy Boy intelectual»); se asociaba al demonio con un tipo de personalidad particular (se decía que las drogas calmaban a los Teddy Boys y hacían que cooperaran con su tratamiento; se realizaban afirmaciones como «algunos de estos soldados no son más que Teddy Boys vestidos de uniforme»), y se decía que los símbolos cambiaban a la persona («nunca se había metido en problemas hasta que se compró un traje de estilo eduardiano»; «desde que mi hijo se compró esa cosa hace un año, su personalidad cambió»).

Este tipo de simbolización es, en parte, consecuencia de los mismos procesos de la comunicación de masas por los que se generan exageraciones y distorsiones. Es así que, por ejemplo, se recurrió a titulares engañosos e imprecisos para crear símbolos inequívocamente desfavorables cuando el acontecimiento no los justificaba, o, al menos, resultaba confuso. En las crónicas sobre algunos de los hechos de Pentecostés en 1964, por ejemplo, se informaba sobre la muerte de un Mod tras caer de un acantilado en las afueras de Brighton. Lo mismo ocurrió en agosto de 1965, con el titular «Mod muerto en el mar». Tanto en un caso como en el otro las muertes no tenían nada que ver con los disturbios: las dos fueron meros accidentes. Si sólo se leían los titulares, o las primeras noticias sobre los hechos que no mencionaban los comunicados policiales sobre los accidentes, se podía llegar a pensar que existía alguna conexión con los desórdenes. Este tipo de efecto llegó al colmo del absurdo en el siguiente titular

[18] Durante el periodo de inventario, los dueños y fabricantes de motonetas solían quejarse por la publicidad negativa de la que eran objeto. Después de Clacton, los secretarios generales de los Clubes de Motonetas Vespa y Lambretta emitieron un comunicado en el que se desvinculaba a los clubes de los desórdenes.

del *Dublin Evening Press* (18 de mayo de 1964): «El terror llega a los balnearios ingleses. Mod muerto mutilado en un parque». El «Mod mutilado» era, en realidad, un hombre de entre 21 y 25 años vestido con una «chaqueta mod» (¿?) que fue hallado apuñalado el sábado a la mañana (un día *antes* de los incidentes en las ciudades costeras) en un parque de Birmingham.[19]

Otra técnica de simbolización muy efectiva fueron las entrevistas de carácter ritual y dramático a «miembros representativos» de los dos grupos. El *Daily Mirror* (31 de marzo de 1964) publicó «Mick, el loco» en «Por qué arrojé ese cincel» y otro muchacho que decía «Tomo anfetaminas. Todos lo hacemos». El *Daily Herald* (18 de mayo de 1964) citó a un joven que, con la cabeza herida y vendada mientras un policía lo subía al patrullero, decía: «Sigan con el plan»; otro declaraba: «Todavía no terminamos. Vinimos a pasar el fin de semana y aquí nos quedamos. Cuando terminemos, Margate va a querer ser Calcton». El *Evening Standard* (19 de mayo de 1964) halló al «Barón» que odiaba a los «mods y a los negros» y decía: «Me gusta pelear... Llevo toda la vida peleando». El *Daily Mirror* (8 de mayo de 1964) encontró un nuevo ángulo con «Las chicas que siguen a los salvajes en la batalla», quienes se referían así a las peleas: «... es emocionante, te estremece, te hace sentir algo raro en tu interior. Se sienten mariposas en el estómago y una querría que los muchachos no pararan nunca.... Los que quedan en el medio no lo pasan bien, pero no se puede hacer nada para evitarlo».

Es difícil determinar el grado de autenticidad de tales entrevistas. En algunos casos, lo que dicen es tan absurdo que no parecen ser una transcripción fidedigna de lo que en realidad se dijo; el *Daily Telegraph* (31 de marzo de 1964), por ejemplo, publicó una entrevista a un Rocker que decía: «Todos nos conocen como los Rockers y tenemos mucha más onda». Si hay algún grupo se hubiera podido considerar como gente «con onda» y usar esa expresión para referirse a sí mismo, está claro que no habrían sido los Rockers. Estas entrevistas y crónicas tienen todas las características de las notas armadas, lo cual

[19] Los periódicos publicados en ciudades alejadas de los lugares de los hechos fueron aquellos donde, invariablemente, había más distorsiones e imprecisiones. El *Glasgow Daily Record and Mail* (20 de mayo de 1964), por ejemplo, describía a los Mods vestidos con trajes de chaqueta corta, con pantalones de pata de elefante, botas altas, sombreros bombín o galeras y con paraguas cerrados.

© gedisa
© gedisa

no implica que hayan sido inventadas adrede, sino que están influidas por la concepción que el periodista (o el editor) tiene de cómo *debería* hablar, vestirse y actuar alguien que ha sido catalogado como abusivo o pendenciero. Es posible que en ocasiones, tal efecto se intensifique por una dosis de credulidad sobre las fantasías de quienes se creen jefes de pandillas.[20]

Las imágenes creadas mediante la simbolización y las demás formas de exageración son mucho más nítidas que la realidad. No hay motivo para suponer que las fotografías o los informes televisivos son más «objetivos». En un estudio sobre las diferentes percepciones experimentadas por televidentes y por testigos oculares en ocasión de otra situación de muchedumbre (el Día de MacArthur, en Chicago),* se mostró cómo se distorsionaba la información mediante la elección de elementos que encajaran con las expectativas ya existentes.[21] Se produce un proceso de selección y pulido, del que surgen símbolos de gran carga emotiva que terminan por adquirir fuerza autónoma. Es así que el apoyo generalizado a MacArthur «... fue ganando fuerza conforme cuando se lo incorporó a la estrategia política, se lo difundió por otros medios y pasó a estar en boca de todos y, de ese modo, terminó por opacar la realidad inmediata tal como la podría haber registrado alguien presente en el lugar de los hechos».[22]

En dicho estudio, los testigos registraron cómo sus expectativas de entusiasmo político y de locura colectiva quedaron frustradas por completo. Mediante el recurso de los primero planos y de un tipo de comentarios con un estilo particular («la multitud con mayor entusiasmo que se haya visto en nuestra ciudad... se puede sentir la tensión en el aire... se oyen los gritos de la muchedumbre»), la televisión armó un relato del acontecimiento a través del cual se transmitieron

[20] Yablonsky brinda numerosos ejemplos de cómo los observadores externos aceptan sin cuestionar las fantasías de los líderes y los miembros de las bandas. Véase Lewis Yablonsky (1962), *The Violent Gang*, Nueva York, Free Press.

* Se refiere al festejo público con el que tres millones de personas recibieron en las calles de Chicago al general Douglas MacArthur, en su regreso a EE.UU. el 26 de abril de 1951. [T.]

[21] Kurt y Gladys Lang (1953), «The unique perspective of television and its effect: A pilot study», *American Sociological Review, 18* (febrero). págs. 3-12. Halloran y colaboradores (*op. cit.*) señalan un proceso idéntico en su análisis de la cobertura televisiva de las manifestaciones contra la guerra de Vietnam en 1968.

[22] Lang, *op. cit.*, pág. 10.

emociones inexistentes entre los participantes. Así se explica por qué muchos de los que fueron a ver qué sucedía entre los Mods y los Rockers quedaron algo desilusionados, dada la publicidad que se les había hecho en los medios de comunicación. Como observa Boorstin al analizar los efectos de la aparición de la televisión y la fotografía a color: «La verosimilitud cobró un nuevo sentido... El Gran Cañón real se convirtió en una reproducción decepcionante del original en Kodachrome».[23]

El inventario como noticia fabricada

Los efectos acumulativos del inventario pueden resumirse de la siguiente manera: a) se partió del supuesto de una desviación putativa, a partir de la cual se profundizaron los estereotipos, la construcción de mitos y el etiquetamiento; b) se generó la expectativa de que era muy probable que esta forma de desviación se repitiera; c) se había creado una simbolización totalmente negativa en relación con los Mods y los Rockers, y los objetos que se asociaban con ellos, y d) todos los elementos relevantes en la situación habían sido presentados con un grado de claridad suficiente para habilitar el desarrollo pleno de la demonología y hagiografía: se había ofrecido la información necesaria para colocar a los Mods y los Rockers en la galería de los demonios populares contemporáneos.

¿Por qué se llega a este tipo de inventarios? ¿Acaso son, en algún sentido, «inevitables»? ¿Qué razón hay para la parcialidad, la exageración y la distorsión? Para poder responder preguntas como estas, hay que entender que el inventario no es, desde luego, una especie de enumeración sencilla en la que de vez en cuando se cuelan errores. En la medida en que son parte de la naturaleza misma de la desviación, los inventarios realizados por nuestra sociedad moderna son el resultado de la fantasía, la percepción errónea selectiva y la creación deliberada de noticias. El inventario no es una enumeración reflexiva, sino información fabricada.

Antes de seguir explorando esta noción, quisiera mencionar algunos de los errores más «genuinos». En cierto nivel, gran parte de las exageraciones y distorsiones se debieron a la naturaleza ambigua

[23] Daniel J. Boorstin (1963), *The Image*, Harmondsworth, Penguin, pág. 25.

© gedisa © gedisa

y confusa de la situación. Es sumamente difícil hacer un cálculo de la cantidad de personas presentes cuando se reúne una multitud, y es probable que algunos de los cálculos exagerados no difirieran tanto de los que se hace en ocasiones tales como manifestaciones políticas, reuniones religiosas, recitales de música pop o eventos deportivos. Un factor que contribuyó a crear más confusión fue la cantidad de periodistas y fotógrafos presentes: su mera presencia podía interpretarse como «prueba» de que estaba pasando algo grande e importante.

Como demostraré al analizar el contexto en mayor detalle, para todos los presentes (policía, espectadores, participantes, periodistas) no fue fácil saber a ciencia cierta qué estaba pasando. En tales situaciones, el efecto credulidad es menos significativo que una susceptibilidad general a dar crédito a todo tipo de rumores. El estudio de caso de una persona que participó en unos disturbios raciales, llevado a cabo por Clark y Barker, muestra este efecto con gran claridad,[24] y en el campo de la investigación sobre catástrofes se advierte a quienes piensan llevar a cabo entrevistas: «Cuando la gente habla con otras personas de la comunidad sobre las experiencias que han vivido pueden asimilar con gran rapidez versiones erróneas del desastre. Tales versiones grupales pueden transformarse en la versión aceptada por un amplio segmento de la población en muy poco tiempo».[25]

Si bien en el corto plazo pueden ser errores de importancia, no pueden explicar por sí mismos las características más esenciales de los inventarios de la desviación: procesos tales como la simbolización y la predicción, en qué dirección se orientan las distorsiones (más que el hecho de que ocurran), la decisión inicial de informar sobre la desviación y seguir informando sobre el tema de determinada manera. Los estudios de pánicos morales vinculados con los Mods y los Rockers y otras formas de desviación, así como las investigaciones pormenorizadas sobre el proceso de la comunicación de masas en sí (como los que realizaron Halloran y colaboradores) indican que hay dos factores interrelacionados que determinan la presentación de los inventarios de desviación: el primero es la necesidad institucionaliza-

[24] Kenneth B. Clark y James Barker (1965), «The zoot effect in personality: A race riot participant», *Journal of Abnormal and Social Psychology, 40,* págs. 143-148.

[25] I. H. Cissin y W. B. Clark (1962), «The methodological challenge of disaster research» en G. W. Baker y D. W. Chapman, *Man and Society in Disaster*, Nueva York, Basic Books, pág. 28.

da de crear noticias y el segundo es la estructura selectiva e inferencial del proceso de creación de noticias.

Los medios de comunicación masiva operan con ciertas definiciones sobre qué sucesos son noticiables. No es que existan manuales de instrucciones que le dicen al periodista que ciertos temas (las drogas, el sexo, la violencia) van a resultar más atractivos para el público, o que ciertos grupos (los jóvenes, los inmigrantes) deben ser objeto de escrutinio permanente. Hay, en realidad, factores que son inherentes a la actividad, que van desde la intuición individual de un comunicador sobre qué constituye una «buena nota», pasando por preceptos tales como «darle al público lo que quiere» hasta sesgos ideológicos estructurales, que predisponen a los medios a transformar un hecho determinado en noticia.

Desde un punto de vista informativo, el fin de semana de los acontecimientos en Clacton fue particularmente flojo. No ocurrió nada especial ni en el plano nacional ni en el internacional. Es probable que el hecho de que se haya dado tanta prominencia a los acontecimientos se deba, en parte, a la ausencia de otras noticias. El comportamiento de los involucrados no era particularmente novedoso o sorprendente. En las ciudades costeras eran frecuentes los disturbios de diversa índole (a los que se calificaba de «actos de vandalismo», «desmanes» o «peleas entre bandas») protagonizados por adolescentes de clase trabajadora. En 1958, por ejemplo, la Policía de Southend tuvo que pedir ayuda externa cuando se produjo una pelea entre grupos rivales en el muelle de la ciudad. En Whittley Bay, Blackpool y otras ciudades costeras del norte hubo disturbios y peleas, en algunos casos de mayor gravedad que los primeros enfrentamientos entre Mods y Rockers. Hace años que los turistas británicos que viajan por el día o por el fin de semana a ciudades costera europeas como Calais y Ostende se ven involucrados en hechos de considerable violencia y destrucción. En Ostende, desde principios de la década de 1960, hay un periodo del año al que se llama «temporada inglesa» durante el cual los turistas y socios de clubes de fútbol amateur provocan daños y problemas de consideración de los que rara vez se informa en los medios británicos. Los Mods y los Rockers no se convirtieron en noticia porque fueran novedosos: se los presentó como noticia para justificar su creación como noticia.

Resultaría simplista, entonces, explicar la creación del inventario por el mero hecho de que era una «buena historia»; lo cierto es que

© gedisa © gedisa

ese primer fin de semana había espacio para una nota, y que la elección no estuvo guiada únicamente por las propiedades intrínsecas de los acontecimiento. Los teóricos del etiquetamiento han advertido sobre la naturaleza compleja del proceso de selección y codificación por el que se llama la atención sobre ciertos tipos de delitos e infracciones, y en el capítulo 6 me ocuparé de las características históricas y estructurales que habilitaron a que este tipo de comportamiento suscitara el tipo de reacción que suscitó. Son características que se relacionan con el control social en su conjunto, no sólo con los medios. Los medios reflejaron el verdadero conflicto de intereses que existía en diferentes niveles: por ejemplo, entre, por un lado, los residentes del lugar y la Policía, y por el otro, los Mods y los Rockers. En tales situaciones, los medios se inclinan por una de las definiciones que están en pugna, y como esas definiciones se elaboran en un contexto jerárquico (es más probable que se crea a los agentes del control social que a quienes se considera individuos desviados), está claro qué definición terminará por imponerse en una situación ambigua y cambiante.[26]

Cuando el tema de la historia queda establecido, su forma subsiguiente es determinada por ciertos procesos recurrentes en la fabricación de noticias. Halloran y otros se refieren al desarrollo de una *estructura inferencial*: no se trata de un sesgo intencional, ni de la simple selección a partir de expectativas, sino «... un proceso de simplificación e interpretación que estructura el significado que se le da a la historia alrededor de su valor informativo original».[27] El marco conceptual que emplean para localizar el proceso (y que puede aplicarse de la misma manera a los Mods y los Rockers) es la noción de *acontecimiento como noticia* de Boorstin, es decir, la pregunta «¿constituye una noticia?» se vuelve tan importante como «¿es verdad?». El argumento es que:

> ... un acontecimiento se selecciona como noticia en virtud de su adecuación o consonancia con imágenes preexistentes; la noticia del acontecimiento confirma ideas previas. Cuanto menos clara sea la noticia y menos seguro esté el comunicador sobre cómo informar al respecto, más probable es que se lo haga en términos de un marco general ya establecido.[28]

[26] La noción de «jerarquía de credibilidad» en relación con la desviación es planteada por Howard S. Becker en el artículo «Whose side are we on?», *Social Problems, 14* (invierno de 1967), págs. 239-267.

[27] Halloran y otros, *op. cit.*, págs. 215-216.

Es necesario discernir los rasgos generales de esos marcos generales para entonces poder comprender procesos tales como la simbolización, la predicción, la información de acontecimientos que no se producen y el estilo global de presentación. Un factor crucial es la predictibilidad del inventario. Tan constantes fueron las imágenes, tan estilizado el modo de informar, tan limitada la variedad de emociones y valores, que habría resultado muy sencillo para quien quisiera estudiar la cobertura de los Mods y los Rockers predecir con bastante precisión cómo serían las crónicas de todas las variantes posteriores del tema de la juventud depravada: Skinheads, gamberros del fútbol, Hippies, drogadictos, festivales de rock, el juicio de Oz.*

En la deliciosa fantasía *The Tin Men [Los hombres de lata]*, de Michael Frayn, el Departamento de Periódicos del Instituto William Morris de Investigación sobre la Automatización pretende demostrar que «en teoría se puede programar una computadora digital para producir un periódico totalmente satisfactorio que tuviera toda la variedad y el sentido de la noticia que el artículo hecho a mano». Una vez que la idea fuera explotada en el ámbito comercial, «la estilización del periódico moderno estaría completa. Su última conexión residual con el crudo y confuso mundo real, tan propenso a ofenderse, se habría roto».[29] El ejemplo que da el departamento es «Maestra reprende a niña por llevar vestido inapropiado»:

> M. satis. Trama básica totalmente invariable. Variables se limitan a tres. (1) Prenda objetada (tacos altos/enagua/ropa interior vistosa). (2) Si la joven también fuma y/o usa lápiz de labios. (3) Si los padres declaran que la joven se siente humillada por haber transgredido el código de vestimenta ante toda la escuela. Frecuencia de publicación: una vez cada nueve días.

Otros ejemplos que brinda el Departamento son: «Joven paralítica decidida a volver a bailar»; «Pienso dar en adopción a mi bebé,

[28] *Ibídem,* pág. 26.

* El juicio de Oz fue un juicio por obscenidad contra la revista juvenil Oz, en 1971. [T.]

[29] Michael Frayn (1966), *The Tin Men*, Londres, Fontanta Books, págs. 31-35.

© gedisa © gedisa

dice futura madre»; «La llaman la Calle de la Vergüenza». También se podrían haber ingresado en la computadora los siguientes datos: «Menores de edad / Jóvenes marginales / Salvajes / Muchachos en motonetas / Hells Angels invaden / toman por asalto / destruyen ciudad / cine / estadio de fútbol / festival de música pop».

Esto no significa que todas estas imágenes sean ficticias; después de todo, es verdad que los profesores regañan a los niños por estar vestidos de manera inadecuada, es posible que las jóvenes paralíticas se propongan volver a bailar y el vandalismo es un hecho bastante frecuente. Como concluye un análisis sobre las distorsiones en la información sobre violencia racial en EE.UU. (donde se exageraban elementos supuestamente novedosos de planificación, ataques armados organizados y liderazgo): «De manera involuntaria o no, la prensa viene construyendo un escenario de levantamiento armado. En lo esencial, los componentes de este escenario no están tan alejados de la realidad. Es verdad que ha habido algunos enfrentamientos armados con la policía, y es posible que algunos hayan sido planeados de antemano. Pero no ha habido una ola de levantamientos ni un patrón fijo de conflictos fatales – al menos por ahora».[30]

Desde luego, el análisis de «marcos generales», «escenarios», «estructuras inferenciales» y «percepciones erróneas selectivas» no puede terminar en el plano psicosocial. Hace falta entender los fundamentos de la selección en términos de valores e intereses de largo alcance; antes de emprender esta tarea, sin embargo, debemos detenernos en cómo se desarrolló la base perceptiva del inventario a través de opiniones y actitudes más permanentes. Esta cuestión es la que trataremos en el próximo capítulo.

[30] Terry Ann Knopf (1969), «Sniping: A new pattern of violence?», *Transaction*, julio/agosto, pág. 29.

© gedisa

3

LA REACCIÓN: TEMAS RECURRENTES EN LAS OPINIONES Y ACTITUDES

La relación entre la percepción que uno tiene de un objeto social y la actitud hacia ese objeto es compleja. Dicho en términos más sencillos, se producen al menos dos secuencias: uno percibe y selecciona según ciertas orientaciones ya existentes, y luego, lo que se percibe es moldeado y absorbido para transformarse en conjuntos de actitudes más duraderas. Esta serie de procesos, desde luego, pueden producirse en forma conjunta, pero en este capítulo nos concentraremos de la segunda etapa: cómo se fueron cristalizando las imágenes del inventario para convertirse en opiniones y actitudes más organizadas. Los temas recurrentes en las opiniones y actitudes corresponden, a grandes rasgos, a lo que Smelser denomina sistemas de creencias generalizadas: creencias o engaños cognitivos transmitidos por los medios de comunicación masiva y asimilados en términos de predisposiciones del público.[1]

Pasado el impacto inicial, la reacción de la sociedad ante un suceso repentino, sobre todo si se lo percibe como un trastorno de la estructura social o una amenaza a valores muy preciados, es intentar comprender lo sucedido. La gente no habla tanto sobre el acontecimiento en sí como sobre las implicancias de lo que pasó. Es una secuencia que se observó, por ejemplo, en la reacción de los medios y el público ante un acontecimiento inesperado e inédito como el asesinato de tres policías en Londres en 1966. Las especulaciones sobre el hecho en sí y la presentación de imágenes de los actores involucrados (el inventario) fueron reemplazados por la discusión de los «problemas» que se planteaban: restauración de la pena de muerte, portación de armas de los policías, la naturaleza de la violencia en la

[1] Neil J. Smelser (1962), *Theory of Collective Behaviour*, Londres, Routledge & Kegan Paul, cap. 3.

sociedad. La combinación de esta secuencia con una constelación de otros acontecimientos que ocurrieron en ese momento, como el espectacular descubrimiento de actividades llevadas a cabo por bandas de delincuentes organizados, sentaron la base para un pánico moral sobre el delito violento. Una constelación casi idéntica se repitió en 1971, con el asesinato de un comisario en Blackpool y las declaraciones airadas de funcionarios de rango jerárquico de Scotland Yard, según los cuales ya no se podía «caminar con seguridad por nuestras calles».

En un sentido análogo, en investigaciones sobre la reacción de los medios de comunicación masiva en ocasión del asesinato de Kennedy se muestra la transición entre las primeras informaciones hacia la necesidad de interpretación. La gente procuraba comprender lo que podía llegar a considerarse un accidente absurdo: quería una explicación de las causas del homicidio, un sentido positivo del que se pudiera dotar a la situación, y una confirmación de que la nación podría atravesar la crisis indemne.[2] Los medios de comunicación ofrecen todo lo anterior reduciendo la ambigüedad creada por la tensión cultural y la incertidumbre. En el caso de los engaños colectivos, una etapa significativa en la difusión de la creencia histérica es el intento por parte de los analistas de reestructurar y explicar una situación ambigua. En tales situaciones, surgen teorías para explicar aquello que no se puede concebir como un suceso azaroso. Una epidemia de parabrisas dañados, por ejemplo, se explica como actos vandálicos, polvo de meteoritos, huevos de pulgas de mar que se depositan en el vidrio, contaminación del aire, lluvia radiactiva, etcétera.[3]

Muchas de estas teorías y los temas que se tratarán a continuación tienen como único fundamento el mismo tipo de rumores que se observan en los engaños colectivos, y cumplen, en parte, la misma función: reducir la ambigüedad. Si bien los rumores, los temas y las

[2] Véanse los artículos recogidos en Bradley S. Greenberg y Edwin B. Parker (comps.) (1965), *The Kennedy Assassination and the American Public: Social Communication in Crisis*, Stanford, Stanford University Press, en especial Parker y Greenberg, «Newspaper content on the assassination weekend», págs. 46-47 y J. D. Barker, «Peer group discussion and recovery from the Kennedy assassination», pág. 119.

[3] Nahum Z. Medalia y Otto N. Larsen (1958), «Diffusion and belief in a collective delusion: The Seattle windshield pitting epidemic», *American Sociological Review, 23*, pág. 183.

creencias provienen principalmente de los medios de comunicación, más adelante son reforzados o encuentran resistencias en un contexto grupal. El individuo queda expuesto a un aluvión de información e interpretación en el transcurso del cual sus ideas se modifican o se cristalizan: «Con el tiempo, estas interpretaciones formuladas y apoyadas colectivamente tienden a anular o reemplazar las individuales e idiosincráticas. Se vuelven parte del mito grupal, el conjunto de opiniones comunes al que cada integrante por lo general adhiere».[4] Estos temas colectivos repercuten en la totalidad del sistema social, y de ese modo crean las condiciones a partir de las cuales se conforman las etapas subsiguientes.

Esta descripción, obviamente, es una simplificación del proceso comunicativo, pues presupone la existencia de un conjunto homogéneo de valores en el cual quedan absorbidos los temas, como un lago que absorbe las ondas que se producen cuando se arroja una piedra. La circulación de la comunicación es un proceso mucho más complicado, y la información es aceptada o rechazada y finalmente codificada en virtud de una pluralidad de necesidades, valores, pertenencias y grupos de referencia.

Trataré algunas de estas diferencias más adelante; en esta etapa, deseo presentar en categorías ideales/típicas los temas recurrentes en las opiniones y actitudes sobre los Mods y los Rockers tal como aparecieron en los medios de comunicación masiva y otras manifestaciones públicas. Los temas derivan de los comentarios de opinión vertidos por los medios (editoriales, artículos, caricaturas), en los medios (cartas, citas de discursos, declaraciones, sermones, etc.) y en otros ámbitos públicos como los debates parlamentarios o municipales. Lo que sigue no es en modo alguno un catálogo exhaustivo de todos los tipos de opiniones que se emitieron; algunas fueron tan extravagantes e idiosincráticas que se resisten a cualquier clasificación. Estos son sólo los temas que surgen con suficiente regularidad para justificar la idea de que gozaban de un grado considerable de difusión y podían tener algún efecto en la opinión pública en general.

Los temas se clasifican en tres categorías: a) *Orientación*: la postura emocional e intelectual desde la cual se evalúa la desviación; b) *Imágenes*: opiniones sobre la naturaleza de los individuos desviados y su comportamiento, y c) *Causalidad*: opiniones sobre las causas del

[4] Barker, *op. cit.*, pág.112.

© gedisa © gedisa

comportamiento. (El conjunto de opiniones referidas a las soluciones o métodos de acción ante las conductas se analizará cuando se trate la cultura del control social.) Dichas categorías no se excluyen mutuamente; enunciados como «es porque tienen demasiado dinero» pueden clasificarse tanto en la categoría de las imágenes como en la de causalidad.

Orientación

Desastre. Como se observó al analizar el modelo de los desastres, en muchos casos el comportamiento se percibió como si se tratara de un desastre natural y, de hecho, tal orientación se mantuvo en los comentarios de opinión. Una consecuencia directa del inventario fue, así, la percepción de que el impacto psicológico y la relevancia social de los Mods y los Rockers eran de una magnitud propia de una catástrofe.

La analogía con el desastre natural solía ser explícita, y la instancia más clara tal vez haya sido la intervención de David James, el miembro del Parlamento por Brighton Kemptown, durante la segunda presentación del proyecto de ley sobre daños intencionales (Malicious Damage Bill):

> No estaba en Brighton durante el fin de semana al cual se ha hecho referencia, pero cuando llegué poco después me encontré con los sentimientos de horror e indignación de la gente que vive allí. Era, al menos en el aspecto emocional, casi como estar en un ciudad tras un terremoto, y como si se hubieran violado por completo todas las convenciones y valores de la vida. Los sentimientos eran muy fuertes.[5]

En un debate anterior, el miembro del parlamento del distrito en el que se encuentra Great Yarmouth había declarado que esperaba que la ciudad «... nunca sufra los estragos que sufrió Clacton»,[6] mientras que otro miembro del parlamento aludió a «... los delincuentes juveniles que saquearon Clacton».[7] En los editoriales posteriores a Pentecostés de 1964 aparecen analogías similares: «Bárbaros junto

[5] *Hansard* (Cámara de los Comunes), 23 de junio de 1964, Col. 274.
[6] *Hansard,* 27 de abril de 1964, Col. 65.
[7] *Ibídem,* Col. 71.

al mar» (*Evening Standard*, 18 de mayo); «el ejército saqueador de vikingos que atraviesan Europa masacrando y robando, dedicados al crimen y la rapiña» (*The Star*, Sheffield, 18 de mayo); «plaga de langostas mutantes que causan estragos sin precedentes en los campos» (*Time and Tide*, 21 de mayo), etc. La analogía con el desastre natural, desde luego, resulta muy apropiada para describir las reacciones en áreas rurales idílicas y lugares como la Isla de Wight cuando se ven transformados en escenarios de festivales de música pop u otros eventos por el estilo.

En la mayoría de las declaraciones se pone el acento en la amenaza a la vida y a la propiedad privada, sobre todo lo segundo. La imagen de una ciudad «devastada» se reforzaba con referencias a rumores según los cuales las ciudades costeras estaban blindando las hamacas de playa y las aseguradoras iban a ofrecer pólizas a las ciudades costeras para cubrirlas contra pérdidas incurridas en incidentes con Mods y Rockers, además de los daños habituales por tormentas. Pero estaba claro que no era sólo la propiedad lo que estaba amenazado, sino «todas las convenciones y valores de la vida». En palabras del *Birmingham Post* (19 de mayo de 1964), inspiradas en el discurso de Churchill conocido como «Lucharemos en las playas»; los enemigos externos de 1940 habían sido reemplazados en nuestras propias costas por enemigos internos que «provocan la desintegración del carácter de una nación».

Así como la mayoría de las catástrofes son provocadas por fuerzas impersonales e inexorables contra las cuales la acción humana no puede hacer mucho, en la conducta de los Mods y los Rockers se vio un elemento irracional e inasible. Un artículo muy citado del *Police Review* se refería a la «aterrorizante» toma de conciencia de que cuando el orden público (que tiene por único fundamento la contención individual) se relaja, «la violencia puede reavivarse y arder como un incendio forestal». Se lo podía comparar con los disturbios registrados en un estadio de fútbol en Perú:* «Un gol anulado y 300 personas muertas antes de que se pudiera restaurar la cordura. Clacton, Margate y Lima tienen un elemento en común: se dejó de lado la contención normal en una sociedad civilizada».[8] Tal orientación al

* Se refiere a la llamada «tragedia del Estado Nacional de Lima», ocurrida el 24 de mayo de 1964, en ocasión de un partido entre las selecciones de Perú y Argentina. [T.].
[8] Frank Elmes (1964), «Mods and Rockers», *Police Review, XXII* (junio).

© gedisa
© gedisa

comportamiento de masas es idéntica a la concepción original de Le Bon, quien planteaba que en las hordas se encontraba la irracionalidad y ferocidad de seres primitivos.

La reacción fuera del país parecía más bien la reacción ante una catástrofe. Los periódicos italianos pronosticaban una llegada masiva de turistas ingleses a Italia, por temor de veranear en sus propias playas. Al menos dos miembros del Parlamento inglés anticiparon el regreso de sus vacaciones en Europa continental para inspeccionar los daños en sus distritos, que habían sido afectados. El presidente de la Urban Development Corporation recibió llamados telefónicos de París y Washington donde se le preguntaba por el estado en el que había quedado la ciudad.

Profecía de catástrofe. Una consecuencia del factor predicción en el inventario fue no sólo que se magnificó la desviación, sino que se generó la certeza de que la situación se iba a repetir y, además, que iba a ser peor que la anterior. El tono de algunas opiniones recuerda el de los profetas del Antiguo Testamento anticipando catástrofes ineludibles, seguidas de exhortaciones a actuar de manera tal de impedir la catástrofe en ciernes. Así, después de Pentecostés de 1964, el parlamentario Harold Gurden, que antes de los hechos había conseguido que se aprobara una resolución donde se solicitaba la intensificación de medidas para controlar el vandalismo, declaraba: «Los últimos incidentes refuerzan mis dichos y advertencias. Esto empeoró y va a seguir empeorando hasta que no tomemos medidas» (*The Times*, 20 de mayo de 1964).

Aparte de coincidir con las profecías autocumplidas, en tales declaraciones se observa lo que Becker llama el dilema del emprendedor moral, que está obligado a defender la eficacia de sus métodos y, al mismo tiempo, denunciar que el problema está empeorando.[9]

No es tanto por lo que pasó. Una variante de los dos temas anteriores es el tipo de opinión que intenta poner los comportamientos «en perspectiva» pues percibe que la información *fue*, en efecto, exagerada. No es el comportamiento en sí lo que inquieta, sino las fantasías sobre lo que podría haber ocurrido o lo que podría llegar a ocurrir todavía. Se evocan escenas ominosas de lo que podrían generar tales conductas: desobediencia civil masiva, movimientos juveniles nazis, concentraciones al estilo de los congresos de Nuremberg y ley de la calle.

[9] Howard S. Becker (1963), *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, Free Press, págs. 152-157.

No es sólo esto. Si el tema anterior se centraba en el detrás de los hechos, éste se centra en todo lo que los rodea. Mediante un proceso de asociación libre, los comentarios de opinión expresaban que el problema no se limitaba a los Mods y los Rockers, sino que se trataba de un patrón más general en el que las adolescentes embarazadas, las marchas a favor del desarme nuclear, los Beatniks, el pelo largo, los anticonceptivos vendidos en máquinas expendedoras, las *purple hearts* (anfetaminas) y la destrucción de postes telefónicos se encontraban inextricablemente ligados. Hacía falta orientarse no sólo hacia un incidente, un tipo de comportamiento o incluso un tipo de persona, sino a un espectro amplio de problemas y aberraciones.

El tipo de desviación asociada fue variando: otras formas de desviación semejantes (vandalismo, destrucción, violencia), otros tipos de desviación (consumo de drogas, promiscuidad) y demás tendencias sociales más generales. El punto de asociación quedaba determinado por variables actitudinales o ideológicas: así, el *New Statesman* se preocupaba porque otros jóvenes eran explotados por los «mercachifles de la música y el sexo» y el *Tribune,* por otros «marginados del ámbito educativo».

Las asociaciones no se limitaban a problemas típicos de adolescentes: «La sociedad que produce los adolescentes neuróticos de Margate y Rasmsgate es la misma sociedad que produce adultos neuróticos que tienen dificultades para dormir y ancianos neuróticos que llenan nuestros hospitales psiquiátricos».[10] Los altos números de muertes en accidentes viales que, invariablemente, se producen cada fin de semana largo generaban otras asociaciones inevitables. Con titulares como «Locura bajo el sol», «El fin de semana largo de la vergüenza» y «Los destructores», quedaba claro que desde un punto de vista funcional, los malos conductores y los malos adolescentes podían considerarse equivalentes. El *Daily Mail* (19 de mayo de 1964) imaginaba personas que decían: «Qué día tan bonito; vayamos a destrozar algo. O a matar a alguien. O a matarnos». Aunque reconocía que los con-

[10] Canon Evans, rector de la catedral de Southwark, en una conferencia de la Acción Cristiana, 7 de junio de 1964.

© gedisa © gedisa

ductores son más letales y las carreteras ofrecen un peligro mayor, el *Mail* pensaba que no había mucha diferencia entre la «locura» de los salvajes en las carreteras y en las playas.

Imágenes

Atribución espuria. La tendencia a la atribución espuria sobre la cual se construye la desviación putativa proviene directamente del inventario. No se trata de un rasgo exclusivo de los comentarios de opinión «populares»: también se verifica en actitudes de personas de mayor nivel educativo e, incluso, como señala convincentemente Matza, en la imagen del delincuente juvenil presentada por criminólogos contemporáneos. En todos los casos, la función de la atribución espuria es la misma: apoyar una teoría o una línea de acción en particular.

La etapa inicial del proceso de etiquetamiento consistió en la utilización de símbolos emotivos como «gamberros», «abusivos» y «salvajes». Dichos términos ingresaron en la mitología a través del inventario y sirvieron para crear un estigma compuesto atribuible a personas que realizaban ciertos actos, vestían cierta ropa o pertenecían a cierta condición social, la del adolescente. Tales montajes, que suelen cumplir múltiples funciones, se caracterizan por tener un núcleo duro de atributos estables (irresponsabilidad, inmadurez, arrogancia, falta de respeto por la autoridad) rodeado de atributos marginales que varían de manera más o menos lógica según la desviación en cuestión. Así, en el famoso juicio de Oz en 1971,* se atribuía a los jóvenes pornógrafos las cualidades mencionadas, a las que se sumaba atributos especializados como la depravación moral y la perversión sexual.[11] Si tuviéramos la computadora de *The Tin Men*, no costaría mucho programar algunas historias de montajes de estigmas.

Es posible que el primer catálogo público de rasgos de condición auxiliares atribuidos a Mods y Rockers haya sido el realizado por Thomas Holdcroft, fiscal del primer juicio en Clacton. En su alegato, enumeró los siguientes rasgos: ausencia total de opinión sobre

* Véase mi nota al pie en la sección «El inventario como noticia fabricada», en el Capítulo 2. [T.]

[11] Véase Tony Palmer (1971), *The Trials of Oz*, Londres, Blond & Briggs.

ningún tema serio; una creencia injustificada en la propia importancia para la sociedad; inmadurez, irresponsabilidad, arrogancia; falta total de respeto por la ley, por los funcionarios del orden público, por el bienestar y la seguridad de otras personas y por la propiedad ajena. El montaje quedó sintetizado en la expresión «salvajes» que, no obstante, pronto fue reemplazada en la mitología por el término empleado por el Dr. Simpson, magistrado de Margate: «césares de aserrín». El discurso de los «césares de aserrín» (que analizaremos en detalle más adelante) tuvo un enorme impacto: en más del 70% de las declaraciones que se hicieron inmediatamente después de Margate se usó la expresión o variantes como «alimañas» y «ratas». Aunque no lograron entrar en la mitología, otras calificaciones con las que se los etiquetó en los editoriales son igualmente pintorescas: «patanes odiosos y hoscos» (*Daily Express*); «pavos reales jóvenes, retardados, vanidosos y excitados» (*Daily Sketch*); «hordas repugnantes de patanes y rameras» (*Daily Telegraph*); «con sus navajas, sus innumerables y aburridos complejos, su despiadada actitud de matones que no es astucia, sino una estupidez más bovina; sus reacciones de primates ante el mundo que los rodea y su pseudo valentía nacida de la seguridad espuria que brinda ser parte de un grupo» (*Evening Standard*).

No todos los atributos eran de índole emotiva: «...evitaba la mirada y parecía tímido, algo retardado, apático, antisocial y muy corto para hablar. Es probable que en soledad no cause temor. Carece de todo atractivo» (Lucille Iremonger en el *Daily Telegraph*). La opinión intelectual optó por atributos también intelectuales, aunque no menos espurios: «un nuevo tipo de *outsider* sin la mente de Colin Wilson o la vistosidad o el estoicismo de los Beatniks... rara vez inteligentes... rara vez individualistas... inseguros... inmaduros» (*Guardian*).

En una serie de cien comentarios de opinión (posteriores a Pentecostés de 1964), elegidos al azar, se emplearon los siguientes sustantivos descriptivos: patanes (5), matones (5), salvajes (2), rufianes, desquiciados, vándalos, bestias, gamberros, lobos humanos, ratones, pendencieros, primates, inadaptados e imbéciles. Entre los rasgos descriptivos figuraban: neurótico, enfermo o inestable (5), fanfarrón o exhibicionista (4), violento (4), cobarde (4), sin rumbo o sin sentido (4), malparido, inmaduro (3), precoz (2), sucio, mugriento (2), vestido de modo rebuscado (2), tonto o lento (2), cínico, corto. Las cualidades de *aburrimiento* y *bienestar económico* aparecieron con

© gedisa © gedisa

tanta frecuencia que merecen un tratamiento aparte como temas específicos.

Otro tipo de atribución espuria es la culpa por asociación; a todos los adolescentes que acudieron a las ciudades costeras se les atribuyó la misma culpa y, por ende, la misma desviación putativa, que a quienes efectivamente causaron daños o heridas. Muchos comentarios de opinión, por ejemplo, destacaban el papel que desempeñaron las muchachas que alentaban a sus novios; una carta en el *Evening Standard* (21 de mayo de 1964) sostenía que el principal estímulo para la violencia provenía de «... las hipersexuadas, inmorales y deseosas concubinas que andan dando vuelta en estas ocasiones, con la tranquilidad de que no tendrán que pagar por lo que hagan los demás». Este clase de atribución se basaba en entrevistas del inventario del tipo «Las chicas que siguen a los salvajes en la batalla», aunque, aparte del placer que les provocaba la violencia, había otros rasgos que se les atribuía más sistemáticamente a las jóvenes, sobre todo la promiscuidad y el consumo de drogas. Estos temas empezaron a aparecer con mayor insistencia después de agosto de 1965, cuando a partir de unos comentarios realizados por el jefe de la división policial de Margate, se informó en la prensa que los padres convocados a la comisaría de la zona se habían horrorizado al enterarse «... de que sus hijas habían estado acostándose con jóvenes a los que se les había encontrado el famoso kit de fin de semana, *purple hearts* y preservativos» (*Daily Telegraph*, 31 de agosto de 1965).[12]

El proceso de atribución espuria no se lleva a cabo, claro está, al azar. El público puede recurrir a estereotipos previos de otros demonios populares, y tal como sucede con los estereotipos raciales, tiene a su disposición imagen compuesta sobre la cual puede proyectar la nueva. El resultado es una imagen que incorpora elementos populares como los Teddy Boys, el complejo James Dean-Marlon Brando o las bandas de *West Side Story,* entre otros. Otro rasgo común con los estereotipos raciales es la ausencia de conexión lógica necesaria entre los diversos componentes que a menudo se contradicen entre sí.[13] Así, los judíos son entrometidos, pero también cerrados; los negros son perezosos e inertes, pero también agresivos y resueltos; los Mods

[12] No fue la primera vez que los únicos dos periódicos de tirada nacional que publicaron este tipo de notas fueron el *Daily Telegraph* y el *Daily Sketch*.

[13] Véase, por ejemplo, Gordon W. Allport (1958), *The Nature of Prejudice*, Nueva York, Doubleday Anchor, págs. 190-193.

son sucios y desaliñados, pero se visten con estilo; son agresivos y se creen superiores por su fuerza y su importancia, pero también cobardes. Una imagen racionaliza una explicación o línea de acción en particular; pero si se percibe que una imagen opuesta cumple mejor con este propósito, se la invoca sin problemas. Es tal la movilidad en este sentido que incluso se puede llegar a sostener dos imágenes opuestas a la vez, como en el titular del *Daily Mail* «Son elegantes, despiertos y limpios–pero son unas ratas».

Jóvenes de buen pasar – El cheque de 75. Muchas veces las actitudes y opiniones se ven reforzadas por leyendas y mitos. La naturaleza incivilizada de los inmigrantes queda ilustrada por la historia de las latas vacías de comida para gatos que llenan los cubos de basura de los restaurantes indios; la promiscuidad sexual adolescente, por la historia de las escuelas donde las muchachas que han perdido la virginidad llevan una insignia que las identifica.

Tal vez una de las historias más recurrentes sobre Mods y Rockers es la del joven que dijo que firmaría un cheque para pagar una multa de £75 (referido en el Capítulo 2). Si bien tardó un tiempo en difundirse, cuatro años después del «hecho» todavía se seguía citando la anécdota. El tema del bienestar económico es uno de los componentes más poderosos y persuasivos en la imagen de los Mods y los Rockers, porque se basa en un estereotipo más general, el del bienestar económico de los adolescentes, y sirve para racionalizar una creencia muy extendida, la de que «no les importa tener que pagar multas». Aunque los elementos míticos en la historia del cheque de £75 y sus variantes fueron desmentidos oportunamente, el tema persistió.

Si bien la calificación de «sin clase» apareció tanto en el inventario como, en forma ocasional, en las etapas sucesivas, era evidente que la imagen dominante no era la de un grupo formado por miembros de todas las clases sociales reunidos al azar. Se trataba de «nuevos nuevos ricos».

Divide y reinarás. Los generales, capitanes de equipos deportivos y líderes de bandas conocen muy bien el mecanismo de explotar las quejas o envidias entre los enemigos para frenar el ataque a los propios. De manera análoga, la comunidad adulta, ante el aparente ataque de su más sagrada institución (la propiedad) y los más sagrados guardianes de dicha institución (la Policía), reacciona, aunque no sea consciente de ello, enfatizando las diferencias entre los enemigos. La idea de que la violencia podía estar dirigida contra la propia socie-

© gedisa © gedisa

dad y, lo que es peor, podía llegar a atribuirse a defectos de la propia sociedad quedó neutralizada mediante el recurso de exagerar la rivalidad entre los Mods y los Rockers. Una vez más, el origen de tal tendencia puede encontrarse en crónicas del tipo «vuelven a chocar bandas en guerra», y es atribuible no tanto a una política consciente e intencional, sino más bien al hecho de que la imagen de la «guerra de bandas» es la forma más sencilla de explicar una situación de muchedumbre, sin sentido y ambigua, a un observador ingenuo:

> ... lo que en realidad puede ser una situación confusa de la que participa un grupo heterogéneo de jóvenes de pertenencia marginal y con motivaciones diversas, muy a menudo suele ser definida por los observadores como un caso de dos bandas con un alto grado de mecanización y organización que se enfrentan por cuestiones territoriales. Proyectan sobre la banda la propiedad de organización, y sobre personas que buscan novedades, la condición de miembros.[14]

A este efecto se le sumó la posterior explotación comercial de la división entre Mods y Rockers. La apoteosis del tema «divide y reinarás» fue la sugerencia de que la solución del problema era dejar que los dos grupos resolvieran sus diferencias peleando en un parque o un campo deportivo.

Juventud de sangre caliente o marginalidad lunática. Los temas que se trataron hasta aquí no se oponen a un contratema que los cuestione, pero para contestar la pregunta: «¿En qué medida representan los Mods y los Rocks a los jóvenes de Gran Bretaña en su conjunto?», hay dos opiniones que, en apariencia, resultan contradictorias.

Por un lado, se encuentra la adscripción recurrente de una serie de rasgos estereotipados a *todos* los adolescentes. Como señala Friedenberg, la tendencia entre los adultos a tratar la adolescencia, la delincuencia juvenil y la sexualidad agresiva como equivalentes funcionales crea una condición compuesta, a la que llama «minoría de sangre caliente».[15] Es así que se atribuye a todos los jóvenes de

[14] Lewis Yablonsky (1962), *The Violent Gang*, Nueva York, Macmillan, pág. 210.

[15] Edgar Z. Friedenberg (1963), «The image of the adolescent minority», *Dissent, 10* (primavera), pág. 151. Friedenberg sugiere varios otros paralelos entre la estereotipificación racial y la asignación de condición de grupo minoritario a los adolescentes.

una franja etaria, y en particular, a las representaciones visibles de la cultura adolescente, la desviación espuria de los demonios populares que surgieron de ellas. Debido, en parte, a que la cultura adolescente tiene una influencia menor en Gran Bretaña que en EE.UU., este tipo de identificación fue incompleta: no se le da el mismo tratamiento a delincuentes juveniles que al resto.

Sin embargo, cuando los pánicos morales como éste llegan a su punto crítico, las distinciones comienzan a diluirse y la ciudadanía se muestra más receptiva a la reflexión general sobre el «estado de la juventud». A partir del tema «No es sólo esto», se evocan imágenes perturbadoras: todos los jóvenes han perdido el rumbo, existe un malestar adolescente, esto es apenas la punta del iceberg. Se consultó a especialistas en educación que opinaron que se había «vuelto la espalda a nuestros jóvenes» y cuando se apeló a los temas del «aburrimiento» y el «bienestar económico», en relación, en todos los casos, a la totalidad de la franja etaria. En los titulares de artículos se leía «La verdad sobre la juventud», «Qué les pasa a los jóvenes de hoy» o (en periódicos extranjeros) «La juventud británica en rebelión». Es difícil hacer un cálculo numérico, pero algo así como la mitad de los comentarios de opinión reflejaron este tema. Como de costumbre, en los periódicos populares se encuentran ejemplos arquetípicos:

> Desde hace años venimos haciéndonos a un lado para dejarles espacio a los adolescentes; aceptando sin chistar que SU música monopolice el aire en la radio y la televisión; que en nuestras tiendas sean SUS modas las que dicten cómo nos vamos a vestir... Los hemos observado con paciencia mientras cometían sus peores excesos en las marchas contra la bomba nuclear; hemos sonreído con indulgencia cuando destrozaban nuestros cines mientras se proyectaban sus películas sobre *rock and roll*... Pero cuando se ponen a arrastrar damas ancianas por las calles... etcétera *(Glasgow Sunday Mail*, 24 de mayo de 1964).

No obstante, para contrarrestar este tema, la gran mayoría de los comentarios de opinión reflejaban lo que podría llamarse el tema de la «marginalidad lunática». La percepción era que los Mods y los Rockers eran una minoría de jóvenes que carecían de representatividad alguna: la mayoría de los jóvenes son decentes y respetuosos, y son los Mods y los Rockers los que les hacen mala fama. El tema de la marginalidad lunática aparece en la mayoría de los editoriales y las declaraciones públicas de parlamentarios, dirigentes juveniles

© gedisa © gedisa

y otros supuestos expertos que pontificaban después de los hechos. Dominó el debate en la segunda presentación del proyecto sobre daños maliciosos:

> El proyecto es una respuesta a la conducta irresponsable de un pequeño sector de los jóvenes, y vuelvo a insistir que se trata de un sector extremadamente pequeño (Charles Morrison, miembro del Parlamento).
>
> ... no se pueden juzgar de verdad los valores morales de nuestra juventud a partir del comportamiento de esos excéntricos que realizaron los actos vandálicos en las ciudades costeras que dieron origen a la presentación del proyecto (Erick Flechter, miembro del Parlamento).[16]

En su versión más fuerte, los «demás» no son sólo respetuosos y decentes, sino rayanos en la santidad. El ministro de Hacienda (el señor Maulding) pensaba que los Mods y los Rockers no eran típicos de esta «generación seria, inteligente y excelente», y según un periódico:

> Hay dos tipos de juventudes en Gran Bretaña hoy en día. Están lo que se ganan la admiración del mundo entero con su servicio valiente y disciplinado en las arduas montañas, la selva o el desierto, en Chipre, las fronteras de Yemen o en Borneo. Y están los Mods y los Rockers, con sus navajas... etcétera (*Evening Standard*, 18 de junio de 1964).

En los 110 comentarios de opinión realizados por personajes públicos, hubo 40 referencias explícitas al tema.

A primera vista, los temas de la «juventud de sangre caliente» y la «marginalidad lunática» podrían parecer incompatibles; *o bien* se dice que las jóvenes generaciones van de mal en peor y que los Mods y los Rockers son apenas un ejemplo de ello, *o bien* que las jóvenes generaciones no son distintas de ninguna otra, o tal vez mejores, y que los Mods y los Rockers son la excepción a la regla. Debería ser bastante simple, en términos comparativos, calcular cuál es la opinión más extendida, pero lo cierto es que no lo es. Como sucede con la estereotipificación y el etiquetamiento en general (y como deja en claro la teoría de la disonancia cognitiva), la lógica de las actitudes no es necesariamente lógica. Una explicación lógica de la aparición simultánea de los dos temas (lo cual sucedió a menudo) podría ser

[16] *Hansard*, 23 de junio de 1964, Col. 252 y Col. 294-295.

la siguiente: «Sé que en términos puramente estadísticos, la cantidad de personas que participaron en este tipo de cosas debe ser una proporción minúscula de la totalidad de las personas de la misma franja etaria, pero hay muchas cosas que hacen los jóvenes de hoy en día y que me perturban ("No es sólo esto") y ¿quién sabe dónde va a ir a parar todo esto ("No es tanto por lo que pasó")? Por eso no puedo evitar pensar que esto es una prueba de un malestar mucho más profundo que afecta a la juventud en general».

En la práctica, claro está, no hace falta presentar este tipo de argumentos; la paradoja es sólo aparente. Así como el primer tema forma parte de un circuito más general de etiquetamiento y estereotipificación, el tema de la marginalidad lunática también cumple una importante función: brindar a la comunidad adulta la seguridad de que está todo bien, y de que puede estar tranquila de que no hay una generación entera en contra de ella. Cuando el tema fue reproducido en tribunales (como solía suceder, bajo la forma de declaraciones de los policías, los abogados y los magistrados que destacaban lo bien que se portaban la mayoría de los jóvenes, a diferencia de los imputados), se pudo observar que su otra función es asegurar que la persona denunciada sea vista como merecedora innegable de la pena, en contraste con la contraconcepción ideal. Esta es una de las condiciones para que sea exitosa una ceremonia de degradación de rango, según Garfinkel:

> Los testigos deben apreciar las características de la persona y el hecho tipologizados mediante la comparación del tipo con una contraparte dialéctica. En una situación ideal, hay que evitar que los testigos contemplen las características de la personas denunciadas sin compararlas con las de la contraconcepción, pues la profanidad de una ocurrencia o un deseo o un rasgo de personalidad, por ejemplo, queda en evidencia al remitirse de su opuesto, lo sagrado.[17]

Los pánicos morales dependen de la generación de inquietudes normativas difusas, mientras que el éxito en la creación de demonios populares radica en su representación estereotipada como actores atípicos en un escenario que resulte totalmente típico.[18]

[17] Harold Garfinkel (1956), «Conditions of successful degradation ceremonies», *American Journal of Sociology*, LXI (marzo), págs. 422-423.

[18] Agradezco a Jock Young por la noción de grados de tipicidad que aplica en

© gedisa © gedisa

Causalidad

Un signo de los tiempos – Dada la orientación «No es sólo esto», es de esperar que el comportamiento no se haya visto como una enfermedad, sino como un síntoma de algo mucho más profundo. Aunque en la imagen del actor predomina el componente del libre albedrío sobre el del determinismo, el comportamiento es concebido como parte de un malestar social contemporáneo. La explicación social se privilegia por sobre la psicológica. Se advierte una suerte de impaciencia con las explicaciones psicológicas, a las que, al parecer, se identifica como una línea «blanda»: ni siquiera se recurrió tantas veces a la explicación del hogar hostil o roto.[19] Otra consecuencia de pensar el comportamiento como un resultado inevitable de la situación de la sociedad es que los factores situacionales quedan minimizados.

Se veía a los Mods y los Rockers, entonces, como «un espejo del tipo de sociedad que somos» (*Scotsman*, 8 de junio de 1964). Los aspectos del malestar social mencionados con mayor frecuencia eran la disminución de las creencias religiosas, la falta de rumbo, la influencia negativa de los impulsores de reformas sociales y la actitud paternalista del estado de bienestar. Tales factores son parte de un giro generalizado; la expresión «giro del péndulo» fue la metáfora que se usó con más frecuencia: había habido una reacción a la estricta disciplina de los victorianos, pero cuando la sociedad pudiera ver lo que había pasado (es decir, los Mods y los Rockers), el péndulo giraría y volvería sobre su trayectoria.

Si bien se tiende a asociar el argumento del péndulo con una ideología en particular (la reaccionaria o conservadora), comparte su orientación global hacia el tema del «signo de los tiempos» con otras cruzadas morales emprendidas desde otras posiciones. Así, mientras el *Daily Telegraph* clamaba contra «nuestra sociedad de bienestar moderna», en el *Tribune* protestaban contra «una sociedad enferma de violencia reprimida» y concluían que «Algo está podrido en el Estado de Gran Bretaña y los recientes hechos de vandalismo en Clacton son apenas una manifestación de ello» (*Tribune*, 10 de abril de 1964).

Es como una enfermedad. Una de las analogías más equívocas y desacertadas en lo que hace a la explicación de la delincuencia juvenil es el intento de compararla con una enfermedad.[20] Las personas, por algún motivo, se «contagian» la delincuencia, que luego se «propaga» de personas en persona, por lo que hay que «curar» la «enfermedad». En relación con el vandalismo, cuya característica distintiva es su asociación con grandes concentraciones públicas, este tipo de analogía se usa mucho más y suele apuntalarse con versiones populares de la teoría de las histerias colectivas. Muchos comentaristas compararon a los Mods y los Rockers con la propagación de una enfermedad social. *The Guardian* se refería a un «mal» que era necesario «curar» y en la memorable frase del Dr. Simpson, algunos estaban «... infectados con este virus maligno». Unos de los defensores más activos de la teoría fue W. R. Rees-Davies, representante en la Cámara de los Comunes del distrito donde se encuentra Margate:

> Se propaga como una enfermedad. Si queremos detenerla, tenemos que ser capaces de librar a las escuelas de estos chicos, y pronto... Debemos librarnos de los chicos malos para que no contagien a los buenos.[21] Hay que extirpar esta especie de malas hierbas... ponerlos en una escuela especial para que no infecten a otros... es un germen contagioso.[22]

Conspiracionismo. En este tema, se concibe el comportamiento, que en gran medida fue desorganizado, espontáneo y situacional, como planificado con anticipación y parte de una suerte de complot conspirativo.

En su intento de explicar los resultados de encuestas realizadas tras el asesinato de Kennedy, según las cuales la mayoría creía que Oswald no había actuado en soledad, Sheatsley y Feldman llaman a este tipo de creencia «conspiracionismo».[23] Si dejamos de lado la

su análisis de las imágenes de los consumidores de drogas en los medios de comunicación.

[19] En la única investigación publicada sobre los Mods y los Rockers, Barker y Little escriben: «También debemos derribar el cliché del hogar roto». Es un ejemplo de la tendencia a hacer suposiciones injustificadas sobre las actitudes públicas respecto de la delincuencia juvenil. No hay razón para derribar un cliché al que nadie recurre.

[20] En el campo de la criminología, la popular obra de Sheldon y Eleanor Glueck es la principal responsable de perpetuar la analogía. Véase la reseña del uso del concepto de contagio que realiza David Matza en su explicación de la desviación (*Becoming Deviant*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1969, págs. 101-104).

[21] *Hansard,* 27 de abril de 1964. Col. 52 y Col. 59.

[22] Entrevista, 27 de noviembre de 1964.

[23] P. B. Sheatsley y J. S. Feldman, «A national survey of public reactions and behaviour», en Greenberg y Parker, *op. cit.*, pág. 174.

posibilidad de que lo que se cree pueda ser verdad (posibilidad que los autores no admiten), su interpretación de tal tendencia tiene paralelos interesantes con el caso de los Mods y los Rockers: «Más que indicar una paranoia generalizada y exponer las consecuencias de la propaganda extremista [sic]... en muchos casos el conspiracionismo brinda la explicación más aceptable y fácil de comprender». Muchas personas que se resistían a aceptar otras explicaciones encontraron, al suponer la existencia de una conspiración, un viso de lógica en una situación caracterizada por la impredictibilidad.

Esa misma tendencia a la mitología conspiracionista se pone en evidencia en reacciones a fenómenos tales como disturbios raciales,[24] manifestaciones estudiantiles y (por citar un ejemplo más cercano al caso de los Mods y los Rockers), disturbios y desmanes en eventos deportivos recreativos:

> En diversas crónicas de los disturbios se afirmaba que había habido una cuidadosa planificación, atribuida a un pequeño cuadro de instigadores que supuestamente se ocuparon de hacer circular rumores antes del evento, y seleccionaron sus blanco en el lugar de los hechos. Sin embargo, es difícil conseguir pruebas reales de la existencia de un «plan» cuya única evidencia son los rumores que se repiten una y otra vez.[25]

Con los Mods y los Rockers, la versión fuerte del conspiracionismo consistió en afirmaciones de que los hechos fueron organizados por una súper banda cuyo cuartel central se encontraba en algún café de la autopista M1. La forma más débil del tema se limitaba a afirmar el papel de los líderes: un núcleo compacto de jóvenes con motivaciones delictivas (por parafrasear una explicación conspiracionista de otra crisis, la huelga de los marinos en 1966), que condujeron a una horda de muchachos crédulos a una batalla planeada. El *Daily Telegraph* se refirió a los «disturbios destructivos que están cuidadosamente organizados y planeados de antemano... la Policía subestimó el grado de premeditación».

[24] En un análisis de este tema (Terry Ann Knopf, «Sniping: A new pattern of violence?», *Transaction*, julio/agosto 1969, págs. 22-29) se centra la atención sobre la cuestión de la receptividad a las teorías conspirativas entre los ciudadanos estadounidenses. El análisis clásico es Richard Hofstadter, *The Paranoid Style in American Politics*, Nueva York, Knopf, 1966.

[25] Robert Shellow y Derek V. Roemer (1966), «The riot that didn't happen», *Social Problems, 14* (otoño), pág. 223.

El origen de tales temas puede encontrarse en las entrevistas del inventario con los autoproclamados líderes de los desórdenes, como así también en los informes de reuniones secretas entre policías de «alto rango» y funcionarios del ministerio del Interior para analizar «una estrategia para el próximo ataque». La metáfora de la «lucha contra el crimen» se presta como contraimagen de la lucha contra el orden público.

Aburrimiento. El aburrimiento fue el concepto causal que se adujo con mayor frecuencia en relación con los Mods y los Rockers. Sin embargo, evocaba temas distintos.

El primero culpa a la sociedad, sobre todo a las escuelas, los centros juveniles y las iglesias, por no haber logrado brindar a los jóvenes intereses, oportunidades, salidas creativas y propósitos. En un sermón que tuvo una gran difusión, el obispo de Southwell pedía a los jóvenes que «perdonen a la generación mayor que en tantos casos no consiguió que canalizaran su energía». El aburrimiento no sólo constituye una causa plausible, sino que además se relaciona con defectos de la estructura social. La aplicación de la teoría de la oportunidad a objetivos recreativos puede pensarse como una versión sociológicamente sofisticada de este tema.[26]

El otro tema vinculado con el aburrimiento apunta a la gran cantidad de oportunidades de las que disponen la juventud actual que los adultos ni siquiera soñaron con tener, y concluye que si de verdad existe el aburrimiento, es por un defecto de la estructura psicológica de los propios jóvenes. Padecen, como dijo el Coordinador de Recreación de Margate, de «descontento crónico». Si tienen que buscar emociones fuera de lo que la sociedad les ofrece con tanta generosidad, es por su codicia, hedonismo e ingratitud: «En lo personal no acepto la idea de que el vandalismo sea responsabilidad de la sociedad en su conjunto. Es responsabilidad exclusiva de aquellos a los no se les ocurre nada mejor que hacer en el país más hermoso y más variado del mundo».[27]

Desde esta perspectiva, el aburrimiento se desestima como una «excusa de moda» o una «teoría estrambótica»: «... la pereza, el

[26] David Downes, «Clacton and the dead end», *Observer* (6 de abril de 1964) y «What to do about Mods and Rockers»?, *Family Doctor* (agosto de 1965), págs. 469-471.

[27] D. James, miembro del parlamento, en *Brighton and Hove Herald* (23 de mayo de 1964).

© predisa © predisa

egoísmo y la lujuria siguen siendo las principales causas».[28] Hay en este tema una dosis de dolor y de perplejidad, que refleja el eterno reproche de los padres: «después de todo lo que hicimos por ellos...». En la versión fuerte de este tema, de hecho, se asevera que la causa del comportamiento es que «les dimos demasiado».

Entre los comentarios de opinión donde se mencionaba el aburrimiento, un 35% refrendaban el tema de la «falta de oportunidades», el resto el tema de las «oportunidades no aprovechadas». Pese a la distancia ideológica entre ambas orientaciones, suelen ofrecer soluciones basadas en una lógica común del tipo «denles una válvula de escape y un objetivo en la vida», que pueden adoptar la forma de «que los manden al ejército» o «tenemos que mejorar los servicios para los jóvenes». Para algunos, el tema del aburrimiento también encierra la imagen de «buscadores de emociones», que reviste al comportamiento de un halo de gratuidad y disipación. Esto puede llevar al rechazo de explicaciones de corte positivista incluso entre quienes están predispuestos a aceptar un determinismo psicológico o sociológico, quienes conceden que si bien la delincuencia en general puede verse afectada por fenómenos como los hogares rotos o la falta de oportunidades y, en algunos sentidos, puede ser una conducta que procura resolver problemas, los Mods y los Rockers no eran otra cosa que hedonistas ingratos en busca de emociones. Tal explicación es más coherente con elementos del folklore recurrentes característicos de tales tipos sociales.

Reacción diferencial

Está claro que la reacción de la sociedad (incluso la de esa porción de la sociedad que se refleja en los medios de comunicación) no es homogénea. No se puede suponer que las imágenes del inventario y los temas tratados en este capítulo se hayan difundido hacia afuera para luego ser absorbidos de manera simétrica por todos los miembros de la sociedad. En las investigaciones sobre las influencias que ejercen los medios se advierte que se trata de una relación complicada e irregular, y que es necesario plantear algunas preguntas básicas sobre la representatividad de tales imágenes y temas, como también

[28] L. Seymour, miembro del parlamento, *Hansard,* 4 de abril de 1964, Col. 42.

si existen diferencias significativas en términos de edad, sexo, clase social, región, filiación política y otras variables pertinentes. Las imágenes de la desviación procesadas con anterioridad vuelven a ser codificadas y absorbidas en función de una pluralidad de intereses, posturas y valores.

Dada la ausencia de una encuesta de opinión pública a gran escala, no es posible dar una respuesta satisfactoria a esas preguntas. Sin embargo, tienen un grado de importancia tal que cabe intentarlo, y a partir de los datos limitados de los que se dispone (que provienen principalmente de la muestra de Northview y de la muestra de Brighton) se señalarán algunas de las diferencias más notables, como también instancias donde las diferencias esperadas no se materializaron.

1. *Los medios de comunicación masiva y la opinión pública.* – La primera diferencia (que tal vez sea también la más notable) es la que se registra entre los medios de comunicación y los diversos tipos de opinión pública. En la mayoría de las dimensiones pertinentes para esta comparación, las reacciones a los Mods y los Rockers fueron más extremas y estereotipadas en los medios que en cualquiera de las muestras de opinión pública consultadas. Esto no significa que las imágenes construidas por los medios no hayan sido absorbidas y no hayan sido las dominantes en la generación de la reacción, sino que la gente codificó tales imágenes de modo tal de minimizar sus implicancias más extremas. En este sentido, se puede afirmar que la ciudadanía estaba mejor informada sobre el fenómeno que los medios o los emprendedores morales a quien los medios citaban.[29]

Si bien la orientación inicial de los medios presentaba a los Mods y los Rockers en términos del tema de la amenaza y el desastre, menos de un 50% de las personas que integraban la muestra de Northview

[29] En investigaciones sobre otras formas de desviación se advierte una tendencia similar. Un análisis de informes en los medios de comunicación sobre enfermedades mentales muestra que las ideas que presentan están más alejadas de las opiniones de los expertos que las propias opiniones del «hombre común». Jum C. Nunnally, «The communication of mental health information: A comparison of the opinions of experts and public with mass media presentation», *Beahvioral Science,* 2 (1957), págs. 220-230. Si bien los (escasos) estudios existentes sobre las actitudes públicas hacia la desviación muestran, en efecto, una estereotipificación extrema y equívoca, tales respuestas no han sido comparadas con las de los medios de comunicación masiva, que tal vez sean aún más extremas. Véase, por ejemplo, J. L. Simmons, «Public stereotypes of deviants», *Social Problems, 13* (otoño de 1965), págs. 223-232.

reaccionaron en tales términos. Las demás o bien veían su comportamiento como un problema acotado, o bien, en el caso de alrededor de un 15%, en su reacción inmediata culpaban a la prensa por exagerar el fenómeno. De forma similar, en la muestra de Brighton el 55,8% vio lo que pasaba en términos puramente negativos, aunque sólo la mitad de ellos empleó adjetivos amenazantes («repugnante», «horrible», «terrible») y el resto, calificaciones como «fastidioso». El 46,2% restante se mostró indiferente o confundido.

En cuanto al factor predicción del inventario, si bien los medios estaban seguros de que los Mods y los Rockers volverían a la carga, tanto los encuestados de la muestra de Northview como los de Brighton no estaban tan seguros. En la muestra de Northview, el 42,5% opinó que el fenómeno se iría agotando y que se trataba de una moda o de acontecimientos pasajeros; un 15% manifestó que seguiría, a menos que se lo atacara con severidad, y un 22,5% dijo que era inevitable que continuara:

> Es parte la sociedad actual. (*Médico*)
>
> No desaparecerá mientras haya vándalos con dinero que se fortalecen con la publicidad que se les da en los medios. (*Trabajador social.*)
>
> Puede pasar cualquier fin de semana; esto va a seguir, como pasó con las marchas. (*Concejal.*)

El resto de la muestra no sabía si el fenómeno de los Mods y los Rockers seguiría. En la muestra de Brighton, las opiniones se dividían en proporciones similares: un 38,4% pensaba que el comportamiento continuaría si no se hacía algo al respecto; un 33,8% pensaba que era una fase pasajera; y un 29,8% no sabía. Parte de la incertidumbre en las dos muestras refleja el hecho de que la encuesta se realizó en una etapa tardía del desarrollo del fenómeno, cuando ya se percibían signos objetivos de que estaba desapareciendo. No obstante, incluso en estas circunstancias, los medios seguían empleando ritualmente las imágenes de predicción y de desastre inexorable.

Cuando se les pidió que describieran cómo eran los jóvenes que participaban en los hechos de los Mods y los Rockers, los miembros de ambas muestras recurrieron a imágenes y estereotipos algo menos definidos que los de los medios. Sin tener en cuenta las imágenes especiales (por ejemplo, las del discurso de los «césares de aserrín»), la

atribución espuria en los medios se centraba en la imagen del vándalo con dinero. La imagen dominante fue la de adolescentes provenientes de las «clases delictivas» tradicionales, pero con mucho dinero para gastar, sobre motocicletas caras y más dispuestos que nunca a cometer actos de violencia sin sentido. En la muestra de Brighton, un 47,7% opinó que eran «chicos normales», que buscaban divertirse, y 33,9%, que eran unos típicos delincuentes juveniles. Una proporción casi idéntica (32,3%) de la muestra de Northview manifestó que los Mods y los Rockers eran iguales a cualquier otro delincuente juvenil; los elementos novedosos eran la banda, el uniforme, las motocicletas: todos los componentes de imágenes típicas como las de los Hell's Angels. Un 12,8% declaró que sólo los jefes de las bandas eran delincuentes juveniles y que el resto eran jóvenes que los seguían buscando diversión. Un 43,6% no creía que los Mods y los Rockers fueran delincuentes, ya sea porque provenían de diversos extractos sociales o porque no tenían una verdadera intención delictiva y sólo buscaban divertirse. Otro 11,3% no tenía una opinión definida al respecto. En relación con la composición social, las imágenes de los medios también fueron más nítidas: en la muestra de Brighton, un 30% de los encuestados pensaba que los Mods y los Rockers eran de clase trabajadora y de escuelas secundarias modernas, un 15% no sabía y un 55% pensaba que tenían dinero y provenían de todas las clases sociales.

Otra forma de mirar la imagen es analizar si se pensaba que el fenómeno de los Mods y los Rockers era totalmente nuevo y de ser así, en qué consistía la novedad. Por lo general, cuando surge un nuevo tipo de desviación se lo considera una amenaza mayor que otros que ya se han enfrentado en el pasado, y los medios tendían a destacar los elementos de la situación que, supuestamente, eran inéditos: más violencia, más histeria colectiva y un mayor nivel de organización en el enfrentamiento de las bandas. Muy pocas personas en la muestra de Brighton opinaron que se trataba de elementos novedosos: apenas cuatro (6,1%) pensaron que había más violencia. Alrededor de un 30% opinó que lo que estaba sucediendo era lo mismo que había pasado con demonios populares anteriores (Spivs, Teddy Boys) pero con un nuevo nombre, mientras que el grupo más numeroso (56,9%) señaló que un rasgo novedoso era la mejor posición económica y movilidad. En la muestra de Northview, un porcentaje algo mayor pensó que el comportamiento en sí era bastante novedoso:

© gedisa © gedisa

...antes había vandalismo, pura maldad, para fastidiar a los demás... pero no había salvajismo: esa es la novedad, la brutalidad.
(*Director de escuela.*)

Un 15,1% pensó que la novedad era la mejor posición económica y movilidad de los individuos, y un 37,6% opinó que no había nada nuevo en su conducta: lo que había pasado era que los viejos actores se habían trasladado a un nuevo escenario; los Teddy Boys habían salido de Elephant y Castle y gozaban de más publicidad mediática que nunca:

Hoy en Poplar la vida es más tranquila los fines de semana largos.
(*Director de escuela.*)

En vez de media docena de patanes en distintos lugares, están todos juntos en Clacton.
(*Trabajador social.*)

En vez de andar peleándose en Clapham Common o en una terreno baldío, van a las ciudades costeras.
(*Trabajador social.*)

Una variante frecuente de esta imagen es la de un núcleo de jóvenes desviados que reaparecen bajo distintas formas, como señalaba un dirigente juvenil en Northview: «... ahora que se terminaron las marchas de Aldermaston, tenemos a estos chicos corriendo por ahí sin nada que hacer». Estas imágenes pueden ser igual de engañosas (o incluso más) que el estereotipo de una mayor violencia, histeria y grado de organización, pero no producen la misma sensación de amenaza.

Por otra parte, el tipo de estigmatización al que recurrió la prensa (la catalogación de Mods y Rockers como nuevos demonios populares) no parece haber coincidido con la visión de los encuestados. Cuando se les preguntó cómo se sentirían si su hijo o hermano acudiera a una de las ciudades costeras con los Mods y los Rockers, la mayoría de los participantes en la muestra de Brighton (alrededor de 70%) opinó que no les importaría o que no sabían qué responder. Un 12% no le hubiera permitido ir y el 18% restante le habría impuesto un castigo si se hubiera enterado que el joven había estado allí. Entre los integrantes de la muestra de Northview (que incluía empleados, docentes y dirigentes juveniles) había una mayor predisposición a

que la información sobre la participación de un joven en actividades en las que estuvieran involucrados Mods y Rockers influyera en su relación con él. Cuatro de ellos (3%) no les hubiera seguido dando empleo, once (8,2%) habría tenido sospechas sobre sus otras actividades y las vigilaría y un 41,4% habría hablado con ellos, procurado comprender su comportamiento y los habría disuadido de volver a participar. Sólo un 16,5% declaró que no habrían hecho nada al respecto y que la vida personal del muchacho no era de su incumbencia. Las respuestas, obviamente, variaban según la ocupación: los directores de escuela subrayaban cómo la reputación de la escuela se podía ver afectada por las acciones del joven, mientras que los empleadores, como los abogados, se inclinaban a responder que si un muchacho era un vándalo no se podía confiar en él.

Para la muestra de Northview hubo una pregunta de opinión específica sobre la forma en que la prensa había cubierto el fenómeno de los Mods y los Rockers. Las respuestas fueron abrumadoramente críticas (cuando no hostiles) respecto de los medios de comunicación: un 40,5% creía que los medios habían exagerado e inflado la cuestión, y un 41,3% adicional atribuía directamente a la publicidad mediática la responsabilidad por parte de lo que había sucedido. Sólo un 4,5% (seis encuestados) pensaba que los medios habían informado con precisión y habían cumplido con su deber de informar los hechos. El 13,5% restante no tenía opinión sobre la cobertura informativa. Más del 80%, entonces, se mostraron explícitamente críticos sobre el papel de los medios.

El objetivo de focalizar la atención sobre el hecho de que el público era consciente de la exageración y distorsión por parte de los medios, y sobre la existencia de diferencias entre las opiniones del público y las de los medios, fue sólo enfatizar las distintas formas en que se codifican las imágenes y la operación de una suerte de «brecha de credibilidad» en el proceso de comunicación de masas. No se trata de conclusiones novedosas en el campo de la comunicación de masas, y por ello no hay por qué considerarlas excepcionales. Las diferencias entre el público y los medios no siempre fueron amplias y tal vez serían menores si las muestras fueran más representativas: en un caso (Northview) los encuestados estaban mejor informados (algunos, incluso, por motivos profesionales) sobre el tipo de fenómeno en cuestión, y en el otro caso (Brighton) los encuestados habían sido observadores directos de la situación, por lo cual tenían pruebas a

la vista para contradecir algunas de las distorsiones mediáticas más burdas. No cabe mucha duda de que la corriente dominante de reacción expresada en los medios de comunicación (desviación putativa, punitividad, la creación de nuevos demonios populares) se incorporó a las imágenes del público y claramente, como mostraré en el siguiente capítulo, constituyó el fundamento de las medidas de control.

2. *Viejos y jóvenes.* – A priori, se podría esperar que hubiera diferencias visibles en las reacciones según la edad, esto es, que las personas mayores tuvieran una actitud más punitiva y fueran menos capaces de identificarse con el grupo desviado. Las dos muestras carecen de la representatividad suficiente (sobre todo en relación con el grupo etario más joven) para respaldar tales expectativas, aunque lo que se sabe confirma la dirección prevista. Sólo un 23,3% del grupo más joven (20-39 años) en la muestra de Northview pensó que el comportamiento de los Mods y los Rockers constituía una amenaza, comparado con alrededor del 55% de los grupos de mayor edad. Los encuestados más jóvenes también se mostraron más propensos que los demás a culpar a la prensa de exageración y distorsión. En la muestra de Brighton, se observó una tendencia en los encuestados de mayor edad (más de 60 años) a ser más hostiles y punitivos que los más jóvenes (menos de 24 años), pero por otra parte, los encuestados de mediana edad se manifestaron menos hostiles que los más jóvenes.

Otras fuentes sugieren que las diferencias de edad no son una variable tan simple como se podría esperar, y que los jóvenes no quedaron en modo alguno inmunes a absorber las imágenes de los medios o a reaccionar punitivamente. El efecto del tema de la «marginalidad lunática», de hecho, podría haber sido alienar aún más a los demás jóvenes de los Mods y los Rockers. Las organizaciones juveniles respetables nunca dudaron en denunciar que las personas desviadas no eran en absoluto representativas de los jóvenes británicos y en negar cualquier vínculo entre sus miembros y lo que había sucedido. Solían publicarse cartas en este sentido, en las que también era común encontrar sentimientos como los que se recogen en un artículo de la «Página adolescente y veinteañera» del periódico *Brighton and Hove Herald* (23 de mayo de 1964): «¿En qué tipo de mente retorcida cabe divertirse con una actividad tan perversa como destrozar escaparates, parabrisas, motonetas y demás? Parece increíble, ¿no?».

Un análisis de contenido de redacciones sobre los Mods y los Rockers escritos por veinticinco alumnos de tercer y cuarto año en una escuela de la zona del East End de Londres muestra no sólo hasta qué punto se habían absorbido las imágenes mediáticas, sino también qué poca identificación con los Mods y los Rockers había en el grupo que, por clase social, edad y origen geográfico, podría haberse sentido identificados. Ninguno de los estudiantes se veía como potencial Mod o Rocker (a pesar del estereotipo que circulaba entonces, según el cual toda la juventud se repartía entre uno u otro grupo) y su comportamiento les resultaba muy ajeno: los veían como «verdaderos estúpidos», «un grupo infantil», «una banda de idiotas». Rara vez se encontraban excusas para su comportamiento:

> Algunas personas justifican a los Mods y a los Rockers diciendo que están descontentos y aburridos. Pienso que es sólo una «fachada», pues hay una enorme cantidad de adolescentes que encuentran otras cosas que hacer sin ponerse a pelear porque sí.
>
> Aunque algunas personas piensan que la falta de centros recreativos es una excusa para el vandalismo y la destrucción, creo que no hay excusa posible, salvo la estupidez y la falta de respeto por la propiedad pública y privada.

Alrededor de un tercio del grupo sí pensaba que el aburrimiento era una causa justificada o mencionó factores como el deseo de publicidad en los medios, la provocación de la policía o la condena de los adolescentes por parte de los adultos. De las soluciones que se sugieren para el problema, siete son «blandas» (abrir nuevos centros juveniles, reducir la publicidad en la prensa, brindar espacios para que los jóvenes puedan descargarse, mayor tolerancia por parte de los adultos), seis son convencionales (multas, pago de los daños), y doce «duras» (usar camiones hidrantes o gas lacrimógeno en las concentraciones, programas de trabajo forzado, azotes, condenas de cárcel prolongadas, prohibir la entrada a la ciudad de los infractores). Los siguientes son dos ejemplos de este último grupo:

> En vez de multarlos o imponerles algunos meses de condena en centros de detención, me parece mejor humillarlos de alguna manera, por ejemplo, azotarlos seis veces en público con una vara y que la gente les arroje fruta podrida mientras están en el cepo en la playa. Así aprenderían la lección...

© gedisa © gedisa

> Creo que los Mods y los Rockers no sólo tienen que pagar por los daños, sino también encargarse de las reparaciones. Si se descontrolan en las ciudades costeras, hay que llamar a los bomberos para que utilicen los carros hidrantes. Además, hay que prohibirles que usen los trenes y los autobuses. No les gustaría tener que volver caminando a Londres con la ropa mojada, y creo que no lo volverían a hacer.

Es posible que como se trataba de trabajos hechos en clase, los estudiantes hayan expresado ideas que consideraron más aceptables para el docente, y como la escuela era una *grammar school,** son las opiniones de muchachos de clase trabajadora con intereses académicos, no «muchachos del barrio». Sin embargo, ponen en duda la presunción simplista de que las diferencias de edad por sí mismas producen reacciones distintas ante fenómenos de desviación como los de los Mods y los Rockers. La forma en que la reacción social, y los medios de comunicación en particular, segregan a los individuos desviados y bipolarizan a los demonios populares del resto de la sociedad es una fuente de formación de actitudes más fuerte que la edad. Durante los pánicos morales, este tipo de polarización es todavía más predecible.

3. *Residentes locales y personas de fuera.* – No es tan claro anticipar qué diferencias se podrían haber entre las actitudes de los residentes locales y quienes viven en otros lugares. Por un lado, es posible que los residentes que tuvieron una exposición directa a la situación se resistan más a las distorsiones que presentan los medios de comunicación. Por el otro, cualquier consecuencia negativa de los hechos (como el perjuicio a la imagen de la ciudad o las pérdidas comerciales) podrían afectarlos más que a nadie, por lo cual podría esperarse una reacción más punitiva.

No se observó de un modo nítido ninguno de estos efectos e incluso es posible que se hayan contrarrestado. Los residentes locales con los que hablé tendían a ser más realistas que el periodismo, la muestra de Northview y otras personas de fuera de la ciudad en su percepción de lo que realmente había pasado. Sin embargo, no se registró la misma diferencia en la reacción de los magistrados, la prensa y

* En el Reino Unido, las *grammar schools* son un tipo de establecimiento secundario de carácter selectivo (vigentes hasta fines de la década de 1960) al que asistían los estudiantes con mayores aptitudes académicas. [T.]

los emprendedores morales del lugar. Los emprendedores morales en particular sobreestimaron el grado de apoyo y solidaridad que obtendrían de los residentes locales. Por un lado, aquellos residentes que sentían que los problemas afectaban sus vidas de manera directa tenían posturas muy extremas y eran muy punitivos en sus reacciones. En la muestra de Brighton, un 62,5% de los pobladores caracterizaron lo sucedido como «terrible» o «molesto», comparado con un 45,5% de personas de fuera de la ciudad que usaron esos calificativos. La amenaza a los intereses comerciales fue sin duda más palpable para los residentes locales. A esto debe agregarse la presencia, en ciudades como Hastings, Eastbourne y Margate, de una gran cantidad de ancianos y jubilados, para quienes el comportamiento de los jóvenes resultaba particularmente ajeno e intimidante.

4. *Hombres y mujeres.* – La impresión general que queda en el análisis de las distintas fuentes es que las mujeres fueron menos intolerantes que los hombres. En la muestra de Brighton, la proporción de encuestadas mujeres (35,4%) que expresaron una indignación inicial fue mayor que la de hombres (11,8%). También se mostraron más propensas a querer que la Policía aplicara medidas más duras: las ocho personas de la muestra que se manifestaron a favor del castigo físico fueron mujeres. Entre las mujeres, la probabilidad de mencionar la «ausencia de control y disciplina por parte de los padres» como causa del fenómeno de los Mods y los Rockers fue el doble que entre los hombres. En las demás preguntas no se observaron grandes diferencias, y sería necesario recurrir a otras fuentes para justificar la afirmación de la tendencia entre las mujeres a una mayor punitividad en relación con la desviación.

5. *Clase social.* – Más adelante se harán comentarios más generales acerca de la relevancia de las variables vinculadas con la clase social. Los datos obtenidos en las encuestas no mostraron muchas diferencias significativas en este sentido, sobre todo en lo que hace a la reacción inicial y la orientación general hacia los hechos. Se observó una leve tendencia entre los encuestados de clase trabajadora a explicar el comportamiento de los jóvenes en términos de «falta de control de los padres», mientras que los encuestados de clase media invocaron en mayor proporción la imagen de la «búsqueda de emociones» como explicación causal.

© gedisa © gedisa

6. *Filiación política.* – En la muestra de Brighton, los votantes conservadores mostraron una mayor tendencia a usar las categorías de «indignante» o «molesto» (64,3%), comparado con un 38,7% entre los votantes laboristas. Los conservadores también expresaron un mayor deseo de que la Policía fuera más dura y apoyaron el uso de centros de detención.

Debo repetir que es necesario ser precavido a la hora de realizar cualquier generalización sobre las reacciones públicas en general a partir de estos datos. Al concentrarme en los modos en que los pánicos morales se transmiten a través de los medios de comunicación masiva, no pude analizar de manera adecuada (como deberá hacerse en investigaciones futuras) los patrones presentes en la sociedad en general.

Modos y modelos de explicación

El recorrido desde la fase de inventario hasta los temas recurrentes en las opiniones y actitudes permite relevar los rasgos por los que se identificó a los Mods y los Rockers como individuos desviados de un tipo en especial y se los situó en su lugar correspondiente en la galería de demonios populares. Los pánicos morales, desde luego, no son ejercicios intelectuales mediante los cuales se determinan etiquetas correctas, como sucede cuando un médico selecciona la categoría de diagnóstico que corresponde a ciertos síntomas o un botánico clasifica especies. El proceso de identificación de la desviación supone necesariamente una concepción de la naturaleza del fenómeno. Al individuo desviado se le asigna un rol o tipo social, se elaboran perspectivas comunes mediante las cuales se visualiza y explica tanto al individuo como a su comportamiento, se le atribuyen motivaciones, se buscan patrones causales y se agrupa el comportamiento con otras conductas que se consideran del mismo orden.

Tales imágenes son una parte integral del proceso de identificación: las etiquetas no se inventan con posterioridad a la desviación. Quienes etiquetan (y aquí yo me concentré en los medios de comunicación) cuentan con una provisión de imágenes a las cuales recurren en estos casos. Una vez realizada la identificación, las etiquetas se refinan con detalles adicionales: el toxicómano, por ejemplo, puede quedar incorporado a la mitología del drogadicto sucio, degenerado, perezoso y de poca confianza. Dicho de otro modo, la etiqueta primaria evoca imágenes secundarias: algunas son puramente descriptivas, otras contienen juicios morales explícitos y otras encierran prescripciones sobre cómo actuar ante el comportamiento.

De este modo, lo que Lemert denomina *cultura del control social*, esto es, «... las leyes, los procedimientos, los programas y los organismos que en nombre de la colectividad ayudan, rehabilitan, sancionan o manipulan a los individuos desviados»[30] no abarca únicamente a instituciones y personal de carácter oficial, sino también a modos y modelos típicos de comprender y explicar la desviación. El hecho de que los modelos no suelan estar articulados en forma coherente no debe llevarnos a suponer que no existen, ni a interpretar como azaroso el vínculo entre imágenes como las que rodean a los Mods y los Rockers. Dichas imágenes son parte de los que Berger y Luckman llaman la «maquinaria conceptual que da cuenta de la condición de desviado» y, como tal, desempeñan una función fundamental en la justificación de una visión particular del mundo: «... la conducta del desviado representa una amenaza para la realidad social como tal, pues cuestiona el carácter normativo de los procedimientos mediante los cuales opera, que se dan por sentados».[31] Para saber cuáles son las virtudes que se están afirmando, hay que dotar al demonio de una forma particular. Así, la imagen predominante de ausencia de sentido y propósito que se atribuye al vandalismo, afirma el valor de la acción utilitaria y racional. Las personas que componen nuestra sociedad actúan a partir de motivos que cuentan con un cierto reconocimiento; no se puede tolerar conductas como el vandalismo, que no parecen tener este tipo de motivación, y se las nulifica cuando se las describe como sin sentido. La única manera de comprender el vandalismo es suponer que carece de sentido; cualquier otra definición resultaría una amenaza.

Más adelante analizaré algunas de las funciones de la maquinaria conceptual presentada para explicar el fenómeno de los Mods y los Rockers y las fuerzas que conformaron su contenido. La modalidad básica de explicación, que es la que se aplica en la mayoría de las for-

[30] Edwin M. Lemert (1952), *Social Pathology*, Nueva York, McGraw-Hill, pág. 55.

[31] Peter L. Berger y Thomas Luckman (1968), *The Social Construction of Reality*, Londres, Allen Lane, pág. 131.

mas de desviación, se expresó en términos de un modelo de sociedad consensual. Según este modelo, la mayoría de los integrantes de una sociedad comparten valores comunes, coinciden en qué fenómenos son perjudiciales, amenazantes o desviados, y son capaces de reconocer tales valores, así como las violaciones que se cometen contra ellos cuando ocurren. En épocas de pánico moral, las sociedades se muestran más abiertas que de costumbre a las apelaciones a ese consenso: «Ninguna persona decente puede tolerar este tipo de cosas». El individuo desviado es percibido como alguien que cruzó un límite que en otros momentos no se ve con tanta claridad.

Cuando se da por sentado este modelo, resulta posible reconciliar las inconsistencias manifiestas en el inventario y los temas recurrentes en opiniones y actitudes. Sea cual fuere el lugar en el espectro ideológico desde el que uno se posicione, por ejemplo, es posible suscribir a los temas de la juventud de sangre caliente y del signo de los tiempos (u otras nociones que presuponen un malestar social generalizado) e identificar al grupo desviado en términos de marginalidad lunática. Después de todo, los individuos desviados eran como animales, aquejados de alguna enfermedad o víctimas crédulas de líderes inescrupulosos. Se podía complementar con teorías primitivas sobre el comportamiento de las multitudes (individuos fuera de control como resultado de la situación de multitud) la imagen de seres subsocializados, en permanente búsqueda de emociones a través de la violencia.

El modelo no sólo es plano y unidimensional, sino que carece por completo de profundidad histórica. Esto es una consecuencia directa de la cobertura estándar de la desviación y el disenso por parte de los medios de comunicación.[32] La simbolización y la presentación de los «hechos» de la forma más simplificada y melodramática posible dejan poco margen para la interpretación, la presentación de perspectivas alternativas sobre el mismo acontecimiento o la difusión de información que permitiría que el público pudiera ver el hecho en contexto.

Los modelos de sociedad dominantes en la explicación de la desviación requieren de un estudio detenido por parte del sociólogo, no

[32] La misma idea sobre la reacción mediática a las manifestaciones políticas se plantea en James D. Halloran y otros (1970), *Demonstrations and Communications: A Case Study*, Harmondsworth, Penguin Books.

sólo por su interés intrínseco o porque le ofrecen la oportunidad de exponer sus fundamentos más ingenuos y absurdos, sino también porque esos modelos son la base de las políticas sociales y de la cultura del control social. Dichas concepciones, imágenes y estereotipos afectan el modo y el punto en que el individuo desviado es incorporado al aparato de control social. Si a quien comete abuso sexual se lo ve como un enfermo, entonces se intentará curarlo en vez de sancionarlo; si al típico ladrón que roba cosas en las tiendas se lo ve como la «viejecita inofensiva» o el «cleptómano», entonces el grupo quedará menos sujeto a sanciones legales formales. Una parte integral de la maquinaria conceptual, pues, es el cuerpo de justificaciones y racionalizaciones para actuar de una cierta forma con los individuos desviados. El tema del próximo capítulo es la forma en que operó el sistema de control y cómo influyeron en ello las creencias transmitidas por los medios de comunicación masiva.

© gedisa © gedisa

4

LA REACCIÓN: LAS FASES DE RESCATE Y REMEDIO

En este capítulo nos ocuparemos de la «reacción», no entendida como lo que se pensaba sobre los Mods y los Rockers, sino como el modo en que se actuó al respecto o que se pensaba que se debía actuar. Me concentraré en el sistema de control organizado y en cómo se respondió a partir de ciertas imágenes del grupo desviado, respuesta que, a su vez, contribuyó a crear otras imágenes que sirvieron para sostener estos demonios populares. A fin de analizar esta fase del pánico moral, además de la terminología del campo del estudio de los desastres recurriré a otras tres categorías: 1) sensibilización; 2) cultura del control social, y 3) explotación.

Sensibilización

Cuando se logra que una noticia penetre en la conciencia de un individuo, uno de los efectos es que el individuo comenzará a prestar atención a otras noticias de naturaleza semejante que tal vez habría pasado por alto. Se incorporan unas señales de alarma psicológicas para registrar estímulos que antes eran neutros y actuar ante ellos. Se trata del fenómeno de la sensibilización que, en el caso de la desviación, se manifiesta como la reinterpretación de estímulos neutros o ambiguos como si fueran potencial o efectivamente desviados.

La sensibilización es una de las formas del más elemental de los sistemas de creencias generalizados, la histeria, que «... transforma un situación ambigua en una amenaza global de enorme fuerza».[1] La ambigüedad, que genera ansiedad, puede eliminarse estructurando la situación de modo tal que resulte más predecible. Sobre esta

[1] Neil J. Smelser (1962), *Theory of Collective Behaviour*, Londres, Routledge & Kegan Paul, pág. 83.

base, por ejemplo, la preocupación que produce un objeto volador no identificado se puede reducir si se define el objeto como un plato volador y luego se asimilan otros fenómenos similares a ese marco cognitivo. La sensibilización sobre la desviación descansa en un sistema de creencias más complicado porque no sólo implica redefinir la culpa, sino también atribuirla a alguien y orientar las medidas de control hacia el agente específico al que se cree responsable. Esto equivale a lo que Smelser denomina «creencia hostil». En ejemplos como el de los disturbios de los trajes zoot, en las «semanas previas se observó un aumento en el nivel de sospecha y en la simbolización negativa, y el surgimiento de creencias hostiles e histéricas sobre la responsabilidad que les cabía los mexicanos en diversos problemas que aquejaban a la comunidad».[2]

El primer signo de sensibilización tras los informes iniciales fue que se empezó a prestar mayor atención a cualquier episodio de infracción a las normas que pareciera un acto de vandalismo, acciones que, además, eran clasificadas invariablemente como parte del fenómeno de los Mods y los Rockers. En los días posteriores a los dos o tres primeros hechos de importancia, los periódicos informaron sobre incidentes similares en localidades dispares. En la semana posterior a Margate (Pentecostés de 1964), por ejemplo, hubo noticias de incidentes en múltiples suburbios de Londres y Nottingham, Bromley, Windsor, Coventry, Waltham Cross, Kingston, Blackpool y Bristol. Tal escalada de noticias guarda un paralelo exacto con las etapas iniciales de la histeria de masas. En el famoso estudio de Johnson sobre cómo un pequeño poblado estadounidense se vio afectado por el pánico del «anestesista fantasma», las primeras señales de histeria fueron una serie de llamadas telefónicas posteriores a la publicación de una noticia (con el titular «Anestesista merodeador suelto») de una mujer que aparentemente había sido gaseada.[3] En las llamadas la gente denunciaba que había personas con síntomas de gaseo o que habían visto a un merodeador. La Policía no halló nada, pero en pocos días, hubo decenas de denuncias, se adoptaron medidas precautorias y se puso en marcha una intensa campaña policial y pública para capturar al anestesista fantasma. Una escalada idéntica se describe en un estudio de lo ocurrido en 1954 en Seattle, Washington, a partir de denuncias sobre parabrisas dañados,[4] y en otro estudio sobre hechos similares en Taipei, donde se denunciaron ataques a niños con hojas de afeitar u otros objetos cortantes.[5]

[2] Ralph H. Turner y Samuel J. Surace (1956), «Zoot suiters and Mexicans: Symbols in crowd behaviour», *American Jorunal of Sociology, 62.*

[3] D. Johnson (1945), «The phantom anaesthetist of Mattoon», *Journal of Abnormal and Social Psychology, 40,* págs. 175-186.

Muchos de los incidentes sobre los que la prensa informó después del inventario (estimulados, en parte, por la forma en que se informaba sobre ellos, que resultaba provocativa para los jóvenes y los incitaba a meterse en problemas) fueron bastante «reales». Lo que importa, independientemente de si los hechos ocurrieron o no, es que la sensibilización pública del tipo que se produce en situación de histeria de masas determinó la forma en que se informaba sobre los hechos y, más aún, si se informaba sobre ellos o no. El siguiente texto es una crónica de uno de esos incidentes:

> El 20 de mayo de 1964, dos días después de los episodios de Margate, 23 jóvenes comparecieron en el Tribunal de Magistrados de West Ham, acusados de incurrir en conductas ofensivas. Al parecer, los jóvenes se habían reunido la noche anterior a la salida de un salón de baile en Forest Gate donde se habían enfrentado en la acera con gritos y empujones, tras lo cual la policía intentó dispersarlos. Bajo el titular «23 jóvenes Mod multados», el *Evening News* del 20 de mayo observaba que los jóvenes vestían como Mods e indicaba que el presidente del tribunal había declarado: «Todos ustedes deben saber que no se puede permitir que este tipo de cosas sigan sucediendo».

Lo primero que se debe señalar acerca de la crónica es que si no hubiera mediado una sensibilización, este tipo de incidentes no se habría interpretado como parte del fenómeno de los Mods y los Rockers; tal vez habría sido desestimado por la Policía y los testigos como un simple «juego» o un caso más de «gresca de salón de baile». Una manifestación de la sensibilización pública fue el número de falsas alarmas recibidas por la Policía. En Stanford Hill, por ejemplo, la Policía declaró, tras recibir una falsa alarma, que «la gente está un poco nerviosa después de los problemas en la costa».

[4] Nahum Z. Medalia y Otto N. Larsen (1953), «Diffusion and belief in a collective delusion: The Seattle windshield pitting epidemic», *American Sociological Review, 23,* págs. 180-186.

[5] Norman Jacobs (1965), «The phantom slasher of Taipei: Mass hysteria in a non-western society», *Social Problems, 12* (invierno), págs. 318-328.

© gedisa
© gedisa

La respuesta al nerviosismo de los ciudadanos y a la consiguiente presión pública fue una intensificación de la vigilancia policial. En Skegness, por ejemplo, se produjeron unos incidentes menores un sábado a la noche, durante los cuales la policía detuvo a cuatro jóvenes e intervino en una pelea en un salón de baile, tras lo cual se enviaron refuerzos al día siguiente. Según la prensa local, era evidente que la medida se había tomado en vista de la amenaza que reflejaban «los problemas en Clacton y Margate»; los refuerzos «... permitieron que la Policía montara el mayor despliegue de fuerzas que se haya visto en Skegness. Y claramente surtió efecto» (*Lincolnshire Standard*, 22 de mayo de 1964). Un hecho similar se produjo en Woking, donde el temor de que se desatara una batalla entre Mods y Rockers en la feria se expandió por toda la ciudad. Sobre la base de los rumores que circulaban y un pedido del propietario de la feria, la policía patrulló el lugar y mantuvo contacto radial con las reservas policiales. No se registró ningún tipo de desorden (*Woking News and Mail*, 29 de mayo de 1964). Ese mismo mes, la Policía recomendó la suspensión de un importante rally de motocicletas en las calles de Battersea Park para evitar actos de vandalismo de Mods y Rockers.

En las crónicas se advierte con claridad que las acciones de la policía y los tribunales estuvieron influidas en forma consciente por los incidentes originales. Si bien no es del todo evidente en las declaraciones del magistrado de West Ham, en otros casos la referencia al impacto de tales hechos es más explícita. En Blackburn, por ejemplo, el comisario a cargo en el procesamiento de dos jóvenes a los que se acusaba de incurrir en conductas intimidatorias (formaban parte de un grupo de veinte personas que arrojaban gomitas elásticas a los transeúntes) sostuvo ante el tribunal:

> Este caso es un ejemplo del tipo de comportamiento que en las últimas semanas se viene repitiendo en muchas partes del país y que lentamente está afectando a Blackburn. No vamos a tolerar tales conductas. La policía hará todo lo posible para acabar con ellas (*Lancashire Evening Telegraph*, 29 de mayo de 1964).

Como es de esperar, la sensibilización fue más evidente en las propias ciudades costeras, incluso fuera de la temporada turística. La semana posterior a Pentecostés de 1964, la policía de Brighton detuvo un autobús que transportaba a un grupo de jóvenes y lo obligó a abandonar la ciudad. Los jueces, en especial los de Brighton y Hastings, dejaron en claro en sus pronunciamientos en los tribunales que todo acto de vandalismo o afín sería considerado una manifestación del fenómeno de los Mods y los Rockers. Como tal, se reaccionaría ante este tipo de desviación en términos de las imágenes de inventario y los temas de opinión subsiguientes.

Otra cuestión significativa que se plantea a partir del incidente de Forest Gate es el tipo de titular que encabezaban las crónicas. Todos los incidentes recibieron un tratamiento similar: «Los Mods y los Rockers vuelven a la carga», «Más violencia juvenil», etc. Sin la construcción previa del inventario, el uso de este tipo de simbolización resulta inconcebible, como tampoco parece probable que se le hubiera dado el lugar que se les dio a las crónicas respectivas. A lo largo de este periodo, la prensa, de por sí sensible a cualquier indicio de desviación, fue el principal mecanismo de transmisión de la sensibilización.

Para ello, no sólo informó sobre hechos considerados vandálicos y los reinterpretó como tales, sino que además, como ocurrió en el periodo de inventario, generó noticias a partir de hechos inexistentes. Así, por ejemplo, después de los acontecimientos de Pentecostés en 1964, en el *East Essex Gazette* de Clacton se leía el titular «Los matones no acuden a N. E. Essex» y se publicaron muchas otras crónicas por el estilo cuyo mensaje era «por aquí todo en orden». Otro tipo de noticia inexistente era la crónica de un incidente junto con la aclaración de personajes locales, como jefes de policía, que negaban que el incidente tuviera algo que ver con los Mods y los Rockers.

Tales historias negativas tienen el mismo efecto de alerta que las positivas en relación con los símbolos de la desviación. La sensibilización se produce porque se dota de un nuevo sentido a los símbolos; los estudios sobre desastres destacan que cuando la catástrofe es inesperada, o cuando se desconoce cuál fue el agente desencadenante, las señales de alerta se asimilan al marco de referencia habitual: el sonido atronador de un tornado se interpreta como el de un tren, o el ruido del agua en una inundación repentina se interpreta como un grifo abierto.[6] Tales señales no se interpretan erróneamente cuando la población tiene conciencia de lo que significan y, de hecho, la ten-

[6] Véase, por ejemplo, J. P. Spiegel (1957), «The English flood of 1953», *Human Organization, 16* (verano), págs. 3-5.

dencia es a la falsa alarma. Durante los pánicos morales y en situaciones de amenaza física, uno no «corre riesgos» y prefiere «prevenir que curar».

Así como la experiencia directa, el boca a boca o el saber popular enseñan a una comunidad a reconocer los indicios que anuncian la llegada de un tornado, los medios crearon conciencia sobre cuáles eran los signos que podían anticipar una amenaza en particular y cómo se debía actuar al respecto. Durante este período, los medios no sólo recurrieron a la simbolización precedente, sino que continuaron desarrollándola. A los incidentes que se producían en los días inmediatamente posteriores al fin de semana largo, por ejemplo, siempre se los catalogaba como «batallas de venganza». Por lo general, no tenían nada que ver con los incidentes originales y se trataba de meros hechos de «vandalismo» común que eran reinterpretados. Otro tipo de asimilación de una noticia al sistema de creencias establecido se observa en una crónica sobre tres muchachos que se ahogaron cuando se dio vuelta una barca en Reading, aparecida en el *Daily Telegraph* el 18 de mayo de 1964. El titular rezaba «Mods y Rockers se quedan mirando mientras tres personas mueren ahogadas». De hecho, había unos jóvenes que se identificaban como Mods y Rockers a la orilla del río, pero se quedaron tan tranquilos ante el incidente como los otros cientos de veraneantes que se encontraban allí. El dueño de la barca declaró sin ninguna duda (en una entrevista al *Daily Mail*) que los muchachos que habían alquilado la barca no eran «del tipo Mod o Rocker».

A medida que avanza la secuencia, entonces, cada nuevo suceso se interpreta como una confirmación del tema general. Turner y Surace describen un proceso idéntico:

> Una vez instalado, el tema de los *zooters* se aseguró su propia magnificación. Lo que antes se habría informado como un ataque de una banda de adolescentes hoy sería presentado como un ataque de jóvenes vestidos con trajes *zoot*. Las armas encontradas en posesión de jóvenes detenidos ahora se interpretan como parte de una colección de armas que se estaba reuniendo como preparación para hechos de violencia vinculados con los trajes *zoot*.[7]

En resumen, los efectos de la sensibilización parecen haber sido:

[7] Turner y Surace, *op. cit.*, pág. 20.

a) una mayor atención a los signos de vandalismo; b) la reclasificación de tales hechos como actividades de Mods y Rockers, y c) la cristalización del proceso de simbolización que había comenzado en la fase de inventario. La cuestión crucial no es si los incidentes fueron o no «reales», sino el proceso de reinterpretación al que quedaron sometidos. No es fácil trazar una línea divisoria entre este proceso y el puro engaño. Si bien quedó demostrado que tanto el anestesista fantasma como el navajero fantasma fueron fenómenos psicogénicos, los disparadores fueron hechos reales, a los que se reaccionó de un modo en particular. La «Sra. A», iniciadora del incidente de Mattoon, tuvo, en efecto, un ataque de histeria leve, pero el factor clave fue la interpretación dramática que le dio a sus síntomas, lo cual provocó el interés de la prensa. Cuando la noticia empezó a difundirse, se dieron a conocer nuevos casos de personas con síntomas similares, se escribieron notas con detalles cada vez más fascinantes y el asunto «creció fuera de proporción».[8] Jacobs observa un efecto idéntico en su estudio sobre Taipei: las crónicas sobre los niños con tajos fueron «... tanto un producto de la hipersugestionabilidad y la histeria que caracterizaron el caso, como un factor que contribuyó a ellas».[9]

El fenómeno es el mismo que se produce en la amplificación de la desviación y es característico de los pánicos morales en su momento de máxima expresión. No es deseable insistir demasiado en la analogía, ya que los Mods y los Rockers, en realidad, no eran fantasmas imaginarios, pero los paralelos en lo que hace a la difusión de los sistemas de creencias son notorios. En primer lugar, en ambos fenómenos los principales vehículos de la difusión son los medios de comunicación masiva. Incluso la secuencia de noticias descrita en los estudios de engaños de masas tienen paralelos exactos en las crónicas sobre los Mods y los Rockers: por ejemplo, cuando los incidentes reales empezaron a disminuir, los periódicos mantuvieron despierto el interés con otros tipos de notas (hechos que no llegaron a producirse, artículos de opinión, descripciones de las reacciones en los lugares de los hechos). En las notas desde las ciudades costeras se describía la sensación de alivio de que los sucesos hubieran llegado a su fin, mezclada con la aprensión de que pudieran volver

[8] Johnson, *op. cit.*, pág.186
[9] Jacobs, *op. cit.*, pág. 326.

© gedisa © gedisa

a ocurrir: «Un suspiro de alivio colectivo», «Margate está en paz, pero cerrando las heridas de batalla», «Una ciudad con miedo: qué hacer para evitar peleas futuras». Compárense estas citas con las de un periódico de Mattoon durante la fase equivalente: «Al parecer el "anestesista loco" de Mattoon se tomó un respiro... y mientras los aterrorizados habitantes experimentaban algo de alivio, preferían mantenerse expectantes y se preguntaban cuándo y dónde volvería a atacar».[10] La noche posterior a la publicación de la nota se denunciaron nuevos ataques.

Hay otro tipo de sensibilización digno de interés: lo que podría denominarse el efecto de «ampliación de las redes». Una característica de la histeria es que se elige un estímulo «equivocado» como objeto de ataque o de temor. El proceso puede observarse cuando se busca al autor de un crimen resonante o se persiguen a los prófugos tras la fuga de una cárcel: en la ola de histeria, se califica de sospechoso a todo tipo de personas o acciones inocentes. Es lo que sucedió en 1971 en el marco la muy publicitada búsqueda de Sewell, el supuesto asesino de un policía en Blackpool, durante la cual se «localizaron» numerosos sospechosos que fueron llevados a dependencias policiales para ser interrogados.[11] En su estudio fundacional de un caso de iniciativa moral (la sanción de leyes sobre psicópatas sexuales), Sutherland observó el temor que se suscitó durante la búsqueda de un delincuente sexual violento: «Se hacía bajar de los tranvías a ancianos de actitud tímida... y todo abuelo se convirtió en objeto de sospechas».[12]

Cuando el efecto de alarma que genera la sensibilización se combina con la clase de asociación libre presente en el tema «No se sólo esto», el resultado es que se pone bajo la misma red de sensibilización a muchos otros tipos de individuos desviados. En la fase posterior a la del inventario, otros blancos se vuelven más visibles y, en consecuencia, se convierten en candidatos para el control social. Dichos blancos, desde luego, no son elegidos al azar, sino que provienen de grupos que son estructuralmente vulnerables al control social.

[10] Johnson, *op.cit.*, pág. 180

[11] El proceso, claro está, se ve facilitado por la ineludible publicación de identikits, fotos antiguas o dibujos de los sospechosos realizados sobre la base de descripciones de testigos.

[12] Edwin H. Sutherland (1950), «The diffusion of the sexual psycopath laws», *American Journal of Sociology, 56* (septiembre), pág. 143.

Uno de esos blancos fue la práctica de dormir al aire libre en la playa, que suele ser tolerada tácitamente en las ciudades costeras. Sin embargo, durante las vacaciones de verano posteriores a los hechos de vandalismo, ciudades como Brighton y Margate adoptaron una línea de acción más dura al respecto. En Brighton, en agosto de 1965, la policía detuvo a unas muchachas de 15 años que estaban durmiendo en la playa y las llevó a la comisaría. No fueron imputadas, pero se llamó a los padres para que fueran a buscarlas. El hecho fue «... parte de la nueva política de la ciudad para hacer que los padres se hagan cargo de la seguridad de sus hijas» (*Evening Standard*, 30 de agosto de 1965). El *Daily Mirror* (31 de agosto de 1965) se refirió en términos aprobatorios a las «patrullas de la moral». Otros grupos que quedaron atrapados en la red resultan más desconcertantes; por ejemplo, se prohibió la entrada a todos los adolescentes que buscaban acampar por el fin de semana en un camping en las afueras de Brighton. Lo único que tenía en común este tipo de jóvenes con los Mods y los Rockers era tal vez el hecho de ser adolescentes.

Sin embargo, los más afectados por la sensibilización fueron los Beatniks. Inmediatamente después de los incidentes de Clacton, en Hastings empezaron a circular rumores sobre un plan para rociar las cuevas cercanas a la ciudad con una sustancia química de fuerte olor para evitar que los Beatniks las ocuparan. En noviembre de 1965, la Bournemouth Private Hotel and Guest House Association inició una campaña para prohibir el ingreso de Beatniks a la ciudad, y una resolución similar fue adoptada por la Great Yarmouth Hotel and Guest House Association [Asociación de hoteles y pensiones privados de Great Yarmouth]. La resolución dejaba en claro que no se establecía diferencia alguna entre Mods y Rockers y Beatniks; todos tenían los mismos símbolos: «... estas personas... son fácilmente identificables por su cabello despeinado, sus sacos de dormir, sus motonetas y motocicletas, etcétera».

Al plantear la existencia de una ampliación de las redes de control social no se sugiere que antes del fenómeno de los Mods y los Rockers estas ciudades recibieran a los Beatniks con los brazos abiertos. No obstante, en muchos casos reinaba una tolerancia incómoda, en particular por parte de la policía que tenía plena conciencia de la diferencia entre un Beatnik y un potencial «gamberro». Esto es lo que tradicionalmente ocurría en Brighton, donde apenas unas sema-

nas antes de los sucesos de Clacton, se publicaron declaraciones del jefe de Policía quien afirmaba sobre los Beatniks: «No son ninguna molestia».[13] Clacton y los hechos subsiguientes redujeron el nivel de tolerancia de los residentes locales y dejaron la puerta abierta a los emprendedores morales. El *Brighton and Hove Gazette* (5 de mayo de 1964) advertía sobre el peligro de permitir que los Beatniks se quedaran a dormir en la playa y provocaran daños durante el verano. Citaba quejas de los comerciantes y recomendaba instalar reflectores potentes en las playas. En diversos momentos en 1964, los concejales propusieron echar a los Beatniks de las playas con carros hidrantes, o despertarlos iluminándoles las caras con linternas a las 5 de la mañana. Un miembro del parlamento local pidió la prohibición absoluta de dormir en las playas.

En la mayoría de los casos, la Policía resistió las presiones de tales propuestas con el argumento de que los Beatniks no hacían daño a nadie, ni estaban infringiendo ninguna norma de importancia. No obstante, una consecuencia de la sensibilización fue, en algunos casos, un acercamiento de posiciones entre los defensores de la moral y los agentes del orden público. Y en zonas alejadas de los escenarios en los que se desarrollaron los hechos de los Mods y los Rockers (como Devon o Cornwall), el fenómeno sirvió de justificación para la implementación de nuevas medidas de control contra los Beatniks, las personas que pernoctaban en la playa y otros.

La cultura del control social

La sensibilización es apenas uno de los mecanismos que se emplean en la amplificación de la desviación. Si bien los agentes oficiales del control social eran tan susceptibles a este mecanismo como la ciudadanía en general y, en realidad, también magnificaban la desviación con sus propios actos, tenemos que analizar por separado el papel que desempeñaron en la etapa de reacción. Su reacción no es una respuesta prístina y relativamente inorgánica ante una desviación espontánea, sino una reacción organizada en términos de normas y procedimientos institucionales. Los agentes de control social son el equivalente

[13] Véase «Beachinks – Brighton is tolerant, but with reservations», *Municipal Journal* (14 de febrero de 1964).

de los organismos encargados de enfrentar las consecuencias de una catástrofe en las fases de remedio y de rescate: la Policía, los servicios médicos, las organismos de asistencia, etc. La suma total de la reacción organizada a la desviación constituye lo que Lemert denomina «cultura del control social» («... las leyes, los procedimientos, los programas y las organizaciones que en nombre de una colectividad ayudan, rehabilitan, sancionan o manipulan a los individuos desviados»).[14]

Este apartado se propone describir algunos de los elementos comunes de la cultura del control que se desarrollaron en torno a los Mods y los Rockers. ¿En respuesta a qué presiones es que operó? ¿Cómo se adaptaron a la desviación los agentes de control establecidos y qué nuevas formas de control se elaboraron? Para responder a estos interrogantes, se comenzará por distinguir tres elementos comunes en la cultura del control: la difusión, la escalada y la innovación. A continuación se describirán en detalle los tres principales tipos de control social: a) la Policía; b) los tribunales, y c) la acción informal en el plano local, sobre todo bajo la forma de «grupos de acción» orientados a formar una cultura del control particular.

1. Elementos comunes

(a) Difusión: La primera característica entre las más visibles de la cultura del control fue su difusión gradual desde la zona en la que el comportamiento desviado tuvo su impacto inmediato. Esta característica es análoga al modo en que el sistema social enfrenta un desastre en las fases de rescate y remedio: el sistema de emergencia local para las acciones de rescate es complementado o reemplazado por agentes del suprasistema (por ejemplo, organizaciones nacionales o incluso internacionales). De manera semejante, en casos de histeria de masas la sensación de temor excede ampliamente a las víctimas inmediatas. La participación de agencias de control como la policía puede ir del plano local, al regional o al nacional, se puede declarar un «estado de emergencia» o abrir una investigación pública.

En la reacción ante los Mods y los Rockers (proceso que no se produjo, claro está, de manera lineal) participaron las fuerzas po-

[14] Edwin M. Lemert (1951), *Social Pathology*, Nueva York, Mc. Graw-Hill, 1951, pág 447.

© gedisa © gedisa

liciales locales, en colaboración con fuerzas de localidades vecinas, a las que se sumaron fuerzas regionales; posteriormente, Scotland Yard y el Home Office [Ministerio del Interior] se hicieron cargo de la coordinación de las acciones y se incorporaron miembros del Parlamento. En este proceso, también fueron convocados otros agentes del sistema de control: por ejemplo, se emplearon aviones de la Royal Air Force (RAF) para trasladar policías, y se contó con la colaboración de patrullas de la AA (Automobile Association) y del RAC (Royal Automobile Club) que avisaban a la Policía si se advertía una aglomeración de motonetas o motocicletas en las carreteras hacia las ciudades costeras. Se alertó a la Policía del transporte emplazada en las líneas ferroviarias que llevan a las ciudades costeras, que luego intervino de manera directa en operaciones de control mediante el alejamiento de «potenciales alborotadores» antes de que llegaran a destino.

(b) Escalada: Lo que se amplió no fue sólo el número de agentes de control, sino el alcance y la intensidad de la cultura del control. Un factor determinante en este proceso de escalada es el sistema de creencias generalizadas que se genera a partir del inventario. Se trata del sistema de creencias que sirve para legitimar el accionar de los agentes de control y que queda asimilado a la mitología existente de la cultura del control. La exageración y la simbolización negativa brindaron la legitimación inmediata: si se está tratando con un grupo que es despiadado, destructivo, que causa pérdidas financieras a la comunidad y repudia sus valores más preciados, entonces la respuesta punitiva está justificada. Para citar una vez más el estudio de los disturbios de los trajes zoot: los símbolos nuevos habilitaban a dejar de pensar a los mexicanos en términos favorables y «evocaban sólo la imagen de personas que se encontraban fuera del orden normativo, carentes de moral y, por consiguiente, sin derecho a un tratamiento justo y equitativo y al debido proceso».[15]

Si se concibe una situación como catastrófica y, además, se piensa que volverá a producirse, que va a empeorar y que tal vez incluso se propague (desastre – profecía de catástrofe – no es tanto por lo que pasó – es como una enfermedad), entonces la adopción de medidas preventivas complejas y excesivas está justificada. Las políticas socia-

[15] Turner y Surace, *op. cit.*, pág. 20.

les en materia de drogadicción ilustran muy bien este tipo de relación entre los sistemas de control y el control social:

> Si el problema de la adicción puede inflarse hasta alcanzar la dimensión de una amenaza nacional, entonces, en términos de la doctrina del peligro claro y actual, el reclamo de sanciones cada vez más duras, la invocación de medidas más restrictivas y de mayores restricciones a los derechos de los individuos están justificados.[16]

Fue en términos de la «doctrina del peligro claro y actual» que operaron los agentes de control y fue la lógica de su propia definición de la situación la que los obligó a escalar las medidas que adoptaron y propusieron a fin de enfrentar el problema. Dicha orientación se refleja en las opiniones, donde las expresiones que aparecen con más frecuencia son «reforzar la seguridad», «tomar medidas severas», «no dejar que se vaya de las manos», etc. Los temas dominantes eran la retribución y la disuasión, junto con la protección de la sociedad que recibió una legitimación especial mediante la invocación de la imagen de aquellos a los que había que proteger: turistas inocentes, personas mayores, mamás y papás, niñitos que construían castillos de arena y comerciantes honestos.

(c) Innovación: La última característica común de la cultura del control fue que no fue sólo cuantitativa, sino también cualitativa, mediante la introducción efectiva o sugerida de nuevos métodos de control. Tal reacción equivale a la «innovación» en la adaptación que Cohen hace de la tipología de Merton con el objeto de conceptualizar las reacciones ante la desviación.[17] Para Cohen, la innovación como mecanismo de reacción es una muestra de desprecio por los límites institucionalizados en la elección de medios, por ejemplo, el macartismo o el uso del tercer grado. En lo personal, junto con este aspecto incluiría el tipo de innovación al que pueden acceder los agentes de control, pero no los sujetos desviados: la posibilidad de cambiar o de proponer que cambien los propios límites institucionalizados por medios legislativos.

[16] Isidor Chein y otros (1964), *The Road to H: Narcotics, Delinquency and Social Policy*, Londres, Tavistock, pág. 8.

[17] Albert K. Cohen (1959), «The study of social disintegration and deviant behaviour», en R. K. Merton y otros (comps.), *Sociology Today: Problems and Prospects*, Nueva York, Basic Books, pág. 465.

La reacción de la cultura del control fue innovadora en el sentido de que se encontraron carencias en las medidas de control vigentes, tanto en la forma en que estaban implementadas como en su contenido. Cualquier cambio o propuesta de cambio quedaba legitimado, una vez más, mediante la invocación al sistema de creencias. Si, por ejemplo, hace falta controlar a una horda de jóvenes motociclistas de buen pasar económico, entonces las «multas no los afectan» y por ello, se deben proponer medidas novedosas como la confiscación de las motonetas o los campos de trabajo forzado. Las mismas creencias que justifican la escalada pueden justificar también la innovación (en el sentido de Cohen) que entraña la suspensión de ciertos principios que gobiernan la libertad individual, la justicia y el juego limpio. En un principio, las prácticas policiales y judiciales (sobre las que se volverá más adelante) que implicaban una suspensión tal o que eran meramente novedosas eran recibidas con sospecha, o desestimadas porque se las consideraba exageradas. Pero luego fueron aceptadas y pasaron a ser parte de la rutina: las camionetas municipales convertidas en transporte policial dejaron de ser una novedad en Brighton.

Para determinar en qué medida los medios de comunicación reflejaron la respuesta innovadora, se realizó un análisis de los comentarios de opinión acerca de los hechos en Margate. Los resultados se presentan en el Cuadro 2. Aunque las soluciones no específicas resultan más difíciles de clasificar, una proporción bastante alta de ellas son innovadoras en el sentido de que reclaman un refuerzo de las medidas de seguridad existentes más que su implementación efectiva. En cuanto a las medidas específicas, casi todas son innovadoras en algún sentido, pero sobre todo en la categoría con mayor porcentaje: el reclamo de otorgar más poderes a la Policía.

Los verdaderos innovadores (en el sentido que le da Cohen) o bien enumeraban diversas soluciones en sus distintas variantes, o bien explicaban sus planes con gran minuciosidad. Las siguientes son cuatro soluciones de este tipo, que resultan representativas de los variados grados de sofisticación que se observan en esta reacción:[18]

[18] Las soluciones provienen respectivamente de: D. Pulson, *Liverpool Daily Post* (23 de mayo de 1964); J. Lucas, *Daily Herald* (19 de mayo de 1964); J. B. White, JP en el *Daily Telegraph* (22 de mayo de 1964). (Se sugiere, sin afirmarlo de manera explícita, que se propone la prisión preventiva *antes* de la condena); «Comment» en *Justice of the Peace and Local Government Review, LXXVII* (13 de junio de 1964), págs. 401-402.

1. Prohibir el uso de ropa estilo Mod, emitir una ordenanza que indique «cortarse el pelo» (una norma que establezca para los hombres un largo del pelo razonablemente corto), hacer saber que la violencia de grupo será reprimida con más fuerza, en especial mediante el uso de carros hidrantes, azotes y trabajo forzado.
2. Empleo de carros hidrantes, pago de los daños a cargo de los autores y solicitudes de *probation* con condiciones especiales que prohíban a los vándalos desplazarse en vehículos motorizados o alejarse a más de seis millas de sus hogares, prohibir a todo «vándalo condenado» asociarse con otros condenados, prohibirles el consumo de bebidas alcohólicas, que abandonen su lugar residencia el siguiente fin de semana largo o después de las 9 p.m.
3. Otorgar poderes adicionales a la Policía permitiendo que establezcan controles viales a fin de interceptar a los alborotadores; una ampliación de la Ley del vagabundaje que sancione a quienes pernoctan en la playa; un mayor uso de la prisión preventiva como sanción («Siete días encerrados y el odioso baño obligatorio pueden tener un efecto beneficioso en los jóvenes gamberros sin antecedentes de privación de la libertad»); perros policía; centros de detención; centros de espera; la publicación de los nombres y domicilios de los menores a los que se encuentren culpables de delitos del tipo Margate.
4. Dadas las ambigüedades que entraña la definición de la figura de «reunión ilícita con la intención de alterar el orden público», se deben introducir cambios en el derecho consuetudinario destinados a la prevención del vandalismo. Se debe otorgar a la Policía poderes, cuando sea necesario, que le permitan «parar a una banda que se traslada en vehículos motorizados sobre la base de que constituye una reunión ilícita, para confiscarles los vehículos sin derecho a compensación, haciendo que recaiga en los integrantes de la banda la necesidad de probar que se trata de un club de motociclistas inofensivo».

© jacdan © jacdan

Cuadro 2. Comentarios de opinión sobre soluciones al problema de los Mods y los Rockers

Número de comentarios donde se mencionan soluciones.	300
Número de comentarios donde no se proponen soluciones.	160
Número de comentarios donde se proponen soluciones específicas	140
Soluciones no específicas:	
% «Duras» (condenas severas, medidas drásticas, más disciplina, refuerzo de la seguridad, etc.)	81%
% «Blandas» (fortalecer la vida familiar, construir el sentido de ciudadanía, salidas creativas, etc.)	19%
Soluciones específicas (solución más importante sugerida en cada comentario)	
Más poderes para la Policía (registros viales, gas lacrimógeno, perros, equipamiento de comando, carros hidrantes, etc.)	28%
Castigo físico	14%
Condenas más extensas	9%
Multas o indemnizaciones elevadas	9%
Servicio militar	9%
Servicio social (construcción de obras públicas)	8%
Prohibición de conducir o confiscación de motos	7%
Eliminación de publicidad mediática	7%
Programas de servicios comunitarios (en especial, tareas como reparación de hamacas de playa)	3%
Otras	6%

Los Cuadros 3 y 4 muestran las preferencias en el tipo de soluciones según dos muestras de ciudadanos, la de Brighton y la de Northview, respectivamente.

Cuadro 3. Muestra de Brighton: Propuestas de soluciones individuales preferidas para el problema de los Mods y los Rockers

Solución	Número	Porcentaje
Medidas inmediatas, como el empleo de carros hidrantes; «justicia por mano propia»; más poderes a la Policía	15	23,1
Centros de detención	14	21,5
Multas, indemnizaciones	13	20
Ejército, servicio militar	9	13,8
Castigo físico	6	9,2
Otros, no sabe	6	9,2
	65	99,9

Cuadro 4. Muestra de Northview: Sanciones adecuadas para los Mods y los Rockers

Sanción	Peso relativo*	Número de orden
Indemnización total	1,45	1
Programa de trabajo	2.00	2
Multas severas	2.33	3
Centro de detención	2,34	4
Retención de licencias	2,67	5
Confiscación de vehículo	2,84	6
Sanción a padres	2,98	7
Castigo físico	3,20	8
Reformatorio	3,25	9
Probation	3,40	10
Servicio militar	3,50	11

*Escala– Muy a favor	1
A favor	2
Indeciso	3
En contra	4
Muy en contra	5

© geditar © geditar

En la muestra de Northview se observa un claro respaldo a las propuestas innovadoras. El principio de la restitución fue el que más apoyo recibió, no sólo mediante la reparación financiera, sino también a través de la idea del «programa de trabajo», que consistía en una restitución visible (la reparación de ventanas rotas o la limpieza de las calles) organizadas según pautas paramilitares. Otras tareas propuestas fueron limpiar hospitales, asistir en las salas de guardia y llevar de vacaciones a niños espásticos. Unos de los encuestados (un director de escuela) propuso que los infractores realizaran ejercicios navales para poner a prueba su fuerza y comprobar que si «... tienen el valor para hacerlo, se podrán hacer hombres.» También se aplicó como principio innovador la confiscación de motos o la retención de licencias, y un magistrado fue aún más lejos al sugerir que se entregaran martillos a los infractores para que destruyeran sus propias motos: «hay que responder a un acto infantil con una sanción semejante».

2. Los agentes de control

(a) La Policía: En su carácter de agentes del poder civil designados oficialmente por la sociedad, la Policía desempeña un papel clave en el proceso de etiquetamiento, ya sea en lo que hace a la reacción inmediata a la desviación como en la reacción que se produce en etapas posteriores de la secuencia. Se describirá la definición inmediata que realizan de la situación cuando analicemos la fase de impacto.

En esta etapa, la actividad policial puede concebirse como parte de los procesos de control y sensibilización. La Policía tenía que reaccionar ante cualquier amenaza al orden público en términos del rol social que se les había asignado. Es posible que la sensibilización haya operado de modo indirecto en la medida en que la Policía se vio alentada a actuar no tanto por convicción, sino para tranquilizar a la ciudadanía mostrando que estaban cumpliendo como debían con su tarea. Este efecto normal se vio intensificado por la peculiar presión por proteger la imagen de la ciudad a la que se encuentran sometidas las fuerzas policiales de las ciudades costeras por parte de intereses comerciales y cívicos. Se trata de un factor de particular importancia durante la temporada turística. A estas presiones se deben añadir factores inmediatos como la tensión que provoca la insuficiencia de

personal, la falta de horas de sueño y la ausencia de capacitación en materia de control de multitudes. Las presiones y dificultades propias de la situación, junto con una asimilación de las imágenes del inventario, crearon el tipo de precondiciones culturales y estructurales que es necesario explicar antes de estudiar la reacción inicial de la sociedad.

En la reacción policial es posible distinguir elementos de la difusión, la escalada y la innovación. Por empezar, las preparaciones para los fines de semana largos fueron cada vez más complejas y sofisticadas. Cuando se produjo el primer incidente en Clacton, la policía no tenían ningún tipo de preparación, pero en el transcurso del proceso de amplificación, se puso en marcha una organización y un conjunto de prácticas específicamente orientadas al control de los hechos de vandalismo en días de fiesta. Las acciones de los policías en estos casos se caracterizaban por su alto grado de ritualización. Incluso cuando era evidente que el fenómeno estaba perdiendo fuerza, no se modificó la escala de las operaciones que se montaban.

La reacción más elemental de la policía en virtud de cómo definía la situación y de las presiones a las que estaba sometida fue la de implementar un principio de «exhibición de fuerzas» y aumentar la cantidad de agentes en servicio. Los días francos quedaron suspendidos durante los fines de semana largos. En el fin de semana de Pentecostés de 1964, en Brighton se pagó un total de £2.000 por horas extras a la policía, cuatro veces el costo de los daños en Clacton antes de que empezara el fin de semana. El siguiente fin de semana largo, en agosto de 1964 el traslado por aire de refuerzos policiales desde la zona metropolitana y su alimentación representaron un gasto de £3.000 a la ciudad de Hastings. En el Cuadro 5 se muestra el costo total de las horas extras en Brighton en los cuatro fines de semana largos subsiguientes.

© gedisa
© gedisa

Cuadro 5. Costo de horas extras de la policía, Brighton, Semana santa 1965-Semana santa 1966

Fin de semana largo		Costo de horas extras
Semana Santa 1965		£5.600
Pentecostés 1965		£3.700
Agosto 1965		£2.700
Semana Santa 1966		£5.000
	Total	£17.000
Menos £1.000 de costo habitual de horas extra en fin de semana largo		
	Costo adicional	£13.000

(**Información suministrada:** por el presidente de la Watch Committee en la sesión del Concejo de Brighton del 28 de abril de 1966).

Además de la suspensión los días francos para las fuerzas locales, se movilizaron refuerzos de fuerzas de localidades vecinas y se amplió la red de cooperación incorporando a Scotland Yard. En agosto de 1964, al convocar al escuadrón «Sky Squad» de la Policía Metropolitana y otras fuerzas vecinas, el comisario de Hastings triplicó la fuerza policial del lugar. Como anticipo de Pentecostés de 1965, el Ministerio del interior planeó utilizar la RAF para el traslado de refuerzos. El aumento de la cantidad de efectivos estuvo acompañado por un aumento en el equipamiento empleado. En una etapa bastante temprana, se amplió el uso de cachiporras entre algunas de las fuerzas y otras recurrieron a los perros policía y caballos. Brighton introdujo la práctica de convertir vehículos aportados por los departamentos de defensa civil, agua, salud pública y educación en camionetas policiales con aparatos de emisión y recepción radial.

Si bien en cada localidad hubo variantes propias, la mayor parte de las fuerzas policiales adoptó tácticas de control similares, en un principio como mecanismos ad hoc, y luego como medidas permanentes. Entre estas tácticas se encontraban las siguientes

(a) Inmovilizar en un lugar determinado (por lo general, la playa) a los jóvenes de aspecto «sospechoso» que pudieran provocar altercados.
(b) Hacer circular a la gente por las aceras para impedir que se produjeran obstrucciones.
(c) Obligar a los individuos de aspecto Mod o Rocker a abandonar ciertos lugares que anteriormente se identificaban como «zonas de conflicto».
(d) Detención inmediata de alborotadores.
(e) Obstaculizar las acciones de potenciales alborotadores, por ejemplo, mediante la inspección de motonetas en registros viales, el pedido de licencias o la confiscación de cinturones con tachas por ser armas peligrosas.
(f) Separar a los Mods y los Rockers, preferentemente dividiéndolos en grupos pequeños.
(g) Llevar a cabo redadas contra ciertos grupos y brindarles transporte «gratis» hasta las salidas de la ciudad o las estaciones de ferrocarril.

Dada la atmósfera cargada del momento y el rechazo policial hacia los Mods y los Rockers, estas medidas y sus variantes produjeron respuestas que podrían calificarse de innovadoras. Forzada por sus propias definiciones, la Policía adoptó prácticas que implicaban la suspensión de principios tales como la neutralidad en la aplicación de la Justicia y el respeto por la libertad individual. Entre tales abusos de poder se encontraba la aplicación de tácticas de control de multitudes a la ciudadanía en general. Los turistas, sin distinción de edad, se vieron alcanzados por la implementación estricta de dichas tácticas: recibían advertencias si caminaban demasiado rápido, se les indicaba que aceleraran si iban demasiado lento, se les impedía abandonar la playa aunque quisieran ir a otro lado, y cuando se quejaban, no sólo se los ignoraba sino que además, se los amenazaba con detenerlos si persistían.

Los hostigamientos estaban reservados sobre todo a los jóvenes identificados a partir del proceso de simbolización. El estilo de ropa, los peinados y las motonetas pasaron a ser fundamentos válidos para considerar a alguien como un blanco legítimo de control social, y en una situación de multitud, tales símbolos se volvían difusos. La práctica de despejar ciertos lugares previamente identificados fue sin

© gedisa © gedisa

duda innovadora. Un grupo de personas que se congregaba en uno de esos lugares, aunque se tratara del refugio de una parada de autobús donde se buscaba la protección de la lluvia, corría el riesgo de ser arrestada si se negaban a retirarse. No se trata de una situación análoga a lo que sucede, por ejemplo, en un espacio designado como zona de prohibición de estacionamiento; en ese caso, se supone que los conductores disponen de otros lugares para dejar sus automóviles. Al parecer, la Policía de Brighton suponía que la única alternativa era «irse de la ciudad». Hubo casos, justificados únicamente por la simbolización, en que se impidió la presencia de algunos jóvenes en la ciudad, ya sea haciendo que la abandonaran mediante «traslados gratuitos» o deteniendo su ingreso en las estaciones de ferrocarril.

Por lo general, los hostigamientos eran más sutiles que la expulsión abierta. La forma más habitual eran los controles viales de las motonetas en los que se inspeccionaba la licencia de conductor o el estado del vehículo. Dichas prácticas pueden interpretarse como una atribución a los sujetos de rasgos de una condición marginal (quien conduzca vestido de esa manera debe estar conduciendo de forma ilegal), lo cual habilitaría a formular cargos contra del individuo en cuestión, o simplemente como una forma de poner dificultades o incomodidades tales que los motociclistas optaran por irse.

En Brighton, durante la Semana Santa de 1966, se establecieron patrullas permanentes de policías vestidos de civil que detenían a grupos de adolescentes, los hacían formar fila y los registraban en busca de drogas o armas. Partiendo del principio de la ampliación de la red de control social, a los que se encontraba durmiendo en automóviles, debajo de las hamacas de playa o en lanchas se los despertaba y registraba, y se les ordenaba que circularan. Algunos eran trasladados a la comisaría donde se los obligaba a desvestirse para registrarlos. El miedo que infundían las drogas en ese momento ofrecía una fácil racionalización para tales prácticas; el *Daily Sketch* del 12 de abril de 1966 cita a un «vocero policial» que sostiene: «Es imposible registrarlos bien si no se los lleva a la comisaría para que se desvistan». En rigor, hubo sólo un caso en que se formularon cargos a un detenido por posesión de drogas.

Entre las 5.30 y las 6 a.m. del lunes posterior a Pentecostés de 1966, se observó que la policía empleaba una técnica novedosa: empezaron a colocar carteles con la leyenda «Prohibido esperar» frente

© gedisa

a automóviles que estaban estacionados de manera legal, para luego despertar a sus ocupantes y, tras señalarles la presencia del cartel, indicarles que retiraran los coches del lugar. Un ciudadano destacado de Brighton con quien me encontraba observando lo que sucedía, me comentó en tono humorístico que los policías estaban «despertando coches». Cuando le pregunté qué hacían los agentes si los jóvenes en los automóviles objetaban la orden, respondió: «Bueno, siempre pueden sacarlos del medio apelando a la obstrucción a la autoridad».

Mucho se habló de una técnica especial perfeccionada por la Policía de Southend. Llegó a ser mencionada por el presidente de un Tribunal de Apelaciones de EE.UU. en una alocución ante la Chicago Crime Commmission en referencia a la necesidad de que la policía gozara de mayores poderes de registro y confiscación:

> Tal vez hayan oído cómo hacen los agentes de Southend, en Inglaterra, para tratar con los gamberros adolescentes conocidos como «Mods» y «Rockers» cuando visitan esa ciudad costera. El Jefe de Policía McConnach explica: «Todo lo que sirva para herir sus egos es bueno. No les pido a los agentes que los arresten. Lo que hay que hacer es frenarlos en el acto: para eso, hacemos que nos entreguen sus cinturones. Tenemos una colección extraordinaria de cinturones de cuero. Los jóvenes se quejan de que se les caen los pantalones, pero eso es problema suyo, y de nadie más.[19]

Es evidente que aparte del componente innovador, este tipo de tácticas incorporan a los agentes en la «dramatización del mal».[20] No basta con etiquetar a los individuos desviados: se debe mostrar que se los etiqueta sometiéndolos a alguna ceremonia de degradación pública. Es esencial que se trate de un acontecimiento de carácter visible

[19] J. E. Lumbard (1965) «The citizen's role in law enforcement», *Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science, 56* (marzo), pág. 69. En 1970 la Policía de Southend seguía usando la misma técnica, pero con los Skinheads. Se confiscaban los cordones de las botas, los cinturones y los tirantes de «posibles alborotadores» y se «solicitaba» a los comerciantes locales que no les vendieran a los jóvenes tales artículos para impedir que consiguieran un reemplazo. Sin tener en cuenta la dudosa legalidad de las medidas, no hay ninguna evidencia de que la táctica haya tenido algún efecto disuasorio. La vigencia de la práctica y el amplio apoyo con el que cuenta dice mucho sobre el grado de persistencia de la Policía de Southend.

[20] Frase utilizada por Tennenbaum para describir la confrontación ritual entre los delincuentes juveniles y la comunidad: Frank Tannenbaum (1938), *Crime and the Community*, Nueva York, Columbia University Press, págs. 17-20.

© gedisa

y público si se quiere conseguir una transición exitosa del individuo a la condición de demonio popular. Tal requisito de escenificación coincide con la creencia común entre los policías de que una buena forma de tratar a los adolescentes, sobre todo en situaciones de multitud, es «ponerlos en evidencia» o «pincharles el ego». Tanto los castigos formales como los populares que implican alguna forma de ridiculización pública son un elemento característico de la mayoría de los sistemas de control social.

En el episodio inicial en Clacton, la policía ofreció un ejemplo notable de dramatización pública. Tras un incidente en el que a entre veinte y treinta jóvenes se les negó la admisión en una cafetería, se obligó a dos de ellos a dirigirse a la comisaría a salto de rana, seguidos de otros cien que les gritaban burlándose. A las 19.30 del último día del fin de semana de Pentecostés de 1964, la policía de Brighton realizó una redada de todos los Mods y Rockers que se hallaban en las cercanías de la playa y los hizo marchar por las calles de la ciudad hasta la comisaría. Este «ejército sombrío» (*Evening Angus*, 19 de mayo de 1964) era observado en su marcha por una multitud de curiosos. Luego los condujeron hasta el tren. Se tomó la precaución de que ninguno volviera desde la primera estación después de Brighton: todo joven de pelo largo o *jeans* que viviera en Brighton o Hove no tuvo más remedio que convencer a los policías para conseguir que lo dejaran salir de la estación. El éxito de la simbolización fue la base de estas (y otras) medidas innovadoras y con capacidad para la dramatización, y garantizó el apoyo del que gozaron.

Para algunos, tales ampliaciones o abusos de poder por parte de la policía pueden pensarse como casos marginales y legítimos. Hubo otros más graves, como acusaciones de detenciones ilegítimas. En la muestra de Barker-Little, de cada treinta y cuatro respuestas codificables a la pregunta «¿Por qué lo detuvo la policía?», veinte mencionaban la acusación de detención arbitraria. Estos muchachos afirmaban que en el momento de la detención no estaban haciendo nada, o se estaban alejando de lugares donde se registraban desórdenes. Incluso si se admite la posibilidad de que se tratara de lo que comúnmente se piensa que hacen los delincuentes juveniles típicos cuando niegan su culpabilidad, la proporción es bastante elevada. El siguiente es un caso típico:

> El muchacho afirmaba que había estado jugando «juegos de niños» en la playa con otros Mods y salió de la playa con un trozo de madera que habían estado pateando en la playa. Lo arrojó sobre una pila de basura que estaba junto a los escalones. «Un policía me dijo: "Levanta eso, chico", y como un tonto, lo levanté. Me detuvo y me acusaron de portación de armas peligrosas». El joven vio que, ante la posibilidad de que se produjeran desórdenes, a la Policía le convenía arrestar a alguno para disuadir a otros. Se declaró culpable en el tribunal porque pensó que lo mejor era sacarse la cuestión de encima y le impusieron una multa por £75 por ello y por cometer actos ofensivos (se trataba de su primera infracción).

Pude observar personalmente tres incidentes similares y, además, me contacté con amigos y familiares de otros jóvenes que me relataron historias de detenciones ilegítimas. Una de ellas es la de un muchacho que se había ofrecido como voluntario para acompañar a la policía en calidad de testigo después de que dos amigos quedaron detenidos por arrojar piedras. Al llegar a la comisaría, a pesar de sus protestas, quedó detenido y se le formularon cargos también a él. Hay pruebas más contundentes en un informe preparado por el National Council of Civil Liberties [NCCL por sus siglas en inglés] a propósito de los incidentes en Brigthon de Semana Santa de 1965. Se trató del momento de mayor exageración en la reacción policial. Se realizaron más de 110 detenciones, la mayoría de ellas, de manera directa o indirecta, por la acción de los policías, es decir, obstrucción de la vía pública o conductas intimidatorias. Hubo muy pocos casos relacionados con daños, actos de violencia personal o drogas; en sólo uno se formularon cargos por portación de armas peligrosas: un joven que tenía un peine de metal.[21]

Se presentaron nueve denuncias individuales de detención indebida en cartas a la NCCL, provenientes de fuentes independientes y sin vínculo aparente entre sí.[22] No resultó posible investigar la totalidad

[21] Fuentes no oficiales me informaron que después de ese fin de semana, la policía había recibido una reprimenda por actuar de forma demasiado entusiasta. Puede haber sido el resultado de un artículo en el *Times* donde se criticaba a la Policía, la gran cantidad de apelaciones fundadas en acusaciones de detención indebida y la publicidad generada por la NCCL. Lo cierto es que hubo un cambio de política aparente en Pentecostés cuando, a pesar que la cantidad de policías presentes era la misma, estuvieron mucho menos activos.

[22] El presente estudio se basa en las copias originales de las cartas y otros documentos. Sólo se emplean iniciales, y otros datos informativos incluidos en las citas de las fuentes han sido modificados.

© gedisa © gedisa

de los casos, pero en al menos tres la apelación fue exitosa. (En al menos otros quince casos, desconocidos para la NCCL, el resultado de apelaciones por detención ilegítima o condenas desproporcionadas también fue positivo.) En todas las cartas se reiteraba el mismo reclamo: la Policía había decidido de antemano adoptar medidas severas o detener una cierta cantidad de personas y, por consiguiente, había incurrido en detenciones arbitrarias antes de que se cometiera un delito o había provocado la comisión del delito. Los siguientes son fragmentos de dos de las cartas:

> ... un amigo se acercó a saludarnos haciendo un poco más de ruido del conveniente, y fue apartado por un sargento y reprendido por ello. Mientras lo esperábamos con mis amigos, un agente nos dijo que «circuláramos» y al mismo tiempo, empujó a mi amigo Dave. Dave le respondió que estaba esperando a nuestro amigo que seguía hablando con el sargento. El policía insistió con que circuláramos, y volvió a empujar a Dave. «Moviéndose». Mi amigo Dave contestó que se estaba moviendo, que era, obviamente, lo que estaba haciendo. El policía le dijo que no fuera insolente, mi amigo le preguntó qué le había dicho de insolente, y entonces el policía lo tiró contra un semáforo al lado del cruce peatonal diciéndole que le había ordenado que circulara y que tenía que cruzar; mi amigo estaba por cruzar cuando apareció un coche que no lo dejaba pasar; el coche estuvo allí apenas unos segundos, pero antes de que se fuera el agente le dijo a Dave «Te dije que circularas, estás arrestado». Paró una camioneta de la policía y Dave fue a parar adentro de un empujón (*Carta* de C. F.).

> Iba por la acera cuando me pasó un grupo de unos 25 o 30 Rockers que venían cantando «Digadig – Dig» y haciendo cosas que me imagino que pueden asustar a algunas personas. Yo no era parte del grupo. No estaba cantando, ni gritando, ni haciendo nada que pudiera haber asustado a nadie ni causado desorden... lo único que estábamos haciendo mi amigo y yo era ir a tomar el tren. Apenas nos pasaron los Rockers, apareció una camioneta de la Policía que frenó a nuestro lado. Empezaron a bajar policías y oí bien claro que uno decía «Ese está bien.» Me agarraron, me pegaron un puñetazo en la boca y me tiraron dentro de la camioneta. No ofrecí resistencia ni emití insulto alguno: estaba tan sorprendido por lo que había pasado que no se me ocurrió decir ni a hacer nada (*Declaración* de T. M.).

T. M. y su amigo P. W., que quedó detenido al mismo tiempo, fueron declarados culpables tras ser privados de la libertad por diez días. Tiempo después apelaron con éxito en los Brighton Quarter Sessions [Tribunales penales de Brighton] y a uno de ellos se lo indemnizó.

Estos relatos muestran otro aspecto de la actividad policial (que coincide en gran medida con la «innovación» de Cohen): el uso innecesario de violencia. La policía solía recurrir a la violencia en situaciones de aglomeración de personas, por ejemplo, empujando y haciéndoles zancadillas desde atrás a los jóvenes mientras los hacían circular. El uso de la fuerza fue frecuente sobre todo al efectuar las detenciones, incluso cuando la persona detenida no oponía resistencia. A un fotógrafo independiente (J. G.) que estaba tratando de sacar fotos de un incidente de ese tipo le destrozaron la cámara fotográfica y cuando protestó y se negó a retirarse del lugar, quedó detenido. En tribunales se dijo que «era el líder de una horda de adolescentes que estaban atravesando la playa a los gritos» y se lo acusó de obstruir a un agente a quien, según declaró, nunca había visto antes de su detención.

Tales acusaciones son difíciles de demostrar; no obstante, las observaciones realizadas en Brighton durante el fin de semana confirman que ese tipo de violencia no era infrecuente:

> Tras el incidente, hicieron salir de la playa a una docena de Mods y los reunieron fuera del acuario. La policía formó una cadena rudimentaria desde la acera hasta la camioneta. Cada joven que era empujado hacia la camioneta recibía un coscorrón en la cabeza de por lo menos tres agentes de policía. También vi a un sargento que metía a dos muchachos a patadas en la camioneta (*Apuntes*, Brighton, lunes de la Semana Santa, 1965, 11.30 a.m.).

También hubo acusaciones, en cartas a la NCCL o a mí mismo, de abuso de autoridad posterior a las detenciones, que no pueden verificarse mediante observaciones, ya que no se produjeron en público. Lo único que puedo decir es que estas acusaciones eran coherentes entre sí. Una queja reiterada fue la del uso de la fuerza dentro de la camioneta policial: tres muchachos que escribieron a la NCCL afirmaban que habían recibido puñetazo y patadas, y que se los había mantenido boca abajo contra el suelo en el trayecto hacia la comisaría. Todas las cartas denunciaban las condiciones en las que fueron privados de la libertad en la Comisaría de Brighton. La mayoría fueron encerrados en celdas comunes superpobladas, junto con los

© gedisa
© gedisa

clásicos ebrios de fin de semana, durante periodos de hasta tres días de arresto.[23]

Se les negó el acceso a agua o la posibilidad de lavarse, y en un caso (T. M.), sólo recibió dos comidas (té y pan) en las veintisiete horas entre su detención y su traslado a la cárcel de Lewes para cumplir con prisión preventiva. Otro joven afirmó que lo único que había comido en 48 horas era pan con margarina. Todos los muchachos fueron obligados a dormir sobre el piso de cemento, incluso un joven con un problema de riñones, cuyo padre fue ignorado por el comisario y el secretario de juzgado cuando quiso advertir a las autoridades sobre la afección del hijo. En seis denuncias independientes se acusó a la policía de haber golpeado a algunos de los muchachos en la celda. El sobrino, la esposa y la madre de un hombre de 22 años detenido por desinflar las ruedas de una camioneta policial, dijeron haber sido testigos de hechos de brutalidad policial en la comisaría cuando fueron a visitarlo. Otra queja, reiterada en tres cartas y repetida por algunos de los jóvenes entrevistados en la muestra Barker-Little, era que la policía coaccionaba a los jóvenes para que se declararan culpables: «Un policía se acercó tres veces al banquillo... y nos dijo que a los que se declararan culpables los iban a atender más rápido y con menos severidad, mientras que a los que declararan inocentes los iban a dar por lo menos una semana de prisión preventiva» (carta de J. G.).

Cabe destacar que tales acusaciones reflejaban una visión a todas luces minoritaria. Una de las actitudes públicas más claras (y que contribuyó a reforzar las acciones de los policías) era el apoyo y la admiración por la Policía. Los fundamentos de tal actitud quedaron establecidos en informes de inventario sobre «Cómo hizo la Policía para ganar la Batalla de Brighton». Dichos informes presentaban una imagen polarizada de policías buenos y valientes enfrentados a una horda malvada y cobarde. El *Daily Mirror* (19 de mayo de 1964), por ejemplo, destacó cómo un solo valiente policía guió a doscientos Mods que se dirigían hacia el Ayuntamiento de Margate. En realidad, los Mods estaban dando vueltas por la zona, no se dirigían al edificio, y había por los menos cuatro agentes en el lugar. Pero

[23] La Policía de Brighton negó una acusación de la NCCL, según la cual en una celda se había encerrado a sesenta jóvenes. Por falta de espacio, «fueron ubicados en el pasillo de la celda» (*Guardian*, 28 de abril de 1965).

© gedisa

había que subrayar las contraconcepciones entre «Los matones y los verdaderos héroes»; la policía, con autocontrol y paciencia, debía enfrentarse a una turba provocadora y burlona, «...contenida por un puñado de hombres de azul». [24]

Dichas imágenes quedaron firmemente grabadas en la ciudadanía. Del total de comentarios de opinión recogidas con posterioridad a los hechos de Margate, menos de un 1% expresaban una crítica a la policía (mencionando, por ejemplo, sus tácticas provocadoras o su hipersensibilidad hacia las chaquetas de cuero o el pelo largo). En el resto sólo había elogios hacia la Policía, o se hacían eco de la clásica denuncia de que los policías tienen las manos atadas y que se les debería otorgar mayores poderes. En la muestra de Brighton, 43 (es decir, un 66,2%) manifestaron su acuerdo con los métodos empleados por la policía, otros 13 (20%) opinó que la policía tendría que haber actuado con mayor dureza y sólo 9 (un 13,8%) criticaron a la policía por ser injusta o provocadora.

En los tribunales se vieron otros indicios de apoyo a la Policía, como un prolongado aplauso proveniente de la zona reservada a la ciudadanía en general, seguido de declaraciones del presidente donde felicitaba a la Policía. La misma reacción se produjo durante los debates parlamentarios. Las cartas a los periódicos locales de las ciudades costeras estaban dedicadas principalmente a elogiar a la Policía, «valiente baluarte de la sociedad» (*Brighton and Hove Herald*, 23 de marzo de 1964). El *Hastings and Leonards Observer* (8 de agosto de 1964) publicó quince cartas sobre los Mods y los Rockers: trece expresaban gratitud hacia la Policía, una no la mencionaba y el autor de una se quejaba de que su hijo y su hija habían sido hostigados sin motivos por la policía. En la siguiente edición se publicaron diez cartas en respuesta a esta última donde se denunciaba la actitud del firmante y se lo acusaba de dejarse guiar por las emociones, ser inestable y de querer vengarse de la Policía. Las cartas expresaban agra-

[24] Este tipo de imágenes son idénticas a las que se emplean al cubrir enfrentamientos entre manifestantes políticos y la policía: «La Policía gana la batalla de Grosvenor Square», «El día en que la Policía estuvo espléndida», «Fanáticos marginales derrotados en gran manifestación: lo que tuvieron que soportar los matones», etc. Para un análisis detallado de la forma en que los medios representan a la policía en las manifestaciones contra la Guerra de Vietnam en Londres en 1968, véase James D.Halloran y otros (1970), *Demonstrations and Communications: A Case Study*, Harmondsworth, Penguin, págs. 17-20.

© gedisa

decimiento hacia los policías «y sus aliados y magistrados». Una de ellas decía: «Si tuviera mil libras, se las daría a la Policía. ¿Qué sería de nosotros sin ellos?», y otra proponía que se hicieran donaciones a la Police Convalescent Home [Clínica de recuperación para policías]. Tales propuestas tuvieron respuesta: aparte de las cientos de cartas que les llegaron en forma directa, la Policía de Brighton recibió más de £100 para el Police Benevolent Fund [Fondo de beneficencia para la Policía] y, según un periodista local, se sentían avergonzados por la enorme cantidad de felicitaciones que les llegó.

(b) Los tribunales: Mientras que las decisiones y los procedimientos adoptados por la policía no permiten conocer la cantidad de individuos desviados que no fueron etiquetados y procesados, las decisiones y los procedimientos adoptados por la Justicia permiten una observación más precisa de la siguiente etapa del sistema. Resulta posible registrar en términos cuantificables las proporciones que se procesan y que pasan a la siguiente etapa y también «medir» dicha decisión en términos de la severidad de la condena.

Los puntos más altos de la escalada fueron las condenas que se impusieron en Pentecostés de 1965 en Brighton. En coincidencia con el dilema del agente de control, todo fin de semana sin sobresalto después de tales condenas se presentó como prueba de su valor disuasorio y cuando se producía un problema, se lo minimizaba o se lo usaba para justificar la necesidad de penalidades más duras. Lamentablemente, no fue posible localizar cifras comparables para todos los incidentes porque la prensa no informó sobre la totalidad de las audiencias y, en el caso de las condenas emitidas luego de una prisión preventiva o una fianza, ni siquiera se publicaba la noticia puesto que llegado el juicio, el interés se había desvanecido. Pese a los intentos realizados, no se pudieron conseguir cifras más precisas en fuentes oficiales. Los Cuadros 6 y 7 resumen la información disponible sobre los dos primeros incidentes.

Cuadro 6. Acciones de la Justicia – Margate, Pentecostés de 1964.

Acusación		Condena	
Conducta o expresiones intimidatorias	37	libertad condicional	1
Conducta intimidatoria con armas peligrosas	3	multa de £25	1
Armas peligrosas	5	multa de £50	30
		multa de £70	6
Daños intencionales	-	centro de detención (3 meses)	6
Ataque con armas peligrosas	1	centro de detención (6 meses)	1
Ataque a la policía	-		
Obstrucción a la labor policial	-	prisión (3 meses)	1
	—		—
	46		46

(**Nota:** Dado el carácter incompleto de los datos, resulta imposible establecer correspondencias entre delitos o infracciones y condenas.)

En el caso de Semana Santa de 1965 en Brighton, hubo tal cantidad de detenciones (entre 110 y 120) y reinó un grado tal de confusión en las dos sesiones que se celebraron en tribunales, que se calcula que se formularon cargos contra entre 70 y 110 personas. En cuanto a las acusaciones, el único dato seguro es que la más frecuente fue «Obstrucción a la labor policial en cumplimiento de su deber» o «Conductas intimidatorias que pueden ocasionar una alteración del orden público». Estas dos imputaciones sumaban casi tres cuartos de todas las condenas. Las demás eran ataque a la policía (unas siete), posesión ilegal de drogas (cinco) y daños intencionales, lenguaje obsceno y lanzamiento de piedras. Como a casi todos los acusados se les dictó prisión preventiva, resulta difícil recuperar cuáles fueron las condenas subsiguientes. Lo único que queda claro es que se recurrió con mayor frecuencia a los centros de detención (tendencia

© gedisa

Cuadro 7. Acciones de la Justicia – Hastings, agosto de 1964

Acusación	Condena		
Conducta intimidatoria	sobreseimiento*	1	
Conducta ofensiva	libertad condicional	1	
	multa de £10	1	
	multa de £20	3	
	multa de £25	2	
	centro de detención (3 meses)	13	
	centro de detención (3 meses)	2	
	centro de detención (4 meses)	1	
	multa de + de £50		
		—	23
Daños intencionales	centro de detención (2 meses)	1	
	centro de detención (3 meses)	2	
	centro de detención (4 meses)	1	
		—	4
Obstrucción a la labor policial	multa de £10	1	
	multa de £20	4	
		—	5
Armas peligrosas	centro de detención (3 meses)	1	
	centro de detención (6 meses)	4	
		—	5
Ataque a la policía	centro de detención (6 meses)	2	
	prisión (3 meses)	1	
		—	3
			—
			40

* Todos los casos, con excepción de éste, fueron obligados a pagar £25 para mantener el orden por dos años.

que se verifica a lo largo de todo el periodo) y que aumentaron los montos de las multas. Estos casos fueron los que tuvieron una mayor cantidad de resultados positivos en los tribunales de apelación; en un caso, el magistrado revocó una condena de tres meses en un centro de detención y estableció en su lugar una multa de £25 por falta de antecedentes. La prensa no informó sobre la mayoría de las apelaciones que tuvieron un resultado positivo.

Un aspecto que merece particular atención es la aplicación de la medida de prisión preventiva por parte de los magistrados de Brighton en Semana Santa de 1965, pues se trató de un principio innovador aplicado de forma deliberada. Era evidente que los jueces estaban haciendo uso de su capacidad de dictar prisión preventiva como una forma de sanción extralegal»,[25] cuyo objeto era que los jóvenes tuvieran la ocasión de probar cómo era estar en la cárcel.

Los fundamentos para rechazar un pedido de libertad bajo fianza, en especial cuando se trata de menores, son bastante limitados, pero era evidente que no se los estaba aplicando en casos individuales y que los pedidos se rechazaban por cuestión de principios. El presidente de los magistrados, H. Cushnie, fue muy citado cuando declaró que la libertad bajo fianza quedaba fuera de cuestión, sin importar qué tipo de garantía se presentaba.[26] Si bien la mayoría de las crónicas de la audiencia judicial citaban que se dictaba la prisión preventiva para «permitir que la Policía avanzara en las investigaciones», en realidad, cuando en el tribunal se rechazó el pedido la razón que se adujo fue otra. El inspector W. Tapsall, por la acusación, sostuvo que su oposición se debía, en primer lugar, a que si se permitía que los jóvenes quedaran libres bajo libertad condicional no se haría justicia, y en segundo lugar, que se debía proteger a la ciudadanía. El

[25] Comentario editorial del *Observer* del 25 de abril de 1965. Un juez decano encuestado para la muestra de North View afirmó que entre los empleados del juzgado había circulado la indicación de que se debía aumentar la aplicación de la prisión preventiva; él mismo comentó: «Si bien en términos estrictos no es legal y no está del todo bien, una semana de prisión preventiva es una buena idea». Un estudio reciente demuestra la falta de coherencia y los criterios inadecuados en la decisión de los jueces que dictaminan prisión preventiva o libertad bajo fianza. Keith Bottomley (1970), *Prison Before Trial,* (Londres, G. Bell and Sons).

[26] En Pentecostés de 1964, los magistrados de Brighton otorgaron, de hecho, la libertad bajo fianza a un joven de 17 años que había quedado detenido por conducta ofensiva. Se fijó una fianza total de £1.250.

© gedisa
© gedisa

primero de estos argumentos no es legal, y el segundo no es fácil de justificar. A menudo, con la lectura de los cargos como única prueba, un joven que no había hecho nada más que negarse a «circular» quedaba registrado como «persona rebelde». La consecuencia fue que muchos casos relativamente menores (entre ellos, los que involucraban a menores de edad) quedaban en prisión preventiva por hasta tres semanas. En un caso dos menores (que por fin recibieron una pena de cinco libras de multa por obstrucción de la labor policial) pasaron once días en la cárcel de Lewes.

El uso punitivo y arbitrario de la prisión preventiva queda ilustrado en un caso donde a un acusado que ya había cumplido once días de prisión preventiva se le negó el beneficio de la libertad bajo fianza y se lo «condenó» a una semana más de prisión preventiva. Minutos después se lo hizo volver a la sala del juzgado y se le informó que el agente al que se acusaba de obstruir estaba por comenzar una licencia, por lo que la «sentencia» quedaría reducida a cuatro días a fin de permitir la resolución del caso antes de que el agente se fuera de vacaciones. Eran pocos los que conocían el procedimiento que se debía seguir para apelar la prisión preventiva, y en un caso que fue derivado a la NCLL, a un joven (D. H.) que desconocía el procedimiento se le negó el acceso a un formulario para presentar la solicitud de libertad bajo fianza. Se trata de una acusación grave en vistas de que en un caso testigo presentado por el ayuntamiento en nombre de un muchacho de 16 años se dictó su liberación inmediata bajo fianza.

Los tribunales emprendieron otras acciones inusuales. En dos casos (Hastings, agosto de 1964, y Brighton, Semana Santa de 1965) los magistrados decretaron que se publicaran los nombres de todos los menores. El presidente del tribunal de Hastings (A. G. Coote) también ordenó que en algunos casos se tomaran las huellas digitales. El presidente del tribunal de Brighton (Pascoe) anunció que se emitirían pedidos de captura para la detención de los padres que no asistieran a los tribunales. Hubo por lo menos un caso en que el padre no había sido notificado de la fecha de las audiencias y tuvo que sufrir la humillación de ver su nombre publicado junto con la explicación de que había estado «demasiado ocupado» para asistir a la audiencia de su hijo. Los padres que estuvieron presentes en las audiencias preliminares solían recibir un trato descortés por parte del magistrado o el secretario, no se les permitía decir lo que querían y, como es de suponer, se rechazaban sus pedidos de libertad condicional. Para algunos de los padres parecía inevitable llegar a la conclusión de que su presencia era también un tipo de «sanción extralegal».

Las acciones de la Justicia (y las de otros agentes de control) deben entenderse como el resultado lógico de la forma en que la cultura del control había definido la situación. Dada la lógica de dicha definición (producto de las imágenes y actitudes del inventario, a la vez que determinante de ambas), los magistrados no tenían duda alguna sobre el papel que les cabía: tenían que actuar con dureza, dar el ejemplo con los acusados y disuadir a otros. Este tipo de lógica que se impone por la asimilación de un sistema de creencias no es, desde luego, novedosa en la historia de los juicios penales. La analogía más inmediata es el fenómeno de los Teddy Boys en la década de 1950. En esa ocasión, los agentes de control actuaron exactamente de la misma manera que en el caso de los Mods y Rockers, una década después. Tony Parker, en su crónica del juicio a Michael Davies, ofrece una descripción vívida de cómo se condenó a Davies «no tanto por lo que podría haber hecho, sino por ser un símbolo de algo que para la sociedad contemporánea resultaba aborrecible y representaba una amenaza a su estilo de vida estable»; la sucesión de titulares prejuiciosos y melodramáticos («Trajes estilo eduardiano – música de baile – y una daga») mostraba que lo que se estaba juzgando no era sólo el supuesto delito de Davies, «sino todo lo vinculado con él, y todo lo que tenía la mala fortuna de representar».[27] El joven que murió apuñalado en Clapham Common era un símbolo de lo que la gente creía que los Teddy Boys eran capaces de hacer.

El caso Davies fue un ejemplo extremo. Los cientos de delitos rutinarios atribuidos a Mods y Rockers que fueron procesados por los tribunales desplegaron algunas de las facetas de la complicada relación entre los sistemas de creencias y la operación del control social. Se puede citar el caso de «Peter Jones» para mostrar la utilización de la lógica situacional y, a continuación, el origen social del individuo desviado como justificación de las medidas de control adoptadas. Jones fue condenado a tres meses en un centro de detención por conductas intimidatorias en Brighton, el lunes de Pentecostés de 1965.

[27] Tony Parker (1965), *The Plough Boy* (Londres, Hutchinson), pág. 235. Para ejemplos adicionales del fenómeno Teddy Bear, véase Paul Rock y Stanley Cohen (comps.) (1970), *The Age of Affluence: 1951-1964*, Londres, Macmillan.

© gedisa
© gedisa

Había arrojado un estuche de maquillaje (¿?) contra un grupo de Rockers a los que perseguían unos Mods. En la apelación, su abogado defensor argumentó que Jones había aprobado seis exámenes «0 level» y deseaba presentarse a tres más. Nunca antes había estado en problemas y este primer contacto con la Justicia lo tenía muy mal. Se leyó una carta de la directora de su escuela donde decía que era una desgracia que un prefecto y capitán de su casa, responsable de dar el ejemplo, hubiera actuado de esa manera. El juez a cargo dio lugar a la apelación porque si bien Jones habría podido estudiar en el centro de detención, no habría contado con las mismas comodidades que en su escuela. La condena se cambió a libertad condicional. No obstante, el juez sostuvo que los magistrados habían actuado de manera totalmente correcta en la decisión que habían adoptado en su momento. Debían tomar en cuenta el efecto disuasorio en otros. Los que no tenían la ventaja de provenir de un entorno como el de Jones eran considerados ofrendas justificadas en el altar de la disuasión general.

Una de las mejores formas de observar hasta qué punto la acción estuvo motivada por el sistema de creencias generalizadas, más que por un juicio sobre el propio acusado o por principios generales para el dictado de condenas, es analizar algunos de los argumentos de los magistrados al justificar sus decisiones. Las siguientes son citas del dictamen del presidente del Tribunal de Hastings, A. G. Coote, en Pentecostés de 1964;[28] constituyen una muestra representativa de otros pronunciamientos del momento:

> Al considerar las penas que corresponde imponer, tenemos que tomar en cuenta *el efecto global* de los hechos sobre los ciudadanos inocentes de la localidad y las personas que la visitan. Si bien puede parecer que algunos de los actos cometidos por los individuos no son *de por sí* demasiado graves, forman *parte* de una *serie acumulativa* de acontecimientos que arruinaron el placer de miles[29] de personas y perjudicaron la actividad comercial.
>
> El Tribunal de Hastings siempre actuó con severidad ante el comportamiento violento y que altere el orden público, y no es nuestra intención modificar esta actitud. En concordancia con dicha política, en estos casos impondremos penas (en muchos casos, las máximas) que sancionen a los infractores y que disuadan de manera efectiva a otros individuos que quieran infringir la ley.
>
> Dada la *prevalencia de este tipo de hechos* y la necesidad de sancionarlos merecidamente es nuestro deber enviarlo a prisión.
>
> Su forma de actuar es el *tipo de conducta* que estamos decididos a erradicar de esta localidad. [Énfasis propio.]

[28] Fuente principal: *Hasting and St Leonard's Observer* (15 de agosto de 1964).

[29] Está claro que entre esos «miles» se encontraba uno de los magistrados de Hastings. Durante la audiencia reveló que había sido una de las muchas personas presentes entre la multitud que se habían refugiado en la tienda Woolworth's.

Este tipo de declaraciones resultan comprensibles si se los considera desde el punto de vista de la función de la dramatización en la cultura del control social. Dicho elemento queda ilustrado de manera gráfica en el tribunal, el escenario perfecto para llevar a cabo ceremonias de degradación de estatus. Se trata de encuentros en los que cada una de la partes conoce su guión y, como señala Erikson a propósito de un juicio en una iglesia en épocas puritanas «cuando se mira la situación como una ceremonia, y no como una prueba de culpabilidad, como una demostración, más que como una investigación, es más fácil comprender sus acentos y sus ritmos».[30] La ceremonia no sirve sólo para etiquetar públicamente al individuo como desviado, sino también para alimentar aún más la indignación moral.

El carácter ritualista de los juicios contra los Mods y los Rockers quedaba reforzado por la atmósfera que los rodeaba. Como norma, las audiencias preliminares se realizaban en días u horas en que no es habitual que se reúnan los tribunales: días de fiesta, domingos y, en un caso, hasta la medianoche. En ocasiones, el uso de edificios especiales aportaba dramatismo a la situación. Las disposiciones de tiempo y lugar se fijaban (y se anunciaban públicamente) hasta dos semanas antes del fin de semana largo, como si se estuviera anunciando la inminente ceremonia. En Margate, el edificio de tribunales quedó rodeado de una «horda de adolescentes estridentes», se instaló una fuerte vigilancia policial en los accesos y otros doce agentes de policía circulaban entre las personas presentes en la galería del edificio. En todos los casos, los tribunales estuvieron repletos de gente y en Brighton, por lo menos, donde estuve presente como observador en varias audiencias, era evidente que entre muchos de los espectadores reinaba un ánimo propio de un espectáculo de gladiadores. En una de las sesiones, después de una «declaración preliminar» pronunciada por el presidente, el público rompió en un aplauso

[30] Kai T. Erikson (1966) *Wayward Puritans: A Study in the Sociology of Deviance*, Nueva York, John Wiley, pág. 103.

© gedisa © gedisa

espontáneo. Las condenas, sobre todo cuando estaban acompañadas de sermones, solían ser celebradas con fuertes aplausos. La cuestión de la culpabilidad o la inocencia no tomaba demasiado tiempo, y la similitud con un simulacro de juicio resultaba evidente para aquellos familiares que denunciaban que antes de que comenzara el juicio, la policía les había recomendado que llevaran dinero suficiente para pagar las multas. Lo único que rompía la monotonía del ritual de las audiencias, con reiteración de la clasificación de los acusados como «personas rebeldes», era la participación del público y los ocasionales gritos, forcejeos y ruidos provenientes de las celdas en el piso inferior.

Los propios magistrados personificaban sus papeles en intercambios absurdos con testigos o familiares y arranques de hostilidad hacia el acusado. A menudo los padres recibían demasiado tarde la convocatoria a las audiencias y cuando estaban presentes, se los sometía a interrogatorios como el siguiente:

> *Presidente*: ¿Usted sabía que su hijo estaba en Brighton?
> *Padre*: Sí.
> *Presidente*: ¿Sabía que se encontraba en el Automat?*
> *Padre*: No.

El intercambio fue recibido con expresiones de sorpresa entre el público y miradas de «Te lo dije» entre los magistrados: la implicancia, claramente, era que el padre era de algún modo responsable por el delito que se le imputaba al hijo y que tendría que haber sabido, aunque en ese momento se encontraba a 60 millas del lugar, que su hijo estaba en el Automat. Pero los acusados eran objeto de una hostilidad más directa, como en el siguiente contacto entre el presidente y un joven de 17 años, que recibió una multa de £20 por obstrucción a la labor policial:

> *Presidente*: Había distintas fuerzas policiales que trataban de evitar que ocurriera algo terrible y que se vieron obligadas a hacerlos circular.
> *Acusado*: Estábamos tratando de volver a casa.
> *Presidente*: Es una pena que hayan decidido venir aquí ese día.
> *Acusado*: Sí, es una pena.

* En G.B., cadena de restaurantes de autoservicio. [T.]

© ediciones

Unas de las instancias más ilustrativas de la dramatización de la desviación, tan importante en la creación del efecto de polarización, fueron los pronunciamientos públicos del magistrado de Margate, el Dr. George Simpson, en Pentecostés de 1964. Es probable que nunca antes se hayan citado tanto los *obiter dicta* de un magistrado local; sólo seis años después, en ocasión del juicio de Oz, un juez (Michael Argyle) recibió el mismo tratamiento, y fue por exactamente los mismos motivos.

Prácticamente en todos los tribunales se citó el discurso de los «césares de aserrín» en su totalidad, y la terminología allí empleada influyó de manera significativa la simbolización en los medios de comunicación masiva y el proceso de atribución espuria. Sus frases aparecieron con frecuencia en los titulares: «"Los césares de aserrín cazan en manada", sostiene un magistrado»; «"Hay que poner freno a los Mods y los Rockers, un virus destructivo, sostiene J. P.»: «La ciudad se defiende de las ratas vandálicas», etcétera.

Toda ambigüedad y toda pregunta pendiente acerca de la naturaleza de la desviación y de la confrontación de los individuos desviados con el control social encontró respuesta en la formulación verbal que el Dr. Simpson ofreció de la situación; como señaló en la prensa un analista, «llegado el martes, los periódicos no sólo reflejaban lo que había pasado, o lo que sus propios cronistas les decían que había pasado, sino lo que el Dr. Simpson decía que había pasado» (*Spectator*, 22 de mayo de 1964).

En consonancia con el clima de melodrama vigente, el Dr. Simpson abrió el espectáculo con una advertencia: cualquier interrupción o disturbio sería sancionado con el mayor de los rigores. El ruido de fondo reforzaba el dramatismo: las multitudes reunidas fuera del edificio, y las reacciones ante los montos de las multas, entre las que se oyeron gritos de las novias de los jóvenes e incluso exclamaciones de asombro por parte de los policías al escuchar que los muchachos que habían detenido por comportamiento intimidatorio debían pagar multas de £50 o £75. El primero de los cuarenta y cuatro acusados en comparecer fue un joven de 22 años de Londres que se declaró culpable de cometer actos intimidatorios.[31] Vale la pena reproducir la

[31] De los cuarenta y cuatro jóvenes, treinta y seis se declararon culpables. Se ha señalado que muchos de ellos lo hicieron siguiendo «consejos» de la Policía. Otros creían que los que se declaraban inocentes recibían penas más severas. Barker y

© ediciones

totalidad del mensaje que recibió ya que en realidad, estaba destinado a un público más amplio:

> Es probable que el aire de esta ciudad nunca haya estado tan viciado como por las hordas de gamberros, hombres y mujeres, como las que vimos este fin de semana, y de las cuales usted es un ejemplo.
>
> Estos matones de poca monta, de pelo largo y mente inestable, estos césares de aserrín que, como las ratas, se envalentonan cuando actúan en manada, vinieron a Margate con la intención declarada de interferir con la vida y la propiedad de sus pobladores.
>
> En la medida en que la ley nos otorga el poder para hacerlo, este tribunal no dudará en aplicar las penas previstas. Tal vez los desaliente, a usted y a otros de su misma laya infectados por el mismo virus destructivo, saber que estará tres meses en prisión.

Los siguientes son otros comentarios emitidos por el Dr. Simpson:

> «Es una pena que no se haya quedado tejiendo» (a un tejedor de oficio de 19 años, que recibió una multa de £50 por portación de armas peligrosas).
>
> «Margate no está dispuesta a tolerar a patanes como usted» (a un joven de 18 años, condenado a seis meses en un centro de detención).
>
> A un asistente de plomero acusado de llevar un periódico enrollado relleno de monedas para su uso como arma peligrosa: «Me imagino que no estaba usando el periódico para satisfacer sus aspiraciones literarias».
>
> *Acusado:* «Disculpe, no entiendo».
>
> *Simpson:* «No importa, ahora sí va a entender lo que le diga: £50».
>
> «Tal vez en su escuela quieran poner en un marco una copia de su condena y colgarla en la pared» (a un estudiante de 17 años de una *grammar school* que recibió una multa de £75 por posesión de arma peligrosa y comportamiento intimidatorio).
>
> *Durante el segundo día de audiencias*: «Pareciera que no hubieran estado prestando atención ayer. Ya oímos estas excusas inaceptables y no hay duda alguna de que usted fue parte de esas alimañas que infestaron la ciudad ayer y antes de ayer, y consideramos que la pena debe ser adecuada».
>
> «Es raro ver esta procesión de especímenes abatidos, tan diferentes de los gamberros que se pavoneaban ayer por nuestra ciudad».

La ceremonia se prolongó con la elevación de la figura del Dr. Simpson a la condición de héroe popular que personalizaba las fuerzas del bien contra las cuales se habían reunido las fuerzas del mal. Como todos los héroes populares, en soledad («un hombre pequeño vestido de traje gris claro», *Daily Express,* 19 de mayo de 1964) había derrotado a una fuerza brutal. «El hombre tranquilo que sacude a los matones» tenía su personalidad, su carrera y sus opiniones puestas en diversas cuestiones sociales que aquejaban a la sociedad. Según declaró a los periodistas, desde un principio se había dado cuenta de que no estaba tratando con un altercado de orden local, sino con un problema de dimensión nacional. Había alcanzado «proporciones nacionales colosales» (desastre); percibía un «patrón generalizado de maldad deliberada» (no es sólo esto), las motonetas y las motocicletas cumplían una función «casi igual a la de las armas peligrosas» y lamentaba no contar con el poder de privar a los gamberros de su medio de transporte (innovación).

Su justicia no era la del representante impersonal y anónimo del control social. Como Batman en Ciudad Gótica, había salvado a su propia ciudad, donde había vivido como «un médico de familia querido durante veinticuatro años». La noche del domingo anterior a las audiencias, según el *Daily Mail* (19 de mayo de 1964), había estado dando vueltas por Margate con su mujer para ver a las bandas. Así describió su mujer lo que vieron:

> Vimos el cansancio de los policías con nuestros propios ojos. Hace veinticuatro años que vivimos en Margate y lo de anoche fue terrible. La ciudad estaba repleta de adolescentes mugrientos y desarreglados. No podemos dejar que vuelva a pasar... Pienso que mi marido hizo lo correcto. A esta gente hay que darle una lección.

El día después de las audiencias, muchos periódicos publicaron fotos del Dr. Simpson paseando en silencio por las playas desiertas de Margate, «inspeccionando el campo de batallas de Pentecostés», y disfrutando de la posibilidad de «volver a caminar por el lugar sin temor a ser importunado» (*Daily Express*, 20 de mayo de 1964). Al tiempo que se alegraba de que el problema había quedado resuelto de manera satisfactoria («Creo que el lunes les di una lección en los tribunales»), tenía que recordarle a la sociedad que el problema seguía latente: «va a hacer falta más de una dosis de medicina amarga para convencer a los gamberros de que si cometen este tipo de actos, van a tener su castigo».

Little observan que «es posible que la tensión reinante en los tribunales haya contribuido a este malentendido», *op. cit.*, pág. 6.

© gedisa © gedisa

3. Hacia una cultura del control exclusiva

En su calidad de agentes del control social designados para tal función en forma oficial, los tribunales y la Policía tenían que operar en términos de un rol sancionado socialmente. No podían desentenderse de la función que les cabía; estaban obligados a actuar. Por otra parte, no podían actuar de cualquier manera: debían limitarse a mantener el orden público, pero no estaban habilitados a crear nuevas normas. El hecho de que muchas veces se cruzaran esos límites no debe atribuirse a la ausencia de pautas al respecto, sino a la percepción de aspectos novedosos en los propios comportamientos, la sensibilización, la simbolización y la totalidad del sistema de creencias. Racionalizaciones tales como «para una situación nueva hacen falta soluciones nuevas» son las que explican aquellos elementos dirigidos de manera exclusiva a la forma de desviación que se buscaba controlar.

Sin embargo, el análisis quedaría incompleto si se centrara únicamente en los agentes oficiales de control. El control social tiene un alcance mucho más vasto puesto que incluye, por un lado, mecanismos informales tales como la opinión pública, y por el otro, las instituciones del Estado, de un alto grado de formalización. Como describí en páginas anteriores, la reacción a los Mods y los Rockers se fue expandiendo desde la reacción inmediata de la comunidad local, de carácter relativamente desorganizado (la forma prístina de reacción social en el modelo de la amplificación) hacia una participación creciente de otros individuos y grupos. Dicha difusión produce un sistema de creencias generalizadas (mitologías, estigmas, estereotipos), pero también genera o busca generar nuevos métodos de control. La reacción informal de la sociedad puede ampliarse y formalizarse; el grado máximo de formalización se alcanza cuando se sancionan nuevas leyes.

En esta sección nos ocuparemos de la forma en que la reacción dio lugar a la creación de una cultura del control exclusiva (junto con un sistema de creencias) con métodos específicamente dirigidos a los Mods y los Rockers. Este movimiento encarna muchas de las características típicas del pánico moral en su totalidad, que son las mismas características que han quedado documentadas en análisis de los fenómenos de la creación de normas y de la formación de problemas sociales. Tanto en casos del primer fenómeno (la abolición de la esclavitud, el movimiento de la ley seca, la sanción de la ley del impuesto sobre la marihuana, la creación de leyes sobre psicópatas sexuales) como del segundo (el problema de la droga, el problema de la pornografía, el problema de la contaminación ambiental) se observa que opera una secuencia más o menos fija. El primer paso es la percepción por parte de algunas personas de una condición que genera desorden, es difícil o peligrosa, y constituye una amenaza, por lo cual requiere de acciones concretas: «hay que hacer algo al respecto». Se deduce una norma específica a partir de un valor general que se siente que hay que proteger o sostener y, si corresponde, se propone un método de control.

Los primeros estudiosos de la cuestión de los problemas sociales plantearon una secuencia algo rígida que iba de la toma de conciencia, seguida de la determinación de políticas, para culminar en la reforma o el control.[32] Como sucede con el modelo de la amplificación, tales formulaciones suponen un movimiento demasiado mecánico, sin reconocer, por ejemplo, que el rechazo rotundo no es la única reacción ante la desviación y que es necesario explicar la transición de una etapa a otra. Pero incluso en modelos menos deterministas hace falta tomar en cuenta ciertas condiciones universales, de las cuales quisiera postular por lo menos tres: *valores legitimadores, iniciativa* y *poder.*

Los valores siempre tienen que estar presentes para legitimar lo que Becker llama «soplar el silbato», es decir, hacer cumplir normas existentes o intentar imponer nuevas normas. (La analogía del silbato es, en cierto modo, desafortunada, ya que sugiere la presencia de una propiedad esencial de un árbitro, la imparcialidad. No es lo que suele ocurrir en el juego de la desviación: la sociedad es juez y parte al mismo tiempo.) En su investigación sobre la ley del impuesto sobre la marihuana, Becker analiza los valores legitimadores del humanismo, la ética protestante del autocontrol y la desaprobación

[32] Véanse en particular Richard R. Fuller y Richard R. Myers «Some aspects of a theory of social problems», *American Sociological Review, 6* (febrero de 1941), págs. 24-32 y «The natural history of a social problem» (junio de 1941), págs. 320-329. Para una crítica del enfoque desde la historia natural, véase Edwin M. Lemert (1951) «Is there a natural history of social problems?», *American Sociological Review, 16*, págs 217-223.

© gedisa

de las acciones orientadas en forma exclusiva a alcanzar el éxtasis.[33] La sola presencia de esos valores no garantiza el éxito de la creación de normas o de la definición de problemas sociales; hace falta también que haya una iniciativa, alguien que se haga cargo sobre la base de la existencia de un interés y que emplee técnicas de publicidad para obtener el apoyo de organizaciones de peso. Por último, ese «alguien» debe o bien ocupar una posición de poder o bien tener acceso o ser capaz de convencer a instituciones tales como los medios de comunicación, los organismos jurídicos o científicos y las autoridades políticas.

Una vez satisfechas tales condiciones, se debe recurrir a reclamos generales («a cualquier persona bienpensante le indignaría...», «no podemos tolerar...») y aplicarlos al caso en cuestión. El reclamo debe estar fundado en un sistema de creencias (las imágenes del inventario, los temas de opinión recurrentes) que transmita el mensaje de que el fenómeno es, en efecto, un blanco que requiere actuar. Suele ocurrir que se justifiquen las cruzadas o los reclamos con el argumento de la existencia de una desviación que es en todo o en parte putativa. En este sentido, Sutherlan muestra, por ejemplo, que todas las proposiciones sobre las que se basan las leyes en materia de psicópatas sexuales son probadamente falsas o al menos cuestionables.[34] También se ha documentado la desviación putativa en ámbitos tales como la drogadicción.[35]

En relación con los Mods y los Rockers, hubo un proceso por el cual los pobladores del lugar, actuando como agentes de control informales, ejercieron presión para que se crearan normas; es decir, remitieron su problema «local» a los órganos legislativos. Resulta significativo que en vez de limitarse a presionar a los agentes de control para que actuaran de manera más eficaz, hayan impulsado este

[33] Howard S. Becker (1963), *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, Free Press, 1963, caps. 7 y 8.

[34] Sutherland, *op. cit.*

[35] La explicación clásica se encuentra en Alfred R. Lindesmith (1940), «Dope fiend mythology», *Journal of Criminal Law, Criminology & Police Science, 31,* págs 199-208. Véanse también Edwin M. Schur (1965), *Crimes Without Victims: Deviant Behaviour and Public Policy,* Englewood Cliffs, N,J., Prentice-Hall, págs. 120-168; Jerry Mandel (1966), «Hashish, assassins and the love of God», *Issues in Criminology, 2* (otoño) y Roger Smith, «Status politics and the image of the addict», *ibídem,* págs. 157-175.

tipo de acciones. Las formas de desviación espontáneas e inesperadas suelen tomar desprevenidas a las agencias institucionales, y cualquier deficiencia operativa se vuelve evidente. A veces, incluso, se las señala como culpables de la desviación; es una reacción común, por ejemplo, después de un magnicidio, que expone las fallas en las disposiciones de seguridad. Sin embargo, en el caso de los Mods y los Rockers la Policía y los tribunales contaban con un amplio apoyo; la gente pensaba que estaban cumpliendo con su deber lo mejor posible, pero que los poderes con los que contaban no eran suficientes, o que se estaban ocupando de un problema que, en realidad, le correspondía al Gobierno nacional. Se atribuía la culpa y la responsabilidad, entonces, a niveles superiores de la jerarquía.

Los estudiosos de los desastres naturales advierten un proceso similar de búsqueda de chivos expiatorios: se suele exonerar a quienes tuvieron una participación en el desastre («lo único que hicieron fue cumplir con su trabajo») y las figuras del Gobierno se vuelven blancos de los ataques y las protestas en una situación de la cual no son responsables directos.[36] Del mismo modo, desastres «no naturales» como el incidente del Ibrox Park, en el que un grupo de espectadores murieron aplastados al finalizar un partido de fútbol, son definidos como parte de un problema nacional, en este caso, la seguridad del público y el control de las muchedumbres en eventos deportivos. De hecho, quisiera proponer que esta concepción piramidal de la culpa y la responsabilidad, junto con un sistema de creencias paralelo que ve el fenómeno en cuestión como la punta del iceberg de un problema mucho mayor («no es sólo esto») son requisitos adicionales para el éxito de una iniciativa moral.

El proceso global en el que intervinieron agentes informales que intentaban institucionalizar nuevos métodos de control es análogo al proceso por el cual, cuando ocurre una catástrofe, el sistema social de emergencia o terapéutico remite el problema al «suprasistema» o al «sistema de restauración de la sociedad». En un desastre, las respuestas elementales del sistema social de emergencia satisfacen las necesidades urgentes de alimento, refugio y rescate del mismo modo

[36] H. R. Veltfort y G. E. Lee «The Coconut Grove fire: A study in scapegoating», *Journl of Abnormal and Social Psychology, 38* (abril de 1943), pág. 141 y R. Bucher, «Blame and hostility in disaster», *American Journal of Sociology, 6* (marzo de 1957), pág. 471.

© gedisa

que la Policía y la Justicia satisficieron las necesidades inmediatas de la comunidad ante los hechos vinculados con los Mods y los Rockers: la identificación y el etiquetamiento de los individuos desviados, la protección de las personas y la propiedad, la administración de sanciones. Los organismos del suprasistema, que responden menos rápido, se incorporan más tarde: con la difusión de las noticias, se puede definir el desastre (según su naturaleza y el tipo de inventario que se construye sobre él) como un problema nacional. Le siguen reuniones públicas, investigaciones, peticiones y, como sucede en el caso de la creación de normas, se reclama que se otorguen mayores poderes a los sistemas de emergencia o que el suprasistema se haga cargo de la situación.

El primer paso es ver cómo definieron el problema quienes se vieron afectados en forma directa. Es evidente que el vandalismo no es un «delito sin víctimas» y que la medidas de control exclusivas ideadas dependen, en parte, de cómo elaboraron las víctimas los perjuicios que sufrieron. Como podría esperarse a partir de los temas de orientación, la reacción inicial de las víctimas en la comunidad local fue definir lo sucedido como desastroso. De hecho, la reacción inicial de un autoproclamado vocero de las ciudades costeras fue lo que desencadenó el pánico y la sensibilización subsiguiente. El patrón quedó establecido en Clacton, donde se realizaron un serie declaraciones de pánico para la prensa: «Estuve presente en disturbios en Sudamérica, pero esto parecía la ley de la calle» (J. Malthouse, gerente de un hotel sobre el mar); «Esta noche Clacton estaría destrozada si no fuera por los valientes *bobbies** de nuestra Policía británica» (E. Payne, concejal y presidente del consejo de publicidad de la ciudad). Tras los episodios subsiguientes se escucharon pronunciamientos semejantes. «Estuvimos al borde de un descontrol generalizado. Si la próxima vez hay un poco más de histeria, la situación va a quedar fuera de control. Y por el momento, no hay nada que pueda evitar que esto vuelva a suceder» (A. Webb, presidente de la Asociación de hoteles de Brighton). La prensa exageraba este tipo de reacciones: Brighton era «una ciudad que hervía de furia y rencor» (*Evening Argus*, 18 de mayo de 1964); Margate era «una ciudad atemorizada... sin esperanzas... donde bullía la ira» (*Evening Standard*, 19 de mayo de 1964) y el dueño de un café «que sufrió daños durante los disturbios» le rogó al periodista que no publicara su nombre: «Van a volver a destrozar mi local. No quiero más problemas. Váyanse».

Es evidente que algunos pobladores locales transformaron sus temores en actos; después de los hechos de Clacton y en todos los episodios que le siguieron, circulaban rumores de que se habían formado grupos de vigilancia integrados por comerciantes locales para proteger sus propiedades. En Margate, después de la Semana Santa de 1964, aunque sólo se produjo un incidente muy menor, algunos residentes sensibilizados por los sucesos de Clacton empezaron los preparativos para el verano. Los encargados de los lugares de entretenimiento se armaron con bates de béisbol para niños, y el gerente de un café frente al mar propuso que en cada establecimiento se colocara un guardia armado con granadas de gas lacrimógeno para alejar a las bandas.

No es fácil evaluar el grado de representatividad de este tipo de reacciones. Está claro que las crónicas periodísticas exageraban la intensidad de los sentimientos y que la presencia de vigilantes o el uso de gas lacrimógeno era un hecho muy marginal. El número de comerciantes afectados en forma personal por los desórdenes fue muy pequeño; la mayoría se enteró de lo sucedido por lo que le contaron. No obstante, en ciudades costeras que dependen casi por completo de los veraneantes, el temor a perder clientes era muy real y en canales de opinión comunitaria tales como los editoriales y las cartas del lectores de periódicos locales, los debates en concejos municipales y los discursos en acontecimientos públicos (por ejemplo, en entregas de premios en las escuelas), se veía reflejada una preocupación genuina. Se cumplía, entonces, uno de los requisitos para el desarrollo de una cultura del control exclusiva: la situación era definida por algunas personas como contraria a sus intereses, y se creía que había que hacer algo al respecto.

Es importante tener en claro la naturaleza de esos intereses, porque la percepción de cuáles intereses deben protegerse es la que determina las subsiguientes campañas para la creación de normas. En última instancia, se puede pensar que los «intereses» provienen de lo que Ranulf califica como «la tendencia desinteresada a infligir un castigo»,[37] pero en lo inmediato, los intereses eran presentados en

* Voz coloquial con la que se solía designar a los agentes de policía en G.B. [T.]

[37] Sven Ranulf (1964), *Moral Indignation and Middle Class Psychology*, Nueva York, Schocken Books.

© gedisa

términos estrictamente financieros. Las campañas de acción se basaban en llamamientos a proteger intereses comerciales y los principales protagonistas de estas campañas solían ser líderes de organizaciones comerciales o empresariales. Entre los grupos de presión más destacados se encontraban las cámaras hoteleras o de comercio, y la intervención del concejo municipal tenía por fundamento la protección de la actividad turística de la ciudad, para preservar su «buena imagen». El interés comercial puede observarse en la secuencia de declaraciones realizadas por estos individuos y organizaciones: la primera reacción fue el pánico, pero en cuanto se advirtió que en realidad, tal reacción podría volverse contra los intereses de la ciudad creando un pánico mayor (los sociólogos no son los únicos que reconocen el valor de las profecías autocumplidas), se modificaron las declaraciones iniciales y diversas figuras del lugar criticaron al periodismo por haber exagerado. El alcalde de Margate se quejaba de esta manera:

> En mi opinión el asunto estuvo mal llevado desde el principio, en el sentido de que se dio difusión nacional a las actividades de un grupo relativamente pequeño de gamberros sin cerebro. Si se los hubiera ignorado, e incluso si se los ignora de ahora en adelante, estos patanes van a ir desapareciendo y los desórdenes menores que provoquen van a controlarse como se debe en el ámbito local. ¿Podemos dejar que los pobladores se ocupen de sus propias cuestiones?

El interés comercial se expresaba en una forma peculiar: «Si esto vuelve a pasar, la gente no va a venir a pasar sus vacaciones; tenemos que librarnos de los Mods y los Rockers ya sea expulsándolos, o impidiendo que ingresen; no nos interesa adónde vayan: que se vayan a destrozar la ciudad de Margate (o Hastings, o Brighton, o Eastbourne), pero que aquí no vengan aquí». Estos reclamos recuerdan los decretos de destierro característicos de comunidades primitivas como las tribales, el mismo tipo de agresión elemental que un grupo dirige contra el individuo desviado, consagrada en nuestra cultura por las películas de cowboys, donde el forajido es «echado de la ciudad».

En este punto parece haber una contradicción en los reclamos. Si bien muchos residentes locales no «hervían de furia y rencor» sino que estaban, como el alcalde de Margate, consternados por la difusión que habían recibido los hechos, sabían que no se podía hacer nada si el problema se definía en términos puramente locales.

Para crear normas, un problema no sólo debe ser conceptualizado en términos de llamamientos a la comunidad; también se lo debe definir de modo tal que se lo considere una responsabilidad legítima del suprasistema. Dicho de otro modo, no basta con «dejar que los pobladores se ocupen de sus propias cuestiones»; hacía falta que la cuestión adquiriera una dimensión nacional y que la responsabilidad pasara a niveles superiores. Es por ello que después del primer episodio en Clacton, se reclamó que el ministerio del interior iniciara una investigación, y «el Gobierno», los «reformistas» y los «bienintencionados» se convirtieron en chivos expiatorios.

Este desplazamiento en la atribución de responsabilidades a los estratos superiores de gobierno tiene, en realidad, sus propios motivos comerciales. Como la imagen de «búsqueda de emociones» estaba tan instalada, se advirtió que definir el problema en términos estrictamente domésticos remitiría en forma directa a los atractivos que ofrecía la localidad. Si bien la opinión externa interpretaba el «aburrimiento» en un sentido más amplio, los pobladores de las ciudades costeras lo pensaban en términos de aburrimiento en el lugar y querían despejar toda idea de que la causa del problema había sido la falta de oportunidades de recreación en la zona: «Hay mucho para hacer en *X*; si estaban aburridos, no es culpa nuestra».

Dada la presencia de requisitos para la creación exitosa de normas tales como la conciencia de la existencia del problema, el reconocimiento de valores legitimadores específicos, el interés personal y los comienzos de una concepción piramidal de la responsabilidad y la causalidad, ¿qué forma adoptaron los reclamos locales? El primer tipo de reclamos, más que vincularse con medidas concretas, consistía en pedidos de asistencia de carácter general: que el Ministerio del Interior iniciara una investigación, que se sancionaran leyes «más severas», que se otorgaran «más poderes» a la Policía y la Justicia. Una declaración del presidente del Tribunal de Hastings ilustra la vaguedad de los pedidos:

> ... los tres jueces que integran este tribunal comparte en forma unánime la opinión de que es hora de que el Parlamento considere qué medidas se van a adoptar para reprimir esta forma de vandalismo de masas, que claramente constituye un fenómeno reiterado en épocas turísticas. Si no se hace nada al respecto, miles de personas inocentes seguirán sufriendo miedo, lesiones y daños a sus propiedades.

© gedisa
© gedisa

Una acumulación similar de reclamos se registró en los editoriales, las cartas de lectores y las declaraciones de los miembros del parlamento locales. En un primer momento también se realizaron propuestas de medidas específicas, que aumentaron bajo el impacto de la sensibilización y la cristalización de las opiniones. Así, de veintitrés cartas que se publicaron en el *Evening Argus* en los cuatro días posteriores a Pentecostés de 1964, en siete se proponía la aplicación de castigos físicos.

La analogía con los desastres muchas veces quedó formulada de manera explícita en el reclamo de que el Gobierno debía obtener poderes de emergencia, como establecer controles en los ingresos a las ciudades «e impedir el acceso... a motonetas, automóviles o vehículos de mayor porte en el que viajaran jóvenes de aspecto dudoso... También se debería restringir el ingreso en tren... Estas fueron medidas que resultaron efectivas durante la guerra» (Editorial, *Hastings & St Leonards Observer*, 8 de septiembre de 1964). También aparecieron propuestas vinculadas con la vigilancia privada (como en los ejemplos de Margate citados más arriba), entre las cuales se puede mencionar la del propietario de un restaurante en Brighton que en 1964 quería armar con porras a mil «jóvenes decentes» de la ciudad y enviarlos a que «les rompieran el alma a esos Mods y Rockers» (*Evening Argus*, 18 de mayo de 1964).

La siguiente etapa fue la de los intentos de formalizar las propuestas de políticas por parte de las organizaciones. En algunos casos, se formaron grupos de acción que no prosperaron. Esta es la etapa en la que se aprueban mociones, se firman peticiones y se envían delegaciones. Después del fin de semana de Pentecostés de 1965, la Great Yarmouth Hotel and Guest Houses Association pidió la expulsión de Mods, Rockers y Beatniks:

> No podemos creer que no sea posible... hallar una vía legal para impedir la presencia de estas personas en la ciudad... Invitamos a las demás asociaciones y personas que deseen preservar sus actividades económicas en Great Yarmouth a que se sumen a nuestra convocatoria y exijan que se adopten acciones positivas, pues que el tiempo de la negociación se ha agotado.
>
> (*Caterer and Hotel Keeper*, 1° de julio de 1965.)

En agosto de 1965, sesenta comerciantes de Margate solicitaron la sanción de nuevas leyes en una petición presentada ante la cámara de comercio local y enviada al miembro del parlamento. En septiembre, la Licensed Victuallers Association (LVA) [Asociación de locales autorizados para la venta de bebidas alcohólicas] manifestó su apoyo a una propuesta de medidas de protesta por parte de los comerciantes de Brighton en contra de la levedad de las penas impuestas a los gamberros. Uno de los miembros del comité, que también integraba la Cámara de Comercio, manifestó su intención de pedir en la siguiente sesión de la Cámara que se elevara una protesta formal ante el *watch committee** y los miembros del parlamento del distrito. Al mismo tiempo en Margate, la LVA de la Isla de Thanet decidió presionar a la policía local para que recibiera a una delegación, y uno de sus miembros declaró: «Es hora de que los empresarios y comerciantes de la zona hagan algo al respecto. Tratemos de protegernos. Cada local autorizado para la venta de bebidas alcohólicas debe invitar a sus clientes a firmar una petición solicitando la sanción de una ley que garantice que todo aquel que se encuentre pernoctando al aire libre será procesado en el acto» (*Morning Advertiser*, 4 de septiembre de 1965).

Una característica de esta etapa es que los temas recurrentes de opinión y de actitud aparecen formulados con mayor claridad y las propuestas muestran todos los elementos del inventario y de la sensibilización subsiguiente. Un ejemplo de ello es el efecto de ampliación de la red en el pedido de prohibición de ingreso a Beatniks, Mods y Rockers, como también de pernoctar en la playa, impulsado en campañas contra el vandalismo emprendidas en las ciudades costeras en otras épocas del año.[38]

Esta clase de agitación destinada al establecimiento de una política de control exclusiva no estaba limitada a las organizaciones locales. En una etapa bastante temprana, aparecieron las voces de aquellos que siempre son consultados en los medios por sus opiniones sobre los «problemas de la juventud». Así, se oyeron las soluciones proclamadas por vicarios, trabajadores juveniles, oficiales de *probation*, consejeros matrimoniales, psiquiatras, directores de escuela, conductores de radio y estrellas pop respetables («Son sólo unos patanes», dice Dreamer Freddie, *Daily Mirror*, 23 de mayo de 1964). Se pronunciaron discursos en conferencias, misas, entregas de pre-

* En Inglaterra y Gales, organismos de gobierno locales encargados de supervisar las tareas policiales, vigentes hasta 1964. [T.]

[38] Entre 1965 y 1966, el *Morning Advertiser* (periódico del sector) mostró un marcado aumento en las referencias al vandalismo en las tabernas.

© gedisa
© gedisa

mios y fiestas de graduación. Dichos pronunciamientos, sumados al bombardeo mediático, contribuyeron a crear una cultura del control independiente en la medida en que difundían las mitologías y los estereotipos, pero no llevaban a la implementación directa de medidas de control exclusivas. Los reclamos eran demasiado inespecíficos, no estaban dirigidos a nadie en particular y no estaban formulados por grupos de presión con poder. Hubo una o dos excepciones. Por ejemplo, en la reunión general anual de la Asociación de Magistrados en octubre de 1964, se debatió la siguiente resolución:

> Que en vista de los recientes desórdenes protagonizados por bandas de jóvenes, esta Asociación insta al Ministro del Interior a implementar nuevas leyes, por ejemplo mediante la extensión del principio de los Attendance Centres,* de modo tal que estos delincuentes juveniles no sólo sean sancionados, sino que además la sanción los obligue a canalizar productivamente sus energías en beneficio de la comunidad.

Tras un prolongado debate, la resolución no fue aprobada por 103 votos contra 84; no obstante, se presentó una resolución alternativa que parece dirigida a los Mods y los Rockers:

> Que esta Asociación reclama la disposición de poderes que habilitaran a la suspensión del registro de conductor o la confiscación de un vehículo en casos en que un vehículo motorizado pueda emplearse en la comisión de un delito o alteración del orden público.[39]

En algún momento no precisado, algunas de las campañas y de los llamamientos esporádicos se formalizaron y convirtieron en grupos de acción orgánicos. Incluso si tenemos en cuenta la escasez de bibliografía acerca de la creación de normas y de problemas sociales, es poca la atención que se ha brindado a la naturaleza de los grupos de acción que operan en ámbitos tales como el control de las drogas, la prostitución, la homosexualidad, la pornografía y la obscenidad. En el último caso, por ejemplo, cabe destacar la obra de grupos como

* En G.B., son centros de día, sin privación de la libertad, destinados a menores de edad que cometieron delitos menores, a los que los jóvenes infractores deben asistir durante una cantidad de horas determinada por el tribunal que los condenó. [T.]

[39] 45° Informe General Anual de la Asociación de Magistrados, págs. 64-65. Véase también B. Buchanan (1964), «Punishment for disorderly gangs», *Magistrate*, *20* (12), págs. 170-171.

Mrs Mary Whitehouse's National Viewers' and Listeners' Association, la Clean UPOV Campaign, el Longford Committee y el Festival of Light en términos de la sociología de la iniciativa moral.

Desde otra perspectiva, tales grupos de acción pueden pensarse como movimientos sociales en germen. Cumplen con casi todos los criterios formales que la bibliografía identifica como propios de dichos movimientos,[40] aunque no son fáciles de clasificar en cuanto a sus tipologías. Los grupos de acción equivalen a lo que Smelser denomina «movimientos orientados a las normas», precedidos por «creencias orientadas a las normas»[41] (es decir, la mitología presentada en el inventario y cristalizada en etapas posteriores) en cuyo nombre se los emprende. Todas las etapas teñidas de valores que Smelser identifica estuvieron presentes antes de que se formaran los grupos de acción: tensión (desviación); inquietud; identificación de los agentes responsables; creencia generalizada de que el control fue insuficiente; creencia de que el problema puede resolverse reorganizando la propia estructura normativa («debería haber una ley»); y, finalmente, formulación de propuestas específicas para sancionar, controlar o destruir al agente. Tanto en lo relativo al contenido como en lo relativo al desarrollo, los grupos de acción vinculados con los Mods y los Rockers compartían con los movimientos sociales una importante característica: la defensa de programas que implican una implementación rigurosa de prescripciones de carácter popular, como una mayor presencia de las fuerzas del orden o penas más duras.[42]

Describiré dos grupos que surgieron en respuesta a los desórdenes de los Mods y los Rockers. Si bien estos grupos llegaron a tener una gran fuerza, no lograron conformar organizaciones duraderas, no consiguieron que se implementaran muchas de las medidas que impulsaban y no pudieron producir ninguna modificación directa en el plano jurídico. Sin embargo, sus actividades resultan de interés ya sea para ilustrar el sistema de creencias y la reacción que se constru-

[40] Véanse, por ejemplo, Ralph H. Turner y Lewis M. Killian (1957), *Collective Behaviour*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, parte 4; Hans Toch (1965), *The Social Psychology of Social Movements*, Indianápolis, Bobbs Merrill Co. y Joseph R. Gusfield (comp.) (1970), *Protest, Reform and Revolt: A Reader in Social Movements*, Nueva York, John Wiley.

[41] Smelser, *op. cit.*, págs. 270-312 y 109-120.

[42] Véase Turner y Killian, *op. cit.*, págs. 501-502 y, para un ejemplo particularmente claro, Sutherland, *op. cit.*

© gedisa © gedisa

yó en torno a los Mods y los Rockers, como para destacar algunos rasgos más generales de los pánicos morales, la iniciativa moral y la sociología del cumplimiento de la ley.

El Seatown[43] Council Group constituyó una agrupación en una acepción sumamente básica del término. En abril de 1966, doce regidores y concejales presentaron una moción solicitando al ayuntamiento que presionara al Gobierno para la creación de un programa de trabajos forzados para los Mods y Rockers con condena. La moción tuvo una amplia repercusión en la prensa, bajo titulares tales como «Hagan bailar a los Rockers» o «Plan de trabajo forzado para los Mods alborotadores». El texto exacto era el siguiente:

> Que pese a los denodados esfuerzos de la Policía y a la imposición de condenas tales como multas severas o condenas privativas de la libertad en centros de detención, durante los días de fiesta las ciudades costeras se siguen caracterizando por los disturbios generados por bandas de los llamados Mods y Rockers, creando malestar entre pobladores y turistas, el desvío de la Policía de sus deberes habituales y una presión excesiva sobre los agentes, en indudable detrimento de las ciudades afectadas.
>
> En consecuencia, el Concejo Resuelve:
>
> Que se reclame al Gobierno de S. M. la adopción de medidas para legislar que estos infractores sean condenados a periodos de trabajos forzados para beneficio de la comunidad y tomar los recaudos necesarios para ello.
>
> Además, se resuelve:
>
> Que se envíen copias de la presente moción a los miembros del parlamento del distrito, a la Asociación de Corporaciones Municipales y la Asociación Británica de Ciudades Costeras con pedidos de que le concedan un pleno apoyo.

Los detalles del programa se explicaron en declaraciones a la prensa de uno de los principales firmantes de la moción, el regidor F., que vislumbraba la formación de un cuerpo de trabajos forzados, inspirado en los principios de las instituciones correccionales militares. Los jóvenes «debían llevar el pelo corto, someterse a una disciplina estricta y ser obligados a realizar tareas en obras públicas como la construcción de carreteras».

[43] Empleo los nombres «Seatown» y luego «Beachside» para ocultar las identidades de las dos ciudades costeras cuyos grupos de acción estudié.

Inmediatamente después del anuncio de la moción, me contacté con el regidor F., quien me derivó a otra figura importante detrás de la moción, el regidor K, quien en los cuatro meses siguientes, por medio de cartas, diálogos y un cuestionario, fue mi principal fuente de información dentro del grupo. En el momento en que se presentó la moción, el regidor K. era presidente del *watch committee*. Es, además, periodista, y desde hacía varios años, estaba a cargo de la información sobre los fines de semana largos en un periódico local.

La moción fue debatida dos meses después; para entonces, contaba con diecisiete firmas. Fue votada por una clara mayoría: aproximadamente cuarenta votos a favor y diez en contra, con unas veinte abstenciones (la mayoría proveniente de la minoría laborista). Los siguientes eran los principales argumentos a favor de este intento de conseguir un cambio normativo.[44]

La justificación central para implementar acciones era poner fin a las conductas que estaban causando pérdidas económicas y perjuicios a la imagen de Seatown. Las acciones, entonces, se fundaban en un interés racional. Para algunos, ese interés implicaba una dimensión adicional: «... nuestra obligación de proteger y honrar el nombre de Seatown,» y planteaban el problema desde una perspectiva más amplia («no es sólo esto»):

> Es evidente que los incidentes de Seatown y otras localidades son claros indicios de un problema más grave. Se trata en gran medida de la actitud ostensible de algunos jóvenes que pretenden que se les permita actuar tal como ellos desean y que no se les imponga ningún tipo de límites, por más molesto que resulte su comportamiento.[45]
>
> Las ciudades costeras no son para los matones, sino para buena gente de familia que quiere divertirse en paz y felicidad. Pero hoy en día esto no es posible entre Blackpool y St. Ives.

La apelación a la acción era, en ocasiones, sumamente personalizada: «si los que se oponen a la moción tuvieran algún familiar herido por estos gamberros, tendrían una posición muy distinta». Se recurrió a ejemplos individuales para apoyar la propuesta, como la

[44] A menos que se indique lo contrario, los argumentos citados provienen de la grabación que realicé durante el debate en el Concejo de Seatown el 23 de mayo de 1966.

[45] Regente K. (cuestionario).

© gedisa © gedisa

historia mencionada en la exposición del regente F., sobre una pareja que estaba pasando su luna de miel en Seatown a la que un grupo de matones atacó a los empujones; el marido no pudo defenderse por la cantidad de atacantes que lo enfrentaban:

> Cuando me encontré con ellos, su esposa lloraba y él temblaba de furia. «Regente», me dijo, «no puedo decirle la humillación que tuve que padecer en mi luna de miel. Hacía una semana que estábamos casados, y no tuve el valor de defenderla. El recuerdo de nuestra luna de miel va a quedar mancillado para siempre por esta experiencia».[46]

El siguiente paso consistió en definir el problema de tal modo que la única solución aceptable fuera la acción legislativa. La Policía y los tribunales habían cumplido con su deber, pero las armas con las que contaban resultaron insuficientes para enfrentar una situación totalmente inédita. El carácter novedoso del problema fue un aspecto que se destacó sistemáticamente: la cantidad de personas involucradas y su mayor movilidad requerían elementos de disuasión de otra magnitud, pero sobre todo, las mayores posibilidades económicas hacían que las multas resultaran anacrónicas e ineficaces. Lo que se necesitaba era someter a los infractores a un periodo de disciplina orientado a producir mejores ciudadanos y como las únicas instituciones existentes destinadas a estos fines (los centros de detención) eran costosas y escasas, se debía idear una alternativa. El programa de campos de trabajo era la respuesta que se imponía dado el modo en que se definía la situación.

En el transcurso del debate, se oyó la mayoría de los argumentos habituales en contra de tal posición: los alborotadores constituían un grupo duro pero minoritario y no había que precipitarse a tomar medidas de pánico que podían afectar a los crédulos que se dejaban llevar por la corriente; este tipo de problemas no es nuevo; se había hecho todo lo posible para calmar la situación (sobre todo, por parte

[46] El uso de historias de atrocidades para legitimar formas de control es, desde luego, una técnica conocida entre los emprendedores morales. Becker cita la historia de una familia entera asesinada por un adicto que fue usada por la Federal Narcotics Bureau en su campaña a favor de la Ley del impuesto sobre la marihuana (*op. cit.*, pág. 142). Los impulsores del control del LSD se valen de historias similares de drogados que deambulan por la calle o salen por la ventana desde veinte pisos de altura. Véase Mandel, *op. cit.*, para un análisis documentado de la naturaleza mítica de una historia de este tipo.

de la policía) y si se las aplicaba de manera correcta, las normas vigentes alcanzaban para controlarla; el problema, de hecho, era cada vez menor; el tipo de legislación que se proponía era una legislación de pánico retrógrada que «nos retrotrae a cien años atrás» y era «el principio de algo peor, que llevaría a los campos de trabajo forzado»; que si algo debía hacer Seatown, era atraer a todos los sectores de la comunidad: se debía recibir a los jóvenes para que pudieran ver a la ciudad como «un lugar en la que se los cuida, no para provocar desorden». Estos contra-argumentos recibieron poco apoyo en el debate.

Es difícil evaluar el grado de apoyo con el que contaba la moción en el plano local dada la ausencia de mediciones confiables en materia de opinión pública. El regente F. afirmaba haber recibido 108 cartas referidas al proyecto; sólo dos de ellas se manifestaban en contra. El regente K. sostuvo también que contaban con un amplio respaldo local:

> Aparte de esta cuestión particular, hay un apoyo abrumador por parte de la prensa local y de la vasta mayoría de aquellos que han escrito a los periódicos respaldando la adopción de acciones más duras para contener la grave alteración del orden que suponen estos gamberros antisociales. Seatown no está en absoluto de acuerdo con la idea de abordar este grave problema desde una perspectiva psicológica.

Si bien las afirmaciones anteriores tal vez sean acertadas en relación con la opinión pública en los medios o los emprendedores morales profesionales, mis propios datos sugieren que la opinión pública estaba alejada de uno y otro extremo («repriman, no dejen que vengan» y «recibámolos») y adoptaban una postura indefinida, a mitad de camino entre la apatía y el extremo punitivo. De todos modos, la propuesta no prosperó ni entre quienes la plantearon, ni entre la población en general, y no quedó incorporada a la legislación. Sin embargo, el grupo contribuyó a alimentar, y, de alguna manera, a institucionalizar el clima hostil de la ciudad hacia los jóvenes, y sus impulsores tuvieron un papel central en el fracaso de la aprobación un plan para implementar un proyecto juvenil en Seatown.

El otro grupo de acción que deseo analizar corrió una suerte similar, aunque causó un impacto más inmediato, tenía objetivos y métodos más variados y estableció un marco organizativo mucho más formal. Además, resulta de particular interés porque permite observar las características de un emprendedor moral ejemplar, aun-

© gedisa
© gedisa

que extremo. Se trata del «Beachside» Safeguard Committee [Comité para la protección de Beachside].

Beachside había experimentado los disturbios asociados con Mods y Rockers desde sus primeras manifestaciones en 1964. La ciudad se vio particularmente afectada en 1965, momento en que los concejales y la prensa local expresaron en forma pública las preocupaciones habituales. Ninguno de estos reclamos llegó demasiado lejos, y fue sólo después de unos incidentes en Semana Santa de 1966 que se pusieron en marcha acciones comunitarias organizadas. Los incidentes en sí no fueron muy distintos de los que se habían registrado en fines de semana largos anteriores, ni tampoco hubo una mayor cantidad de detenciones. El elemento novedoso fue la iniciativa moral de un individuo a quien llamaré «Geoffrey Blake». Aunque la historia del grupo de acción que presento a continuación se apoya en fuentes diversas, el relato de la intervención del propio Blake está basado en forma exclusiva en una serie de entrevistas que le realicé en 1966.

Hacía tiempo que Blake, propietario de un pequeño hotel privado cerca de la playa, pensaba que «había que hacer algo». Los disturbios de Semana Santa fueron la gota que colmó el vaso; durante el fin de semana e inmediatamente después, intercambió opiniones con un amigo, también propietario de un hotel. Concluyó que lo mejor que podían hacer era convocar a una asamblea general. Tenía experiencia en el campo de las relaciones públicas y sabía que era la mejor manera de conseguir publicidad mediática. Desde un principio, la campaña se llevó a cabo con un cierto grado de profesionalidad.

Se escribieron cartas «en nombre de un grupo de ciudadanos privados» a diversos personajes e instituciones de carácter público donde se los invitaba a una reunión abierta con el objeto de intentar encontrar «un elemento de disuasión severo y definitivo»; la gente «se sentía atemorizada por estos patanes ignorantes». Se enviaron cartas al miembro del Parlamento por Beachside, el jefe de Policía, el *town clerk,** el secretario de los magistrados y el secretario de la Beachside Hotel Association. Se publicó un aviso en el periódico local donde se convocaba a la población a una reunión para tratar el tema del «flagelo de los Mods y los Rockers». Blake obtuvo difusión a nivel nacional y aun antes de que se llevara a cabo la asamblea en abril, aparecieron notas sobre la campaña en cuatro periódicos nacionales.

* En G.B., funcionario de gobierno municipal con tareas de gestión. [T.]

En las semanas subsiguientes, participó en dos entrevistas radiales y cuatro televisivas, y según sus palabras, recibió «alrededor de ochenta» cartas de apoyo y «numerosas» llamadas de todo el país. En todas ellas lo felicitaban por sus acciones, propias de un ciudadano que piensa en el bien público, le ofrecían sugerencias y le deseaban buena suerte «con la causa».

Asistieron a la reunión alrededor de cuatrocientos ciudadanos y una cantidad similar, según Blake, no pudo ser admitida al predio. No hubo ningún representante municipal entre los presentes. El presidente de la reunión, elegido por los asistentes (un conservador que hasta las elecciones anteriores había sido miembro del Parlamento por Beachside durante quince años) se manifestó «sorprendido ante lo que sólo se puede calificar de boicot virtual por parte de los ciudadanos más destacados de la ciudad». Blake atribuyó el boicot de los funcionarios a «su típica actitud de hacer como el avestruz... viven en un mundo aparte». Más realista (si se tiene en cuenta su cooperación posterior), el Sr. Hale, quien luego se convirtió en presidente del Safeguard Committee, atribuyó el boicot municipal a su desacuerdo con los métodos de Blake.[47] Se sentían molestos porque Blake había usurpado sus funciones y porque esto implicaba que no habían captado la urgencia del problema.

La asamblea debatió cuestiones de procedimiento, analizó qué tipo de organización se debía establecer y escuchó propuestas concretas sobre qué se debía hacer con los Mods y los Rockers. La propuesta con mayor apoyo fue la reinstauración de los azotes; otras sugerencias fueron implementar multas más severas, instaurar la conscripción e impedir el ingreso de jóvenes a la ciudad. En palabras de Blake, «en términos generales, amenazarlos con un palo».

La asamblea tuvo como principal resultado la formación del Safeguard Committee cuyo objeto era dotar a la iniciativa de un marco representativo y organizado. Se le encargó presionar a los dirigentes municipales para que transmitieran al Ministro del Interior la petición de implementar acciones: se lo debía presionar para que «restaurara el orden público en este antiguo municipio de condado». Además, la asamblea deseaba condenar la publicidad adversa que había inflado lo sucedido. El comité estaba compuesto por unos treinta miembros que representaban distintas organizaciones loca-

[47] Entrevista, 20 de mayo de 1966.

© gedisa

les: la Chamber of Trade [Cámara de comercio nacional]; la Chamber of Commerce [Cámara de comercio local]; la Hotel and Guest House Association; la Licensed Victuallers Association; la Hotel and Restaurants Association; la Ratepayers Association [Asociación de contribuyentes]; la Taxi Association; la Motor Coach Association [Asociación de autobuses]; la Townswomen's Guild [Asociación de mujeres de la ciudad]; la Fruiterer's Guild [Asociación de fruterías]; la Newsagents Association [Asociación de quioscos de periódicos]; la Amusement Parks Association [Asociación de parques de diversiones], etcétera.

El comité estableció una delegación de cuatro miembros presidida por Hale, un empresario local. Los demás integrantes eran el propio Blake, un representante de la Chamber of Commerce y uno de la Licensed Victuallers Association (un expolicía).

La delegación se reunió con un grupo de funcionarios municipales: el alcalde, el vicealcalde, el *town clerk*, el vice *town clerk* y el jefe de Policía. El periódico local informó que «ambas partes corrieron un velo sobre las conversaciones» (*Beachside Mail*, 20 de mayo de 1966) y no se emitieron declaraciones. Hale confirmó que la reunión fue secreta, pero reveló que la Policía y las autoridades habían escuchado con atención sus reclamos y se habían comprometido a cooperar. Por su parte, la delegación había reconocido que los métodos que habían empleado (en particular, la convocatoria a la asamblea pública) habían sido un error pues parecían poner en entredicho a la autoridad municipal.[48] Hubo indicios de que entre los planes propuestos se encontraba la utilización de helicópteros para transportar refuerzos y la aplicación de tácticas de mano dura por parte de la policía a fin de disolver las bandas. El jefe de Policía habilitó el reclutamiento de cincuenta agentes especiales cuya función sería ayudar a la policía durante el siguiente fin de semana largo.

Es difícil saber cómo siguió la historia de la agrupación desde ese momento. El fin de semana de Pentecostés fue muy tranquilo en Beachside. Es extremadamente improbable que ello se haya debido a la presencia de los agentes especiales; lo cierto es que la cantidad de jóvenes presentes no alcanzaba para que se produjeran desórdenes.[49] No fue posible determinar cuántos agentes especiales estuvieron de servicio, si es que los hubo. Si se mantuvo fuera de la ciudad a los jóvenes por medio de algún otro plan ingenioso, no hubo ninguna información al respecto y de todos modos, o bien no surtió efecto, o bien no se lo implementó en agosto, cuando se produjeron disturbios de consideración en la ciudad. Al parecer el comité se había desintegrado, aunque dejó tras de sí un impacto notable en la opinión local y ejerció una influencia directa en la política del lugar, al menos en forma temporaria. Es posible que la Policía y las autoridades locales habrían actuado de la misma forma en que lo hicieron aun sin el Safeguard Committee, pero es probable que la actividad del comité y la difusión que alcanzó la iniciativa gracias a Blake hayan precipitado la acción.

¿Qué tipo de individuos son los impulsores de los grupos de acción? Becker distingue dos clases de emprendedores morales: los que hacen cumplir las normas (agentes de control) y los que las crean. El prototipo del creador de normas es el cruzado moral o cruzado reformista; es el hombre que, con una ética absoluta, se propone erradicar el mal que lo perturba. Aunque Becker señala que no todos los que emprenden cruzadas morales son tan puros y resueltos en sus motivaciones, no describe a esos otros tipos.

Entre los integrantes de grupos de acción contra los Mods y los Rockers se puede distinguir a los cruzados genuinos y los pragmáticos. Al cruzado genuino lo mueve una indignación justificada, además del interés personal. A diferencia del pragmático, ve la acción como una «causa» o una «misión» y piensa que su iniciativa perdura aun cuando se han alcanzado los objetivos de corto plazo. En rigor, para él las pruebas objetivas no tienen mucho valor; como observa Smelser en relación con las creencias orientadas a las normas en general: si el mal se produce, es lo que se predijo; si no, los planes fueron cambiados mediante artimañas.[50]

Otro rasgo típico del cruzado es ver más allá del problema inmediato y situarlo en un contexto mucho más amplio. Si bien hubo

[48] Es sumamente improbable que haya sido el propio Blake quien reconociera el error; su iniciativa se basaba por completo en la percepción de que las autoridades *habían* fracasado.

[49] En el curso de una conversación con Blake, me pidió disculpas porque ese fin de semana yo había viajado a Beachside y no había podido ver ningún disturbio. A los emprendedores morales les interesa la continuidad de la desviación que objetan para poder justificar sus propios actos.

[50] Smelser, *op. cit.*, pág. 113.

© gedisa

individuos como el regente K. que mostraron algunas de estas características, fue Geoffrey Blake quien representó un ejemplo claro de todas ellas.

No pretendo afirmar que el perfil de Blake que presento a continuación (construido a partir de los apuntes personales que tomé durante mis entrevistas con él) es típico de los activistas o de los cruzados. Por otra parte, Blake era «representativo» en la medida en que personificaba muchos de los elementos del sistema de creencias sobre los Mods y los Rockers.

Información personal: Edad, 40 años; padres de clase trabajadora. Al terminar la escuela, se desempeñó como aprendiz; tuvo un papel activo en el gremio, del que ahora piensa que «perdió el rumbo» desde que quedó absorbido en la estructura sindical mayor; los sindicatos se transformaron en organismos demasiado poderosos: «Es otro signo del poder actual que tienen las masas, cuando se es parte de una organización mayor se pierde el sentido de identidad». En la Marina durante la guerra. Interés por la música; ingresó al mundo del espectáculo como agente de prensa y gerente publicitario. Llegó a ser gerente de una famosa estrella pop. Afirma que sabe «todo sobre el mundo de la publicidad» y es cínico al respecto: «No hay nada que no estén dispuestos a hacer por dinero. Por más que vengan con esas estupideces sobre el deber de la prensa y la televisión para con la ciudadanía, lo único que buscan de verdad es el dinero y conseguir una buena historia para vender». Compró el hotel dos años y medio antes porque no podía aguantar el ritmo de vida en Londres; quería un vida más tranquila. Le gusta Beachside y no iría a vivir a ningún otro lugar en el país, pero no le disgustaría radicarse en Nueva Zelandia o EE.UU. Se ve como candidato a la emigración «por cómo van las cosas en este país».

Percepción del problema: Insiste en que su principal motivación es la protección de intereses comerciales. Afirma que hay pruebas objetivas de que los incidentes afectaron la actividad turística de la ciudad: en un hotel de sesenta habitaciones sólo había habido dos reservas en Semana Santa, las reservas en su hotel habían bajado y tiene conocimiento de otras cancelaciones. Una tienda de regalos sobre la costa, que habitualmente hace £1.000, hizo apenas £40. La gente «estaba aterrorizada por los vándalos. En mi hotel había personas que no salieron a la calle en todo el día; estaban aterrorizadas de que les pasara algo... Se perdieron £4.000 en reservas canceladas. Durante las quince semanas de la temporada alta, vienen unas 7.000 personas por semana. Es una ciudad familiar, y son las familias las que se asustan y no vienen. ¿Tenemos

que perder a esos miles de personas y nuestro modo de ganarnos las vida por entre 1.500 a 3.000 patanes ignorantes? Y si perdemos a mil Mods y Rockers "inocentes", ¿qué importa?... Lo que estamos tratando de hacer en Beachside es proteger la seguridad de nuestra ciudad. Los comerciantes y empresarios tenemos que vivir de algo y éste es mi hogar; por lo tanto, me están privando de mi sustento. Se trata del abuso más flagrante, lo que los sindicatos considerarían el peor delito posible: privar a una persona de su sustento».

Sin embargo, es evidente que Blake tenía otras motivaciones y objetivos. «No se trata únicamente de la cuestión comercial; es, además, una humillación. Digo, que tengamos que quedarnos mirando lo que pasa sin poder hacer nada.» El problema no era sólo de Beachside: «No es un problema nuestro nada más, es un problema de orden nacional y es por eso que estoy dispuesto a darle toda la información posible. Quizás nuestra experiencia pueda ayudar a otros... Estos gamberros no son vándalos sólo en Beachside, también son vándalos en los lugares de los que vienen, durante la semana, y no sólo los fines de semana largos». No se trataba únicamente de la cuestión de los daños o la violencia: «... era una falta de respeto a la autoridad. Se la rechazaba de manera evidente... es como una enfermedad que se propaga velozmente, si no se la detiene a tiempo, no se sabe dónde va a parar... Es la ley de la calle y hay que frenarla; hay que cortarla de raíz antes de que sea demasiado tarde... Tenemos que adoptar una posición».

Había que adoptar acciones individuales porque «los poderes establecidos» no habían podido ver a tiempo la urgencia del problema. «Es un problema inmediato y por eso hay que tomar medidas inmediatas; es como los accidentes de tránsito: si se impone un límite de velocidad de 15 millas por hora en todas partes, las muertes por accidentes viales bajan de inmediato, es así de simple... Hay que mirar así la cuestión: hay una grieta en el dique y por lo tanto, tenemos un problema urgente: cómo tapar el dique. Es esto lo que no ven las autoridades. No sirve de nada mirar para otro lado y adoptar un tono de superioridad moral. Tal vez se vean los resultados en diez años, pero *ahora* no sirve. Tal vez las cosas estén mejor en 1976, pero en 1966 no sirve. No es que no piense en las implicancias más profundas... Es como la persona que se está ahogando; no quiere invertir en un bote salvavidas... Sé que en el tipo de investigaciones que usted hace, hacen falta diez años para llegar a conclusiones, pero ¿de qué nos sirve mientras tanto? Necesitamos una ley de emergencia, algo que se parezca al impuesto de emergencia.»

¿En qué habían fracasado los funcionarios públicos? «Las autoridades municipales estuvieron claramente inactivos... No se quieren ensuciar las manos. La Policía podría ayudarnos pero para mí, lo único que les preocupa a los comisarios es que los índices de delito no suban,

© gedisa © gedisa

por eso no ordenan demasiados arrestos; hacen como el avestruz, como todos en Whitehall. ¿Se acuerda de la película *Carlton Browne of the F. O.*? [Comedia inglesa conocida en castellano con el título: *Diplomático sin valija*]... Archivan algo y hacen como que nunca existió... Ni siquiera usaron las reservas en Semana Santa. Ojo, la Policía está haciendo un trabajo estupendo, pero tienen las manos atadas. Son ellos los que están esposados hoy en día, no los delincuentes... así como la Iglesia perdió poder, los policías también.»

«Hay que seguir una línea clara para imponer la autoridad en casos como este, por ejemplo, gente que arranca los asientos en los cines. Pero si la Policía intenta ejercer su autoridad, aparecen las denuncias de "estado policial". Es todo una estupidez.»

También encuentra carencias en la Justicia: «El mes pasado hubo un caso en el que el juez conmutó una pena de seis meses en un centro de detención por una multa... y luego me enteré de que no se permitió aplicar la multa de £50 porque era muy difícil de cobrar... no ven que hace falta una solución radical para un problema radical. Una cosa como pegarle una patada en la cara a un policía, ¿sabe cuál es la pena por eso? Una multa de £2».

¿Qué tipo de solución? Toda solución debía aplicarse de manera urgente y debía ser drástica. «Un problema serio requiere una solución seria. Muchas de las soluciones que propusimos fueron rechazadas con la consigna de "proteger los derechos de los ciudadanos". Dicen que estamos avanzando sobre las libertades civiles; ¿y el terror que inflingen en los demás, que hace que no se pueda salir a caminar de noche? Ningún hombre en sus cabales va a atacar a alguien y dejarlo tirado por ahí. A estos hay que tratarlos con dureza.»

Black está a favor de la mayoría de las ideas que se plantearon en la asamblea; sobre todo, de cualquier método que pueda afectar al infractor en forma personal. «Todo lo que sea personal funciona. Por eso estoy tan seguro de que la reinstauración de los azotes va a funcionar; tiene que funcionar. Fíjese lo que pasa en la isla de Man; aplicaron el azote cuando tuvieron este problema y por lo que sé, ninguno de estos matones volvió a pisar la isla. Es la única forma: algo personal, algo que les duela. Además, no tiene un costo elevado para los contribuyentes y es más inmediato, más determinante y termina pronto. Mire, si usted lee en el periódico, «Dos jóvenes fueron azotados en Beachiside en el día de hoy», es simple, ¿no? ¡No como "Duras multas a los autores de los incidentes de la semana pasada", seguido de una apelación!»

Blake también se mostró a favor de los planes que proponían impedir el ingreso de Mods y Rockers a la ciudad. «¿Por qué no los paramos antes de que entren? Después de todo, como se dice, para un inglés su

casa es su castillo, y estamos tratando de proteger nuestro castillo... Me gustaría que se les prohibiera entrar a Beachside... Sería bastante fácil: lo único que hay que hacer es emplazar algunos policías sobre los dos puentes y carreteras de ingreso a la ciudad. Sí, si les prohibimos la entrada resolvemos la situación; no estaría mal tener algo así parecido al castillo de If para mandarlos allí.»

Otra forma de sanción efectiva podía ser el escarnio público. «Habría que exponerlos al escarnio público. Es lo que propuso el vicario. Le parecería bien usar la picota; funcionaría muy bien. Si quieren hacer cosas en público, entonces, que sufran el escarnio público.»

Se plantearon otras propuestas para mejorar la labor policial en materia de mantenimiento del orden público: «¿Por qué no se aplicó la legislación sobre reuniones no autorizadas? Se podría convocar un tribunal en cualquier edificio público y el tribunal decidiría la expulsión de esas personas, su traslado hasta los límites de la ciudad. La puede buscar en el libro *Police Law*, de Moriarty (la ley de disturbios, las reuniones no autorizadas, la alteración del orden público), está todo allí... la policía trató de hacerlos circular, pero eso no alcanza. Lo que hicieron fue desplazarse a lo largo de la costanera, aterrorizando a la gente. Lo ideal sería poner unos patrulleros de buen tamaño, con perros. Los perros muerden sin más, y no se puede discutir con ellos. Una o dos mordidas y listo».

Estas y otras medidas deben aplicarse a todos los jóvenes involucrados. «Se habla mucho de perseguir a los cabecillas, pero no creo que nos lleve muy lejos. Es cierto, lo de los alemanes lo organizaron los líderes, pero antes había que matar a los soldados, ¿no? *Después* se busca a los líderes.»

Su opinión general sobre las sanciones es que «la población debe saber que los delitos se sancionan con severidad. Es como este perro; si le digo que se baje, sabe qué le espera si no obedece. Y lo mismo pasa con mi hijo menor; la gente hace lo que tiene que hacer si hay una verdadera autoridad detrás de lo que se dice.

«Siempre va a haber delito, ya lo sé; la gente es capaz de cualquier cosa, hasta de arriesgar la vida. Pero fíjese en las condenas por el "gran robo al tren": treinta años. Ahora, si a alguien se le ocurre robar de una caja de ahorro postal, antes va a acordarse de esos treinta años. O piense en la abolición de la horca: ustedes dicen que hay estadísticas que demuestran que la horca no cambia nada; bueno, no sé si sirve *en general*. Pero si salva a 10 de 200, es suficiente, ¿no?... Todo el mundo está ocupado poniendo la otra mejilla, pero hay cosas que hay que rechazar... Me gusta la idea de las cuadrillas en las carreteras, como en Finlandia. Mi hermano estuvo allí de vacaciones y me contó cómo los atrapan con las cuadrillas en las carreteras; a los que violan las normas de tránsito y

demás. Dicen que así bajó mucho el delito. O como en Arabia Saudita, donde les cortan una mano a los ladrones; ¡eso debe ser efectivo!... Vea, lo que los cerebros de este país se están olvidando es cómo nos sentimos *nosotros*. Tienen que tratar de hacer algo; el Gobierno está tan inactivo que no les importa nada lo que le pase a la gente; no la toman en cuenta.»

Percepción de las causas. Los factores inmediatos fueron importantes, por ejemplo, la difusión y la influencia del hecho colectivo: «Quedan atrapados en la histeria de masa; se ven empleados bancarios vestidos de Mods. Hacen cosas que no harían si estuvieran solos». Pero hay causas fundamentales de largo alcance: «En el fondo, pienso que el origen de todo esto es el aburrimiento. El aburrimiento, sumado al bienestar económico, ese es el problema de base. Si tuvieran que trabajar no tendrían tiempo para estas cosas... tienen muchas cosas resueltas y por eso disponen de tiempo y dinero. La vida les aburre por la automatización y todo lo demás. Ya no existe el trabajo artesanal, todo se fabrica en serie. Y lo único que tienen que hacer para entretenerse es encender el televisor. Hay que mantenerlos alejados de todo tipo de tentaciones, como se aleja a las vacas de las cercas electrificadas. Lo único que tienen que hacer es registrarse como desempleados. Ahora ni siquiera tienen que reportarse dos veces por semana. Es un problema de orden nacional: si vuelve el laborismo al Gobierno, el país va a la ruina, y ahí sí van a tener que trabajar, ¿eh? Tal vez convendría desde ese punto de vista».

«Tenemos que enfrentar el problema con severidad, pero eso no quiere decir que no vea cuál es el origen de la cuestión, que es que les estamos dando la espalda. Es la indiferencia de los padres, eso es lo que pasa, una auténtica falta de interés. Se perdió el sentido de la autoridad; en los hogares hay demasiada familiaridad con la "mamá" y el "papá" y esto hace que se desprecie cualquier figura de autoridad... Ya no se respeta el la ley. Mandan las masas. En Beachside hay algunos hoteles de cuatro estrellas, en las viejas épocas había que ser alguien para alojarse en ellos, ahora puede entrar cualquiera, ya no hay respeto... Y esta cuestión de darles el voto a los dieciocho años... ¿Qué ideas se pueden tener a los dieciocho años? En cualquier momento tenemos un Mod de primer ministro. Es el imperio de las masas, como en China; vamos a terminar igual, sin control de natalidad... Hay demasiado énfasis en las masas; toda esa gente de color que viene para aquí. Bueno, no quiero vivir con ellos, japoneses o lo que sean. Tienen sus propios lugares: Ghana, Palestina, estos lugares ya tienen el autogobierno, así que pueden volverse a casa. Pero los miembros del Parlamento están demasiado preocupados por los problemas de orden nacional para ver estas cosas; no se dan cuenta de que en sus propios distritos la gente no quiere, por ejemplo, vivir con inmigrantes... Otra cuestión es el poder de los sindicatos. Ahora dominan el mundo; la masa domina a la masa... ¿La opinión pública? Bueno, la opinión pública funciona así: las personas inteligentes piensan algo, luego las menos inteligentes, luego las que son todavía menos inteligentes y luego ¡los votantes! Si el país sigue así, me voy a vivir a la selva; estamos volviendo atrás, de eso estoy seguro. Es la ley de la calle, lisa y llanamente; ellos mandan y el cuartel general rebelde está en Trafalgar Square.»

«Cuando se produjeron disturbios después de la Primera Guerra Mundial, la gente decía "es por la guerra", y fue igual después de la Segunda Guerra Mundial. Pero ahora ya pasaron veinte años, así que las causas tienen que ser otras; aunque tal vez éste sea el comienzo de otra guerra... Usted puede estar diez años buscando las causas profundas, pero para nosotros el problema es urgente; tenemos que ganarnos la vida.»

El perfil muestra en parte un cruzado moral arquetípico, que lucha por una «causa» y «toma posición». En este sentido, Black tiene mucho en común con otros cruzados mucho más respetables de nuestro tiempo, como las Mary Whitehouses, los Lores Longfords, los Cyril Blacks: determinación, pretensión de superioridad moral, una tendencia a exagerar groseramente y a simplificar aún más. Pero además, el perfil resulta familiar para quienes conocen el síndrome de personalidad autoritaria y sus correlatos: actitud cínica y destructiva, sumisión autoritaria, punitividad extrema, puritanismo, prejuicio racial,[51] miedo a las masas y proyección. Debo insistir que no estoy planteando que esta constelación de actitudes tipifica a los pánicos morales en general o que siempre están presentes en la cultura del control de demonios populares tales como los Mods y los Rockers. Si embargo, es necesario estudiar el papel central que les cabe a individuos como Blake en casos de iniciativa moral; esto implica analizar el tipo de sociedad en las que se originan tales actitudes y que luego asigna a los individuos que las encarnan un protagonismo central en las ceremonias de control social.

[51] Al parecer, para Blake no había gran diferencia entre cognición y acción en este sentido. Un tiempo después, volvió a la palestra pública apareciendo en los medios nacionales, esta vez por pedirle a un huésped de origen afroantillano que abandonara su hotel. Blake anunció que su política era no admitir huéspedes de color o extranjeros. El incidente fue uno de los primeros que se remitió a la Race Relations Board [Junta contra la discriminación racial] y se usó como caso testigo para determinar si la legislación antidiscrimatoria era aplicable en hoteles privados.

Cerraré esta sección con una evaluación del impacto que tuvo esta agitación y esta actividad de los grupos de acción: en qué medida llegaron hasta cuerpos tales como los organismos legislativos, a los cuales estaban dirigidos los reclamos. En el nivel más básico, hubo miembros del Parlamento que en forma individual manifestaron un inmediato y considerable interés por los disturbios ocurridos en sus propios distritos. Sus reclamos eran similares a los de los demás, en cuanto pedían al suprasistema que se hiciera cargo de las disposiciones de emergencia o que las incrementara. Inmediatamente después de los hechos de Clacton, el miembro del Parlamento por Harwich solicitó penas más duras y dijo que agradecería la posibilidad de tratar la cuestión con el Ministro del Interior. Aseguró ante los comerciantes y hoteleros locales que se protegerían sus intereses comerciales y que el vandalismo no volvería a ocurrir. Propuso de manera específica aumentar la pena por daños intencionales superiores a £20 a hasta cinco años de prisión. Al mismo tiempo, el Ministro del Interior solicitó informes sobre los desórdenes, y otros miembros del Parlamento realizaron reclamos generalizados: «Cárcel a los salvajes – reclamo de miembros del Parlamento» (*Daily Mirror*, 1° de abril de 1964).

Conforme avanzaban los hechos, los reclamos se volvían más concretos, mostraban una mayor influencia del sistema de creencias y estaban articulados con en un marco más formalizado. Después de Pentecostés de 1964, se enviaron al Ministerio del interior informes minuciosos desde las zonas afectadas y se organizó una reunión conjunta de jefes de policía. Un miembro del Parlamento pronosticó que la ola de vandalismo podía llegar a ser un tema en las elecciones generales y presentó una serie de preguntas, entre las cuales se sugería que la policía debía obtener nuevos poderes para actuar contra aquellos que incitan a sus acompañantes a la violencia, sin involucrarse ellos mismos. Otros miembros del Parlamento anunciaron que pretendían reclamar la reinstauración del castigo físico para casos de vandalismo. Un parlamentario de Brighton se dirigió a Londres a plantearle preguntas al Primer Ministro después de observar los acontecimientos del fin de semana. Su idea era revivir legislaciones en materia de servicio nacional como la que habilitó el reclutamiento de los *Bevin Boys*[*] y otros tipos de servicio no militar obligatorio.

[*] Los *Bevin Boys* fueron un grupo de alrededor de 48.000 jóvenes de entre 18 y 25 años que fueron reclutados compulsivamente por el Gobierno británico para trabajar en las minas entre 1943 y 1948. [T.]

También se debían crear «centros de reacondicionamiento» como los que organizaba el ministerio de trabajo en las épocas de desempleo anteriores a la última guerra. Se podía enviar a los jóvenes a trabajar en obras de construcción y constituir un equivalente de la Legión Extranjera. De ser necesario, esta mano de obra podía utilizarse para construir el túnel bajo el Canal de la Mancha. Un miembro del Parlamento mantuvo una reunión privada con el Ministro del Interior en la que propuso planes para establecer refuerzos policiales en campamentos en los South Downs durante los fines de semana largos. Se dispondría de fuerzas preparadas para movilizarse de inmediato desde Londres. Aunque podría haberse adoptado sin la intervención del parlamentario, la medida se puso en práctica el fin de semana largo siguiente.

Tras los primeros hechos en 1964, el tema de los Mods y los Rockers apareció en el Parlamento de manera directa o indirecta en la siguiente secuencia:

31 de marzo: Publicación del proyecto de ley sobre drogas (prevención del abuso)

8 de abril; Cámara de los lores: el conde de Arran presenta una moción donde se reclama que se eleve la edad mínima para el registro de conducción para ciertos vehículos, de 16 a 19 años, «... en vista de la invasión de Clacton por parte de jóvenes motociclistas el domingo de Pascua y el elevado índice de víctimas entre los grupos de menor edad».

15 de abril; Cámara de los comunes: Frank Taylor presenta una moción según la cual «esta cámara, en vistas del deplorable y continuo aumento en las delincuencia juvenil y en particular, los lamentables acontecimientos en Clacton, insta al Ministro del Interior a estudiar con urgencia y seriedad la necesidad de imponer a los jóvenes vándalos sanciones físicas y financieras que cumplan una función disuasoria efectiva».

27 de abril; Cámara de los comunes: Debate de dos horas sobre la moción «Delincuencia juvenil y vandalismo», presentada por el Sr. Gurden.

4 de junio; Cámara de los comunes: «Ciudades costeras (vandalismo)»: exposición del Ministro del Interior.

4 de junio; Cámara de los lores: «Vandalismo y aumento de sanciones»; exposición del Ministro del Interior.

© gedisa © gedisa

23 de junio; Cámara de los comunes: Proyecto de ley sobre daños intencionales, segundo debate.

2 de julio; Cámara de los lores: Proyecto de ley sobre daños intencionales, tercer debate.

Es evidente que el proyecto de ley sobre drogas (prevención del abuso) fue concebido y redactado mucho antes de los hechos de Clacton, que ocurrieron pocos días después de su publicación. Pese a ello, los medios presentaron el proyecto *como si* fuera una consecuencia de lo que había sucedido en Clacton y además, sus defensores lo justificaron empleando imágenes del inventario de los Mods y los Rockers.

Por cierto, los hechos de Clacton fueron uno de los primeros grandes episodios de temor por el uso de las drogas entre menores. Titulares como «Matones alegres por consumo de *purple hearts*» y «Jóvenes enloquecidos por las drogas» eran bastante comunes, y una inquietud frecuente era la posible conexión causal entre las anfetaminas y el vandalismo. Un parlamentario local escribió: «Una de las dificultades era que esos jóvenes habían consumido *purple hearts*... se sabía que había un hombre que vendía pastillas a lo largo de la costa y se creía que había que actuar con firmeza en su contra».[52]

No hay muchas pruebas de que haya habido un consumo de drogas elevado en Clacton, y menos aún de que exista una relación causal entre el vandalismo y el consumo de anfetaminas.[53] El resultado de estas crónicas fue el respaldo abrumador a lo que *The Times* (31 de marzo de 1964) calificó de «una legislación que se redactó en forma apresurada» y *The Economist* (4 de abril de 1964) de «un proyecto de ley poco meditado». Lo cierto es que la ley (que se proponía reducir la venta de drogas aumentando las penas por posesión a multas de hasta £200 y/o seis meses de prisión) no resultó efectiva; en los tres años posteriores se registró un rápido aumento en el consumo de drogas en las ciudades costeras. La relación entre las normas y el problema era, al parecer, aleatoria, en el sentido de que se dio apoyo, al menos en parte, a una política claramente ineficaz por motivos «equivocados», mientras que, cuando aparecieron motivos «correctos», no se adoptó ninguna medida.

[52] Carta del miembro del parlamento de «Rockbay» (18 de noviembre de 1964).

[53] Un informe (P. D. Scott y D. R. C. Willcox, «Delinquency and the Amphetamines», *British Journal of Psychiatry*, 111, septiembre de 1965, págs. 865-876) sobre el vínculo entre anfetaminas y delincuencia juvenil en general menciona, de hecho, el caso de un muchacho que consumió grandes dosis tanto durante los hechos de Clacton como los de Brighton en 1964. No está demostrado, sin embargo, que se trate de una situación típica; de todos modos, los consumidores de anfetaminas en la muestra no eran más propensos a cometer delitos violentos que los que no consumían. La conclusión de los autores es que cualquier vínculo entre delincuencia juvenil y consumo de drogas es paralelo, y no causal, como quedó confirmado por la observación de lo ocurrido en las ciudades costeras.

El primer debate parlamentario donde se trató específicamente el tema de los Mods y los Rockers se llevó a cabo un mes después de los incidentes de Clacton. Se realizó a instancias de una moción de Harold Gurden donde observaba «con preocupación el permanente aumento de delitos juveniles y brotes de vandalismo entre los jóvenes» y reclamaba medidas más firmes para enfrentar el problema. El contexto de la moción era claro: «Empleo el término vandalismo para referirme a los recientes episodios en Clacton donde, según tuve la alegría de enterarme hoy, la Justicia impuso severas multas a los partícipes de los hechos».[54]

Nada de lo que se dijo en esa sesión de dos horas (del cual cité fragmentos en el Capítulo 3) sugiere que los miembros del Parlamento fueran inmunes a las imágenes del inventario. No obstante, en el transcurso del largo debate, hubo apenas cinco menciones explícitas de los incidentes en la costa, mientras que la frase «Mods y Rockers» no se utilizó ni siquiera una vez. Al parecer, el tiempo transcurrido no había sido suficiente para que la simbolización hiciera efecto del todo. Dos meses después, durante el segundo debate por el proyecto de ley sobre daños intencionales, las imágenes ya se habían cristalizado; doce de los dieciséis parlamentarios que tomaron la palabra se refirieron a los incidentes en las ciudades costeras y siete hicieron mención específica de los «Mods y Rockers». Los demás símbolos aparecieron también con mayor claridad.

En épocas de pánico moral, los políticos en el poder, de quienes uno esperaría, en función de sus expresiones personales, una gran indignación moral, suelen buscar «que las cosas se calmen» y minimizar el problema. Es lo que sucedió con el Ministro del Interior, Henry Brooke, que fue el único participante en el primer debate que se mostró consciente de las exageraciones y distorsiones:

[54] H. Gurden, *Hansard*, 27 de abril de 1964, Cols. 1.249-1.252.

© gedisa
© gedisa

> Algunas de las crónicas de lo ocurrido en Clacton en Semana Santa contenían exageraciones evidentes... A Clacton llegaron más de mil jóvenes por distintos medios, al parecer con poco dinero encima, con la intención de dormir donde pudieran encontrar algún tipo de cobijo. Hubo mal tiempo ese fin de semana y no había mucho que hacer. Se aburrieron, los ánimos se caldearon y se produjo una cierta cantidad de peleas. No hubo nada que se pareciera a un disturbio o a una guerra entre bandas. Clacton no fue saqueada.[55]

A continuación señaló que los actos de asalto, robo o daño intencional fueron hechos aislados cometidos por un grupo de individuos minoritario. Tras los incidentes de Pentecostés, el ministro realizó una exposición formal en respuesta a nueve preguntas específicas que se le habían planteado. En ella insistió en que el número de involucrados no era importante, elogió la labor de la Policía, dio su apoyo al saludable efecto disuasorio de las condenas severas y, al tiempo que rechazaba sugerencias para conceder a los tribunales mayores poderes (como la confiscación de vehículos o el castigo físico), propuso revisar el tratamiento de los daños intencionales.[56]

La decisión de centrarse en los daños intencionales es interesante pues en el debate anterior, el Ministro del Interior había declarado de manera puntual que las penas previstas para el vandalismo eran perfectamente adecuadas y que no creía necesario modificar la legislación al respecto. Unas semanas después, bajo la influencia inmediata del inventario de Pentecostés, anunció que solicitaría al Parlamento que ampliara y reforzara los poderes de los tribunales. La ley sobre daños intencionales se sancionó poco después y entró en vigencia el 31 de julio.[57]

Era claro, a partir de la exposición original del ministro y el debate subsiguiente que, si bien la ley se aplicaría a cualquier acto de vandalismo, se trataba de una medida de urgencia pensada de manera específica para los Mods y los Rockers. En ese sentido, se la puede considerar una formalización normativa de la cultura del control. La justificación para la ley que adujeron los miembros del Parlamento y otros se basa, además, casi exclusivamente en el sistema de

[55] H. Brooke, *ibídem,* Cols. 89-90.

[56] H. Brooke, *Hansard,* 4 de junio de 1964, Cols. 1.249-1.252.

[57] Se buscaba que la Ley sobre daños intencionales de 1964 ampliara la jurisdicción de los tribunales de magistrados y aumentara la multa máxima de £20 a £100. También dejaba en claro que el poder de ordenar una indemnización no quedaba limitado a casos donde ya se había impuesto una multa.

creencias. Sería un fuerte elemento de disuasión contra la violencia y el vandalismo; serviría para «reestablecer y reforzar el principio de la responsabilidad personal»;[58] reconocía la situación económica favorable de los potenciales infractores: «No debemos olvidar que muchos de los jóvenes son hijos de personas de buen pasar. En esos casos lo único que hace falta es que los padres paguen las multas para que sus niños mimados queden libres. No hay sanción alguna para esos jóvenes».[59]

Las medidas fueron recibidas con exclusividad como una represalia directa contra los Mods y los Rockers: «Brooke golpea los bolsillos de los gamberros», «Brooke sacude a los Rockers», «Nueva movida para reprimir la violencia de los Mods», etc. La especificidad de la ley quedaba de manifiesto en la propia exposición de Brooke: «Espero que, con la ayuda de la Cámara, la ley entre en vigencia antes del fin de semana largo de agosto».[60]

La declaración anterior subraya el elemento ritualista de la Ley que, como no dudaban en reconocer ni sus defensores, proponía cambios bastantes modestos. En rigor, los cambios legislativos instituidos eran una respuesta directa a los reclamos al suprasistema de que «se hiciera algo, y pronto». Como señaló el Ministro del Interior:

> Deseo que la ley sirva también para tranquilizar a la sufrida ciudadanía. Sufrieron en estos lugares turísticos, pues para muchos de ellos su descanso o su actividad comercial durante el fin de semana de Pentecostés quedaron arruinados por estos jóvenes imbéciles. Deseo tranquilizarlos mostrándoles que el Gobierno se toma la cuestión en serio.

Estas expresiones de deseo de llevar tranquilidad a la población son una auténtica respuesta ritualista a la desviación en el sentido señalado por Cohen: «... afirmaciones y gestos de indignación por medio de los cuales uno se alinea simbólicamente con los ángeles, sin tener que romper lanzas contra el diablo».[61] Sea quien fuere el «diablo» en el caso de las ciudades costeras, no se trataba principalmente del vandalismo; los dos miembros del Parlamento que representaban a las ciudades en cuestión y expusieron durante el debate hicieron

[58] C. Curran, *Hansard,* 23 de junio de 1964, Col. 1.219.

[59] Sir W. Teeling, *ibídem,* Col. 261.

[60] H. Brooke, *ibídem,* Col. 242.

[61] A. K. Cohen, *op. cit.,* pág. 465.

© gedisa © gedisa

todo lo posible para informar a la Cámara que, en realidad, no se habían producido grandes daños: «por lo general, la ley se ocupa únicamente de los daños, y casi no se cometieron daños en Brighton».[62] «Sé que Brighton, que es una localidad mucho más grande, sufrió todos los daños y nosotros bastante pocos; se habló mucho pero fue poco lo que pasó.»[63]

La explicación de esta orientación del control normativo exclusivo hacia lo que en realidad era una desviación putativa radica en la naturaleza del vandalismo en cuanto manifestación más visible del fenómeno y una de las mejor calculadas para evocar la condena social.[64] Para alinearse simbólicamente con los ángeles, había que elegir un blanco fácil; el hecho de que ese blanco casi no existiera resultaba irrelevante: se lo podía definir, y ya se lo había hecho.

Para resumir este extenso apartado sobre la cultura del control: la reacción oficial a los Mods y los Rockers estuvo mediada por el sistema de creencias y, a su vez, generó un conjunto de creencias para racionalizar los métodos de control utilizados. Los métodos y creencias se complementaron con los intentos (no del todo exitosos) realizados por agentes no oficiales de crear una cultura del control exclusivo. Se crearon algunas normas, la mayoría de naturaleza ritualista y de escasa eficacia, que sobrevivieron al periodo de aplicación inicial. Más concretamente, la amalgama de la reacción social sobrevivió sus orígenes bajo la forma de una mitología y de estereotipos sobre los demonios populares que en parte había creado.

El siguiente capítulo estará dedicado principalmente a mostrar que la reacción no tuvo el efecto deseado o anticipado, sino que, en realidad, aumentó o amplificó la desviación. Pero antes, es necesario analizar un elemento adicional en la reacción a la desviación: la explotación.

[62] Sir W. Teeling, *Hansard,* 23 de junio de 1964, Cols. 259-260.
[63] W. Rees-Davies, *ibídem,* Col. 284.
[64] Para un desarrollo del tema del vandalismo, véase Stanley Cohen (1968), «Who are the vandals?», *New Society*, 12 de diciembre, págs. 872-878.

© gedisa

La cultura de la explotación

Sin definir con precisión a qué se refería, Lemert llamó la atención sobre el fenómeno de la *explotación de la desviación.*[65] Los ejemplos que da de la especial cultura de la explotación que rodea a los individuos desviados se limitan sobre todo a la explotación directa basada en la condición marginal del desviado o en sus aspiraciones a la normalidad. En este sentido, hay sujetos y organizaciones fraudulentos que se aprovechan de quienes tienen una deformidad física, los ancianos, los que han perdido a su cónyuge, los enfermos mentales, los miembros de minorías o los exconvictos, para ofrecerles especialidades medicinales, curas milagrosas, productos que rejuvenecen o que aclaran la piel y otros tratamientos o servicios. No todas las formas de explotación son tan burdas; hay también lo que Lemert denomina «la simbiosis socioeconómica entre los grupos delictivos y los no delictivos».[66] Se refiere al provecho directo o indirecto que obtienen mediante el delito personas tales como banqueros, abogados penales, policías corruptos, funcionarios judiciales y abogados que se ocupan de «arreglar» asuntos.

Categorizaré como *explotación comercial* a este tipo de explotación (al que Lemert y Goffman tienden a limitar sus comentarios). Hay, sin embargo, otro patrón de explotación en el uso del individuo desviado en la comunicación, sobre todo la de carácter público, para defender o anunciar una ideología, por ejemplo, de índole religiosa o política. Este último queda ilustrado en el estudio que hace Erikson de las reacciones de los primeros puritanos ante las diversas formas de desviación religiosa.[67] Se trata de un patrón de explotación en la medida en que se utiliza al desviado con fines definidos socialmente, sin consideración alguna por las consecuencias que ello pueda tener en el propio individuo desviado. Me referiré a este tipo de explotación como *explotación ideológica.* Otro tipo, que puede encerrar elementos ideológicos y comerciales, es la explotación del desviado

[65] Lemert, *Social Pathology*, págs. 65-68. Véanse también la discusión de Goffman sobre la vulnerabilidad de la persona estigmatizada en relación con lo que denomina «victimización» y Ervin Goffman (1963) *Stigma: Notes on the Management of a Spoiled Identity*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, pág. 9.
[66] Lemert, *ibídem*, pág. 310.
[67] Erikson, *op.cit.*

© gedisa

como objeto de diversión o de burlas. El caso histórico de los jorobados que se empleaban en las cortes como bufones tiene sus variantes contemporáneas en la práctica de exhibir a personas con las más extrañas deformidades en circos y parques de diversión.

La explotación comercial de demonios populares como los Mods y los Rockers está claramente ligada al mercado general de bienes de consumo adolescente. Si bien el estereotipo de los millonarios intrigantes que «explotan» a adolescentes inocentes convenciéndolos de que compren ropa y discos contra su voluntad es una grosera simplificación de la realidad, es indudable que el mercado están siempre atento a la aparición de «ganchos» que les permitan exhibir sus productos. (Un conocido vendedor que no se dedica al comercio, Billy Graham, prometió antes de su visita a Londres en 1966 que predicaría sobre el tema de los «Mods y Rockers para Cristo».)

La división entre Mods y Rockers brindaba una ocasión perfecta para este tipo de explotación, y los intereses comerciales lograron profundizar la división exagerando las diferencias de estilo de consumo entre los dos grupos. Se abrieron tiendas de ropa, salones de baile y discotecas especiales para Mods, se publicó un libro llamado *Dances for Mods and Rockers* y, por lo menos, en un gran salón de baile en el sur de Londres, se pintó una línea divisoria en el piso para separar a los Mods de los Rockers. Las imágenes de los grupos eran utilizadas para publicitar bienes de consumo; algunas de las mismas tiendas de Brighton que habían protestado por las pérdidas que habían sufrido en los desórdenes vendían «Las últimas gafas de sol Mod». Las discotecas y cafés de las ciudades costeras se presentaban como «El lugar Mod más exclusivo del sur» o «La discoteca de los Mods».

Este tipo de relación simbiótica entre los que condenan y los condenados, los «normales» y los «desviados», tuvo su manifestación más clara en el tratamiento que se dio en los medios a las diferencias entre Mods y Rockers. El test «¿Qué eres, Mod o Rocker?», publicado en el *Daily Mail* inmediatamente después de los episodios de Clacton, no fue más que el ejemplo más famoso. La totalidad de la fase del inventario puede verse como una explotación o manipulación de los símbolos por parte de los medios de comunicación; hasta los símbolos deben considerarse a veces como indicadores de un hecho, una persona o una idea real, y si esas realidades no se manifestaban, entonces había que fabricarlas.

Las ciudades costeras siempre estaban repletas de periodistas y fotógrafos a la espera de que ocurriera algo, y se trataba de conseguir historias, poses o entrevistas que los protagonistas ofrecían con mucho gusto. Un periodista recuerda que, a instancias de un cable de una revista estadounidense, lo enviaron a fotografiar Mods en Piccadilly a las cinco de la madrugada de un domingo; allí se encontró que ya había un equipo de *Paris Match* y una unidad de filmación completa. «La caza de Mods», señala, «era en ese entonces una subprofesión respetable y muy frecuentada del periodismo.»[68] El hecho de que las presas estuvieran tan dispuestas a serlo no quita que se tratara de una práctica de explotación; es de suponer que los jorobados a veces desempeñaban de buen grado su papel de bufón. Un joven al que un fotógrafo convence de posar pateando una cabina telefónica está siendo usado en un modo muy real. Es evidente que aquellos que denuncian la desviación tienen un gran interés en que la desviación se prolongue, al menos en forma temporaria, hasta que el fenómeno pierda su «valor de venta».[69]

La explotación ideológica implica una ambivalencia análoga en la medida en que el explotador «gana» con su denuncia de desviación y «perdería» si la desviación resultara ser menos real y menos problemática que lo que es funcional para su ideología. Este tipo de explotación se produce como parte del proceso de sensibilización, ya que implica el empleo de símbolos de los Mods y los Rockers en contextos que hasta el momento eran neutros. En las reuniones

[68] Peter Laurie (1965). *The Teenage Revolution*, Londres, Anthony Blond Ltd., pág. 57.

[69] Está claro que los cientistas sociales no son inmunes a este tipo de vínculo con su tema de estudio. El investigador que, mal que le pese, tiene la esperanza de que el fenómeno adopte una forma determinada a fin de probar sus hipótesis o de obtener algún otro tipo de satisfacción ideológica es sólo el ejemplo más obvio y no puedo afirmar que yo mismo quede exento en mi estudio de los Mods y los Rockers. Cuando el objeto de estudio es la desviación, se corre el riesgo de establecer otros tipos de vínculos. Como señala un investigador: «Muchos criminólogos tienen un profundo interés personal, tal vez indirecto, en las proezas delictivas de sus sujetos. Muchos son voyeristas intrigados por el mundo del delito». Lewis Yablonsky (1965), «Experience with the criminal community», en A. W. Gouldner y S. M. Miller (comps.), *Applied Sociology*, Nueva York, Free Press, pág. 71. Para una noción algo distinta del papel del voyerista, véase el significativo capítulo de Laud Humphrey (1979) «Methods: The sociologist as voyeur», en *Tearoom Trade: Impersonal Sex in Public Places*, Londres, Duckworth.

© gedisa © gedisa

anuales de las cámaras de comercio, las ceremonias de los boy scouts o de los Air Training Corps, las entregas de premios en escuelas, las inauguraciones de obras municipales y en otros muchos contextos públicos se recurría a los símbolos de los Mods y los Rockers para presentar un argumento ideológico. Se le decía al público qué debía hacer para evitar convertirse, o que otros se convirtieran, en Mods o Rockers, o se los felicitaba por no serlo. Los incidentes y sus connotaciones simbólicas servían para justificar posiciones anteriores o para respaldar nuevas:

> Los hombres de la BBC que cada noche llenan los hogares de violencia, lujuria, sinsentido y cinismo deben asumir de lleno de su responsabilidad.
>
> Una de las principales razones de lo sucedido es la actual actitud del Gobierno en relación con los adolescentes de clase trabajadora, que son presa fácil de una flagrante explotación por parte de intereses comerciales.
>
> ... fíjense en el efecto de la violencia en televisión en relación con los hechos de Brighton y Margate, y utilicen ese gran poder que tienen para ayudar a encontrar una respuesta.
>
> Los verdaderos delincuentes son quienes administran mal este país, un sistema educativo inadecuado, la falta de vivienda digna y de los servicios mínimos que necesita un ciudadano.[70]

Muchas veces la explotación tenía fines más precisos: el presidente de la National Association of Chief Educational Welfare Officers [Asociación nacional de funcionarios de bienestar estudiantil] solicitó que se reclutaran más funcionarios: «La cuestión reviste de urgencia si queremos evitar que situaciones como las de Clacton y Brighton se extiendan a otras partes del país». Otro caso es el de un Marriage Guidance Council que convocó voluntarios para coordinar discusiones grupales de jóvenes. Numerosos clubes juveniles solicitaron fondos adicionales para construir predios destinados a prevenir la propagación de la «enfermedad» de los Mods y los Rockers. Todas estas iniciativas que, desde luego, profundizaron la polarización

[70] Las citas provienen, respectivamente, de: moción aceptada en la Moral Rearmament Easter Conference, 30 de marzo de 1964; discurso de F. Willey, vocero laborista en materia de educación, en una reunión del la National Association of Youth Service Officers, 3 de abril de 1964; telegrama enviado por la Women of Britain Clean Up TV Campaign al director general de la BBC, junio de 1964; carta al *Tribune*, 10 de abril de 1964.

negativa de los Mods y los Rockers, adoptaban la perspectiva de los grupos de interés (lo cual fue de particular utilidad para los partidos políticos, puesto que 1964 fue un año de elecciones). El hecho de que se reaccionara a la desviación en términos de tales perspectivas, y de que los Mods y los Rockers pudieran convertirse en lo que a cada uno se les antojaba que fueran, se ponía de manifiesto en aquellas ocasiones en que, por razones ideológicas, los Mods y los Rockers eran festejados en vez de denunciados. Un ejemplo fue la forma en que los «provos» (miembros del IRA) y los integrantes del movimiento de destrucción en el arte aclamaron a Mods y Rockers como la vanguardia de la revolución anarquista. A su llegada a Londres, el líder «provo» Bernard de Vries se mostró optimista sobre la expansión del movimiento en Gran Bretaña y declaró estar seguro de que si se les daba la oportunidad de participar en manifestaciones y *happenings*, los Mods y los Rockers se convertirían en pacifistas.[71]

Como sucede con otros aspectos de la reacción de la sociedad, la cultura de la explotación refleja y al mismo tiempo crea (como se analizará en el siguiente capítulo) la amplificación de la desviación. Lo que he planteado en este capítulo es que, además de la secuencia habitual de la amplificación de la desviación (desviación inicial, reacción de la sociedad, aumento de la desviación, aumento de la reacción, etc.), se produce un proceso análogo interno a la propia reacción. Esto se pone en evidencia, durante el pánico moral, por la presencia en la cultura del control de fenómenos tales como la sensibilización, la escalada, la dramatización y la explotación. La relación entre estos fenómenos era parasitaria, como lo era entre los distintos grupos de reactores: por ejemplo, los medios que reaccionaban no tanto a la desviación, sino a lo que los magistrados decían que eran la desviación. De este modo, en forma casi independiente de la desviación, los reactores amplificaban la situación. Una de las secuencias que puede observarse funciona, a grandes rasgos, de la siguiente manera:

[71] *The Times*, 23 de junio de 1966. Véase también M. Wardron (1966), «Class, anarchism and the capitalist mentality», *Anarchy, 78*, octubre, págs. 301-304, que incluye a los Mods y a los Rockers en una lista de luchadores contra la autoridad, tales como el movimiento pacifista, Oxfam, la campaña contra la destrucción de la vida silvestre, los nacionalistas galeses y la IRA.

© gedisa
© gedisa

(a) *desviación inicial* que lleva a:
(b) *el inventario,* y
(c) *la sensibilización* que se retroalimentan para producir:
(d) una *valoración desproporcionada* de la desviación, lo que conduce a:
(e) una *escalada* en la cultura del control.

Además de retroalimentarse en las otras etapas de la reacción, por ejemplo, demostrando que la desviación es una amenaza tal que requiere de todo el esfuerzo posible, la escalada afecta el modo en que la propia desviación se desarrolla, lo cual constituye el tema del próximo capítulo.

5

EN LAS PLAYAS: EL ALERTA Y EL IMPACTO

Este es el punto en el que tenemos que volver a la «fase del impacto», el escenario original de cada uno de los hechos, y observar la interacción entre los distintos públicos y actores que participaron en ellos. ¿Cómo estaba armado el escenario? ¿Cómo se interpretaron las escenas de multitudes (los papeles protagónicos eran escasos)? ¿Cómo influyeron los distintos elementos que conformaban la reacción de la sociedad (los medios, los agentes de control) en el desarrollo de los acontecimientos?

Después de este capítulo, tendremos que abandonar el paralelismo con la secuencia de los desastres, y la utilidad de la analogía dramatúrgica también habrá quedado prácticamente agotada. Los que se figuraron como públicos y actores deberán ser analizados como ocupantes de posiciones particulares (jóvenes, viejos, de clase media, de clase trabajadora), en una sociedad particular (Inglaterra), en un momento particular (la década de 1960). Pero por el momento, la analogía dramatúrgica tiene mucho que ofrecer; es más, no hubo ningún otro punto del relato en el que estuviera más justificado el uso del lenguaje del teatro para describir lo que estaba ocurriendo. En un sentido real, estar en las playas era estar en un escenario.

El armado del escenario: la fase de alerta

Por motivos más que obvios, los investigadores del campo de los desastres dedican considerable atención al estudio de la fase de alerta: cómo se reacciona ante una alerta es un factor determinante en relación con los efectos del desastre. Las investigaciones se han concentrado en las etapas de la reacción psicológica ante la amenaza, prestando particular atención a los mecanismos de defensa y enfrentamiento que impiden evaluar de manera realista el desastre

© gedisa
© gedisa

en ciernes.[1] La culminación de una secuencia donde se produce el reconocimiento y la validación de las señales de alarma pertinentes, la expresión de respuestas emocionales tales como el miedo y la ansiedad, y la definición de las acciones alternativas disponibles en esa situación, pueden ser la incredulidad o la distorsión (la catástrofe va a ocurrir después de lo esperado, va a ser peor en otras partes). El resultado final dependerá de factores tales como el nivel de preparación o de ansiedad («si la persona esta "preparada" para esperar un desastre, cualquier indicio, por pequeño que sea, hará que crea que las probabilidades de que ocurra son mayores, por lo que sea o no inminente, la reacción al desastre se precipita»)[2] o el grado de familiaridad con situaciones semejantes.

Si bien se produjeron procesos paralelos en la alerta previa a cada incidente vinculado con Mods y Rockers, una diferencia clave fue que la escasez de factores que generaran negación, incredulidad, defensa o cualquiera de las otras reacciones que consignan los estudios sobre desastres. Antes de los acontecimientos iniciales de Clacton, no hubo muchas señales de alarma, pero el inventario que se creó a continuación y la reacción que provocó, así como los hechos subsiguientes, alcanzaron una dimensión tal que cualquier alerta o amenaza que se pusiera en circulación, por lo general, era creída. Fueron pocas las personas predispuestas a montar los elaborados mecanismos de defensa que se emplean, por ejemplo, para desestimar la posibilidad de una guerra nuclear. El inventario, en particular el factor de predicción, tuvo una función fundamental a la hora de generar una reacción a la desviación idéntica a la sensibilización que se produce cuando la alerta de una catástrofe es «efectiva»:

> Si no se puede negar una amenaza, es probable que haya una mayor sensibilización al peligro, de modo tal que las señales de cercanía del peligro producen una reacción exagerada y un comportamiento emocional y, a veces, precipitado. Cuando no se puede descartar la amenaza, se empiezan a desarrollar conductas de agresión y proyección y se generan situaciones de polarización y conversión en chivos expiatorios de los rivales, así como otras situaciones de odio y temor.[3]

[1] Véanse, por ejemplo, I. L. Janis (1962), «Psychological effects on warning», en G.W. Baker y D. W.Chapman (comps.), *Man and Society in Disaster*, Nueva York, Basic Books; S. B. Withey, «Reactions to uncertain threat, *ibídem,* págs. 93-102 y «Sequential accommodations to threat»(1964) en G. H. Grosser y otros (comps.), *The Threat of Impending Disaster. Contribution to the Psychology of Stress*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.

[2] Withey, en Baker y Chapman, *op. cit.,* pág 114.

La analogía entre la fase de alerta de un desastre natural y una situación cercana a los desórdenes vinculados con los Mods y los Rockers también es empleada por Thompson en su descripción de la tensión que se produce en una ciudad costera a la espera de una invasión de Hells Angels: «Al comienzo del fin de semana, el clima que reinaba en Bass Lake recordaba al de un poblado de Kansas que se prepara para un tornado».[4]

Se pudo observar la presencia de dichos elementos a lo largo de toda la secuencia de reacción ante los Mods y los Rockers, y antes de cada hecho puntual, se condensaban y sucedían precipitadamente. En ese sentido, formaban parte del proceso general de sensibilización ya descrito, pero es necesario señalar otras dos características que se desplegaron en la fase de alerta. La primera es una tendencia a que el sistema de alerta se volviera más complicado y formalizado, y que se disparara antes; la segunda es la naturaleza cada vez más irreal y ritualista del sistema, como lo revela la cantidad de falsas alarmas y las advertencias fuera de proporción de una amenaza inminente.

En un principio, el sistema de alerta operaba sólo en el ámbito local y estaba limitado a ciertas ciudades costeras de la costa del sur. Aunque en los hechos de Clacton no hubo ningún elemento que indicara que los desórdenes podían repetirse, el modo en que se reaccionó ante ellos hizo que en otras localidades se sintiera como real la amenaza de que volvieran a suceder. Bastó una única entrevista a un Rocker que dijo (o del que se dijo que dijo) «la próxima es en Brighton» para que creciera la sensación de amenaza. El clima de expectativa y aprensión antes del fin de semana largo posterior a los episodios de Clacton puede relevarse en las crónicas de los periódicos locales de la época.

Unos días antes de Pentecostés, un periódico de Brighton publicó una nota titulada «Rockers alborotadores planean asalto a Brighton» (*Evening Argus*, 13 de mayo de 1964). Se afirmaba que varias

[3] Withey, en Grosser y otros, *op. cit.*, pág. 112.

[4] Hunter S. Thompson (1966), *Hells Angels: A Strange and Terrible Saga,* Nueva York, Random House, pág. 122.

© gedisa
© gedisa

ciudades costeras habían sido advertidas por carta y mediante llamados telefónicos anónimos que serían los blancos de la próxima «invasión» Mod y Rocker. Ya el 3 de abril, un editorial advertía que el vandalismo de Semana Santa «...puede interpretarse como un anticipo del tipo de conductas que abundará en nuestras playas durante la próxima temporada turística, a menos que se tomen de inmediato medidas rápidas y eficaces...».

Después de que la segunda ola de incidentes confirmó las expectativas, las advertencias se articularon en un nivel mucho más amplio. La prensa nacional y otras fuentes de opinión pública dejaron en claro que los Mods y los Rockers se habían convertido en una amenaza institucionalizada para las localidades costeras. La simbolización hizo que resultara mucho más fácil identificar las señales de alarma para reconocer una desviación incipiente («pequeños Clactons»). Las alarmas sonaron mucho antes y la amenaza se expresó ya no como una probabilidad, sino como una certeza. Es así que para agosto de 1965, el *Evening Standard* (27 de agosto de 1965) publicaba una crónica destacada en la que se describían las preparaciones de la Policía y se citaba a un vocero policial a propósito de la suspensión de los días francos «... como precaución ante los *habituales* disturbios entre bandas adolescentes rivales» (énfasis agregado).

Así como la cultura del control social se desplazaba hacia la difusión, escalada e innovación, el sistema de alarma se fue formalizando y burocratizando. Poco antes del fin de semana largo de agosto de 1964, se dio a conocer el Programa de transporte aéreo del Ministerio del Interior destinado a trasladar refuerzos policiales empleando el comando de transporte de la RAF. Un periódico local, en una nota titulada «La ciudad está preparada para recibir a todos los visitantes», anunciaba que además de los complejos preparativos policiales, se había dispuesto la apertura durante el fin de semana de la sala de tribunales del Ayuntamiento (*Hastings and St Leonards Observer*, 1° de abril de 1965). No se trataba sólo de advertencias, sino de ceremonias de puesta en escena: no había dudas de que el espectáculo se llevaría a cabo; lo único que había que garantizar era que los demonios populares y sus denunciantes contaran con escenarios apropiados para su actuación.

Algunos jefes de Policía institucionalizaron la práctica de las conferencias de prensa formales donde se explicaban los preparativos. Se elaboraban planes detallados con mucha anticipación, e instituciones

nacionales como el Ministerio del Interior asumieron gradualmente funciones de coordinación. Estos planes «secretos» comenzaron a filtrarse diplomáticamente mucho antes del evento esperado con el propósito ostensible de advertir a los Mods y los Rockers sobre lo que les esperaba, pero también para tranquilizar a la ciudadanía mostrando que se estaba haciendo algo al respecto. Una semana antes de Semana Santa de 1965, el *Sunday Telegraph* (11 de abril de 1965) publicó un informe detallado de una conferencia del Ministerio del interior a la que habían asistido el comisario general y los jefes de policía de todas las fuerzas del sur de Inglaterra que podrían verse afectadas. Al mismo tiempo, en Clacton se efectuaban preparativos para emplazar una patrulla en la principal intersección de carreteras a las afueras de la ciudad, desde donde se podía alertar a otra patrulla apostada en la costa con equipos de *walkie-talkies*. En 1966, se implementó un sistema de alarma más sofisticado aún. El jefe de Policía de Hastings reveló en una conferencia de oficiales de Policía que se llevó a cabo en la Universidad de Leicester que una red secreta de policías de civil e informantes estaba operando en discotecas y cafés.[5] Un grupo de agentes había infiltrado las filas de los Mods y estaban pasando información directa a Scotland Yard; al parecer, habían advertido un hecho siniestro: el surgimiento de líderes autoconvocados. Según el jefe de Policía, las señales de peligro de esta planificación anticipada se podrían haber advertido con mucha antelación en los disturbios en partidos de fútbol y en las interrupciones organizadas de los mítines políticos durante las elecciones generales. Ahora la Policía contaba con su propio sistema de alarma temprana para detectar tales señales: «Estas personas ya no se van a poder reunir sin que nosotros tengamos algún conocimiento antes de que ocurra».[6]

Como en los casos de engaños de masas descritos anteriormente, la situación era lo bastante ambigua como para permitir que se produjeran numerosas falsas alarmas. Las expectativas frustradas, sin embargo, no produjeron una crisis en el sistema de alarma ni en la

[5] Véase la nota en el *Daily Mirror* (31 de marzo de 1966): «Espías alertan sobre numerosos Mods en pie de guerra».

[6] Véanse al respecto los comentarios de Whitney sobre la «reacción exagerada» y las conductas emocionales. Se podría especular que las fantasías de la planificación (conspiracionismo) y de los espías que infiltraban cafés les brindaban a los agentes de control una satisfacción análoga a las fantasías de los cabecillas respecto de la vida en las bandas.

© gedisa © gedisa

erección de defensas psicológicas contra las amenazas; si las cosas no ocurrían, se lo podía explicar como una muestra de la efectividad del elemento disuasorio («saben que no los vamos a tolerar en *X*») o a un cambio en el plan de invasión. Cuando el interés de la población por los Mods y los Rockers fue desapareciendo, y en consecuencia, ya no era necesario recurrir a tales racionalizaciones, se empezó a dar menos difusión a las advertencias, a pesar de que el patrón de conductas no había cambiado mucho. La desviación ya era un fenómeno habitual, por lo que no hacía falta emitir alarmas formales. Con consultar en el calendario cuándo caía el siguiente fin de semana largo alcanzaba para saber la fecha del próximo espectáculo.

Las escenas de multitudes

¿Qué sucedía y cómo era la atmósfera que reinaba durante la fase de impacto de un incidente típico? Lo primero que hay que señalar es que en todos los casos, los jóvenes presentes formaban parte de una multitud o de una serie de multitudes que se iban encontrando, y no un grupo (o banda) y menos aún, dos grupos (o bandas) rivales con un alto nivel de organización. En términos de los criterios organizativos que los sociólogos emplean para definir tales fenómenos,[7] las colectividades se situaban en los extremos menos definidos de los continuos, y tenían muy poco que ver con la imagen de bandas unidas que se había presentado en el inventario. El liderazgo era más espontáneo, las acciones más momentáneas y menos premeditadas, las emociones más transitorias, la organización más débil y los objetivos menos definidos que lo que se podía llegar a creer a partir de la mayoría de las descripciones de los incidentes que empleaban la imagen de las «bandas en guerra».

Tampoco se podía caracterizar a las multitudes en términos de los estereotipos clásicos de la mentalidad de masas o de bandas. Apenas se advertía la homogeneidad psicológica inicial por la que se caracterizarían estos grupos, y los jóvenes tenían orígenes y motivaciones variadas. La homogeneidad fue surgiendo como consecuencia de la interacción reiterada, e incluso en los momentos más álgidos de actividad colectiva los patrones de participación eran muy diversos. No se trataba de masas revolucionarias ni de hordas de linchamiento, sino, en rasgos generales, de una serie de grupos pasivos e inciertos a la espera de ser entretenidos.

[7] Por ejemplo, L. Yablonsky (1959), «The delinquent gang as a near-group», *Social Problems*, 7 (otoño), págs. 108-117.

© gedisa

La pasividad y la expectativa eran los estados de ánimo dominantes, y el contexto (el ritual del fin de semana largo en la costa) era de diversión y esparcimiento. Brighton, Clacton, Margate, Southend, pese a sus diferencias, tienen características comunes: un cierto aire de ciudad venida a menos, locales comerciales sobrecargados de trabajo y con precios elevados, la sensación extraña que provocan las multitudes que deambulan sin rumbo fijo, un olor persistente a cebollas, perros calientes, pescado y papas fritas por todos lados, la sensación de vulgaridad y de que, de alguna manera, uno fue estafado.[8]

Pero aunque Graham Greene tenía razón cuando detectaba una cierta de desesperación en la búsqueda de placer característica de esos momentos, la contrapartida de esos estados de ánimo se encuentra en la exaltación que produce estar lejos de casa, de las responsabilidades, de la rutina.[9] Para los chicos que acudían a las ciudades costeras durante esos vertiginosos años de mediados de la década de 1960, el fin de semana era un acontecimiento, un evento, una ceremonia que, en ciertos sentidos, era afirmativa. Allí estaba la acción. Es el acto de consumir al que se refiere Goffman cuando describe el proceso de *fancy milling [deambular sofisticado]* en las situaciones de multitudes:

> ... la mera presencia en una reunión importante, algo abarrotada, de personas que se están divirtiendo puede producir no sólo la excitación que generan las multitudes, sino también la incertidumbre de no saber bien qué puede llegar a pasar, la posibilidad de flirtear, que a su vez puede llevar a nuevas relaciones, y la experiencia vibrante de estar a un codo de distancia de personas que encuentran acción en la multitud.[10]

[8] Los informes del *Brighton Archways Ventures*, sobre todo los del volumen 3, contienen una gran cantidad de material incidental donde se describe este ambiente.

[9] Se puede encontrar una descripción de gran significación de Brighton unos veinte años después de *Brighton Rock* (descripción que transmite la tensión la desesperación y el alivio) en los dos primeros volúmenes de *Generation*, el proyectado cuarteto de Colin Spencer: *Anarchists in Love*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1963 y *The Tyranny of Love*, Londres, Anthony Blonde Ltd., 1967.

[10] Ervin Goffman (1969), *Where the Action Is*, Londres, Allen Lane The Penguin Press, pág. 147.

Es necesario situar esos procesos generalizados en el contexto cultural específico en que se producían y analizarlos en la época histórica en que ocurrían: el momento en que toda una nueva generación empezaba a definir como acontecimiento el mero *estar presente en una multitud*. Eventos como los recitales de música pop, los *love-ins*, los *happenings* y los *be-ins* (cuyo nombre resulta curiosamente apropiado) eran acontecimientos aun si (y tal vez, en especial si) no pasaba absolutamente nada. En ellos simplemente se estaba con otros. La única estructura era la que traían al evento los participantes.

Ahora bien, aunque las escenas de los Mods y los Rockers respondían en todo sentido a la misma falta de estructuración, la mayoría de los que formaban parte de la multitud (con excepción del elenco estable de Beatniks, o los Hippies y similares de años posteriores) no habían alcanzado el nivel de sofisticación cultural que requiere definir a la no-acción como acción. Su objetivo era la diversión, pero la mayoría del tiempo no pasaba nada y por ello las sensaciones dominantes eran el aburrimiento, el desgano, el hastío, la falta de rumbo y de planes específicos. En este sentido, desde luego, lo que les pasaba a los jóvenes no era muy distinto de lo que le pasa a la mayoría de los adultos cuando están de vacaciones. Pero este estado de ánimo no era percibido por los extraños porque era claramente incongruente con la imagen del demonio popular.

En la siguiente conversación entre dos muchachas de 15 años de edad, oída en una playa de Brighton donde estaban sentadas muy juntas para protegerse del viento, se deja traslucir algo de estas sensaciones:

> *Primera joven*: ¿Qué hora es?
> *Segunda joven*: Las tres.
> *Primera*: Maldita sea, no nos vamos a quedar sentadas aquí tres horas más, ¿no?
> *Segunda*: Si quisiéramos, podríamos tomar un tren antes.
> *Primera*: Bueno, pero nunca se sabe.
> (*Apuntes*, domingo de Pascua, 1966)

Los siguientes ejemplos son, respectivamente, una cita de los apuntes tomados por un joven que trabajaba en el proyecto Archways, y otra de un periodista:

> Les pregunté por qué habían venido. Muchos no sabían, pero por conversaciones posteriores deduje que querían conseguir chicas. Algunos vinieron porque habían estado en Clacton el año pasado y en Margate el anterior; otros vinieron porque todo el mundo estaba viniendo. Les pregunté dónde pensaban dormir. La mayoría no había pensado nada; esperaban encontrar algún lugar en la playa. La mayoría no había tenido en cuenta el mal tiempo. Algunos ni siquiera se habían traído una manta... Mi impresión general era que no les quedaba muy claro qué habían hecho concretamente en Brighton. La respuesta más común fue «Nada». Parecía que daban vueltas sin ningún rumbo, estaban aburridos y con frío...[11]
>
> Le pregunté a un chico de Elthan si se estaba divirtiendo. «No mucho.» ¿Para qué había ido, entonces, si sabía que no podía pasar nada? «En Londres no hay nada que hacer.» ¿Pero qué es lo que hay para hacer en otros lugares que te gustaría estar haciendo? «Bueno, dicho así, nada.»[12]

Hay dos aspectos dignos de destacar en estas dos citas. El primero es la conciencia absoluta y casi cínica que los jóvenes tenían de la situación: el muchacho que me dijo: «Bueno, en casa nos aburrimos así que venir a aburrirnos a Brighton ya es un cambio», estaba hablando bastante en serio. Además, era evidente la incapacidad de entender por qué los jóvenes se sentían así entre las personas ajenas a la situación. Tales sentimientos pueden comprenderse, como plantearé en el próximo capítulo, en términos de las discontinuidades en los valores del ocio que se destacan en la teoría de la delincuencia marginal entre jóvenes de clases trabajadoras, de Downes.

Sin embargo, el aburrimiento iba acompañado de la perpetua esperanza (que, bajo el impacto del inventario y de la consiguiente reacción social, se transformó en una expectativa más consciente) de que podía pasar algo; después de todo, «nunca se sabe». Una conversación con un voluntario de la organización Archways (quien había hecho una interpretación errónea de la situación desde su propia perspectiva de clase media) expresa esta expectativa:

> *Voluntario*: ¿Lo que pasó en Brighton fue lo que te esperabas?
> *Mod de 15 años*: Bueno, no esperaba nada, creo.
> *Voluntario*: ¿No?
> *Mod*: Bueno, vine para ver qué pasaba nomás, y si las cosas salían bien, nos hubiéramos podido divertir a lo grande, ¿no?

[11] Citado en *Brighton Archways Ventures Report*, vol. III, pág. 64.
[12] Paul Barker (1964). «Brighton battleground», *New Society*, 21 de mayo, pág. 10.

© gedisa
© gedisa

En el contexto, queda claro que para que «las cosas salieran bien» tenía que haber desórdenes o excitación: peleas entre Mods y Rockers, represión de la policía, muchachas arrojadas al mar, «píldoras para comprar» o «chicas disponibles». Si esto ocurría, uno se podía «divertir a lo grande»; no había un plan concreto al llegar a la playa, más que participar en cualquier situación entretenida o (más probable) ver lo que estaba pasando.

Los desórdenes, la excitación, la acción (o, como luego dirían los *Skinheads*, la «bronca») eran componentes integrales de las escenas de multitud. No se trataba sólo de los elementos comunes descritos en los análisis de disturbios en eventos deportivos recreativos[13] (la llegada de visitantes a una ciudad pequeña o a un centro de diversión, su alta visibilidad en términos de intereses, grupo etario y símbolos ostensibles como la vestimenta); había una secuencia particular de reacciones de la sociedad que creaban nuevos escenarios donde actuar. Las acciones se volvieron cada vez más rituales y predecibles. Mientras que apenas un cuarto de los encuestados en la muestra de Barker-Little a comienzos de 1964 reconocieron que habían ido a Margate con la expectativa de que hubiera desórdenes, todos ellos pensaban que habría problemas el fin de semana siguiente. Conforme se fueron institucionalizando los acontecimientos, la esperanza de que pasara algo se convirtió en expectativa concreta.

Las crónicas del inventario tuvieron un efecto de refuerzo sobre las tendencias existentes a esperar y anticipar los problemas. La reiteración constante de imágenes de violencia y vandalismo, así como las notas sobre los preparativos para la siguiente «invasión», generaban un clima en el que algo *tenía* que pasar. A excepción de los «alborotadores» que, como los delincuentes juveniles positivistas de Matza, coincidían casi por completo con el estereotipo, los jóvenes que se dirigían a la costa constituían un público masivo. Por lo general, era un público que asistía a un evento inexistente, pero ese evento inexistente tenía que convertirse en evento para justificar el viaje y las predefiniciones de cómo sería la situación. Si había algún grado de homogeneidad entre los integrantes de la multitud se debía al factor expectativa, reforzado por la reacción de la sociedad. Un grupo de muchachos que caminaba por la playa podía quedar atrapado en una

[13] Robert Shellow y Derk V. Roemer (1966), «The riot that didn't happen», *Social Problems, 14* (otoño), págs. 221-233.

© gedisa

red de malentendidos recíprocos: *ego* piensa que *alter* cumplirá un papel determinado y espera que lo haga, al tiempo que *alter* percibe a *ego* en los mismos términos, y ambos perciben que la situación definida públicamente les impone ciertas exigencias.[14]

Cuando una percepción se impone, se tiende a asimilar en ella todos los hechos subsiguientes. Es en este contexto que hay que estudiar los incidentes relativamente triviales que atraían la atención de la gente y, a veces, desencadenaban los conflictos. En el transcurso del proceso de sensibilización, incidentes que en un fin de semana largo normal no se habrían definido como inusuales o dignos de atención, adquirieron un nuevo significado:

> Dos muchachos se pararon a mirar a un viejo vagabundo muy borracho que bailaba por a playa. Empezaron a arrojar peniques a sus pies. En el término de 45 segundos se habían reunido por lo menos 100 personas a su alrededor y en 60 segundos la policía ya estaba ahí. Me di vuelta para observar cómo se acercaba a mirar la gente en el paseo marítimo y volví a darme vuelta, vi que dos agentes de policía se estaban llevando a uno de los jóvenes (*Apuntes*, Brighton, Semana Santa de 1965).

Otros incidentes precipitantes (o potencialmente precipitantes) eran los accidentes viales, un Rocker que pasaba junto a un grupo de Mods, un grupo de jóvenes a los que se negaban a servir en un café o en un bar, o el registro de motociclistas a los que se les pedía la licencia de conducir en la carretera. El siguiente es un ejemplo de lo que considero un tipo de incidente más natural, en el sentido de que presenta un factor precipitante y una secuencia que se entienden culturalmente:

> ...Los muchachos (la mayoría de Ealing) estaban en el salón de baile en un grupo de unas 35 personas. Era obvio que estaban causando un tumulto porque una de las personas de seguridad le había dicho a uno

[14] Este tipo de formulación le debe mucho a los escritos de R. D. Laing. Véase, en especial, R.D. Laing y otros (1966), *Interpersonal Perception*, Londres, Tavistock, cap. 3. La posibilidad de que se produzcan interpretaciones erróneas en relación con las bandas de delincuentes también la plantea Matza. La idea de la entrega a la delincuencia juvenil, observa, es una confusión tanto de los delincuentes como de los sociólogos que los estudian. «Hay, en realidad, un sistema de malentendidos, basado en errores de lectura, que lleva a los delincuentes a creer que todos los que se encuentran en su compañía están entregados a sus fechorías.» David Matza (1964), *Delinquency and Drift*, Nueva York, John Wiley, 1964, pág. 59.

© gedisa

que se fuera. El joven, naturalmente, se ofendió por ser el único al que se lo pidieron, sacó un arma de la chaqueta y amenazó con ella al guardia. Al parecer el guardia le dijo: «A ver, veamos cómo disparas», a lo que el muchacho respondió: «No tengo ni una puta bala». El arma era de juguete. El joven quedó en evidencia y sin defensa. Y además, había quedado mal ante el resto. Sus amigos se dieron cuenta y crearon un alboroto tremendo en el salón para asegurarse de mantener el dominio de la situación. Hubo una pelea sangrienta y se llamó a la Policía y a la ambulancia.[15]

No obstante, en muchos casos la secuencia era más artificiosa, y si bien el resultado podía ser la comisión de daños intencionales, no era tan probable que esa fuese la intención inicial, como se plantea en el concepto de «entusiasmo manufacturado», de Matza y Sykes. Se podía ver a algunos miembros de la multitud, sobre todo los más jóvenes, que buscaban llamar la atención de manera consciente y deliberada con ardides tales como arrojar piedras a un gorro de policía de cartón que flotaba en el mar, lanzar chicas al agua, ponerse de acuerdo con otros para ir contra alguna persona en particular en los coches de choque, dar vueltas en el carrusel para niños, saltar desde el muelle con un paraguas abierto. Eran hechos a partir de los cuales se podía desencadenar un tumulto. En la mayoría de los casos, nadie reaccionaba; cuando alguien lo hacía, el movimiento de la multitud duraba poco tiempo y luego volvían a la actitud de espera. Se podía ver a cien muchachos dando vueltas, algunos se ponían a lanzar piedras, otros a gritar, y luego, de repente, todos seguían su marcha como si nada hubiera pasado.

La atmósfera de expectativa generada por estos incidentes es muy similar al proceso de *milling*[16] [literalmente, deambular o dar vueltas] que se observa en las muchedumbres que se juntan alrededor de un accidente vial o de otros incidentes por el estilo. No se trata sólo de un movimiento físico inquieto y excitado, sino de un proceso de comunicación en el que los individuos intentan reestructurar una situación ambigua buscando de pistas en la reacción de los demás.

[15] Fragmento de los apuntes de un coordinador juvenil citado en *B.A.V. Report*, vol. III, pág. 64.

[16] El término original es de Park y Burgess. Para un análisis de otras formas de *milling* y de contagio social, véase R. Turner y L. Killian (1957), *Collective Behaviour*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall.

© gedisa

Este tipo de reestructuración, que marca la siguiente etapa, resulta crucial: sin él, una multitud concentrada e incluso excitada se podría desintegrar muy pronto. Se dotó a la situación de un significado sancionado socialmente mirando cómo actuaban los demás y a través de los rumores.[17] En el proceso de *milling*, los individuos se sensibilizan hacia el otro y se experimentan emociones compartidas, mediadas por el tipo de refuerzo circular al que nos referimos anteriormente. En este tipo de situaciones ambiguas, los rumores deben entenderse no como formas de comunicación distorsionadas o patológicas: desde el punto de vista sociológico, funcionan como improvisaciones cooperativas, intentos de alcanzar una interpretación colectiva significativa de los sucedido poniendo en común los recursos de que se dispone.

El rumor, entonces, reemplaza a la noticia cuando fallan los canales institucionales. Comparado con la noticia, tiene un grado de formalización bajo, elemento que, como señala Shibutani, está inversamente relacionado con la excitación colectiva. La capacidad de sugestión y el contagio de comportamiento que se observa en ciertas situaciones de multitud tampoco son procesos patológicos, sino formas de refuerzo recíproco de las respuestas emocionales que brindan los canales necesarios para que se generen rumores, a la vez que los controlan.[18] Una rápida difusión del estado de ánimo y de la satisfacción a través de los rumores contribuye a restringir el número de respuestas alternativas y aumenta la intensidad de las respuestas desinhibidas. Uno es llevado a concentrarse en determinados blancos y omite tomar en cuenta otros factores. Cuando se construyen los rumores, sólo se seleccionan aquellos ítems que coinciden con el estado de ánimo imperante. Los participantes buscan una justificación para sus acciones y los rumores proporcionan los «datos» que habilitan a hacer lo que la multitud deseaba hacer de todos modos.[19]

Este análisis se aplica, a su vez, a la forma en que se difunden las definiciones entre los agentes de control y los medios de comunicación masiva durante las fases de reacción. En el contexto en cuestión,

[17] La discusión sobre los rumores en el resto del capítulo se basa en el análisis clásico de G. Allport y L. Postman (1947), *The Psychology of Rumour*, Nueva York, Henry Holt y sobre todo de T. Shibutani (1966), *Improvised News. A Sociological Study of Rumour*, Indianápolis, Bobbs-Merrill Co.

[18] Shibutani, *op. cit.*, cap. 4.

[19] *Ibídem*, pág. 113.

© gedisa

la cierto es que el contenido de la definición compartida sobre lo que estaba sucediendo que se había formulado en el seno de la multitud le debía mucho a esa reacción. Los medios de comunicación ofrecieron las imágenes y los estereotipos con los que se podía reestructurar situaciones ambiguas; el lanzamiento de una piedra tal vez no habría pasado de la etapa del *milling* si no hubiese habido imágenes colectivas disponibles que le dieran sentido a la actividad. Dichas imágenes sirven de base para los rumores sobre acontecimientos «aleatorios»; es así que un incidente en el que una joven era trasladada a una ambulancia en una camilla fue explicado de diversas maneras por la gente que se había reunido alrededor como «el tipo que estaba con ella la debe haber apuñalado», «demasiadas píldoras, para mi gusto», «las chicas de estos Rockers se la pasan bebiendo».

Empiezan a correr diferentes versiones del hecho hasta que finalmente, se lo asimila a uno de los temas que recibe sanción colectiva. En cada uno de los eslabones que forman la cadena de la asimilación hay preconcepciones que provienen de fuentes como los medios de comunicación; sin la publicación de noticias sobre «apuñalamientos en la playa» u «orgías de drogas», los rumores sobre la muchacha en la camilla habrían adoptado una forma muy distinta.

La forma y el contenido de los rumores son importantes porque sirven para validar una línea de acción en particular: el individuo desviado, como también el agente de control, se vale de las imágenes colectivas (que desde un punto de vista objetivo pueden ser falsas) para justificar sus acciones. Este proceso es análogo a la génesis de otros tipos de estallidos de violencia, como los disturbios raciales. La secuencia está compuesta por: a) versiones de malestar previas al estallido; b) la divulgación de rumores intimidatorios puntuales («esta noche va a pasar algo»); c) la chispa precipitante (que puede ser un rumor alarmante, por ejemplo, sobre hechos de brutalidad policial), y d) la circulación de rumores fantasiosos en el transcurso de los disturbios (por ejemplo, una muerte causada por la otra parte) que se usan para justificar la violencia.

Los siguientes son ejemplos de las cuatro clases de rumores que circularon en la fase del impacto: a) «Escuché a un sujeto que decía que los policías de Southend van a actuar con dureza este Semana Santa»; b) «Esta noche va a haber lío en el muelle cuando lleguen los Rockers»; c) «Vamos, esta noche va a haber pelea en la estación», y d) «Eran como treinta moliendo a palos a uno de los nuestros.» En

© gedisa

Clacton, corrían rumores específicos en los que se alegaba la existencia de hostilidades por parte de «los otros»; en este caso, los residentes locales. Circuló la historia de que a un grupo de jóvenes no le habían querido servir el desayuno en un café, y otra sobre una anciana que paró a un grupo de muchachos en la calle y los insultó por su ropa. En incidentes posteriores, se divulgaron numerosos rumores que contribuían a reforzar la división entre Mods y Rockers. («Esta vez los Mods se pusieron lápiz labial»; «Se les siente el olor de la grasa que se ponen en el pelo; esos Rockers nunca se bañan»). Más adelante, eran muy comunes las historias sobre la brutalidad e intimidación policial («A este sujeto lo molieron a palos en la cárcel».) Una leyenda que circulaba en Brighton durante Semana Santa de 1965 era la de un policía fuera de servicio ebrio que se empezó a pelear con unos jóvenes en un café, quienes no sabían que era policía; cuando el agente vio que la situación se le complicaba, gritó una «señal» y sus compañeros llegaron para detener a la mayoría de los jóvenes que estaban en el lugar.

Lo que está en debate no es la veracidad de los rumores: lo importante es que derivan de ciertos elementos de la reacción social y sirven tanto para validar un estado de ánimo y una línea de acción como para convertir a un conjunto de personas dispersas en una turba homogénea. Los contenidos de los rumores y la rapidez con la que fluctuaban también ilustran un aspecto significativo del fenómeno de los Mods y los Rockers: cómo fueron cambiando los blancos elegidos como objeto de acciones hostiles bajo el impacto del sistema de creencias.

En primer lugar, si durante algún hecho, un objeto de hostilidad se volvía inaccesible, o empezaban a correr rumores sobre nuevos blancos, se aceptaba un sustituto satisfactorio. Si no había Rockers a la vista, los Mods no tenían problemas en atacar a los Beatniks; en el transcurso de una mañana, el blanco podía cambiar con rapidez de los Rockers a los Beatniks, a la Policía, según el estado de ánimo de la gente, los rumores de victimización o la interferencia ejercida efectivamente por la policía. En segundo lugar, el blanco dominante se fue modificando con el correr de los episodios: en Clacton, el enemigo era Clacton (los comerciantes, el mal tiempo, la falta de entretenimientos); en Margate y Brighton, en Pentecostés (bajo el impacto de la imagen de las bandas en conflicto), el enemigo eran los Rockers; más adelante (bajo el impacto de la cultura de control), el enemigo era la Policía.

© gedisa

Hay implícito en el análisis realizado hasta aquí un reconocimiento de la importancia de la simbolización. Este proceso ofreció una definición en corto circuito de la situación, según la cual los individuos desviados y los agentes de control se valían de signos y símbolos sancionados culturalmente para justificar o validar percepciones o acciones. Los símbolos del inventario prepararon a la multitud para la acción porque las imágenes y los objetos compartidos contribuyen a fomentar una acción uniforme: si un salón de baile se define como «El lugar Mod más exclusivo del sur», entonces su defensa contra los Rockers invasores adquiere un significado simbólico. Los símbolos tales como la vestimenta, el peinado, las innovaciones lingüísticas y otros atributos estilísticos también crean un sentido de cohesión grupal. Una etapa crucial en el surgimiento de demonios populares es el momento del pánico moral en que esos signos son reconocidos (al principio, de forma exagerada y distorsionada), desarrollados y luego difundidos. Entonces resulta más fácil aplicar la estigmatización y otras sanciones negativas y se multiplican las chances de desencadenar una secuencia de amplificación, ya que se facilita la identificación y la solidaridad dentro del grupo.

En una situación de multitud que cambia velozmente, con un clima de exasperación, los más leves indicios o señales se pueden transformar en símbolos significativos. Los siguientes son ejemplos de simbolización y sensibilización durante el periodo de impacto:

> A un joven periodista que estaba tratando de entrar a la sala de los tribunales en Margate, en vez de llevarlo a la sala lo llevaron a las celdas porque tenía el pelo bastante largo y llevaba *jeans*. «Tiene el mismo aspecto que ellos», le dijeron (*Entrevista* con P. B., 19 de noviembre de 1964).

> Vestido con una camisa blanca y corbata, y con un *blazer* convencional, iba caminando con un grupo de Mods por el muelle, que transitoriamente había sido convertido en «mano única». Después de que la policía nos dijo que circuláramos, di la vuelta y con otros empecé a caminar de contramano. Aunque me empujaron una vez, la policía no me trató tan mal como a los demás; los muchachos que venían conmigo fueron obligados físicamente a dar la vuelta y los empujaron para que caminaran en dirección opuesta (*Apuntes*, Brighton, Semana Santa de 1965).

> Vestido con unos *jeans* viejos y un anorak estilo militar, pedí una hamburguesa y una taza de té en un café. Como no tenía suelto, le di a la camarera un billete de £5 y empecé a caminar con prisa hacia la caja. Oí que el encargado decía enojado: «¿No tiene suelto?», pero apenas me vio llegar esbozó una sonrisa nerviosa y dijo: «Ah, iba a protestarle hasta que lo vi» (*Apuntes*, Brighton, Semana Santa de 1966).

© gedisa

> Durante la noche, un muchacho murió al caer por accidente desde un acantilado en Saltdean (Brighton). Cuando sus amigos se despertaron y no lo encontraron, uno cruzó hasta unas casas del otro lado de la carretera para hablar por teléfono. «Pero», le contó a un periodista, «al principio se negaban a abrir la puerta. Creían que íbamos a hacer lío; ya se sabe cómo es» (*Evening Argus*, 18 de mayo de 1964).

Hasta aquí la disección de las escenas de multitud se limitó al contexto de generalizaciones sobre la conducta colectiva y de multitudes, y se sugirieron algunos vínculos puntuales con el enfoque transaccional. El telón de fondo más amplio sigue siendo la evolución del fenómeno de los Mods y los Rockers en su conjunto, pero por el momento, seguiremos dentro del teatro.

El público

Una influencia sobre los comportamientos más directa que el sistema de creencias es la presencia de espectadores durante el periodo de impacto. Así como se dice que los medios de comunicación han creado un público metafórico, también se puede pensar en un público literal: los adultos que se situaban al borde de las playas y las ramblas para asistir a la batalla que se llevaba a cabo ante sus ojos. Ya en Pentecostés de 1964, un periódico local (*Brighton and Hove Herald*, 23 de mayo de 1964) publicó una foto de un hombre parado en el medio de una multitud de muchachos que se arrojaban hamacas de playa, con un niño sobre los hombros para que viera mejor lo que sucedía. Las multitudes de adultos fueron conspicuas en cada una de las etapas de un episodio: daban vueltas en busca de indicios de algún hecho interesante, miraban las peleas, se abrían camino para que los agentes llevaran a los jóvenes hasta una camioneta policial, llenaban los asientos reservados para el público en los tribunales. Aunque no se puede afirmar que fueran a las ciudades con el propósito específico de ver qué hacían los Mods y los Rockers, no hay dudas (por lo menos cuando el fenómeno había llegado a su punto crítico) que pensaban que los desórdenes eran parte del escenario, y experi-

mentaban las mismas esperanzas y expectativas que los propios jóvenes. Cuando los eventos empezaron a disminuir en 1966, su papel de espectador se volvió todavía más patente. Se podía ver manos viejas que apuntaban hacia los escenarios de campañas anteriores: «Tendrías que haber visto lo que era esto el año pasado, querido», «¿Se acuerda de que desde aquí arrojaban las hamacas de playa?».

Es difícil generalizar sobre los motivos que llevaron a los espectadores a la escena. La explicación más sencilla es que iban porque no había nada que hacer, o, cuando la cantidad de jóvenes era tan grande que ocupaba gran parte del espacio disponible, porque no les quedaba más remedio que mirar. Sin embargo, no daban la impresión de estar mirando contra su voluntad. Otra explicación es que lo hacían por pura curiosidad. Se trata de un fenómeno análogo al de la «convergencia de masas» observada en los estudios sobre desastres: la gente acude masivamente al lugar de la catástrofe no tanto para ayudar, sino para mirar de manera compulsiva los daños sufridos y las tareas de rescate. Desde una perspectiva psicoanalítica tradicional se puede especular que además, los adultos que miraban con horror y fascinación obtenían una satisfacción malsana al ver conductas agresivas o con connotaciones sexuales.

Una explicación más convincente desde un punto de vista sociológico es que se asistía a los episodios de los Mods y los Rockers como a una ceremonia. Eran la versión moderna de una moralidad,[20] en la que el bien (la Policía y la Justicia) se encuentra con el mal (el delincuente juvenil agresivo). Como en las moralidades medievales (o en las corridas de toros, muy similares en cuanto al clima que generan) no cabía mucha duda sobre qué lado iba a resultar vencedor: ya se sabía de antemano a quién le cabía el papel del diablo. Este tipo de imagen tan característica de la moralidad fue cultivada con diligencia por los medios de comunicación con el objeto de alcanzar consenso, y la reacción del público mostró que la imagen había sido absorbida.

[20] Un equipo de investigadores que estudian la violencia en el fútbol señalan un elemento similar en las confrontaciones públicas entre la policía y los individuos desviados: «...los espectadores parecían adoptar la actitud de que las escenas eran comparables a las de esos *music halls* anticuados donde héroes y villanos eran abucheados y aplaudidos de manera ritualizada». (John Harrington [1968], «A preliminary report on soccer hooliganism», Grupo de Investigación de Birmingham, mimeografiado, pág. 37.) Hay, sin embargo, una diferencia fundamental entre las dos situaciones: en los partidos de fútbol, los villanos suelen ser los policías, mientras que en las ciudades costeras, eran siempre los Mods y los Rockers.

© gedisa

La fascinación pasiva (que equivaldría al «placer malsano» y a la admiración que siente el aficionado por el toro bravo) se despertaba sólo cuando las fuerzas del bien triunfaban. En varias ocasiones se pudo ver espectadores que aclamaban a la policía cuando realizaban una detención, y cuando empujaban a los muchachos hacia la camioneta policial, el tipo de comentario que se oía era: «¡Qué les sirva de lección!». En los tribunales, cada vez que el presidente elogiaba la labor policial, el público rompía en aplausos.

Tan importante como analizar los motivos para la presencia y la participación de los espectadores, cualesquiera hayan sido, es observar su *efecto* en las conductas durante la fase de impacto, recordando que prácticamente todos los presentes (incluso los Mods y los Rockers) en algún momento desempeñaron el papel de espectador. Un efecto directo de la gran presencia de espectadores fue que, de hecho, obstaculizaban la tarea de la policía en el cumplimiento de sus deberes de controlar la multitud. Sin embargo, el efecto más importante del público fue más sutil: su mera presencia alentaba la desviación. El público es parte de la multitud y, aunque no estén de acuerdo, hace que la multitud sea más importante en términos numéricos, lo cual aumenta la expresión de fuerza y apoyo a lo que se está haciendo. Turner y Killian citan a la Southern Commission on the Study of Lynchings [Comisión sureña para el estudio de los linchamientos] para mostrar que en muchos casos los espectadores representan una fuente de protección para esos mismos elementos que tal vez desaprueban.[21] Cuando se encuentran en presencia de público, los miembros más activos de una multitud se aferran a una línea de acción pues echarse atrás equivaldría a quedar mal. Es probable que además, la pasividad del público haya contribuido de manera involuntaria a crear lo que F. H. Allport denominó «la impresión de universalidad», por la cual el miembro de una multitud se desprende de parte de la responsabilidad pues supone que «todos lo están haciendo». La exageración de las cifras (por parte de observadores y de participantes por igual) sólo sirve para intensificar el efecto.

En situaciones de violencia, como señala Westley,[22] la presencia de otras personas puede llevar a una escalada directa. En cada una de

[21] Turner y Killian, *op. cit.*, pág. 118.

[22] William Westley (1966), «The escalation of violence through legitimation», *Annals of the American Academy of Political and Social Science, 364*, marzo, págs. 120-126.

© gedisa

las formas de violencia que analiza (ejercida por miembros de la mafia, guardias de campos de concentración y policías) los violadores guardan una relación simbiótica con un público que los respalda. La policía, dado el apoyo público con el que cuenta el uso de violencia contra los delincuentes y otras no personas como los enfermos mentales, pueden aprovechar la presencia de un público para legitimar formas ilegales de violencia. La escalada se produce cuando se da la combinación de un grupo dispuesto a emplear la violencia, y un público para el que actúa, que lo va a alentar y le va a brindar apoyo moral. Para la multitud, la presencia de espectadores y cámaras puede haber sido un factor de desinhibición respecto de la policía que la incitó a provocarla. En una situación que imponía restricciones a la policía, los chicos se encontraban en ventaja, pues sabían que la imagen de la policía quedaría resentida si el público advertía un uso innecesario de la violencia.

Los medios de comunicación masiva

En este punto deseo analizar el papel más explícito que desempeñaron los medios de comunicación masiva, que, como hemos visto, operaron desde un principio reforzando y dando forma a las expectativas de la gente y dotando de contenido a los rumores y a las definiciones compartidas con las que se reestructuraban las situaciones ambiguas. Aunque los analistas que opinaban sobre los Mods y los Rockers solían culpar a la «publicidad mediática» por lo que sucedía (y la prensa reaccionaba con editoriales indignados sobre su «deber» de dar a conocer los «hechos»), el término «publicidad» se usaba en un sentido algo restringido. Se refería o bien a las noticias que se difundían inmediatamente antes de un acontecimiento (durante la fase de alerta), que anticipaban los disturbios y localizaban las ciudades donde tendrían lugar, o bien a la supuesta gratificación que los jóvenes obtenían mediante la exposición pública que conseguían durante un episodio.

El primero de estos factores operaba en el sentido general de divulgar los hechos de tal manera que pareciera atractivo, pero no parece haber influido demasiado en la elección del blanco: cuando se les preguntó cómo había surgido la idea (de ir a Margate), el 82,3% de la integrantes de muestra de Barker-Little mencionó a los amigos

como fuente, mientras que sólo un 2,9% mencionó la prensa y un 2,9% la televisión. Fueron contadas las personas con las que hablé en cualquiera de las etapas que me dijeron que había sido algo en los periódicos o la televisión lo que había hecho que *en un primer momento* se decidieran a ir a una ciudad en particular. Lo más probable es que los medios reforzaran los rumores que ya circulaban, no que los iniciaran. Sin embargo, había algunas excepciones, como cuando durante un fin de semana, un informe sensacionalista o una entrevista en la televisión podía provocar la llegada de más personas. Una famosa entrevista en la BBC en la que dos Rockers declararon que estaban por llegar refuerzos, produjo el ingreso repentino de grandes cantidades tanto de Mods como de Rockers, que tal vez se sintieron atraídos por la excitación que se prometía en la entrevista.

También había indicios de que algunas conductas estaban destinadas a buscar publicidad directa, en la medida en que la atención que se obtenía gracias a periodistas y fotógrafos era un estímulo a la acción. El siguiente es un relato de uno de los muchachos de la muestra de Barker-Little: «Estábamos cerca de la estación de tren y un cameraman nos pidió: "Agiten las banderas". Así que con un grupo nos pusimos a correr agitando unas banderas que habíamos comprado. Mi foto salió en el periódico. Estábamos contentos: cualquiera se hubiera sentido igual».

Si uno es parte de un grupo de veinte, que es observado por cientos de adultos y seguido por dos o tres cámaras, la tentación de hacer algo (aun cuando se trate sólo de gritar una grosería, hacer un gesto obsceno o arrojar una piedra) es muy grande, y todavía más si se sabe que las acciones quedarán registradas para que otros las vean. Entre quienes intervienen en tales situaciones, hay una tendencia a exagerar su grado de participación y a buscar reconocimiento por ello. Todos los fines de semana en cuestión en los quioscos de periódicos se veía a jóvenes que compraban todas las ediciones de los periódicos vespertinos apenas salían para buscar en ellos noticias de los disturbios. El elemento de explotación presente en esta reacción queda en evidencia en los rumores (que, al menos en un caso, estoy seguro de que estaban bien fundados) de que los reporteros gráficos les pedían a jóvenes vestidos con ropa adecuada que posaran dando patadas a una ventana o a una cabina telefónica.

Los efectos acumulativos de los medios de comunicación, sin embargo, eran más sutiles y a la vez más potentes que la difusión previa

© gedisa © gedisa

que le daban a los hechos o la gratificación de la necesidad de llamar la atención de los participantes. Mediante un complejo proceso que todavía no ha sido desentrañado del todo por los estudiosos de la comunicación de masas, el mero hecho de informar sobre un suceso produce, en ciertas circunstancias, el efecto de desencadenar otros sucesos del mismo orden. Se trata de un efecto que se entiende más fácilmente y está mejor documentado en relación con la difusión de modas, tendencias y otras formas de conducta colectiva, como los engaños o las histerias de masa, que en el caso de la desviación. La principal razón por la cual este proceso no ha sido bien entendido en relación con la desviación (en particular en sus formas colectivas y novedosas) es que se ha dedicado excesiva atención a los supuestos efectos directos (imitación, atención, gratificación, identificación) en los individuos desviados, en detrimento de los efectos que produce en el sistema y la cultura de control, y, por consiguiente (a través de procesos tales como la amplificación), en la desviación.

Los efectos simples, como el desencadenamiento o la sugestionabilidad, pueden observarse incluso en formas de desviación aparentemente individuales, como el suicidio. Un ejemplo particularmente ilustrativo es la propagación de la autoinmolación como forma de suicidio tras un informe en 1963 de un monje vietnamita que se mató prendiéndose fuego como acto de protesta política. Se trata de una forma de suicidio prácticamente desconocida y sin antecedentes en Occidente; en el período 1960-1963, se registró un único caso en Inglaterra, pero en 1963, hubo tres, y en 1964, nueve. Una progresión similar se registró en los índices de EE.UU.[23] En este caso, el efecto de contagio o de imitación se produjo en la técnica, más que en los motivos que llevaban al acto. Casos en los que tanto los motivos como las técnicas son estimulados por los medios pueden ser los motines carcelarios, las fugas de cárceles y los disturbios raciales y políticos. Un caso muy bien documentado es la epidemia de la esvástica de 1959-1960. El efecto de contagio quedó claramente demostrado al trazar la curva de la epidemia.[24]

[23] Agradezco a Arthur Chisnell por señalarme este ejemplo. No obstante, un estudio que muestra la necesidad de cautela en la interpretación de tales efectos es Jerome A. Motto (1967), «Suicide and suggestibility – The role of the press», *American Journal of Psychiatry, 124,* agosto, págs. 156-160.

[24] Véase David Caplowitz y Candace Rogers (1961), *Swastika 160: The Epidemic of Anti-Semitic Vandalism in America*, Nueva York, Anti-Defamation League of B'nai Brith. Un rasgo digno de mención en esta epidemia fue que los primeros informes sugerían otros canales para expresar reclamos: en los momentos más críticos, los blancos de ataque que se eligieron no eran de carácter antisemita y en realidad, estos incidentes generales fueron más numerosos que los puntualmente antisemitas. Es un proceso similar al de la ampliación de la red de control en el caso de los Mods y los Rockers y las formas en que el objetivo se fue modificando durante el impacto. Todos estos procesos dependen fuertemente de los medios de comunicación.

Un ejemplo más cercano al de los Mods y los Rockers es la expansión, durante la década de 1950, de los disturbios de los Teddy Boys y otros fenómenos similares en el resto de Europa. La mayoría de los estudiosos de estos hechos reconocen el papel que tuvo la publicidad mediática como factor que estimuló formas de comportamiento imitativas o competitivas[25] y se han realizado algunos estudios sobre la cobertura de dichos hechos en los medios de comunicación.[26] Pero al mismo tiempo, se culpaba a la «publicidad» en su acepción restringida y no había una conciencia clara de las formas complejas en que opera la comunicación de masas antes, durante y después de cada «impacto». Todavía sigue sin entenderse la naturaleza causal de la comunicación de masas en el contexto global de la reacción de la sociedad ante tales fenómenos.

El elemento común a todos estos ejemplos de amplificación de la violencia es que para difundir la creencia hostil y movilizar a potenciales participantes debe haber un medio de comunicación adecuado presente en el lugar. La comunicación masiva de la noticia de un estallido constituye una condición de factibilidad estructural para el desarrollo de una creencia hostil que, a su vez, tiene que sensibilizar a la «nueva» multitud (o al desviado individual) sobre acciones incipientes o en curso y disminuir el umbral de predisposición aportando símbolos de fácil identificación. La posibilidad de que la mera difusión de un hecho tenga un efecto desencadenante y, posteriormente, de amplificación ha sido observada por numerosos observadores de la violencia de multitudes contemporánea. Dicho reconocimiento es el fundamento de las propuestas de utilizar los medios de comunica-

Es un proceso similar al de la ampliación de la red de control en el caso de los Mods y los Rockers y las formas en que el objetivo se fue modificando durante el impacto. Todos estos procesos dependen fuertemente de los medios de comunicación.

[25] Véanse, por ejemplo, T.R. Fyvel (1961), *The Insecure Offenders*, Londres, Chatto & Windus y C. Bondy y otros (1957), *Jugendliche Storen die Ordnung*, Munich, Juventa Verlag.

[26] Véanse Britt-Marie Blegvad (1963), «Newspapers and rock and roll riots in Copenhagen», *Acta Sociologica, 7,* págs. 151-178 y Paul Rock y Stanley Cohen (1970), «The Teddy Boy», en V. Bogdanor y R. Skidelsky (comps.), *The Age of Affluence: 1951-1964*, Londres, Macmillan.

© ediciones

ción de manera deliberada para lograr objetivos de control de multitudes.[27]

El desencadenamiento, la sensibilización y otros efectos de la comunicación de masas descritos hasta ahora, se vinculan con la forma en que aumentó la probabilidad de que se registraran conductas desviadas durante el impacto: casi que uno *tenía* que intentar ver los desórdenes o formar parte de ellos. Sin embargo, el inventario y los posteriores temas de opinión recurrentes también incidieron en la *forma* y el *contenido* de las conductas. La reacción de la sociedad no sólo aumenta la chances de que el desviado actúe, también le ofrece el guión y las indicaciones escénicas.

El efecto crucial es aquí la forma en que la conducta desviada se ve influida por las expectativas normativas sobre cómo deben actuar las personas que interpretan ese papel desviado en particular. Gran parte de las conductas de los Mods y los Rockers puede conceptualizarse en términos del modelo del juego de roles. Posar para fotos, entonar consignas, hacer gestos guerreros, fantasear sobre la existencia de súper bandas, ponerse determinadas insignias, fingir un falso asalto de una camioneta de helados, silbar a las muchachas, burlarse de «los otros»: todos estos actos de «vandalismo» pueden pensarse como análogos a la simulación de enfermedad mental a la que recurren aquellos a los que se define como enfermos mentales. El actor incorpora al concepto de sí aspectos del papel que debe interpretar y cuando el papel de desviado se interpreta en público (como lo es, por definición, el vandalismo), y los individuos desviados se encuentran en una situación de mayor sugestionabilidad, tal incorporación suele ser más consciente y deliberada que en aquellos tipos de desviación «privada» como la enfermedad mental, la homosexualidad y el consumo de drogas, a los cuales los autores transaccionalistas aplican dichos conceptos.

Los recién llegados podían buscar e intentar encarnar en forma positiva los valores y las imágenes representadas en los estereotipos. Los medios crearon una suerte de espectáculo secundario en el que

[27] Es, desde luego, inverosímil pensar que técnicas, tales como un embargo total de noticias, pueden ser la «solución» de muchos problemas. Otras propuestas que sitúan a los medios en un contexto político más general resultan más plausibles. Para una reseña y referencias en relación con desórdenes recientes en EE.UU, véase William L. Rivers y Wilbur Schramm (1969), *Responsibility and Mass Communication*, Nueva York, Harper and Row, cap. 6.

© gedisa

todos podían encontrar un papel que les quedara bien. Los jóvenes en las playas sabían muy bien que se les había asignado el papel de demonios populares y se veían como blancos de ataques. Cuando el público, las cámaras de televisión y la policía empiezan a alinearse, la metáfora del juego de roles deja de ser una metáfora y se convierte en una realidad. Un agudo observador de la cobertura televisiva en vivo del Baile Mod en Wembley (una semana después del primer episodio en Clacton) describió a una joven que estaba delante de las cámaras adorando un pelo que había recuperado de un pantalón de Mick Jagger y que actuaba como un hombre que simula estar ebrio cuando está apenas alegre, «que simulaba su adoración. La muchacha ve que la están mirando, sonríe con timidez y luego se ríe a carcajadas».[28]

En el contexto en cuestión, la importancia de la perspectiva del juego de roles es que el contenido del papel asignado estaba presente en el inventario y se cristalizó de manera más explícita en el proceso de atribución espuria o etiquetamiento. Esto no significa que hubiera una relación de uno a uno entre etiquetamiento y conducta. El papel que interpreta el gamberro, por caso, era conocido por los potenciales actores antes de que comenzara la desviación; como los propios etiquetadores, podían basarse en el folklore y la mitología ya existentes. Pero el elemento normativo implícito en el papel quedó reforzado por la reacción de la sociedad: aunque los actores ya estuvieran familiarizados con el guión y las direcciones escénicas, ahora se veían confirmados en sus papeles. Así como el esquizofrénico «crónico» se aproxima cada vez más al papel del esquizofrénico, el fenómeno de los Mods y los Rockers adquirió un carácter cada vez más ritualista y estereotípico.

Aunque el papel de gamberro ya estaba delineado y lo único que hacía falta era que el proceso de etiquetamiento lo confirmara, había otros elementos de las conductas que provenían directamente de la reacción de la sociedad. El primero de ellos fue la profundización cada vez mayor y más evidente de la división entre Mods y Rockers. Si bien, como explicaré en el próximo capítulo, los Mods y los Rockers representan dos estilos de consumo distintos (los Mods, al adolescente más preocupado por la moda; los Rockers, a la tradición más dura y reaccionaria), en un primer momento el antagonismo entre los dos grupos no era tan marcado. Pese a las diferencias reales

[28] Peter Laurie (1965), *The Teenage Revolution*, Londres, Anthony Blond Ltd., pág. 105.

© gedisa

en sus estilos de vida (visibles en símbolos tales como las motonetas de los Mods y las motocicletas de los Rockers), los grupos tenían mucho en común, sobre todo su pertenencia a la clase trabajadora. No había, por lo menos al principio, una rivalidad de bandas como la que supuestamente caracteriza al tipo de conflicto violento entre bandas consagrado en la cultura popular por los «Sharks» y los «Jets» de *West Side Story* [también titulada en castellano *Amor sin barreras*]. Es más, en realidad no había justificación alguna para hablar de «bandas» en un sentido sociológico significativo. La única forma de agrupación estructurada que se podía encontrar en las primeras multitudes estaba basada en una vaga lealtad territorial y era tan tenue que se podía disolver en la situación de multitud.

Sin embargo, la permanente repetición de la imagen de bandas en guerra tuvo el efecto de dotar a esas colectividades poco definidas de una estructura que nunca habían tenido y de una mitología con la cual justificar dicha estructura. Era la imagen que se difundió en el inventario, se reforzó mediante el proceso de simbolización, se repitió en los temas de «divide y reinarás» y «conspiracionismo», se aprovechó bajo la forma de explotación comercial y se reiteró durante la fase de alarma. Aunque las imágenes no fueron absorbidas directamente por los actores, sirvieron para justificar tácticas de control que, como veremos, estructuraron aún más los grupos y endurecieron las barreras entre ellos.

Los medios de comunicación masiva (y la explotación ideológica de la desviación) también reforzaron otro tipo de polarización: entre los Mods y los Rockers, por un lado, y la totalidad de la comunidad adulta, por el otro. Si uno es considerado el «enemigo» en la «guerra contra el delito», no es difícil responder en la misma tónica: uno «rechaza a los que rechazan» y «condena a los que condenan». El efecto puntual del tema de la «marginalidad lunática» es la segregación y el etiquetamiento de los involucrados enfatizando sus diferencias con la mayoría. Una analogía notable con una forma de desviación similar fue el etiquetamiento por parte del *«establishment»* de los motociclistas de aquellos que se identificaban con la imagen de los Hells Angels como el «uno por ciento que provoca todos los problemas»: el término «uno por ciento» fue usado después por los grupos como un epíteto honroso, que reforzaba su compromiso recíproco.[29]

[29] Shellow y Roemer, *op. cit.*, pág. 223 y Thompson, *op. cit.*, pág. 9.

© gedisa

Los agentes de control

La Policía, principal agente de control durante el periodo de impacto, ejercía dos tipos de efectos en las conductas: uno inmediato y otro más prolongado. El efecto inmediato de las medidas y las acciones policiales fue crear la desviación, no sólo en el sentido de provocar que los miembros más lábiles de la multitud perdieran los estribos, sino, como postula Becker, en el sentido de crear normas cuya violación constituye un acto de desviación. Los tipos de tácticas de control adoptadas por la Policía bajo el impacto de la sensibilización y la simbolización contenían, en cierto modo, una dosis de arbitrariedad. La práctica, por ejemplo, de designar de antemano a ciertas zonas como «lugares problemáticos» significaba que si se encontraban allí jóvenes con los símbolos apropiados se les podía indicar que circularan aunque no estuvieran haciendo nada incorrecto. En un caso en los tribunales de Brighton, un agente de Eastbourne, que había estado colaborando con las fuerzas locales, declaró en su testimonio que había visto un grupo de jóvenes parados en un refugio de autobús; no estaban haciendo nada, pero «había escuchado que se trataba de un lugar problemático» por lo que les dijo que se retiraran. No todos obedecieron de inmediato y uno quedó detenido. «Si se le permite que haga lo que quiera», opinó el agente ante el tribunal, «y no se marcha cuando la policía se lo ordena, entonces los otros van a pensar que pueden volver. Era necesario en beneficio del resto de la población que estos jóvenes no fueran a protegerse de la lluvia en ese refugio en particular.»

La Policía (y la Justicia) partían del supuesto de que ciertas formas de comportamiento, aunque no fueran de por sí delictivas, eran, en esas circunstancias puntuales, tan incorrectas para la situación[30] que requerían de la acción oficial. Cabe subrayar que la mayoría de las detenciones realizadas en a lo largo de los hechos eran por infracciones que podían ser provocadas potencialmente por la misma policía,

[30] La noción de incorrección situacional proviene de Goffman; sus planteos sobre las actitudes hacia el «holgazaneo» y el «merodeo» resultan particularmente pertinentes para la situación en la playas, donde al parecer la policía gozaba de licencia para hacer circular a las personas que no estaban haciendo nada; había que aparentar que se tenía un propósito. Véase Erving Goffman (1963), *Behaviour in Public Places: Notes on the Social Organization of Gatherings*, Nueva York, Free Press.

© gedisa

y que implicaban un grado considerable de discrecionalidad policial. En consecuencia, la cantidad de imputados puede ofrecer una imagen distorsionada de lo que sucedió de verdad en los disturbios. En Brighton, el fin de semana de Pentecostés de 1965, por ejemplo, no hubo desórdenes de importancia: el mal tiempo (hubo granizo y aguanieve) hizo que la gente se fuera antes de lo esperado y el jefe de Policía llegó a emitir un comunicado oficial donde consignaba que la mayor parte de los jóvenes se habían comportado en forma correcta y que la policía se encontraba en control de la situación. Pero «en control» significaba que habían efectuado una gran cantidad de detenciones discrecionales; entre el sábado a la tarde y el lunes, hubo 110 detenciones. No se trataba de infracciones claras, como portación de arma peligrosa o ataque, sino imputaciones que requerían definiciones de un alto grado de subjetividad sobre qué se entendía por comportamiento «de obstrucción», «abusivo», «intimidatorio», «insultante», «de alteración del orden público» o «rebelde». Los términos sólo podían adquirir un contenido objetivo y reificado mediante la aceptación de una lógica situacional que, a su vez, se basaba en el sistema de creencias. Los siguientes son ejemplos de dicha lógica situacional; los dos primeros provienen de las declaraciones del inspector que llevaba la acusación en el tribunal de Brighton, los otros dos, de Hastings:

En un caso de obstrucción premeditada: «En las circunstancias vigentes en Brighton en ese momento, se puede ver que lo que hicieron los jóvenes podía provocar una alteración del orden público».

En un caso de empleo de conductas intimidatorias: «Alegaremos que el joven era uno de los nueve o diez Rockers que cantaban "queremos sangre" y también que en las circunstancias particulares que se vivían entonces en Brighton, se lo debería declarar rebelde y por ello nos opondremos a la libertad bajo fianza».

Una joven de 18 años se encontraba entre los últimos de un grupo de personas a las que se estaba indicando que circularan. Se negó a desplazarse rápido y giró hacia donde se encontraba el agente que hablaba y dijo: «A mí no me empuje... Lo voy a denunciar». El fiscal comentó: «Este es un caso en el que en circunstancias normales, la policía dejaría pasar el incidente, pero en una situación incendiaria de esta naturaleza, muchachitas tontas como ésta podrían provocar bastantes problemas».

En uno de los pocos casos que resultaron sobreseídos en Hastings (agosto de 1964) por insuficiencia de pruebas, un muchacho, P. G., fue acusado de cometer actos insultantes. Según los testimonios, un agente había visto a un grupo importante de «jóvenes alborotadores» que obstruían el paso al caminar. Junto con otros policías, el agente indicó a una parte del grupo que circularan por la rambla. P. G. era parte del grupo y el agente oyó que se burlaba de otro agente y hacía observaciones personales, como el comentario «Mira a "Pecas"». Este tipo de comentarios «en circunstancias normales no habría llamado la atención, pero dado el carácter incendiario de la ocasión, adquiría proporciones mucho mayores. Las cosas podían salirse de cauce con gran velocidad».

© gedisa

Los dos últimos casos, sumados a observaciones personales de incidentes semejantes, confirman el planteo de Becker de que gran parte de la actividad de imposición del orden público está dedicada no a hacer cumplir las normas, sino a conseguir el respeto de las personas con las que trata el agente de aplicación de la norma: «Esto significa que alguien puede ser etiquetado como desviado no porque haya violado una norma, sino porque le faltó el respeto al agente de aplicación de la norma».[31] Tal factor adquirió una importancia particular en las ciudades costeras, donde la policía estaba hipersensible a quedar expuestos ante la población. Si se tiene en cuenta la presencia del público que estaba observando lo que hacían, la sensación era comprensible. Ningún torero quiere que se rían de él.

Los efectos más permanentes de la acción policial eran menos visibles, pero en términos del modelo de amplificación, fueron igualmente importantes. Tales efectos fueron aumentar la desviación ya sea mediante la consolidación involuntaria de las fuerzas amorfas de la multitud a las que convirtieron en grupos más propensos a participar de hechos de violencia, como mediante la polarización de los individuos desviados contra la comunidad.

Los expertos en el comportamiento de bandas conocen bien estas clases de efectos. Los primeros sociólogos de la Escuela de Chicago (en particular, Thrasher y Tannenbaum) registraron la forma en que el ataque, la oposición o el intento de supresión aumentan la cohesión del grupo. Según Thrasher, el ataque era un requisito virtualmente indispensable para que un grupo callejero embrionario se convirtiera en una banda. En tiempos más recientes, Yablonsky ha demostrado los mismos efectos, que también están documentados en

[31] Howard S. Becker (1963), *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, Free Press, pág 158.

la bibliografía general sobre el control de las multitudes en situaciones de disturbios políticos, raciales o de otro tipo.

La situación de multitud es la ocasión por excelencia para que la intervención policial tenga el efecto no buscado de consolidar la oposición. La consolidación y polarización no se producen ante la posibilidad de un ataque cualquiera, sino de un ataque que se percibe como fuerte, indiscriminado e injusto. Aunque el ataque no tuviera esas características, la ambigüedad de la situación de multitud ofrecía una oportunidad perfecta para que se propagaran los rumores de que la policía iba a actuar de esa forma. Así como los Mods y los Rockers eran percibidos de manera simbólica y estereotípica por los policías, los policías también eran percibidos como «enemigos» por la multitud. Era como un espectáculo de Punch y Judy,* en el que cada uno tiene una imagen en parte falsa del otro y cada uno justifica sus acciones desde esa perspectiva.

Pero no se trataba sólo de una trama de malentendidos recíprocos; la policía actuó objetivamente de manera tal de profundizar la consolidación y polarización de los grupos. En primer lugar, sus tácticas de control estaban basadas en el supuesto de que los jóvenes presentes o bien estaban divididos en dos grupos homogéneos, los Mods y los Rockers (el tema de «divide y reinarás»), o bien constituían una única masa homogénea. Ambos supuestos eran falsos. Al enfatizar las diferencias entre Mods y Rockers (por ejemplo, impidiendo la proximidad física entre los dos grupos) es probable que la Policía haya ampliado la brecha entre ambos. En un caso en particular (no en una ciudad costera), a la vista del público, la Policía intentó convocar a los dos grupos para un tratado de paz.[32] Si se concibe a la multitud como una masa homogénea, a la que hay que controlar sobre la base de estigmas visibles como la vestimenta, se desarrolla en ella un mayor sentido de la cohesión. Si se ven sometidos a hostigamientos indiscriminados o simplemente asisten a un uso novedoso de la violencia por parte de la policía, entre los sectores más marginales y pasivos de la multitud se puede generar una sensación de agravio y rencor. Ese podría ser el primer paso en el desarrollo de un sentido de identidad y un objetivo común con el núcleo duro, real o imaginado, de la multitud, en el que la «brutalidad policial» funciona como factor de unificación.

Cabe observar que la sensación de persecución era más fuerte entre los Rockers, quienes eran ostensiblemente discriminados por la policía. El grupo era más visible que las multitudes amorfas de Mods y además, en la imaginación de la población ocupaban el lugar del tradicional *yobbo [gamberro]*. Su condición de grupo minoritario, en comparación con los Mods, sumado a la sensación de estar cubriendo la retirada de un grupo de adolescentes recién emancipados, se veían reforzado por la actitud de los policías, a los que, como es natural, les era más fácil identificar a un grupo minoritario. La bibliografía sobre el control de multitudes puntualiza que este tipo de parcialidad resulta particularmente provocadora y se le suele inculcar a la policía que eviten el tipo de conflictos que movilizan a la multitud.

El hecho de que la oposición resultara en gran medida ineficaz constituyó otra fuente de consolidación de identidades. Desde los primeros incidentes en Clacton, la policía debió enfrentarse a una situación inédita de la cual había pocos precedentes. A diferencia de la Metropolitan Police, las fuerzas policiales de las pequeñas comunidades costeras tienen poca o nula experiencia en el manejo de situaciones de multitud que pueden ser potencialmente violentas, como las manifestaciones políticas. Las tácticas de control de multitud fueron surgiendo sobre la marcha, y en consecuencia, era inevitable que estuvieran excesivamente influenciadas por las percepciones falsas sobre la situación y la atmósfera cargada del momento. Por ello, estrategias consagradas como la «demostración de fuerza», sugeridas para este tipo de situaciones en la mayoría de los manuales sobre control de multitudes, no se implementaron en forma correcta. O bien la «fuerza» no era tan fuerte, o tenía un aspecto de ópera cómica (por ejemplo, el empleo de vehículos sanitarios municipales convertidos en camionetas policiales), o la acción policial era dubitativa en vez de rápida y firme, o dejaba de ser una demostración de fuerza para transformarse en un uso real de la fuerza. Ante un control que resultaba a todas luces inadecuado para enfrentar a la multitud, si,

* Espectáculo de títeres tradicional que se caracteriza por la violencia de las historias representadas. [T.]

[32] Lewis Yablonsky (1962) se refiere a un tratado de paz similar: «La reunión en cierto modo otorgaba reconocimiento oficial a las actividades ilegales de un grupo sin organización de jóvenes de un mismo barrio. Más aún, es posible que el tratado haya dotado de estructura a un conflicto incipiente. La convocatoria confirmó el hecho de que había problemas en ciernes entre grupos rivales: ahora había dos "bandas" que pactaban una tregua». (*The Violent Gang*, Nueva York, Free Press, pág. 67.)

© gedisa
© gedisa

en efecto, se transformaba en una turba descontrolada y violenta, no era difícil que surgiera una sensación de poder potencial entre quienes formaban parte de la multitud. Si cien Mods están persiguiendo a un puñado de Rockers por la playa, la escena de un puñado de policías que, a su vez, está persiguiendo a los Mods no puede resultar más que absurda y humillante. Bastaba que a un policía desventurado se le cayera el casco para que la situación quedara muy lejos de ser una demostración de fuerzas.

La tercera fuente de consolidación y polarización de los grupos fue efecto de la dramatización. Si bien, por definición, la demostración de fuerzas debe hacerse en público para tener un efecto disuasorio, hay que evitar la dramatización exagerada. El único efecto posible de las técnicas teatrales descritas más arriba, como llevar a dos jóvenes a la comisaría a salto de rana o hacer marchar a un grupo por las calles, era lo que Tennenbaum expresó con la frase «dramatización del mal». Tales técnicas polarizan con eficacia las fuerzas del bien y del mal y consolidan al grupo pues generan sentimientos de rencor, una reacción natural ante la exposición al escarnio público. Si se combinan esos efectos con una sensación de persecución, la situación puede adquirir un significado mítico, quimérico. Los Mods o el Rockers militantes (reales o imaginarios) podría, como el «Hells Angels» de Shellow y Roemer, no sólo funcionar como ejemplos indirectos de un tipo de conducta con el que podrían fantasear algunos jóvenes, sino también actuar como paladines legendarios al rescate de los perseguidos; los autores citan a un motociclista que había asistido a un hecho de hostigamiento policial: «Esperen a que se enteren los Hells Angels cuando lleguen mañana. Van a venir a romper en pedazos este lugar».[33]

Una prueba de que este tipo de polarización de hecho ocurrió es el modo en que fue cambiando la actitud hacia la Policía. En la primera serie de episodios, la multitud, con pocas excepciones, mantuvo una relación bastante cordial con la policía. Los «ataques» a la policía consistían en gestos irrespetuosos, como manotearles los cascos. Sin embargo, conforme avanzaba el pánico moral, las posiciones se fueron endureciendo y las relaciones entre la policía y las multitudes se deterioraron. En Brighton, en agosto de 1965, un policía que estaba tratando de detener al supuesto líder de un grupo de cien Mods que

[33] Shellow y Roemer, *op. cit.*, pág. 226.

corrían por la playa, fue apedreado y cuando en un forcejeo perdió el casco, se abalanzaron sobre él para usarlo de pelota. En Great Yarmouth en Semana Santa de 1966, cuatro policías sufrieron un ataque y a uno de ellos le dieron patadas en la cabeza. Los siguientes incidentes ilustran la tensión que reinaba y cómo se generalizó el sentimiento de hostilidad hacia las autoridades:

> Un policía caminaba tranquilo entre dos filas de jóvenes cerca del acuario. Algunos de ellos comenzaron a silbar el tema de *Z-cars** y uno gritó: «¿Sprachen the Deutsch, agente?».
>
> Un muchacho estaba arrojando piedras fuera de una tienda debajo de la arcada. El dueño salió y le gritó: «Si vienes aquí, tienes que comportarte». El muchacho le respondió (sin que el hombre lo pudiera oír): «Si no, vas a llamar a tu puto ejército para que nos saque» (*Apuntes*, Brighton, Semana Santa, 1966).

En cuanto a la justicia, cumplió un papel de refuerzo de la tendencia a la consolidación y la polarización en la cultura del control. Las condenas eran recibidas no sólo como una ratificación de la acción policial, sino también como sanciones inherentemente duras e injustas: esa fue la respuesta abrumadora entre los jóvenes de la muestra de Barker-Little. Uno de las prácticas que más se sintió como una injusticia fue el uso de la prisión preventiva como medida punitiva. El efecto dramático que conseguían los magistrados con sus pronunciamientos no dejaba ninguna duda (por lo menos entre los amigos y familiares de los imputados que esperaban en la entrada de los tribunales de Brighton) de que los magistrados estaban usando sus poderes por razones rituales: denunciaban la desviación poniendo como ejemplo al imputado. Tales denuncias (sumadas a la opinión generalizada de que la policía realizaba detenciones sobre la base de un sistema de «cuotas») fomentaban los sentimientos de rencor y martirio.

Cabe señalar que en todo momento, los efectos amplificadores de la cultura del control repercutían en los medios de comunicación masiva, que los exageraba aún más y de esa manera, creaba un nuevo eslabón en la secuencia. Si los policías no se veían a sí mismos como «los valientes hombres de azul» que combatían a las hordas del mal,

* *Z-cars* fue un programa de televisión británico que trataba sobre la labor de una patrulla policial en un pueblo ficticio del norte de Inglaterra. [T.]

© gedisa
© gedisa

ni los magistrados como los portavoces de la sociedad elegidos para denunciar el mal, dichas polarizaciones se realizaban en nombre de otros.

Resumen del capítulo

Antes de hacer un breve resumen del capítulo, quisiera hacer dos acotaciones a los argumentos sobre los efectos no buscados de la reacción de la sociedad.

La primera se relaciona con la supuesta «inevitabilidad» de la reacción de la sociedad. Si bien es cierto que cada una de las etapas de la reacción parece ser un resultado lógico de la anterior, el modelo de la amplificación de la desviación constituye una secuencia típica, pero no inevitable. No hay razones técnicas irrefutables que expliquen por qué la secuencia no se podría romper, o al menos cambiar de orientación, en distintos puntos, por ejemplo, con la creación de modos alternativos de presentar las noticias. Hasta la intervención directa de los agentes de control podría ser diferente y no producir todos los efectos que expuse. De esta forma, para dar un ejemplo a escala muy menor, se podría comparar los hechos de los Mods y los Rockers con una situación semejante en la que se logró evitar los desórdenes. Shellow y Roemer describen un caso de amenaza de disturbios con Hells Angels y la polarización de las multitudes de motociclistas que llegaban a una ciudad para las carreras de motocicletas del fin de semana del Día del Trabajo.[34] Postulan tres condiciones que permitieron que el espíritu de exhuberancia y alboroto llevara a los disturbios:

(i) Los servicios recreativos, asistenciales y de control quedaron «desbordados» por la cantidad de visitantes, que se quedaron sin nada que hacer y por ende, dispuestos a participar de cualquier tipo de «acción».
(ii) Intentos de control y de exhibición de autoridad ineficaces, y a menudo provocadores, por parte de la policía o funcionarios.
(iii) Surgimiento de un sentimiento de solidaridad entre los miembros de la multitud.

[34] *Ibídem*, págs. 221-231.

© gedisa

Durante un típico periodo de impacto se daban las tres condiciones; en la ciudad costera norteamericana, se impidió, al menos en parte, que se produjera la polarización gracias a un programa educativo destinado a inculcarle tres hechos a la policía:

(i) que los motociclistas no son en esencia distintos de otros ciudadanos y que no hace falta tratarlos como una raza aparte;
(ii) que los motociclistas no constituyen una clase homogénea, sino que vienen en todas las formas y tamaños, algunos inocuos, otros potencialmente problemáticos;
(iii) que el tratamiento duro e indiscriminado de todos los motociclistas confirma su sensación de persecución, aumenta la solidaridad grupal y fomenta la creación de la misma polarización que se quiere evitar.

Por motivos ajenos a lo técnico, es improbable que tales métodos sean probados con frecuencia,[35] ni, desde luego, que sirvan para prevenir la desviación primaria. No obstante, es necesario analizarlos a la luz de las afirmaciones de que hay algo fijo e inevitable en el modo de controlar el tipo de desviación en cuestión.

La segunda acotación (más importante que la anterior desde un punto de vista teórico) es que en mi análisis me dediqué sólo a las consecuencias negativas o no buscadas de la imposición de las normas y el control social. Esto no significa que la acción policial y judicial careciera de efecto disuasorio o que hubiera una dosis de violencia y vandalismo que no fue contenida o evitada. Pero como sucede cuando se evalúan en conjunto todos los tipos de control social, un problema es que no está para nada claro en qué consiste una imposición de las normas exitosa, ya sea en sus aspectos disuasorios o preventivos. Es difícil evaluar muchos de los casos en que se declaró el éxito de una acción de ese orden. Como ejemplo de «disuasión»,

[35] Shellow y Roemer también realizan recomendaciones de mejoras en los servicios recreativos a fin de evitar el proceso de *milling* que precede a los disturbios, que podrían servir también para las ciudades costeras británicas. La organización Brighton Archway Ventures puede considerarse un intento en tal dirección. Otro intento de controlar desórdenes en situación de multitudes de jóvenes, esta vez mediante la explotación deliberada de la naturaleza ambigua de la situación de multitud, se describe en W. Buikhuisen (1966-7), «Research on teenage riots», *Sociologia Neerlandica, 4*, invierno, págs. 1-21.

© gedisa

se puede citar el hecho de que alrededor del 65% de los muchachos de la muestra de Barker-Lee dijeron que no volverían a meterse en una situación así, y muchos alegaban como motivo la sanción, o el temor a que fuera peor. Pero muchos también creían que serían los únicos disuadidos, e incluso la disuasión individual estaba limitada por el hecho de que cada episodio solía atraer gente de zonas geográficas específicas; apenas cuatro personas del grupo de Margate habían estado en Clacton. Está claro que a sus amigos no los disuadió la sanción: o bien no la tomaron en serio, o, en el peor de los casos, pensaron que el error radicaba en haberse dejado atrapar.

Para un ejemplo de «prevención» podemos mirar lo que ocurrió en Clacton en Semana Santa de 1965, cuando en respuesta a la presión local para evitar que se reiteran los incidentes del año anterior, la policía adoptó medidas de precaución puntuales como el uso de *walkie-talkies* o la política deliberada de hacerles la vida imposible a los motociclistas que ingresaran a la ciudad. Prácticamente no hubo detenciones, y se dijo que la demostración de fuerza había funcionado. En realidad, el incidente de 1964 fue bastante aislado en lo que respecta a Clacton; las ciudades preferidas de los Mods siempre habían sido Margate y las de la costa del sur. Los pocos Mods que tal vez habrían ido a Clacton ese fin de semana posiblemente abandonaron la idea por el mal tiempo, que fue aun peor que el del año anterior. Lo mejor que se puede decir, entonces, sobre estos dos casos de supuesto éxito en la «disuasión» y «prevención», respectivamente, es que la evidencia es ambigua.

En el último capítulo, se mostrará la relación entre las implicancias generales de estas acotaciones y la cuestión más amplia de la desamplificación y cómo se detiene el crecimiento de los pánicos morales y la tipificación social.

En resumen, se puede pensar que la reacción de la sociedad afectó la naturaleza, el alcance y la evolución de las conductas desviadas durante la fase de impacto de las siguientes maneras:

1. La reacción de la sociedad en general y del inventario en particular:
   (a) reforzó y magnificó la predisposición a esperar que hubiera problemas: «va a pasar algo»;
   (b) aportó el contenido de los rumores y del proceso de *milling*, y de ese modo estructuró ese «algo» transformándolo en una desviación potencial o real; dichos rumores e imágenes facilitaron la desviación mediante la consolidación de los grupos y la validación de sus estados de ánimo y acciones;
   (c) creó un conjunto de símbolos identificables culturalmente que estructuraron aún más la situación y legitimaron la acción.
2. La presencia de un público alentó la desviación y contribuyó a la escalada de violencia.
3. Los medios de comunicación masiva en general:
   (a) operaron para difundir los hechos;
   (b) produjeron conductas orientadas a la publicidad mediática;
   (c) crearon un efecto de desencadenamiento o contagio, por el cual se expandió la creencia hostil y los participantes se movilizaron para la acción;
   (d) proporcionaron los contenidos para el juego de roles de los desviados mediante la transmisión de expectativas estereotípicas sobre cómo actúan las personas que interpretan los papeles de desviados;
   (e) junto con la explotación comercial, magnificaron la dicotomía entre los Mods y los Rockers y dotaron a los grupos de una estructura y un etos común mayores que los que poseían al principio;
   (f) junto con la explotación ideológica, profundizaron la polarización de los desviados contra la comunidad.
4. Los agentes de control:
   (a) «crearon» la desviación mediante la aplicación de la lógica situacional a la imposición del orden público;
   (b) puesto que el control era injusto, indiscriminado, ineficaz, se basaba en la atribución espuria y estaba sobre dramatizado (o se lo percibía en esos términos), repetían los efectos de 3 (e) y (f), y de ese modo, unificaban una multitud amorfa convirtiéndola en una colectividad más compacta, hostil y polarizada.

© gedisa
© gedisa

6

CONTEXTOS Y CIRCUNSTANCIAS: LOS JÓVENES EN LA DÉCADA DE 1960

Desentrañar los motivos por los que la sociedad reacciona de determinada manera ante una forma de desviación o un problema social no es menos difícil que comprender por qué se produce un comportamiento o una condición. En este último capítulo, quisiera proponer algunas de las causas de las reacciones contra los Mods y los Rockers y situarlas en el contexto histórico y cultural específico en el que tuvo lugar el fenómeno. La pregunta que tenemos que hacernos no es la que se plantearía desde una perspectiva transaccional (por qué se consideraba desviada la conducta, cuya respuesta es bastante obvia), sino por qué la reacción adoptó la forma particular y la intensidad que adoptó en ese momento en particular. ¿Qué fue lo que provocó las respuestas de la cultura del control, los comentarios de los magistrados de Margate, la indignación de personas como Blake o la descripción de los incidentes en un editorial de un periódico de Brighton como «sin parangón en la historia de Inglaterra»?

Modelos tales como el de la amplificación de la desviación resultan incompletos si no se los sitúan en el contexto de dichas preguntas. Hasta aquí, hemos analizado los objetos del pánico moral mediante una serie de metáforas de índole variada: como manchas de Rorshach, demonios populares, actores en un escenario, imágenes parpadeantes en una pantalla. Después de todo, es así como los veía la sociedad: como imágenes procesadas. Pero tanto las imágenes como el modo en que se reaccionaba a ellas eran creaciones sociales y (sin entrar en consideraciones metafísicas sobre qué es la realidad «verdadera») debemos buscar los contextos sociales reales de esta creación. La principal crítica al tratamiento que los medios de comunicación les dan a temas como la desviación, los problemas sociales y la política es justamente que no se presentan marcos explicativos alternativos. No se trata sólo de una cuestión de falta de imparciali-

© edebé

dad, confianza o justicia, sino del empleo de modalidades y marcos estereotípicos de presentación como el del «suceso informativo», que prácticamente niega la posibilidad de que el consumidor obtenga una perspectiva seria sobre el contenido social que subyace a lo que se está informando.

Esta unidimensionalidad no es una característica exclusiva de los medios, pues también se observa en algunas teorías sociológicas de la desviación. Una crítica frecuente a las teorías transaccionales es que restan importancia al papel que les cabe a los orígenes de las conductas contra las cuales se reacciona y de ese modo, ofrecen una imagen asimétrica de la transacción. Lo que critico aquí es que lo que suele quedar sin explicar es la propia reacción. Modelos como el de la amplificación de la desviación sirven para explicar lo que sucede dentro de la maquinaria (las respuestas durante la secuencia de reacción), pero no por qué se produce la reacción inicial, y aún menos, porqué llega a su fin la secuencia global. Para abordar estos problemas tenemos que dirigir la mirada fuera de la maquinaria y del teatro.

La aparición de los mods y los rockers

Los temas del bienestar económico y la juventud (el segundo casi siempre subordinado al primero) dominan la mayoría de los análisis del cambio social en la Gran Bretaña de posguerra. En la retórica popular, aparecieron bajo la consigna «Nunca habían estado tan bien», del primer ministro Macmillan; en la versión sociológica, bajo la forma del debate sobre el aburguesamiento. Cualquier análisis, por ejemplo, de cómo los medios del momento trataron de interpretar y dar una explicación política de lo que ocurría tendría que dar cuenta del tema global de los cambios en el estilo de vida que siguió al del «bienestar económico». Concretamente, habría que concentrarse en el mito de la cultura adolescente no asociada con ninguna clase social y el modo en que fue perpetuado por los medios de comunicación. En un principio, la juventud (incluso si resultaba problemática, y tal vez especialmente en esos casos) era la manifestación suprema, más glamorosa y más interesante desde el punto de vista informativo del tema del bienestar económico. Un importante estudio de la prensa popular en el

periodo 1935-1965 recurre con razón al tema de la juventud como metáfora del cambio social.[1]

Antes de la guerra, los mayores de veinte años eran quienes gozaban de mayor poder adquisitivo. Ningún grupo etario hacía intentos deliberados de aislarse de la cultura dominante ya sea en materia de moda o de lealtad simbólica. Entre los años 1945 y 1950, se sentaron las bases para el cambio mediante una multitud de variables económicas y demográficas. Había una generación numerosa de adolescentes solteros (de entre 15 y 21 años) cuyo salario medio real había aumentado el doble que el de los adultos. Esta emancipación económica relativa creó un grupo sin muchas ataduras o responsabilidades sociales y cuya etapa de desarrollo no podía ser contenida por la familia nuclear de clase trabajadora.

En muy poco tiempo, el adolescente ideal fue presentado en términos de consumo. Como recompensa por la producción en serie, tendría acceso al espectáculo de los bienes de consumo que el mercado podía ofrecerle, y además, presentárselos y exhibirlos en una forma diseñada especialmente para él. Esto no equivale a decir que fuera meramente «explotado» o «manipulado»; tales conceptos, sobre todo cuando se los aplica a la música pop, resultan demasiado básicos para reconocer que el consumidor adolescente es también un agente activo en la medida en que crea modos de expresión que reflejan su experiencia cultural.[2]

Pronto se empezó a asociar los estilos emergentes con valores desviados o desaprobados en el plano social. Los Teddy Boys fueron el primer grupo en mostrar la novedad simbólica que representaban (que, sin duda, era considerable) con gestos de rebeldía, ira o separación. Tal como ocurrió más adelante con los Mods y los Rockers, tales estilos emergentes quedaron confundidos para siempre con otros fenómenos. Por un lado, se los confundió con el tema de la juventud en general: «juventud de sangre caliente», «es un signo de los tiem-

[1] Véase Stuart Hall (1971), «Introducción» a *The Popular Press and Social Change 1935-1965*. Inédito. Centro de Estudios Culturales Contemporáneos, University of Birmingham.

[2] Uno de los pocos intentos serios de abordar los aspectos creativos y comerciales de la música pop en este país es Dave Laing (1969), *The Sound of Our Time*, Londres, Sheed & Ward. Los capítulos 9 («Notes for a study of the Beatles») y 10 («My generation», que se ocupa de los Rolling Stones y TheWho) son importantes aportes para comprender el fenómeno Mod.

© gedisa
© gedisa

pos», «bienestar económico»... Por el otro, desde un punto de vista perceptivo quedaron asimilados a los problemas de delincuencia juvenil cotidiana, los problemas mundanos que debe atender el sistema de control y que constituyen la mayor parte de sus tareas, y que poco tienen que ver (y nunca lo tuvieron) con los problemas consignados en los titulares de periódicos, que son el principal componente de los pánicos morales. Antes de relevar los antecedentes estilísticos puntuales de los Mods y los Rockers, es necesario hacer una descripción general de las relaciones entre la cultura juvenil y la delincuencia juvenil marginal y violenta.[3]

La forma más superficial de identificar tal relación es a través de los temas «no es sólo esto» y «juventud de sangre caliente», es decir, los supuestos de que la cultura adolescente es, primero, homogénea, y segundo, congruente con valores propios de los delincuentes juveniles o desviados. El argumento es que ante la falta de una transición ritualizada hacia la condición adulta plena, se genera un limbo que se caracteriza por el conflicto, la incertidumbre, la rebeldía y la desviación. Una cultura juvenil autónoma, que encarna valores que aíslan al grupo de los problemas de la transición hacia la edad adulta, constituiría el origen de diversas formas de desviación, como la delincuencia juvenil, el radicalismo estudiantil y el abandono escolar vinculado con el consumo de drogas. Según esta visión, tales manifestaciones se encuentran exacerbadas por el nuevo bienestar económico, como lo consignan los temas del «aburrimiento» y el «bienestar económico».

Pero la explicación anterior resulta bastante engañosa. En ella se omite incluir las formas en que la sociedad adulta emplea activamente de la idea de la adolescencia en general, y de la cultura juvenil en particular, para neutralizar cualquier conflicto generacional. Los jóvenes son relegados a un mundo aparte con sus propias preocupaciones, se frustra su ingreso al mundo adulto y se los recompensa por su dependencia. La cultura adolescente los convierte en marginados

[3] La descripción se basa en un análisis algo más completo, que forma parte de mi trabajo «Breaking out, smashing up and the social context of aspiration», en *Working Papers in Cultural Studies*, primavera de 1974, págs. 37-64. Mi abordaje del problema es en esencia el mismo que el de Paul Goodman (1956) en su clásico *Growing Up Absurd* (Nueva York, Random House) y el de David Downes (1966), referido en forma más puntual a la delincuencia juvenil en Gran Bretaña, en *The Delinquent Solution*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

© gedisa

inútiles.[4] La cultura en sí no es homogénea; aunque los artefactos que la caracterizan adolezcan de ese carácter desabrido que les da el no pertenecer a ninguna clase, está fuertemente estratificada según criterios de clase, regionales o educativos, entre otros. Por otra parte, ya desde su creación en la década de 1950, un amplio sector de la cultura del entretenimiento adolescente se ha caracterizado por ser conformista por naturaleza, y conspicua por su pasividad y adhesión a los valores adultos. Los primeros héroes pop encarnaban los valores netamente conservadores que transmiten las historias de éxito de quienes son descubiertos y triunfan: Tommy Hicks, marino mercante de Bermonsdey, se transformó en Tommy Steele; Harry Webb, empleado en una fábrica de Chehunt, se transformó en Cliff Richard, y así sucesivamente.[5] La tendencia se prolongó en la década de 1960, a través de distintos grupos de Liverpool, y luego Tom Jones, Lulu, Engelbert Humperdinck y otros. Digan lo que digan los apologistas y defensores de la escena pop, no eran sólo las mamás y los papás los que compraban esos discos.

Es muy probable que en la actualidad que en la actualidad otras corrientes hayan copado la escena. Pero sus vínculos con la delincuencia juvenil no se basan en la simple extrapolación del mensaje a la conducta como se suele suponer. Es precisamente a algunas de las complejidades de la relación entre clase social, cultura adolescente y lo que llamaré *delincuencia juvenil marginal expresiva* a lo que quisiera referirme. El foco no es la delincuencia juvenil cotidiana y mundana (que se dedica básicamente a delitos contra la propiedad), sino otras conductas etiquetadas diversamente como vandalismo, desorden público, desmanes, y en las que se incurre en la adolescencia media y tardía. Más específicamente, me ocuparé de aquellas manifestaciones de estas conductas asociadas con estilos simbólicos colectivos. Tales conductas no deben explicarse como *exclusivamen-*

[4] Es la perspectiva sobre la adolescencia adoptada en Frank Musgrove (1964), *Youth and the Social Order*, Londres, Routledge & Kegan Paul. Véanse también los distintos escritos de Edgar Friedenberg.

[5] Otros análisis sobre los «Dream Boys» y los «Ordinary Kids» de la década de 1960 pueden encontrarse en Nicholas Walter (1963), «The young one», *New Society,* 28 de febrero. La obra de Ray Gosling es prácticamente la única que se ocupa de analizar este periodo, cuando llegaba a su fin. Véanse «Lady Albermarle's Boys», *Young Fabian Pamphlet*, enero de 1961 y «Dream Boys», *New Left Review, 3,* mayo-junio de 1960, págs. 30-35.

© gedisa

te instrumentales o expresivas, sino como ambas cosas a la vez; estas dos rutas paralelas que conducen a los episodios de los Mods y los Rockers requieren un análisis aparte.

Un problema y una solución

La ruta instrumental es aquella en la que se concentran los teóricos subculturales que se ocupan de la delincuencia juvenil.[6] El argumento es que aunque crecer en una sociedad industrial presenta ciertos problemas comunes, la diversidad estructural y normativa de nuestra sociedad hace que los problemas se vivan de forma distinta, sobre todo en las distintas clases sociales, y reduce el número de soluciones disponibles. En los últimos quince años, una oleada de adolescentes de clase trabajadora ha transitado el sistema escolar sin mostrar adhesión a sus valores ni internalizar sus aspiraciones. Apenas pueden, dejan sus estudios, pues perciben con acierto qué implicancias tiene para su vida futura la educación que recibieron. Como señala Downes, el trabajo no les causa una desilusión mayor que la educación: los puestos que consiguen son aburridos y tediosos. El dinero se transforma (y con razón) en el criterio laboral prácticamente más importante. Hay una sensación de prescindencia y desgaste individual, una deriva de un trabajo a otro sin ninguna expectativa de que el siguiente sea más interesante que el anterior. En palabras de Goodman, nadie pregunta si el trabajo que hace es valioso, digno, útil, honroso: uno crece sabiendo que durante sus años productivos, se va a pasar ocho horas todos los días haciendo algo que no sirve.

Todo lo anterior, se podría apuntar, no tiene nada de nuevo: ¿a cuántas personas les parece que su trabajo es valioso y digno? Y, además, ¿hubo algún momento en que los adolescentes no fueran excluidos de las carreras educativas y ocupacionales convencionales? Sin embargo, en los últimos quince años apareció un elemento novedoso, la cultura adolescente masiva, que plantea nuevas aspiraciones. Hay que ser precavido y no exagerar la universalidad de

[6] Este análisis se basa principalmente en la obra de Downes y su desarrollo por Peter Willmott (1966), *Adolescent Boys of East London* (Londres, Routledge & Kegan Paul) y David H. Hargreaves (1967), *Social Relations in a Secondary School* (Londres, Routledge & Kegan Paul).

© gedisa

los efectos de dicha cultura: no funciona como modeladora directa de aspiraciones en el sentido de crear deseos concretos, como por ejemplo, ser estrella pop, y de hecho, apenas ha penetrado algunas zonas de clase obrera tradicionales y regiones subdesarrolladas como el noreste de Inglaterra. Pero desde un principio sus manifestaciones fueron omnipresentes. No había rival posible para la nueva constelación brillante, en ninguna de sus modalidades: ni la cultura tradicional de la clase obrera, ni el servicio juvenil, ni la participación política o comunitaria. Si bien en apariencia se trata de una cultura que no está asociada con ninguna clase social en particular, su significado difiere según las clases. El adolescente de clase media siempre tuvo otras alternativas: la satisfacción por medio de la educación o el trabajo, o soluciones «constructivas» como el trabajo social comunitario, las caminatas de beneficencia o programas como el del duque de Edimburgo.* (Es reciente la participación colectiva de este grupo en actividades que lo dejan expuesto a la condena pública, como el consumo de drogas y la reacción organizada contra la regimentación de la escuela.)

Lo único que tenía el adolescente de clase trabajadora era su ciudad. Y allí (desde la monotonía de los cafés de la década de 1950 hasta las formas de entretenimiento más sofisticadas de la década siguiente) los caminos han quedado bloqueados. Son escenarios que ofrecen pocas oportunidades de diversión, autonomía y sensación de acción. O bien no había absolutamente nada que hacer, o lo que había era aburrido y mediocre. No tenía ni el dinero para participar, ni el talento, la suerte o los contactos personales para triunfar. Por eso, ante metas de diversión que no podía alcanzar, con poco compromiso o apego hacia otros, su situación bordeaba en la desesperación.[7] Se veía como un efecto más que como una causa, mangoneado por «ellos». En vez de aceptar la situación, en vez de no hacer nada al respecto, se fabricó sus propias emociones, hizo que de la nada surgiera algo.

Es precisamente esta la forma que adoptaron los acontecimientos en las playas. No quiero decir con esto que haya que leer en la situa-

* En G.B., programa que recompensa a jóvenes de 14 a 19 años que realicen actividades de voluntariado, físicas, de destrezas o de expedición en el marco de distintos proyectos locales. [T.]

[7] La noción de estado de desesperación que precede a la deriva hacia la delincuencia juvenil proviene de David Matza (1964) en *Delinquency and Drift*, Nueva York, John Wiley.

© gedisa

ción una sofisticación y conciencia que, de hecho, estaban ausentes en los propios participantes. A mediados de la década de 1960, los Mods eran perfectamente conscientes de lo absurdo de su problema y su solución. Era el estado de ánimo característico que describí en el capítulo anterior: la deriva, la aparente falta de objetivos, la esperanza siempre presente pero en cierto modo desesperada de que algo pasara y, en última instancia, la disposición para hacer que ese algo pasara. Si uno le preguntaba a un muchacho o una joven en una esquina, en la playa, en un Wimpy,* en un patio de juegos, en el muelle, en la discoteca, qué querían hacer, la respuesta era «nada». Y había que entender esa respuesta en forma literal. Lo único que les quedaba era hacer un gesto, meterse de manera deliberada en situaciones de riesgo, donde patear a alguien tirado en el suelo, arrojar rocas, lanzar a una chica al mar podían verse por lo que eran. Agréguense a este elemento volitivo los deseos concretos de cambio y libertad durante los días de fiesta, alejarse de casa, el romanticismo de dormir en la playa o compartir una cama entre cuatro en una pensión de mala muerte, encontrar una chica, comprarse píldoras. Uno elegía estas cosas, pero al mismo tiempo, estaba en una sociedad cuya estructura había impuesto fuertes restricciones a lo que uno podía elegir y se encontraba en una situación donde las fuerzas deterministas existentes (la falta de lugares de diversión, el accionar policial, la hostilidad de los residentes locales) no dejaban muchas opciones.

El estilo

Los primeros signos de lo que estaba sucediendo, los primeros murmullos de separación que luego serían expresados de manera tan explícita y vehemente por grupos como los Rolling Stones o The Who, aparecieron con los Teddy Boys. Fueron el primer grupo que creó un estilo propio, aunque era tanto contra los «adultos» que reaccionaban, sino contra lo poco que se les ofrecía en la década de 1950: el café, la ciudad desolada, la cultura pop de los salones de baile Locarnos y Meccas para los mayores de veinte años.[8] Habían adaptado su estilo de un grupo social diferente (el dandy eduardiano), y su exageración y ritualización se reflejaban en las actividades del grupo: una cierta dosis de brutalidad, insensibilidad, indiferencia y hasta estoicismo.

Aunque en menor medida de lo que la gente (y la prensa) imaginaba, la violencia estaba allí y provocaba un nivel de miedo suficiente para desatar un pánico moral.[9] Nunca sucedió nada tan dramático como el episodio de Clacton que «creó» a los Mods y los Rockers, pero el estilo de los Teddy Boys también quedó claramente determinado por la reacción de la sociedad ante sus primeras manifestaciones. Las innovaciones estilísticas eran vistas (y con buenos motivos) no sólo como una cuestión de vestimenta, sino como precursoras de un nuevo modelo cultural que era necesario tomar en cuenta al trazar las líneas normativas de la sociedad.

Los héroes de la década de 1950 estaban cortados por el molde de lo salvaje y lo sofisticado; los modelos más perfectos eran Brando y Dean, y su equivalente musical, Presley. Pero mientras que este tipo surgió de muchas corrientes más complejas en EE.UU., y apuntaba hacia ellas, el Teddy era extremadamente básico en cuanto a lo que representaba. Habría sido difícil predecir, a partir de las películas *Rock Around the Clock, Disc Jockey Jamboree* [conocidas en castellano como *Al compás del reloj* y *Jamboree,* respectivamente] y del ruido que a veces las acompañaba, la proliferación, confusión y posterior ordenamiento que se produciría en la escena juvenil en los años siguientes.

Los Mods surgirían de lo que Nuttall llama el estilo *clásico*, en oposición al *romántico*. El estilo del Teddy Boy, nacido de lo que entonces eran las tradicionales zonas de clase obrera del sur de Londres, terminó (como suele ocurrir en los momentos finales de las modas en el vestir) en extremos grotescos que dieron lugar al *drape suit** «reformado». Fue en ese momento en que el nuevo adolescente de fines

* En G.B., cadena de restaurantes de comida rápida. [T.]

[8] Para esta sección, me baso en los escritos Jeff Nuttall; véanse en especial *Bomb Culture*, Londres, Paladin, 1970 y «Techniques of separation» en Tony Cash (comp.), *Anatomy of Pop*, Londres, BBC Publications, 1970. Acerca del periodo anterior, una vez más, Ray Gosling constituye una fuente inestimable; véase su autobiografía *Sum Total*, Londres, Faber & Faber.

[9] Para más detalles, véase Paul Rock y Stanley Cohen, «The Teddy Boy», en V. Bogdanor y R. Skidelsky (comps.), *The Age of Affluence: 1951-1964*, Londres, Macmillan, 1970.

* Estilo de traje masculino característico de la década de 1930, popularizado por Fred Astaire. [T.]

© gedisa
© gedisa

de la década de 1950, personificado a la perfección en la estilizada novela *Absolute Beginners [Principiantes]*, de Colin Macinnes,[10] empezó de verdad a reclamar sus derechos. Estos jóvenes eran agudos y seguros, pero también torpes y poco sofisticados, si se los compara con sus pares norteamericanos. Ni siquiera en las clases medias de la época se podía encontrar a un tipo con la sofisticación y la onda de Holden Caulfield, de Salinger. Adoptaron lo que durante un tiempo breve se llamo un estilo «italiano» de vestimenta, se arrojaron en el mundo de los bares Expresso, y en términos musicales, preferían el *rhythm and blues*, sobre todo las bandas pequeñas, a los excesos ruidosos del rock.

Algunos, como Nuttall, consideran que estos jóvenes (y no los Rockers, como se creía popularmente) fueron los verdaderos descendientes del Ted. Heredaron de ellos la vanidad, la seguridad y el gusto por lo recargado; eran demasiado delicados para los cafés de las carreteras que en esa época atraían a otros grupos. A principios de la década de 1960, los cambios se difundían con velocidad, la cultura juvenil se abría a nuevas influencias y era difícil distinguir los distintos tipos. Ya empezaban a aparecer en escena los estudiantes de las escuelas de arte y los que abandonaban la universidad, y en el plano de la música, el foco se alejaba tanto del *rock* estridente como de la tradición de la balada conformista, y tras una breve moda del *jazz* callejero, se centraba en grupos locales como los Beatles, los Kinks, los Pretty Things, los Rolling Stones. Un ambiente de resplandor e histeria se empezó a reunir en los clubes nocturnos de Londres como el Flamingo o el Marquee. Es aquí donde comenzó la era Mod, que llegó a su punto más alto en 1963.

Mientras tanto, los Rockers evolucionaban. Había razones para pensar que se asemejaban a los Teds en por lo menos dos aspectos: eran, en muchos sentidos, los *lúmpenes*, los que no se habían dejado atrapar por la nueva imagen adolescente personificada por los Mods; además, eran más extrovertidos y directos, más cercanos a la imagen ruda de los años anteriores. Pero, como destaca Nuttall,

[10] Colin MacInnes (1959), *Absolute Beginners*, Londres, MacGibbon & Kee. Véanse también los ensayos, sobre todo «Sharp schmutter» (sobre el estilo de vestimenta, a fines de la década de 1950) en *England, Half English*, de MacInnes (Harmondsworth, Penguin, 1966). Se trata de los análisis más interesantes de la juventud en Inglaterra durante la etapa indefinida de transición entre el Ted y el Mod.

© gedisa

no eran simples Teds convertidos: había en ellos una inclinación por la vertiente romántica en su añoranza de la crudeza inicial del *rock* puro. Sus modelos transicionales (como lo había sido el estilo italiano para los Mods) eran los *ton-up boys* de las carreteras. Estos muchachos vieron cómo los Teds se volvían demasiado respetables (algunos años antes de que terminara la década, los trajes Teddy ya se encontraban a la venta en ferias o de segunda mano) y recurrieron directamente al conocido tema norteamericano de los «salvajes»: el cuero negro, las motos, las tachas. Lejos de la ciudad y de los cafés, su lugar eran las carreteras y las cafeterías que allí se encontraban. Las más legendarias, como la Busy Bee y la Ace, en el sector sur de la carretera M1, siguen siendo, más de diez años después, altares para los fieles. El nombre «Rockers» (derivado, claro está, de la lealtad al *rock* original) era simplemente el que se le dio al grupo y el que ellos adoptaron.

Por ello, dejando de lado todos los demás cambios significativos que empezaban a ponerse en marcha, hacia 1962-1963 la división entre Mods y Rockers ya existía. Pero (y esta es una cuestión que todos los analistas, aun los más sensibles a los matices de dicha división, pierden de vista) *no* era una división entre la totalidad de los adolescentes, y lo que es más importante, la división no era un hecho del que la sociedad en general tuviera conocimiento en ningún sentido significativo. Para los propios grupos, en cambio, la división ya era bastante clara:

> «Mod» era sinónimo de afeminado, creído, emulador de las clases medias, aspirante a una sofisticación competitiva, esnob, falso. «Rocker» era sinónimo de ingenuo incorregible, tosco, desarreglado, y sobre todo, traidor: pues los Mods... querían que el grupo rebelde tuviera una buena imagen, la imagen elegante y refinada que compensaría la condescendencia adulta por la cual se podría desarmar el mundo cada vez más consciente de sí del adolescente.[11]

Pero la forma en que los jóvenes se veían a sí mismos nunca fue parte de la consciencia de los demás. Y también se debe comprender la situación totalmente desigual entre los grupos hacia 1963. Los Rockers habían quedado fuera de carrera: parecían pasados de moda y sin glamour sólo por estar más atados a su clase social. Las

[11] Nuttall, *Bomb Culture*, *op. cit.*, pág. 333.

© gedisa

imágenes de patanes y gamberros que habían heredado de los Teds no contribuían a su popularidad. Los Mods, por su parte, eran la vanguardia y aunque su estilo original era muy auténtico, pasaron a dominar la escena como consecuencia de la explotación comercial. Era la era Mod, los años locos y frenéticos de discotecas abiertas toda la noche en el West End de Londres y en las nuevas ciudades del sur de Inglaterra, los peines de acero, las *purple hearts*, el clima al borde de la histeria, capturado con tanta perfección por Tom Wolfe en su descripción del «trance kinético» en Tiles, en Oxford Street, en la crónica «The noonday underground».[12]

La vida en esos escenarios («Doscientos cincuenta muchachos y muchachas oficinistas, empleados de grandes tiendas, chicos de recados, miembros de la inmensa fuerza laboral de adolescentes que dejan de estudiar a los quince años, y se reúnen en esta cueva, Tiles, en mitad del día»)[13] era literal y metafóricamente subterránea. En un plano superficial, la intensidad de lo Mod quedaba diluida, aunque muy levemente, por el comercialismo: Carnaby Street, Cathy McGowan, Twiggy, las radios a transistores siempre sintonizadas en Radio Caroline (en el aire desde Semana Santa de 1964), *boutiques*, los extravagantes terciopelos, satines y colores de los Mods más exuberantes de las primeras épocas. Hacia mediados de 1964, había por lo menos seis revistas dedicadas casi enteramente a los Mods, las semanales con una circulación de unos 500.000 ejemplares, las mensuales de unas 250.000. También estaba «Ready, Steady, Go», un programa de televisión dirigido básicamente a los Mods, con una revista asociada al programa, y que organizaba el famoso Baile Mod en Wembley. Era la época en que se decía que grupos enteros de chicos en los colegios, incluso escuelas enteras y hasta barrios o urbanizaciones se habían «vuelto Mod».

Dada la rapidez con la que se sucedían los hechos, no es de extrañarse que la persona ajena a ellos no se diera cuenta de los cambios menos superficiales. A diferencia de los emprendedores comerciales (que lo comprendieron desde un principio), no le era posible ver el surgimiento de la joven de clase trabajadora, que accedió a su libertad económica relativa mucho después que su contraparte masculina. El mercado específico orientado a ella apenas terminaba de formarse y en muchos sentidos, el fenómeno Mod fue más femenino que masculino. Durante los fines de semana largos, la chica Mod de 15 años, con su maquillaje pálido y de máscara, sus pantalones acampanados, su pecho plano, sus grandes ojos pintados y su barata radio japonesa a transistores pegada a la oreja, dominaba la escena. De forma más patética y obvia que todos los demás, había sido estafada.

De las que eran como ella, el público en general sólo veía a las que triunfaban o estaban por triunfar. Como Linda, en el texto de Tom Wolfe: la chica de 17 años de Essex, que dejó de estudiar a los 15 años (como la mayoría de sus seis hermanos y hermanas) y se fue a trabajar de empleada, empezó a ir a Tiles, consiguió otro trabajo de vendedora en una zapatería en la arcada junto al club (por 9 libras y 10 chelines por semana), hasta que un día la vieron y publicaron una foto de ella «y Linda está *al borde*, podría convertirse en modelo o... en una *figura*, una celebridad, porque esas cosas pasan... Y sin embargo, Linda no parece preocuparse demasiado por ello».[14] Y las Linda eran pocas.

La persona ajena a la cuestión tampoco podía apreciar que la difusión había producido una segmentación pronunciada y rígida dentro del propio movimiento Mod. Casi desde sus comienzos, era clara la distinción entre la corriente más extravagante, atraída al mundo frívolo de las *boutiques*, el *camp*, lo que quedaba de los seguidores de las escuelas de arte. Eran muy distintos del grupo más severo, con sus *jeans* anchos, sus viejos anoraks del ejército o chaquetas de combate, su calzado de lona. Eran estos últimos los que, con sus Corgis o Lambrettas, se asociaba con los choques con los Rockers en las ciudades balnearias. De hecho, hacia 1964-1965, los así llamados Mods eran apenas reconocibles como tales. Aun dejando de lado grupos como los beats, los propios Rockers y la versión inglesa de plástico de los *flower children*, los animadores juveniles de Brighton pudieron distinguir por lo menos tres grupos: los *Scooter Boys [Muchachos de las motonetas]*, vestidos con pantalones sencillos pero elegantes y suéteres, más anoraks, a menudo con borde de piel, a los que por lo general no les interesaba la violencia, pero que tenían problemas con las fuerzas del orden por infracciones de tránsito; los

[12] Tom Wolfe (1968), «The noonday underground», en *The Mid Atlantic Man and Other New Breeds in England and America*, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1968.

[13] *Ibídem*, pág. 101.

[14] *Ibídem*, págs. 111-112.

© gedisa
© gedisa

Hard Mods [Mods duros], que llevaban borceguíes, *jeans* con tiradores, pelo corto, precursores de los Skinheads, quienes por lo general merodeaban en grupos grandes y parecían nerviosos, inseguros, algo paranoicos, con una alta participación en todos los disturbios; y los *Smooth Mods [Mods tranquilos]*, por lo general de mayor edad y en mejor situación económica, vestidos con elegancia, que se movían en grupos pequeños y cuyo principal interés era buscar chicas.[15]

Si es que se puede distinguir algún valor fundamental en este periodo, sin duda se trataba de valores congruentes tanto con el estilo que se elegía como con los problemas estructurales que se debía enfrentar. Se trataba de algo más que el rechazo de la ética del trabajo al que apuntaba el análisis de la situación del adolescente de clase trabajadora que expusimos más arriba. Estos grupos, como señala Dave Laing, no tenían ninguna convicción firme sobre la racionalidad de la división entre trabajo y ocio, producción y consumo. No ocupaban el papel de consumidor pasivo al que la sociedad los había condenado, tras lo cual los había condenado por dedicarse al ocio: «Puesto que ya no creían en la idea del trabajo, pero debían someterse a la necesidad de trabajar, no eran consumidores pasivos como lo eran sus mayores, entregados a la televisión y a la cerveza».[16] Laing cita a continuación un artículo de la revista *Heatwave* sobre «el programa de consumo furioso que parecía una parodia grotesca de las aspiraciones de los padres de los Mods».[17] Lo que los adultos veían en «Ready, Steady, Go» y en las playas era una versión estilizada de dicho programa. No podían ver que la ropa, las píldoras y sobre todo la música eran usadas activamente por los jóvenes como catalizadores y modos de expresión. Laing, Nuttall y otros estudiosos del tema ven con acierto que la esencia del potencial subversivo de los Mods no radica en los ocasionales estallidos de violencia en los que participaban, y mucho menos en el consumo de drogas (actividad que, por lo menos bajo la forma de consumo de píldoras, refleja la noción consumista burguesa de que es posible comprar las soluciones para los problemas), sino en su intento deliberado de vivir en el ocio: no sólo consumir, sino crearse como Mods. El hecho de que esa

[15] Para más detalles sobre todos estos tipos, véase *Brighton Archways Ventures Report*, vol. 3, cap. 4.

[16] Laing, *op. cit.*, págs. 150-151.

[17] *Ibídem*, pág. 151.

© gedisa

misma erosión de la ética del trabajo se verifique en otros grupos[18] no la vuelve menos significativa.

Es necesario dedicar algunos párrafos a una parte de la música de la época. Si analizamos dos bandas en particular (los Rolling Stones y The Who), además de realizar un análisis estilístico general, llegamos a las mismas rutas hacia las playas a los que llegan las teorías que proponen soluciones instrumentales. La música era mucho más importante para los Mods que para los Rockers, pero también que para los Teds, que no habían crecido como generación mientras se producía la explosión del rock. Si los Beatles sintonizaban con el etos en su forma más general (y fueron cambiando a medida que cambiaba), sus principales liberadores fueron los Rolling Stones. En palabras de Cohn, que lo formula en dos frases memorables, «generaron un clima de arrogancia adolescente totalmente inédito» y se estaban «convirtiendo en la voz del vandalismo».[19] El título de la canción *«Get Off my Cloud» [«Bájate de mi nube»]* podría haber sido el leitmotiv de los primeros años de de la cultura juvenil separatista, pero más allá del tema de la separación, lograban expresar muchos de los otros estados de ánimo dominantes. La suya era la voz de la arrogancia y del narcisismo que celebraban los primeros Mods; de la agresión y la frustración (captadas en especial en *«I Can't Get No Satisfaction»[«No puedo alcanzar goce»]*, canción que se refiere sólo en parte a la frustración sexual); del cinismo (como en *«Mother's Little Helper», [«Pequeño ayudante de mamá»];* y a veces se convertía en un grito de euforia por haber podido frustrar los intentos de manipulación por parte del mundo adulto. Volviendo al argumento de Downes, se puede ver que eran estados de ánimo «que se adecuaban» a lo que los jóvenes querían hacer con su cultura. Los orígenes de los Stones eran complicados (ex alumnos de escuelas de

[18] Véase, por ejemplo, Roger Williams y David Guest (1971), «Are the middle classes becoming work shy?», *New Society*, vol. 18, nº 457 (1º de julio), págs. 9-11. Es necesario, desde luego, plantear los interrogantes sobre la supuesta adhesión de grupos particulares al etos del trabajo en un contexto teórico que reconozca las inconsistencias y contradicciones en los sistemas de valores sobre el ocio. El análisis clásico es David Matza y Gresham Sykes (1961), «Juvenile delinquency and subterranean values», *American Sociological Review,* octubre, págs. 712-719.

[19] Nic Cohn (1970), *Awopbopaloobop Aloopbamboom*, Londres, Paladin, pág. 141 y pág. 145. Para un análisis más completo de The Who, véase Gary Herman (1971), *The Who*, Londres, Studio Vista.

© gedisa

arte, Jagger un ex alumno de la London School of Economics) y los caminos que iban a recorrer lo eran aún más, hasta abandonar el abordaje purista del rythm and blues que los caracterizó en un principio. En cambio, The Who eran pura y absolutamente Mod. Eran todos oriundos del barrio londinense de Shepherds Bush, «una de las principales ciudadelas Mod»,[20] y representaban sin ambigüedad y sin complicaciones a los nuevos consumidores. Aunque los encargados de representarlos y administrarlos fueron luego empresarios de la escena de la *Swinging London*, todos ellos de clase media, The Who reflejaban en forma explícita sus orígenes, cantaban sobre ellos y los entendían, cualidad casi inexistente en el mundo del pop.

Compartían la ira y la agresión de los Stones, pero no la actitud cínica en sus ataques a la sociedad de bienestar, como tampoco la arrogancia y seguridad de Jagger. El estado de ánimo dominante era la inseguridad, el nerviosismo y la inquietud de los Mods duros, y una tensión y dificultad de expresión algo amenazantes. Esto ya se veía en las primeras canciones como *«I Can't Explain» [«No puedo explicar»],* su primer álbum, y siguió en «Substitute» *[«Sustituto»]* («Las cosas simples que digo son todas complicadas») para alcanzar un clímax de convulsión con *«My Generation»[«Mi generación»],* himno de batalla de Pete Townsend acerca de tensiones no resueltas e irresolubles, que más que ninguna otra canción, fue la banda de sonido de Brighton, Margate y Clacton. Hoy, seis años después, The Who todavía la cantan en la mayoría de sus conciertos en vivo, y la orgía de instrumentos destrozados y coros ensordecedores con la que culmina, transmite el mensaje con la misma precisión que la letra:

> La gente trata de degradarnos
> sólo porque hacemos lo que nos da la gana.
> Las cosas que ellos hacen parecen tan frías
> que espero morirme antes de llegar a viejo.
> Ésta es mi generación, nena,
> ¿por qué no desaparecerán todos?
> No traten de entender lo que decimos,
> no estoy tratando de causar una gran sensación,
> estoy hablando de mi generación.

[20] *Ibídem,* pág. 164.

© gedisa

> Ésta es mi generación, nena,
> mi generación.

Aunque The Who también avanzaron en nuevas direcciones, el espíritu sigue en pie y la ira balbuciente no es mucho menos pronunciada. En una entrevista clásica publicada en la revista *Rolling Stone* en 1968, citada por Dave Laing y muchos otros, Pete Townsend ratifica la influencia perdurable de la experiencia Mod:

> A mí me afectó de una manera increíble porque me sigue incentivando todo el tiempo, porque cada vez que pienso, «La juventud de hoy nunca va a conseguir nada», me pongo a pensar en ese gesto impresionante que hubo en Inglaterra. Fue lo más parecido al patriotismo que jamás haya sentido.

A este mismo gesto lo llevó mi análisis de los problemas instrumentales del adolescente de clase trabajadora a mediadas de la década de 1960. Es así que, por un camino distinto, llegamos a las playas, a los escenarios donde comenzó este libro. Hacia 1964, los Rockers, como señala Nuttall, «parecían casi entrañablemente toscos»:[21] eran cada vez menos, pero peleaban con la obstinada amargura de un grupo excluido del cambio social dominante. De no haber sido por la difusión que recibieron los primeros enfrentamientos con los Mods, su debilidad habría resultado más evidente y se habrían metamorfoseado con alguna otra variante de la tradición más dura. Por su naturaleza y sus orígenes, la posibilidad de que se hicieran más fuertes en forma autónoma (por ejemplo, consiguiendo nuevos adeptos) quedaba prácticamente fuera de cuestión. Una característica esencial de tales grupos es que se autolimitan.

De un modo distinto, la reacción también contribuyó a que los Mods continuaran su marcha. Hacia 1963, los símbolos todavía no se habían siquiera cristalizado: los periódicos seguían usando el término «Teddy Boys» para referirse a *ambos* grupos, o términos como chicos *ton-up* para referirse a los Rockers; como había sucedido en las primeras épocas de los eduardianos, el término «modernistas» aparecía sobre todo en las páginas dedicadas a la moda. Fue necesario un drama público para que cada grupo obtuviera su identidad de demonios populares. El argumento que expuse en este capítulo

[21] Nuttall, *Bomb Culture, op. cit.,* pág. 35.

© gedisa

ha sido que aunque resulta difícil separar los factores «endógenos» (la cultura juvenil, el lugar estructural de los adolescentes de clase trabajadora) de la reacción de la sociedad, dichos factores reciben su importancia inicial en la creación de tipos sociales. La atribución de identidades negativas a estos tipos depende, entonces, del pánico moral.

La sociología de los pánicos morales

Así como los Mods y los Rockers no surgieron de la nada, también se debe explicar de dónde surge la reacción de la sociedad, el pánico moral. Los magistrados, los editorialistas y los políticos no reaccionan como criaturas de laboratorio a las que se les presenta una serie de estímulos aleatorios, sino en términos de posiciones, condiciones sociales, intereses, ideologías y valores. Su reacción ante los rumores, por ejemplo, no depende sólo de la dinámica interna del proceso del rumor que se describió más arriba, sino más bien de si los rumores respaldan sus intereses particulares.

Los fundamentos de este pánico moral en particular deben analizarse en distintos niveles de generalidad. En el nivel más bajo, se encuentran los que son específicos del fenómeno de los Mods y los Rockers; en el más alto, principios abstractos que pueden aplicarse a la sociología de los pánicos morales en conjunto o, en términos más generales aún, a la teoría de las reacciones de la sociedad ante la desviación.

No voy a volver aquí sobre algunos de los procesos de menor orden que ya hemos tratado: cómo la ambigüedad de la situación de multitud se prestó a la propagación de los rumores de pánico, cómo los medios crearon las noticias y las imágenes que conformaron la base cognitiva para el pánico, cómo las presiones situacionales condicionaron la cultura del control. Un punto de partida en el nivel más alto debe ser el mismo que estructuró nuestro análisis de los propios Mods y Rockers, es decir, la utilización que se hizo del bienestar económico y de los temas sobre la juventud para conceptualizar los cambios sociales de la década.

La década de 1960 confirmaron una nueva era en materia de relaciones entre adultos y jóvenes. Los Teddy Boys (y sus pares europeos, los *Halbstarke,* los *Blouson Noir*) fueron las primeras advertencias en el horizonte. Las oscuras profecías anticipadas por todos se hacían realidad: salarios altos, la aparición de una cultura juvenil comercial que «accedía» a los deseos de los jóvenes, la elevación de unos desaliñados héroes pop a la condición de ídolos nacionales (que incluso recibían condecoraciones de Miembro del Imperio Británico), la «sociedad permisiva», el «consentimiento» del estado de bienestar: todo ello había llevado a estas consecuencias inevitables. Como me manifestó un magistrado en 1965, «la delincuencia juvenil quiere obtener demasiadas cosas con demasiada facilidad... la gente se va dando cuenta de cuáles son las cosas buenas de la vida... les corrimos las cortinas demasiado pronto».

Lo que los Mods y los Rockers simbolizaron fue más importante que lo que en realidad hicieron. Pusieron el dedo en la delicada y ambivalente llaga de la experiencia del cambio social en la Gran Bretaña de posguerra. Nadie quería depresiones ni austeridad, pero mensajes como el de «nunca habían estado tan bien» resultaban ambivalentes pues algunas personas estaban demasiado bien y demasiado rápido: «les corrimos las cortinas demasiado pronto». Resultaba fácil dirigir el resentimiento y la envidia contra los jóvenes, aunque más no fuera por su mayor poder de gasto y libertad sexual. Cuando se sumaba una violación más que abierta de la ética del trabajo y el ocio, con violencia y vandalismo, con la (aún) incierta amenaza del consumo de drogas, no era sólo la imagen de un fin de semana largo tranquilo junto al mar lo que quedaba hecho trizas.

Se podría argumentar que el momento de mayor ambigüedad y fue a principios de la década de 1960. Todavía no se habían trazado con claridad las líneas y, en rigor, la reacción fue parte ese trazado de líneas. Se puede pensar el periodo como un momento de lo que Erikson denomina «crisis de los límites», un periodo en el que la falta de certezas sobre sí mismo que sufre un grupo se resuelve mediante confrontaciones rituales entre los desviados y los agentes oficiales de la comunidad.[22] No hace falta recurrir a suposiciones conspirativas que plantean que de individuos desviados se eligen con el objeto de clarificar lineamientos normativos en épocas de tensión y ambigüedad en el plano cultural, para detectar en las reacciones a las declaraciones de los Mods y los Rockers sobre los límites morales cuál es

[22] Kai T. Erikson (1966), *Wayward Puritans: A Study in the Sociology of Deviance*, Nueva York, John Wiley.

© gedisa © gedisa

el grado de diversidad que se puede tolerar. Como señala Erikson, cuando los límites se desdibujan, las llamadas «olas delictivas» dramatizan las cuestiones en juego y constituyen un foro para formular esas cuestiones de manera más explícita. Hay dos cosas que podrían estar sucediendo:

> ... la comunidad comienza a censurar formas de comportamiento que han estado presentes en el grupo desde hace tiempo, pero que antes no habían llamado la atención, y... ciertos integrantes del grupo con una disposición previa a actuar en forma desviada saltan la brecha y comienzan a poner a prueba el límite en cuestión.[23]

Una vez más, la noción de la «disposición a la desviación» que «ponen a prueba límites» no debe interpretarse en forma demasiado literal. Basta con apreciar el potencial autónomo para la rebeldía entre los jóvenes para entender cómo se produce el espiral de conflicto. El verdadero demonio, cuyas formas trataban de determinar los primeros puritanos, era el mismo demonio que representaban los Mods y los Rockers.

Cabe señalar que la creación de chivos expiatorios y otras formas de hostigamiento tienden a producirse en situaciones de ambigüedad máxima. El hecho de que no quedara del todo claro qué era lo que habían hecho los Mods y los Rockers puede haber contribuido a aumentar la probabilidad de que hubiera una reacción extrema. Grupos tales como los de la muestra de Northview tenían una imagen muy difusa de lo sucedido, pero respaldaban la imposición de sanciones de un alto grado de punitividad. El mensaje que se filtraba confirmaba las sospechas de que no se podía esperar nada bueno de la nueva era. La amenaza que antes representaban los Teddy Bears ahora podía hacerse realidad y estaban dadas las circunstancias para que se afianzaran creencias como las expresadas en el tema «no es sólo eso».

Una vez que el fenómeno recibió un nombre, fue fácil identificar la forma del demonio. En este contexto, resulta significativo cómo se asoció la desviación con un estilo de moda. Los cambios en las modas no siempre se perciben simplemente como algo novedoso, un deseo de ser diferente o llamar la atención, o como modas que tarde o temprano desaparecen. Podría pensarse que significan algo más

[23] *Ibídem,* pág. 69.

© gedisa

profundo y permanente (por ejemplo, «la sociedad permisiva»), y en términos históricos, los cambios estilísticos siempre representaron compromisos o movimientos de índole ideológica. Así, por ejemplo, los *sans coulottes* de la Revolución francesa llevaban pantalones largos en lugar de las calzas convencionales como símbolo de su radicalismo, y el estilo *Beatnik* estadounidense quedó identificado por ciertos signos de desafiliación.

Las modas de los Mod se interpretaban como representaciones de una transformación más trascendente que un mero cambio en la forma de vestir. La vistosidad de la imagen, los colores vivos y los artefactos con los que se los asociaba, como las motonetas, representaban todo lo que causaba rechazo del adolescente con dinero. Surgían, además, nuevas inquietudes, como las que provocaban la confusión sexual en el vestir y en los peinados: el muchacho Mod con pantalones color pastel y el rostro maquillado, las chicas con el pelo corto y su aspecto asexuado y sin curvas. La mera uniformidad en la vestimenta constituía un factor importante en la percepción de la amenaza: los anoraks baratos, fabricados en serie, de colores similares, y los grupitos de muchachos montados sobre sus Vespas cual patrullas de emboscada intimidatorias, daban la impresión de ser parte de una organización mucho mayor de la que jamás tuvieron, y por lo tanto, de representar una amenaza de mayor magnitud.

También es importante cómo un único incidente dramático (o, por lo menos, la información que se brindó sobre ese incidente) sirvió para confirmar la identidad desviada de los actores. Para volver a una analogía a la que recurrimos anteriormente, la situación era similar a aquella en la que un desastre natural hace surgir una situación o un conflicto que antes permanecía latente. El requisito de visibilidad (y el vandalismo es, por definición, público y visible), tan esencial para poder definir con éxito un problema, se cumplió desde el mismo principio. La acción colectiva de masas que en el pasado se llevaba a cabo en una pantalla pequeña, se desplegaba ante públicos que antes habían estado protegidos por barreras geográficas, etarias o sociales.

Esto nos lleva a otro de los motivos que determinan la forma de la reacción. El comportamiento se presentaba y percibía como algo más que una gresca entre delincuentes juveniles, y no parecía muy verosímil clasificar a los Mods y los Rockers como los típicos patanes de barrios marginales con los que se solía asociar ese tipo de

© gedisa

conductas. Parecían tener dinero, estar bien vestidos y arreglados y, sobre todo, gozar de una alta capacidad de movilidad. Habían salido de las zonas del East End de Londres bombardeadas durante la guerra y de las calles de Elephant y Castle. Era un tipo de vandalismo distinto de las variantes que se habían registrado en el pasado. Se podía tolerar las «travesuras» o «diversiones» del estilo de Oxford y Cambridge, a las que se asimilaba a la categoría de problema social no porque los desviados se encontraran protegidos por su poder relativo, sino porque eran actividades que se producían a una escala relativamente pequeña, eran aislados e invisibles. El estudiante se convirtió en demonio popular sólo cuando sus acciones adquirieron un carácter más político, más visible y más amenazador: Grosvenor Square, los disturbios de Essex y el affaire de Cambridge Garden House* fueron sus Clactons. Por su parte, aunque no se las tolerara, las pandillas callejeras de los barrios marginales y las urbanizaciones populares podían asimilarse a la delincuencia juvenil tradicional. Así es como se esperaba que actuaran los jóvenes de ese tipo de barrio / hogar / escuela. Pero ahora, las cosas pasaban demasiado cerca y tocaban de cerca. Ya no se trataba de unos marginales a los que se podía repudiar, sino de criaturas bastante reconocibles, y se sabía de dónde salían.

A la amenaza que suponía la novedad de la movilidad (había una obsesión con las motocicletas y motonetas en las que se movilizaban los jóvenes) y el escenario más amplio en el que se interpretaban estos actos, se sumaba la imagen de que con la aparición de la cultura adolescente, se rompían las barreras de clase. Tradicionalmente, se había atribuido el papel de desviado al varón urbano de clase baja, pero los Mods y los Rockers no eran fáciles de identificar en términos de clase: eran un grupo de impostores que recitaban un libreto que, como todo el mundo sabía, pertenecía a otros. Hasta su ropa estaba fuera de lugar: sin las chaquetas de cuero, no era fácil distinguirlos de los empleados bancarios. La inquietud que producen unos actores que no se encuentran del todo en su lugar puede producir una hostilidad mayor. Las acciones de un grupo externo al propio simplemente se condenan y se sitúan en el esquema de las cosas, pero la desviación interna incomoda, representa una amenaza a las normas del grupo y tiende a desdibujar los límites con el grupo externo.

* Se trata de protestas estudiantiles en G.B. a fines de la década de 1960. [T.]

© gedisa

El Mod era un caso especial, pues por su aspecto se alejaba mucho del estereotipo de vándalo encarnado por el Teddy Boy o el Rocker. Tampoco tenía nada que ver con el Beatnik o el Hippy. Dave Laing atribuye el potencial subversivo del Mod al hecho de que pareciera una persona común. Salvo contadas excepciones, su forma de vestir era cuidada y sin exageraciones: «El aspecto de los oficinistas, mecanógrafos y vendedores era el de un joven normal, pero había algo en su forma de moverse que el adulto no terminaba de entender».[24] Su falta de interés por progresar en el trabajo, su aire distante, su ingratitud manifiesta por lo que la sociedad le había brindado (elemento que aparece con fuerza en los temas del aburrimiento y el bienestar económico): todo ello resultaba más inquietante que cualquier forma que se ajustara a la imagen popular del gamberro. La detección de un elemento nuevo en la desviación resulta más perturbadora que encontrarse con formas conocidas a las que la sociedad ya se enfrentó con éxito en el pasado.

Este tipo de sentimientos eran más comprensibles y pronunciados en lugares como Brighton. La ciudad no había terminado de procesar el hecho de que el tipo de veraneantes y viajeros por un día que solían recibir en el pasado dejaron de ir a Brighton para dirigirse, en cambio, a la Costa Brava en paquetes turísticos. Las respetables parejas veinteañeras y treintañeras de clase trabajadora ya no llenaban las pensiones ni gastaban su dinero en las tradicionales formas de entretenimiento que se ofrecían casi sin cambio desde hacía décadas. Los más ancianos seguían visitando la ciudad, pero era mucho el dinero que podía dejar un autobús repleto de jubilados que iban a pasar el día en la playa.

Los más jóvenes fueron los que «inundaron» el lugar, y la ciudad los recibió con actitudes encontradas. No era el tipo de personas que esperaban en Brighton y la ciudad se los hizo saber. Hubo cafés y *pubs* que se negaron a atenderlos, se los echaba si se reunían en las cercanías de una tienda o de un puesto frente al mar e, incluso, los rechazaban en las pensiones. Por otra parte, eran las «hordas de buen pasar económico» y no se tenía ningún reparo en explotarlos comercialmente, por ejemplo, subiendo los precios. De todos modos, estaba claro que la actitud dominante, como lo demostraba la existencia de grupos de acción como los de Seaview y Beachside, era

[24] Laing, *op. cit.*, pág. 150.

© gedisa

hostil y recelosa: no se debía permitir que esos zaparrastrosos y esos gamberros ahuyentaran a los turistas decentes, los grupos familiares (que, por otra parte, a estas alturas eran cada vez menos). Había otras amenazas aparte de las de los Mods y los Rockers: los jóvenes pelilargos provenientes de Europa continental que acudían a las escuelas de idiomas que se estaban multiplicando en la costa sur, y en Brighton, los estudiantes de la Universidad de Sussex que no sólo tenían un aspecto desagradable, sino que además, eran en parte la razón por la que en Brighton había sido elegido miembro del Parlamento el primer laborista en muchas generaciones.

Los Mods y los Rockers fueron apenas el epítome de tales cambios; para muchos pobladores de la zona, como señalaba un editor de Brighton, «... eran algo totalmente ajeno e intimidatorio... venían de otro planeta y debían ser deportados al lugar de donde habían venido». Cuando en 1965 el nuevo alcalde de Brighton delineó su visión del futuro de la ciudad como «una ciudad turística popular donde los puestos de venta de caracolas y los Mods y los Rockers sean cosa del pasado», el comentario editorial de un periódico local fue: «Estaríamos muy contentos de librarnos de los Mods y los Rockers; son una plaga costosa. ¿Pero los puestos de venta de caracolas?...» (*Brighton and Hove Gazette*, 4 de junio de 1965).

No sorprende, entonces, que en el plano local, cualquier «solución» que no se basara en la política de exclusión total tuviera una recepción hostil. Las voces tempranas de los grupos de Seaview y Beachside tuvieron eco en la campaña sostenida contra programas tales como la organización Brighton Archways Ventures[25] o contra la presencia de Beatniks o Hippies en ciudades como St. Ives. Como señaló un regente de Brighton a propósito de los Beatniks: «Esta gente no debería estar en Brighton y, si por desgracia llegaran a venir, no se los debería atender en modo alguno» (*Evening Argus*, 24 de noviembre de 1967). La retórica de los pánicos morales («No permitiremos que los gamberros / hippies / negros / paquistaníes se apoderen de nuestra playa / región / ciudad / nación») está firmemente establecida.

[25] Los *Brighton Archways Ventures Reports* ofrecen una crónica detallada del rechazo al proyecto por parte de los comerciantes locales y del ayuntamiento. Véanse en particular el volumen 1, págs. 15-25 y las páginas 49-106 y el volumen 3, págs. 167-170.

© gedisa

Si los Mods y los Rockers hubieran hecho todo lo que se supone que hicieron en materia de violencia, daños a la propiedad, incomodar y molestar a otros (y está claro que hicieron muchas de estas cosas), no haría falta un análisis demasiado sofisticado para explicar por que se reaccionó de manera punitiva ante tales infracciones a las normas. Pero las amenazas no tienen por qué ser tan directas, y se debe entender que se reaccionó no sólo por lo que hicieron, sino, en igual medida, por lo que significaban. En uno de los pocos análisis que se han hecho de las relaciones entre la indignación moral y la estructura social, Gusfield (que estudia el periodo en el que la ley seca estuvo en vigencia y el posterior a la revocación de la ley) explica las reacciones de los movimientos contra el consumo de bebidas alcohólicas como soluciones simbólicas al conflicto y la reacción indignada ante la perdida de estatus.[26]

Gusfield plantea, siguiendo el análisis clásico de Ranulf,[27] que la indignación moral tiene un carácter desinteresado cuando la trasgresión es únicamente moral y no toca a la vida y el comportamiento del que la juzga; se trata de una «respuesta hostil de los defensores de la ley ante quien la viola, en la que no está en juego ninguna ventaja personal para el defensor de la ley».[28] Este carácter desinteresado se aplicaría, también, a los bohemios, los homosexuales, los drogadictos, donde sólo están en juego cuestiones de estilo y formas de vida, pero no a los extremistas políticos, cuyas acciones representan una amenaza a la estructura de la sociedad, como tampoco a los delincuentes juveniles, que son un peligro directo para la propiedad y la persona.

En mi opinión, no está claro que la distinción entre «interesado» y «desinteresado» sea viable, pues parece implicar una concepción demasiado limitada del interés y la amenaza. En el caso de grupos como los consumidores de droga y los Hippies,[29] aunque no pare-

[26] Joseph Gusfield (1963), *Symbolic Crusade: Status Politics and the American Temperance Movement*, Urbana, University of Illinois. Véase en especial el capítulo 5, «Moral indignation and status conflict».

[27] Svend Ranulf (1964), *Moral Indignation and Middle Class Psychology*, Nueva York, Schocken Books Inc.

[28] Gusfield, *op. cit.*, pág. 112.

[29] Para un argumento convincente sobre las bases de la condena social al consumo de drogas, véase Jock Young (1971), *The Drugtakers: The Social Meaning of Drug Use*, Londres, Paladin.

© gedisa

ciera haber una amenaza física o «política» de importancia, hay un *conflicto de intereses* directo. Es indudable que el defensor de las normas se arriesga mucho si permite que tales acciones queden impunes, y su indignación no tiene mucho de desinteresada. En el caso de los Mods y los Rockers, el pánico moral se basaba tanto en las amenazas directas (en un sentido acotado) a personas, propiedades, intereses comerciales, como en los grandes intereses amenazados por la violación de ciertos estilos de vida aprobados. Esta combinación de intereses se ve con claridad en individuos como Blake. Advertía los peligros físicos, las desventajas personales y la amenaza física representados por todo lo que se suponía que caracterizaba a la cultura juvenil: agresivos, permisivos, beneficiarios de un bienestar económico prematuro, y críticos de la ética de la sobriedad y el trabajo duro. En su caso (aunque tal vez no en todas las formas de indignación moral que Ranulf procura explicar) también es posible detectar el elemento psicológico de la envidia y el recelo que sentían las clases medias bajas, supuestamente las más frustradas y reprimidas de los grupos. Lo que condenan, entonces, es una conducta que anhelan en secreto.

En un nivel más fundamental, una teoría del pánico moral, de la iniciativa moral, de las cruzadas morales o de la indignación moral tiene que establecer los vínculos entre esas reacciones y los conflictos de interés (en el plano comunitario o social) o la presencia de diferenciales de poder que vuelven a esos grupos vulnerables a los ataques. La manipulación de símbolos apropiados (el proceso que sostiene las campañas, los pánicos y las cruzadas morales) se vuelve mucho más fácil cuando el objeto de ataque es altamente visible y estructuralmente débil.

A modo de final

La forma más o menos explícita en que se relaciona el surgimiento de los Mods y los Rockers como demonios populares y la generación de un pánico moral al respecto es mediante el modelo de la amplificación de la desviación. Una forma muy resumida de cómo podría haberse producido dicha secuencia es la que se ilustra a continuación:

© gedisa

Problema inicial	(que surge del lugar cultural que ocupa el adolescente de clase trabajadora)
↓	
Solución inicial	(acciones y estilo desviados)
↓	
Reacción de la sociedad	(que incluye elementos de percepción errónea, por ejemplo, en el inventario, y la subsiguiente distorsión en términos de valores e intereses a largo plazo)
↓	
Operación de la cultura del control, explotación y creación de estereotipos	(sensibilización, dramatización, escalada)
↓	
Aumento de la desviación, polarización	
↓	
Confirmación de los estereotipos	(teoría probada)

Si bien no es del todo inverosímil que se haya producido una secuencia como la anterior, un problema que surge apenas se intenta generalizar con demasiada rigidez a partir de ella es que no hay ninguna explicación convincente de cómo y por qué la secuencia llega a su fin. Al poner las etapas en un contexto (aunque sea de manera esquemática, como se hizo en ese capítulo) se observa un defecto del modelo de la amplificación: su carácter a-histórico. Resulta paradójico, ya que ese tipo de modelos procesales se postularon específicamente para contraponerse al estaticismo de las teorías canónicas de la desviación. Es evidente que el empleo de vocabulario propio de la cibernética como «feedback» y «estímulos» resulta demasiado automático y mecanicista, y no da cuenta de la variedad de significados que se le da a la acción humana y la forma en que el actor puede moverse para conformar su propio pasaje. Ambos elementos pueden examinarse si tomamos la secuencia como un mero movimiento típico en el tiempo y tratamos de contestar la pregunta de cómo es que llegó a un final. ¿Qué fue lo que detuvo el pánico moral? ¿Por qué ya no quedan Mods y Rockers entre nosotros?

© gedisa

Si empezamos por mirar la reacción por parte de la población y los medios de comunicación, la respuesta es la falta de interés. En ninguna de las etapas se registró una relación unívoca entre la acción y la reacción: el fenómeno de los Mods se desarrolló antes de que la atención pública lo asociara con el mal, la atención se prolongó ritualmente por un tiempo incluso cuando ya no había manifestaciones de ese mal, y por último la atención decayó cuando otros fenómenos novedosos y noticiables se impusieron en otras áreas de interés público. Mientras que las drogas, el activismo estudiantil y los Hippies pasaron a ser los problemas sociales que coparon los titulares a fines de la década de 1960, siguió habiendo delincuencia juvenil marginal «tradicional» del tipo expresivo, incluso en las ciudades costeras, sin que se le prestara demasiada atención. En las ciudades costeras del norte, en lugares menos accesibles como la isla de Sheppey o en las cercanías de ciertos cafés y rotondas situados sobre carreteras menores se repetían las mismas conductas que en Clacton, Brighton o Margate. Pero las conductas eran tan regulares o familiares que ya nadie las notaba, no tenían la misma visibilidad que los incidentes originales y algunos de los actores originales, como los Rockers, estaban abandonando el escenario. También se daba el tipo de procesos que ocurren en casos de engaños de masas: una contra-sugestionabilidad producida por el carácter absurdo de las creencias iniciales y la disminución del interés cuando la gente empezó a sentir que se estaba «haciendo algo al respecto».

Como sucede con los últimos coletazos de una moda o un estilo, a menudo las conductas se manifestaban con un formalismo exagerado. Había un intento consciente de repetir lo que se había hecho dos o tres años antes por parte de actores que pertenecían casi a otra generación. Los medios y los agentes de control a veces se aprovechaban de esa situación, le daban nuevos nombres y trataban de elevarla a episodio del fenómeno Mod y Rocker. En lugares como Skegness, Blackpool y Great Yarmouth, la prensa se refería a los nuevos gamberros como *«Greasers»*, *«Trogs»* o *«Thunderbirds»*. Pero resultó un intento fallido, incluso cuando se trató de mostrar a los actores como peores aun que los Mods y los Rockers (del mismo modo que ellos habían sido presentados como peores que los Teddy Boys). Hacia fines de 1966, por ejemplo, un inspector de la Policía declaró ante los tribunales de Great Yarmouth que los acusados eran «... del tipo abusivo que llegaron a la ciudad empeñados en causarles problemas

© gedisa

a todo el mundo, incluso a la policía, pero también a otros jóvenes inocentes que lo único que quieren es divertirse... No son los típicos Mods y Rockers». Ya entonces, a los demonios de apenas tres años antes se les atribuía papeles relativamente benignos en la galería de tipos sociales que se exhiben en nombre del control social. Tuvieron que pasar algunos años más hasta que al consumidor de drogas y el militante estudiantil (que parecieran destinados a ocupar un lugar permanente) se les sumara, en su papel de demonio popular, un representante más tradicional de la clase trabajadora, el Skinhead.

También se deben observar los cambios que se produjeron en el interior del fenómeno Mod. Hubo un relevo generacional claro debido a que los actores simplemente maduraron. En 1966, se podía hablar con jóvenes de 19 años que decían que habían sido Mods pero que ya estaba «muerto» y que de todos modos, era demasiado caro. Ya en 1967, la mayor parte de los chicos en ciudades como Brighton no se identificaban con ninguno de los dos grupos y ni siquiera los mencionaban. Este tipo de cambio resulta conocido para quienes estudian las modas pasajeras: un periodo inicial de latencia donde el estilo o acción es seguido por unos pocos, al que le sigue un periodo de rápido crecimiento y difusión. Entonces se inicia una fase de comercialización y explotación, disminución, resistencia o falta de entusiasmo, seguido de un estancamiento y la eventual conservación del estilo en recuerdos nostálgicos. En su perceptiva historia de la explosión pop, George Melly deduce el mismo patrón básico: «Lo que comienza como una revuelta termina como estilo – como manierismo.»[30] Es así (en los ejemplos del propio Melly) que los Monkees eran Beatles de plástico o Barry McGuire un Bob Dylan de plástico. El ciclo refleja la etapa del adolescente que rompe con su familia; una vez que esto sucede, el ímpetu desaparece. Es un estado de obsolescencia instantánea.

Los años de la decadencia Mod fueron, en realidad, más complicados que lo que sugiere la explicación del «ciclo de obsolescencia» de Melly. Hacia 1965, había varias corrientes dentro de la escena Mod. Los Mods más extravagantes (que ya tenían bastante con la escena del *rythm and blues*, el *camp* o Carnaby Street para «necesitar» los enfrentamientos de los fines de semana largos) empezaron a confluir

[30] George Melly (1970), *Revolt into Style*, Londres, Allen Lane The Penguin Press.

© gedisa

con los Hippies más preocupados por la moda y su música empezó a parecerse a los sonidos más *under*.[31] Los otros nunca tuvieron una identidad tan fuerte que les permitiera una continuidad generacional. Sin embargo, iba a producirse un nuevo giro curioso e impredecible:

> Cuando la década de 1960 estaba llegando a su fin, la clásica tradición *cool* inglesa se reafirmó con los Skinheads, cuya formalización de la ropa de trabajo, los tiradores, los *jeans*, los chalecos sin mangas, los borceguíes y los cortes de pelo de orfanato constituía el estilo más adusto y anti romántico al que jamás se hubiera llegado hasta entonces. Era como una vuelta a los Teds, pero al revés. El Ted se esforzaba por superar a su familia de clase trabajadora. Los Skinheads se esfuerzan por formar un grupo disidente que goza de la seguridad que le da la identidad de clase trabajadora. Por eso desprecian el fuerte elemento burgués que caracteriza al movimiento *underground* y se identifican con su equipo de fútbol local o con Enoch Powell.* Armados, estoicos, acosan a los paquistaníes tal como los Teds acosaban a los afroantillanos en los disturbios de Notting Hill en 1958. Los repiqueteos simples del *reggae*, el *ska* o el *rock-steady* barrieron con el *rock* ácido.[32]

Sin embargo, no basta con recurrir a paralelismos del mundo del arte y de la moda. Cuando lo que está en juego es más que una mera revuelta estética, cuando el gesto habla de repugnancia, apatía, hartazgo y una sensación de la *propia* obsolescencia y carencia de poder, entonces las soluciones instrumentales y las expresivas confluyen. Los símbolos pierden el poder de diferenciar a sus usuarios de aquellos que aceptan la derrota. El mero aumento de lo que era familiar, estandarizado y rutinario, en vez de lo emocionante y vivo (como solía suceder en la era Mod) explica en gran medida esta decadencia. El paralelismo con el análisis que hace Becker de la decadencia del movimiento juvenil de los Wandervogel en la década de 1929 en Alemania es notable:

> ... las formas en que se definían los objetos sociales, las respuestas esperadas y las identidades reflejadas se habían vuelto relativamente estándar... no es tan fácil sentir con intensidad la euforia cuando otras miles de personas ya pasaron por la misma experiencia y se la han contado con lujo de detalles a todo aquel que tuviera ganas de escucharla.[33]

[31] Para una crónica de esta transición, véase Nuttall, «Techniques of separation», *op. cit.*

* Político británico conservador de derecha conocido en la década de 1960 por sus pronunciamientos antiinmigrantes. [T.]

[32] *Ibídem*, págs. 127-128.

© gedisa

Sería, desde ya, de un romanticismo extremo afirmar que la euforia era el estado de ánimo dominante entre los Mods y los Rockers. La mayor parte del tiempo, cualquier tipo de euforia que pudiera provocarles la sensación de acción quedaba sumergida bajo el malestar, la incomodidad y el recelo que les provocaba el tratamiento que recibían por parte de casi todos los adultos con los que se encontraban. Es un factor que nos lleva a otra de las razones por las que el fenómeno llegó a su fin: el hecho de que el control social tuviera las consecuencias buscadas. Los teóricos transaccionalistas, en su deseo algo romántico de señalar los efectos negativos del control social al llevar a una nueva desviación, borraron la posibilidad de que los potenciales desviados de hecho se asustaran o disuadieran por las medidas de control reales o anticipadas. Después de ser bajados del tren por la policía sin ni siquiera haber llegado a destino, y de ser maltratados y hostigados por la policía en las calles y las playas, es posible que se rindieran por hartazgo. El juego no valía la pena. En un fenómeno de masas como el de los Mods y los Rocks, se instala una forma de des-amplificación: la amplificación se detiene porque la distancia social con los desviados se vuelve tan grande que los nuevos candidatos pierden las ganas de participar. Los únicos que siguen adelante son los muy jóvenes o los lúmpenes a los que no les quedan muchas alternativas. Son los que pueden llegar a pelear con la ferocidad de un grupo que sabe que se lo está dejando de lado. Mientras tanto, quienes integraban el núcleo duro original pueden madurar y dejar atrás la desviación.

La mención de las posibilidades de la des-amplificación lleva a los últimos comentarios que uno está obligado (correctamente, a mi entender) a hacer sobre las consecuencias que tiene el tipo de análisis sociológico presentado hasta aquí en el plano de las políticas que se adoptan. Muchas de esas consecuencias quedan implícitas en mi análisis y no es necesario volver a explicarlas en detalle. Pese a ello, la dificultad de este tipo de sociología es que distintos lectores pueden llegar a distintas conclusiones, que no son necesariamente compati-

[33] Howard Becker (1946), *German Youth: Bond or Free?*, Londres, Kegan Paul, pag. 147.

© gedisa

bles entre sí. Se podría argumentar, por ejemplo, que si la manifestación *inicial* de fenómenos como los de los Mods y los Rocks (otros ejemplos podrían ser diversas formas de vandalismo, el consumo subcultural de drogas, la violencia en el fútbol) es difícil o incluso imposible de prevenir, se debería intentar la prevención secundaria, por ejemplo, imponiendo límites a los medios de comunicación a fin de detener las primeras etapas de la amplificación. Dado un consenso básico (con el que el sociólogo puede no estar de acuerdo) sobre la necesidad de implementar medidas de control o de prevención, no es un argumento inverosímil. Tampoco lo es la opinión de sentido común de que, por cuestiones utilitarias, lo mejor que se puede hacer ante ciertas formas de comportamiento desviado es no meterse. Dicho de otro modo, no vale la pena afrontar el costo de implementar una operación de control social. También podría argumentarse desde una posición liberal humanitaria que muchas de las sanciones fueron duras e injustas, por lo que merecen una condena enérgica.

Es posible deducir estas implicancias, y muchas otras más, de este estudio y de otros similares. Los sociólogos no tienen la capacidad de impedir que se saquen tales conclusiones, ni de que se actúe sobre ellas, pero pueden aportar sus propias perspectivas sobre las teorías en las que se basan. Evidentemente, una visión de la desviación que supone que puede desaparecer si se introducen algunos ajustes menores en la forma en la que se reacciona ante ella, no advierte la naturaleza del fenómeno. Pese a emplear términos como «pánico» y recurrir a analogías del estudio de las histerias y los engaños de masas, nunca planteé que los Mods y los Rockers fueran apariciones psicogénicas que desaparecerían si simplemente los ignorábamos o inventábamos algunas forma ingeniosa de desamplificación (aunque esto último tal vez habría servido para evitar gran parte del descontento, las pérdidas y las molestias).

Estamos pensando a gran escala (y, por ende, el problema es infinitamente más complejo) aquello de lo que Laing y la escuela de la antipsiquiatría se ocupan a pequeña escala. Cuando se etiqueta a alguien como enfermo mental o se dice que no tiene problemas, el argumento no es que «no tiene nada», sino que la reacción ante lo que se observa o infiere es fundamentalmente inadecuada. El primer paso que hay que dar es el desenmascaramiento y la exposición, una cualidad inherente de la perspectiva escéptica y transaccional de la desviación. Una vez que quedan expuestas las legitimaciones reales

© gedisa

de la reacción de la sociedad y se despejan las superficiales, entonces es posible socavarlas y elaborar políticas que resulten más efectivas y más humanas. La pobreza intelectual y falta de imaginación total en la forma en que nuestra sociedad reaccionó ante sus adolescentes alborotadores en los últimos veinte años queda en evidencia en la forma en que dicha reacción se repite de manera compulsiva y nunca logra aceptar el «problema» que confronta. Es mucho lo que tiene por delante el sociólogo de la desviación que señala tales cuestiones. No basta con decir que no se debería haber quemado brujas, o que en otra sociedad o en otro siglo no se las habría considerado brujas; hace falta explicar cómo y por qué algunas personas terminan en la hoguera en la actualidad.

En última instancia, soy pesimista acerca de las posibilidades de que cambie la política social en relación con fenómenos como los de los Mods y los Rockers. En el futuro se van a generar más pánicos morales y se van a crear otros demonios populares, que todavía no tienen nombre. No es porque tales procesos sigan una lógica interna inexorables, sino porque tal como está estructurada hoy en día, nuestra sociedad seguirá generando problemas para algunos de sus miembros (como los adolescentes de clase trabajadora) y luego rechazará cualquier solución que esos grupos encuentren.

© gedisa

ANEXO. FUENTES DE INFORMACIÓN

La mayor parte del trabajo de campo para el proyecto se llevó a cabo entre 1964 y 1967. Se denomina *periodo de investigación* al transcurrido entre Semana Santa de 1964 (ocasión del primer episodio de los Mods y los Rockers en Clacton) y septiembre de 1966 (última instancia en el ciclo de tres años de fines de semana largos). Las siguientes fueron las principales fuentes de información a las que se recurrió:

1. Documentales

(a) Referencias en la prensa a los Mods y los Rockers durante el periodo de investigación. Abarca la totalidad de los periódicos nacionales (diarios y semanales) y los periódicos locales de las principales zonas involucradas: Brighton, Clacton, Great Yarmouth, Southen, Hastings y Margate.

Grabaciones de la mayor parte de los noticieros nacionales radiales y televisivos (BBC) que se emitieron durante los fines de semana largos en el transcurso del periodo de investigación.

(b) Una colección especial de recortes de prensa que cubren los incidentes de Margate en Pentecostés de 1964. Los recortes fueron compilados por una agencia para la Margate Corporation; el único criterio para seleccionar los textos fue que incluyeran la palabra «Margate». Se trata de 724 ítems individuales fechados entre el 15 de mayo y el 12 de junio. Se dividen en: 223 editoriales o columnas de opinión; 110 notas sobre discursos, entrevistas con personajes públicos, etc.; 121 cartas; 270 crónicas de los propios incidentes.

(c) Publicaciones locales de circulación más restringida: boletines de parroquias, actas de sesiones del Concejo, informes anuales de asociaciones oficiales o voluntarias, etcétera.

© gedisa

(d) Documentos diversos del ámbito nacional, como los informes *Hansard* sobre los debates parlamentarios pertinentes en las Cámaras de los comunes y de los lores.

(e) Cartas e informes enviados al National Council of Civil Liberties donde se denunciaban casos de mala praxis por parte de la Policía y los tribunales durante los distintos incidentes.

(f) Reanálisis de las planillas de entrevistas empleadas en una encuesta de cuarenta y cuatro jóvenes sentenciados en el tribunal de magistrados de Margate, en Pentecostés de 1964.[1]

2. Originales

(a) Dos cuestionarios pilotos para un grupo de diecinueve aspirantes a oficiales de *probation* en los estadios preliminares del estudio (diciembre de 1964). El primero tenía el formato de preguntas abiertas y consultaba sobre las actitudes hacia diversos aspectos de los Mods y los Rockers (imágenes, causas, soluciones y reacciones iniciales). El segundo consistía en noventa ítems con el formato de escala de Likert que cubrían las respuestas a un hipotético incidente de vandalismo del tipo de los Mods y los Rockers. La escala también fue completada por grupos de docentes y estudiantes de la Workers' Educational Association [Asociación de trabajadores de la educación].

(b) Entrevistas y conversaciones informales en Brighton, Margate y Hastings a fines de 1964, con posterioridad a la primera ola de incidentes. Se realizaron entrevistas formales a los editores de todos los periódicos locales y distintos funcionarios de departamentos de prensa. Se realizaron entrevistas informales, como las que se emplean en las primeras etapas de un estudio comunitario, con informantes tales como empleados de hotel, vendedores, guardias de autobús, taxistas y vendedores de diarios.

(c) Se escribieron cartas (algunas de ellas seguidas de una entrevista personal y otras de un cuestionario por correo) a los miembros de Parlamento de los respectivos distritos, los concejales locales y diversos personajes públicos que se pronunciaron acerca de los Mods y los Rockers y propusieron planes al respecto. Algunos de esos planes se cristalizaron en formas más institucionalizadas, a las que se denomina «grupos de acción». Se estudió en profundidad tres de esos grupos de acción a través del contacto prolongado con sus principales protagonistas: la «Beachside» Safeguard Committee, el «Seatown» Council Work Camp Scheme y la organización Brighton Archways Ventures.

[1] Algunas conclusiones a partir de la encuesta se publicaron en Paul Barker y Alan Little (1964), «The Margate offenders: A survey», *New Society*, 30 de julio, págs. 6-10. Agradezco a Paul Barker por permitirme el acceso a las planillas de la encuesta con sus respuestas.

© gedisa

(d) En el caso de la Brighton Archways Ventures, participé como voluntario durante tres fines de semanas largos. Se trataba de un proyecto de asistencia juvenil con sede en Brighton, que luego fue financiado por el Departmento de Educación y Ciencia, cuyo personal estaba integrado por trabajadores sociales con dedicación exclusiva. Su función era proveer alojamiento a bajo costo y otras formas de ayuda a los jóvenes que acudían a Brighton, sin distinción de origen o filiación. Todos los grupos que se acercaban a las playas empleaban sus servicios: al principio, una mayoría era Mod o Scooter Boy y, luego, Beatnik.[2]

(e) Se realizaron sesenta y cinco entrevistas, treinta de ellas grabadas, en Brighton durante el fin de semana de Pentecostés de 1965. Los entrevistados por un estudiante de posgrado de criminología y por mí fueron personas que estaban paradas en la rambla o en el muelle mirando a los Mods y los Rockers, elegidos siguiendo un criterio de muestra en base a cuotas. Hubo cinco personas que se negaron a la entrevista de las setenta a las que se les pidió.

Las siguientes son las preguntas que se realizaron y los datos sobre los encuestados (que en el libro se identifican como «muestra de Brighton»).

Muestra de Brighton (Pentecostés de 1965). Planilla de entrevista

I. Presentación

Soy investigador en la Universidad de Londres y estoy llevando a cabo un estudio de lo que la gente piensa sobre este tipo de co-

[2] Se puede encontrar la historia del proyecto en los tres volúmenes de *Brighton Archways Ventures Report*, mimeografiada, 650 páginas.

© gedisa

sas. ¿Puedo quitarle diez minutos para hacerle algunas preguntas? No hay respuestas correctas o incorrectas, lo que me interesa es su opinión personal. Si no le importa que lo grabe, se ahorra tiempo porque si no tengo que escribir todo lo que diga. No le voy a pedir su nombre, así que no tiene que preocuparse por lo que diga.

II. Preguntas sugeridas

1. ¿Qué opinión le merece este tipo de cosas?
2. ¿Cuál cree que es la principal causa de todo esto?
3. ¿Piensa que este tipo de cosas es algo nuevo?
4. ¿Le parece que este tipo de cosas va a durar mucho tiempo más?
5. ¿Está de acuerdo con la forma en que está actuando la policía al respecto?
6. ¿Cómo prefiere que se trate a los que provocan desórdenes?
   (a) En el lugar de los hechos
   (b) que se ocupe la Policía
7. ¿Qué haría si un hijo / hermano / amigo suyo participara de esto?
8. ¿Qué clase de jóvenes cree que son?
   Sugerir: ¿Del lugar o de afuera?
   ¿Tipo de escuela?
   ¿Clase social?
   ¿«Chicos normales» o «delincuentes juveniles»?

III. Información personal

¿Le molestaría darme algunos datos personales para verificar, como en las encuestas Gallup, que tenemos una muestra representativa de opinión? Puede optar por no responder si así lo prefiere.

© gedisa

Masculino 1
Femenino 2

16-20 3
21-24 4
25-29 5
30-34 6
35-44 7
45-49 8
50-64 9
65+ 10

Casado 1
Soltero 2
Viudo 3
Divorciado / separado 4

Residente local 5
Otro 6

Ocupación .....
.....
.....
.....

Laborista 1
Conservador 2
Liberal 3
Otro 4

Características sociales de la muestra de Brighton (N=65)

Sexo	Masculino: 34	*Estado civil*	Casado: 31
	Femenino: 31		Soltero: 23
			Viudo / divorciado: 11
Edad	16-20: 9		
	21-24: 9		
	25-29: 1	*Filiación política*	Laborista: 31
	30-34: 2		Conservador: 28
	35-44: 6		Otros / no sabe: 6
	45-49: 6		
	50-64: 24		
	65: 8		
Lugar de residencia	Local: 32	*Clase social*	Clase trabajadora: 40
	Fuera de la ciudad: 33		Clase media: 22
			Clase alta: 3

© gedisa

(f) Se realizaron observaciones en el lugar de los hechos durante todos los fines de semana largos de 1965 y 1966 en Brighton o en Great Yarmouth. Se observaron los hechos mismos, además de la acción policial y las reacciones de los turistas y los residentes locales, como comerciantes con los que se mantuvieron charlas informales. Se observaron y grabaron las sesiones de los tribunales en Brighton en tres ocasiones. En una de ellas (Brighton, Semana Santa de 1966) el método empleado se acercó a lo que los sociólogos denominan sin intenciones humorísticas «observación participante», en la que me vestí con lo que a grandes rasgos podría llamarse ropa Moda y estuve durante el día con diversos grupos en las playas, y durante la noche en las discotecas.

(g) Entre el verano de 1965 y el de 1966, llevé a cabo una encuesta de actitudes hacia la delincuencia juvenil en una zona de Londres a la que llamé «Northview». La muestra abarcaba 133 «agentes de control social», personas que ocupaban puestos clave de carácter formal o informal en el sistema de control de la delincuencia juvenil, o, en algunos sentidos, líderes de opinión en la comunidad local. Estaba compuesta por aproximadamente la misma cantidad de empresarios, concejales, médicos, directores de escuela, abogados, magistrados, líderes religiosos, trabajadores sociales y trabajadores juveniles. Cada uno fue entrevistado en forma individual, y en la larga lista de preguntas (sobre la delincuencia juvenil en general, los tribunales, los métodos de prevención, etc.) había cuatro puntuales orientadas a las actitudes hacia los Mods y los Rockers.[3]

(h) Veinticinco composiciones escritas por alumnos de tercer y cuarto año de una escuela del East End de Londres. Las composiciones, tituladas «Los Mods y los Rockers», respondían a una consigna propuesta por la maestra de lengua como parte de los trabajos normales de clase.

[3] Se pueden encontrar los datos completos de la muestra y el cuestionario en S. Cohen (1969), «Hooligans, vandals and the community: studies of social reaction to juvenile delinquency», tesis de doctorado inédita, Universidad de Londres, 1969.

© gedisa

© gedisa

LISTADO DE LECTURAS SUGERIDAS

I. Generales, teóricas, históricas

NACHMAN BEN-YEHUDA (1990), *The Politics and Morality of Deviance: Moral Panics, Drug Abuse, Deviant Science, and Reversed Stigmatization*, SUNY Press, Albany.

JOEL BEST (1993), «But seriously folks: The limitations of the strict constructionist interpretation of social problems», en Miller y Holstein *(véase)*.

JOEL BEST (1995), «Debates about constructionism», en E. Rubbington y M. Weinberg (comps.), *The Study of Social Problems*, Oxford University Press, Nueva York.

JOEL BEST (1999), *Random Violence: How We Talk about New Crimes and New Victims*, University of California Press, Berkeley.

JOEL BEST (1999) (comp.), *Images of Issues: Typifyng Contemporary Social Problems*, Aldine de Gruyter, Nueva York.

JOEL BEST (2001), *Damned Lies and Statistics: Untangling Numbers from the Media, Politicians and Activists*, University of California Press, Berkeley.

ERICH GOOD y NACHMAN BEN-YEHUDA (1994), *Moral Panics: The Social Construction of Deviance*, Blackwell, Cambridge, Massachusetts.

P. R. IBARRA y JOHN KITSUSE (1993), «Vernacular constituents of moral discourse: An interactionist proposal for the study of social problems», en Miller y Holstein *(véase)*.

PHILIP JENKINS (1992), *Intimate Enemies: Moral Panics in Contemporary Great Britain, Social Problems and Social Issues*, Aldine de Gruyter, Nueva York.

ANGELA MCROBBIE y SARAH L. THORNTON (1995), «Rethinking "moral panic" for multi-mediated social worlds», *British Journal of Sociology, 46* (4).

KATE MARSHALL (1986), *Moral Panics and Victorian Values*, Junius Publications, Londres, 2ª edición.
GALE MILLER y JOHN A. HOLSTEIN (comps.) (1993), *Constructionist Controversies:Issues in Social Problems Theory,* Aldine de Gruyter, Nueva York.
GEOFFREY PEARSON (1995), «Scare in the community: Britain in a moral panic», *Community Care.*
GARY POTTER y VICTOR KAPPELER (comps.) (1996), *Constructing Crime: Perspectives on Making News and Social Problems*, Waveland Press, Prespect Heights III.
THEODORE SASSON (1995), *Crime Talk: How Citizens Construct a Social Problem.* Aldine de Gruyter, Nueva York.
ELAINE SHOWALTER (1997), *Histories: Hysterical Epidemics and Modern Culture*, Columbia University Press, Nueva York.
MALCOM SPECTOR y JOHN KTSUSE (1987), *Constructing Social Problems*, Aldine de Gruyter, Nueva York.
KENNETH THOMPSON (1998), *Moral Panics*, Routledge, Londres / Nueva York.
SHELDON UNGAR (2001), «Moral panic versus the risk society: The implications of the changing site of social anxiety», *British Journal of Sociology, 52* (2).
ANDREW WARD (1996), *Talking Dirty: Moral Panic and Political Rhetoric,* Institute for Public Policy Research, Londres.

II. Medios de comunicación masiva y pánicos morales

GREGG BARAK (1994), *Media, Process and Social Construction of Crime: Studies in Newsmaking Criminology*, Garland Publishing, Nueva York/Londres.
KIRSTEN DROTNER (1999), «Dangerous media? Panic discourses and dilemmas of modernity», *Pedagogica Historica, 35* (3).
JOHN ELDRIGE (1997), *The Mass Media and Power in Modern Britain*, Oxford University Press, Oxford.
B. FRANKLIN y J PETLEY (1996), «Killing the age of innocence: Newspaper reporting the death of James Bulger», en Jane Pilcher y Stephen Wagg (comps.), *Thatcher's Children? Politics, Childhood and Society in the 1980's and 1990's*, Falmer Press, Londres.

© gedisa

ARNOLD HUNT (1997), «"Moral panic" and moral language in the media», *British Journal of Sociology, 48* (4).
SARAH KEMBER (1995), «Surveillance, technology and crime: the James Bulger case», en Martin Lister, *The Photographic Image in Digital Culture*, Routledge, Londres.
DAVID KIDD-HEWITT y RICHARD OSBORNE (comps.) (1995), *Crime and the Media: The Post-Modern Spectacle*, Pluto Press, Londres.
PHILIP SCHLESINGER y HOWARD TUMBER (1994), *Reporting Crime: The Media Politics of Juvenile Justice*, Oxford University Press, Oxford.
MICHAEL WELCH, MELISSA FENWICK y MEREDITH ROBERTS (1997), «Primary definitions of crime and moral panic: A content analysis of experts' quotes in feature newspaper articles on crime». *Journal of Research in Crime and Delinquency, 34* (4).

III. Aplicaciones y estudios de caso

1. Delincuencia juvenil y subculturas juveniles

ULF BOETHIUS (1995), «Youth, the media and moral panics», en J. Fornas y G. Bolin (comps.) *Youth Culture in Late Modernity*, Sage, Londres.
SHEILA BROWN (1998), «Representing problem youth: The repackaging of reality», en S. Brown (comp.), *Understanding Youth and Crime: Listening to Youth?,* Open University Press, Buckingham.
COLIN HAY (1995), «Mobilization through interpellation: Jame Bulger, juvenile crime and the construction of a moral panic», *Social and Legal Studies, 4* (junio).
BERNARD SCHISSEL (1997), *Blaming Children: Youth Crime, Moral Panic and the Politics of Hate*, Fernwood, Halifax, N.S.
JOHN SPRINGHALL (1998), *Youth, Popular Culture and Moral Panics: Penny Gaffs to Gangsta-Rap, 1830-1996,* St Martin's Press, Nueva York.
SARAH THORNTON (1994), «Moral panic, the media and British rave culture» en A. Ross y T. Rose (comps.), *Microphone Friends: Youth Music and Youth Culture*, Routledge, Londres.
P. A. J.-WADDINGTON (1986), «Mugging as a moral panic: A question of proportion», *British Journal of Sociology, 37* (2).

© gedisa

MARJORIE ZATS (1987), «Chicano youth gangs and crime: The creation of a moral panic», *Contemporary Crises, 11*.

2. Violencia escolar

R. BURNS y C. CRAWFORD (1999), «School shootings: the media and public fear: Ingredients for a moral panic», *Crime, Law and Social Change, 32* (2).
ELIZABETH DONOHUE y otros (1998), *School House Hype: School Shooting and the Real Risks Kids Face in America*, Justice Policy Institution, Washington D.C.
MIKE KENNEDY (1999), «The changing face of school violence», en *Under Siege, Schools as the New Battleground*, sin editor.
DONNA KILLINGBECK (2001), «The role of television news in the construction of sch violence as a "moral panic"», *Journal of Criminal Justice and Popular Culture, 8* (3).
JOHN SPRRINGHALL (1999), «Violent media, guns and moral panics: the Columbine high school massacre», *Pedagogica Historica, 35* (3).

3. Pánicos sobre los medios

MARTIN BARKER (1984), *The Haunt of Fears: The Strange History of the British Horror Comics Campaign*, Pluto Press, Londres.
MARTIN BARKER (1984), *The Video Nasties: Freedom and Censorship in the Arts*, Pluto Press, Londres.
MARTIN BARKER (1999), «Frederic Wertham: The Sad Case of the Unhappy Humanist», en J.A. Lent (comp.), *Pulp Demons: International dimensions of the postwar Anti-Comic Campaign*, Associated University Presses, Cranbury.
MARTIN BARKER y JULIAN PETLEY (2001), *Ill Effects: The Media/Violence Debate*, Routledge, Londres, 2ª ed.
SHEARON A. LOWERY (1983), «Seduction of the innocent: The great comic book scare», en S.A Lowery y M. L. DeFleur (comps.), *Milestones in Mass Communication Research: Media Effects*, Longman, Nueva York.
SHEARON A. LOWERY y MELVIN L. DEFLEUR (1983), «The invasion from Mars: radio panics America», en S. A. Lowey y M. L. Defleur (comps.), *Milestones in Mass Communication Research: Media Effects*, Longman, Nueva York.
JOHN MARTIN (1997), *The Seduction of the Gullible: The Cautious History of the British "Video Nasties" Phenomenon*, Procustres Press, Nottingham.

© gedisa

4. Drogas peligrosas

CHRIS BAERVELDT y otros (1998), «Assessing a moral panic relating to crime and drugs policy in the Netherlands: Towards a testable theory», *Crime, Law and Social Change, 29* (1).
THEODORE CHIRICOS (1997), «Moral panic as ideology: Drugs violence, race and punishment in America», en M. J. Lynch y E. B. Patterson (comps.), *Justice with Prejudice: Race and Criminal Justice in America*, Harrow and Heston, Guilderland, N.Y.
M. COLLIN (1997), *Altered State: The Story of Ecstasy Culture and Acid House*, Serpent's Tail, Londres.
A. COTTINO y M. QUIRICO (1995), «Easy target and moral panic: The law on drug addiction No. 162 of 1990», *The Scandinavian Journal of Social Welfare, 4* (2).
ERIC GOODE (1990), «The American drug panic of the 1980's: Social construction or objective threat?», *International Journal of Addiction, 45* (5) (septiembre).
ANDREW HILL (2002), «Acid house and Thatcherism: Noise, the mob and the English countryside», *British Journal of Sociology, 53* (1).

5. Pornografía

VARDA BURSTYN (1985), «Political precedents and moral crusades: Women sex and the state», en V. Burstyn (comps.), *Women Against Censorhip*, Douglas y MacIntyre, Vancouver.
GARY KINSMAN (1987), «Danger signals: Moral conservatism, the media and the sex police», en G. Kinsman (comp.), *The Regulation of Desire: Sexuality in Canada*, Black Rose Books, Montreal.
THERESA MURRAY y MICHAEL MCCLURE (1995), *Moral Panic: Exposing the Religious Right's Agenda on Sexuality, Listen Up!*, Cassell, Londres.

© gedisa

SIMON WATNEY (1987), *Policing Desire: Pornography, AIDS and the Media*, University of Minnesota Press, Mineápolis.

6. Niños amenazados: Abuso infantil, sexual y satánico

JOEL BEST (1990), *Threatened Children: Rhetoric and Concern about Child-Victims*, University of Chicago Press, Chicago

JOEL BEST (1994), *Threatened Children: Studies of Children and Social Problems,* Aldine de Gruyter, Nueva York.

MARY DEYOUNG (1996), «Speak of the devil: Rhetoric in claims making about satanic ritual abuse problem», *Journal of Sociology and Social Welfare, 23.*

MARY DEYOUNG (1998), «Another look at moral panics: The case of satanic day care centers», *Deviant Behavior, 19* (3).

PHILIP JENKINS (1998), *Moral Panic: Changing Concepts of the Child Molester in Modern America*, Yale University Press, New Haven, C.T.

PHILIP JENKINS y DANIEL MAIER-KATKIN (1992), «Satanism–myth and reality in a contemporary moral panic», *Crime, Law and Social Change, 17* (1).

JEAN S. LAFONTAINE (1998), *Speak of the Devil: Tales of Satanic Abuse in Contemporary England,* Cambridge University Press, Cambridge.

JAMES T. RICHARDSON y otros (comps.) (1991), *The Satanism Scare*, Aldine de Gruyter, Hawthorn.

JEFFREY S. VICTOR (1993), *Satanic Panic: The Creation of a Contemporary Legend,* Open Court, Chicago.

JEFFREY S. VICTOR (1994), «Fundamentalist religions and the moral crusade against satanism: The social construction of deviant behavior», *Deviant Behavior, 15.*

JEFFREY S. VICTOR (1998), «Moral panics and the social construction of deviant behavior: A theory and application to the case of ritual child abuse», *Sociological perspectives, 41* (3) (otoño).

7. Problemas de la asistencia social y madres solas

LISA D. BRUSH (1997), «Worthy widows, welfare cheats: Proper womanhood in expert needs talk about single mothers in the US 1900-1988», *Gender and Society, 11* (6).

© gedisa

KATE CREGAN (2001), «(S)he was convicted and condemned», *Social Semiotics, 11* (2).

DREAN HARTLEY y PETER TAYLOR-GOOBY (1992), *Dependency Culture: The Explosion of a Myth*, Harvester Whatsheaf, Londres.

O. LINNE y M. JONES (2001), «The coverage of lone-parents in British newspapers: A construction based on moral panic?». *Communication Abstracts, 24* (1).

BROWYN NAYLOR (2001), «The "bad mother" in media and legal texts», *Social Semiotics, 11* (2).

ANNE PHOENIX (1996), «Social constructions of lone motherhood», en E. Bortoloaia Silva (comp.), *Good Enough Mothering?: Feminist Perspectives on Lone Mothering*, Routledge, Londres.

8. Refugiados y personas que solicitan asilo político

COLIN CAMPBELL y ELAINE CLARK (1997), «"Gypsy invasion": A critical analysis of newspaper reaction to Czech and Slovak Romani asylum-seekers in Britain», *Romani Studies,10* (1).

LORNA CHESSUM (1998), «Race and immigration in the Leicester local press 1945-62», *Immigrants and Minorities, 17* (2).

RON KAYE (1998), «Redefining the refugee: The UK media portrayal of asylum seekers», en K. Koser y H. Lutz (comps.), *The New Migration in Europe: Social Constructions and Social Realities*, Macmillan, Basingstoke.

9. Miscelánea

THOMAS ACTON (1994), «Modernisation, moral panics and the gypsies», *Sociology Review, 4* (1).

G. FORDHAM (2001), «Moral panic and the construction of a national order: HIV/AIDS risk groups and the moral boundaries in the creation of a modern Thailand», *Critique of Anthropology, 21* (3).

SHELDON UNGAR (1998), «Hot crises and media reassurance: A comparison of emerging diseases and ebola Zaire», *British Journal of Sociology, 49* (1).

B. WILLIAMS (1993), «Bail bandits: The construction of a moral panic», *Critical Social Policy, 13* (1).

© gedisa

ÍNDICE DE AUTORES

Allport, F. H., 64, 231
Allport, G. W., 108, 225

Baker, G. W., 66, 67, 94, 214
Barker, J. D., 94, 100, 101
Barker, P., 83, 114, 156, 160, 171, 221-222, 232-233, 245, 248
Becker, H., 53, 55-56, 59, 61, 96, 104, 175-176, 188, 193, 239, 241, 280, 281
Berger, P. L., 129
Blegvad, B., 235
Bogdanor, V., 59, 89, 235, 259
Bondy, C., 235
Booker, C., 52
Boorstin, D. J., 93, 96
Bottomley, K., 165
Bucher, R., 177

Caplowitz, D., 234
Cash, T., 258
Chapman, D. W., 66-67, 94, 214
Chein, I., 145
Chisnell, A., 234
Cissin, I. H., 67, 94
Clark, K. B., 94
Clark, W. B., 67, 94
Cohen, A. K., 145-146, 205
Cohen, S., 9, 32, 57, 59, 89, 159, 167, 206, 235, 259
Cohn, N., 265

Downes, D., 63-64, 117, 221, 254, 256, 265

Elmes, F., 103
Erikson, K. T., 39, 59, 61, 169, 207, 269, 270

Feldman, J. S., 115
Frayn, M., 97
Friedenberg, E. Z., 110, 255
Fritz, C. F., 66
Fuller, R. R., 175
Fyvel, T. R., 235

Garfinkel, H., 113
Glueck, E., 115
Goffman, E., 207, 219, 239
Goodman, P., 254, 256
Gosling, R., 255, 259
Gouldner, A. W., 209
Greenberg, B. S., 100, 115
Greene, G., 74-75, 219
Grosser, G. H., 67, 214-215
Guest, D., 141, 182, 192, 265
Gusfield, J., 53, 60, 185, 275

Hall, S., 42, 54-55, 57, 115, 176, 185, 207, 224, 253
Halloran, J. D., 88, 92, 94, 96, 130, 161
Hargreaves, D. H., 256
Harrington, J., 230
Herman, G., 265
Hofstadter, R., 116
Humphrey, L., 209

© gedisa

Jacobs, N., 80, 135, 139
Janis, I. L., 214
Johnson, D., 134, 139-140

Killian, L. M., 54, 185, 224, 231
Kitsuse, J., 59, 291
Klapp, O. E., 54
Knopf, T. A., 79, 81, 98, 116

Laing, R. D., 56, 57, 223, 253, 264, 267, 273, 282
Lang, K. y G., 92
Larsen, O. N., 100, 135
Laurie, P., 74, 78, 209, 237
Lee, G. E., 177, 248
Lemert, E. M., 57-59, 81, 129, 143, 175, 207
Lindesmith, A. R., 176
Little, A., 83, 114, 156, 160, 222, 232-233, 245, 265
Lucas, J., 146
Luckman, T., 129
Lumbard, J. E., 155

Macinnes, C., 260
Mandel, J., 176, 188
Matza, D., 55, 106, 115, 222-224, 257, 265
Medalia, N. Z., 100, 135
Melly, G., 279
Merton, R. K., 66, 145
Miller, J. G., 67
Miller, S. M., 209
Motto, J. A., 234
Musgrove, F., 255
Myers, R. R., 175

Nunnally, J. C., 119
Nuttall, J., 258-261, 264, 267, 280

Palmer, T., 106
Parker, E. B., 100, 115
Parker, T., 167
Postman, L., 225
Pulson, D., 146

Ranulf, S., 179, 275-276
Rivers, W. L., 236
Rock, P., 59, 74, 89, 167, 219, 235, 259
Roemer, D. V., 116, 222, 238, 244, 246, 247
Rogers, C., 234
Rubington, E., 57

Schramm, W., 236
Schur, E. M., 176
Scott, P. D., 202
Seymour, L., 118
Sheatsley, P. B., 115
Shellow, R., 116, 222, 238, 244, 246-247
Shibutani, T., 225
Simmons, J. L., 119
Skidelsky, R., 59, 89, 235, 259
Smelser, N. J., 64-66, 99, 133-134, 185, 193
Smith, R., 176
Spencer, C., 219
Spiegel, J. P., 137
Surace, S. J., 89, 134, 138, 144
Sutherland, E. H., 140, 176, 185
Sykes, G., 224, 265

Tannenbaum, F., 155, 241
Thompson, H. S., 10, 12, 40, 43, 215, 238
Toch, H., 185
Turner, R. H., 54, 89, 134, 138, 144, 185, 224, 231
Veltfort, H. R., 177

Walter, N., 255
Wardron, M., 211
Weinberg, M. S., 57, 291
Westley, W., 231
White, J. B., 146
Wilkins, L., 62-63
Willey, F., 210
Williams, R., 265, 297
Willmott, P., 256
Withey, S. B., 214-215
Wolfe, T., 262-263
Yablonsky, L., 92, 110, 209, 218, 241-242
Young, J., 9, 59, 61, 63, 113, 255, 275

© gedisa

© gedisa